

¡QUE ALGUIEN ME SAQUE DE AQUÍ!

IRIS T. HERNÁNDEZ



zafiro♥

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27. Campos

Capítulo 28. Adriana

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparto

Sinopsis

Soy de las pocas personas de este mundo que se ha enamorado infinitas veces, al igual que he perdido la cuenta de las ocasiones en las que he creído encontrar al hombre de mis sueños, a mi futuro marido, o como sea que se deba llamar a esa persona que te acelera el corazón nada más verlo. ¡Si es que soy demasiado débil! Con los chascos que me he llevado, en vez de aprender y ser más selectiva, voy de mal en peor. No tengo remedio.

Aunque no todos mis ligues son un desastre. Él no lo es. Lo llaman Campos y es el hombre perfecto; uno de esos tan atractivos y exóticos que resulta casi imposible de encontrar.

¿Pero creéis que todo son arcoíris y unicornios? Pues no, Campos llegó para poner mi vida patas arriba y volverme loca; loca por él, loca por desesperación y loca por creer que no llegaría a ser el hombre de mis sueños.

¡QUE ALGUIEN ME SAQUE DE AQUÍ!

Iris T. Hernández

zafro 

Aunque en algún momento te parezca imposible, sonríe;
esta vida es muy corta para estar tristes.

Capítulo 1

—¡Diossssss! —Ahogo el grito y me cubro corriendo.

No puedo creer que esté desnuda en la habitación de un hotel. Bueno, no es que no haya soñado con que pasara en algún momento, pero no de este modo... No recuerdo nada y esto no me gusta.

Miro a mi alrededor y me destapo, no parece haber nadie. Bien... o mal: no sé qué es más triste, si haberme acostado con cualquiera o que éste se haya largado tan pancho. Todos sabemos que la segunda opción es la más deprimente y, para mi desgracia, la que va ganando por ahora.

Con la sábana cubriendo mis pequeñas tetillas, cuelo la cabeza en el baño para comprobar que efectivamente estoy sola, y respiro aliviada al ver que no hay nada más que los *amenities* —¡qué preciosidad, los quiero!—, los cuales reviso atenta, ya que son muy elegantes. Gajes del oficio, no puedo evitarlo.

Cuando estoy frente a la cama, descubro que en la habitación hay un balcón y que la puerta corredera del mismo está abierta. Sin pensarlo un segundo, camino de puntillas hacia el exterior hasta que el viento me despeina. Un poco más, total, como si ya de por sí no tuviera pelos de loca... Cierro los ojos con fuerza —no sé si molesta por no haber encontrado a nadie o reconfortada por no tener que enfrentarme a lo que hice la noche anterior— y me doy media vuelta, dejando la sábana en el suelo sin ningún miramiento.

—Esto sólo te pasa a ti —me digo en voz alta, rompiendo en una carcajada absurda. Sin dejar de reírme y paseando desnuda por la estancia, abro el armario por si se hubiera escondido alguien ahí, quién sabe. Al final termino

riendo todavía más escandalosamente por lo estúpida que puedo llegar a ser y me dejo caer sobre el colchón, mirando el techo blanco impoluto.

—¡Espera!

Vuelvo a ponerme rápidamente de pie cuando una absurda idea pasa por mi cabeza. Porque no puede ser posible, ¿no?

—¡No, no, no, no, noooooooo! —grito cerrando los ojos con todas mis fuerzas al tiempo que me lanzo al suelo y miro debajo de la cama, pero, por no haber, no hay ni una mota de polvo. Aún tumbada boca abajo sobre la alfombra, me tapo los ojos y no lloro porque... No sé el porqué.

—¿Dónde está mi ropa? ¿¡Esto es de coña, no!?! Ahora salís todos con la cámara oculta y os reís en mi cara.

Pero no, no aparece nadie. Las prendas que llevaba ayer no están por ningún rincón de la lujosa estancia. Reviso cien veces los mismos lugares, pero ni rastro. Veo que sobre el mueble hay una botella de cristal con zumo y unas tostadas, junto a una nota. Me acerco a toda prisa para leerla y me quedo petrificada.

Ha sido un placer. Hasta otra. B.

—¿B.? ¿Quién narices es B.? —Mi mente no deja de buscar nombres que empiecen por esa letra y no me sale otro que...— ¿¡Bartolo!?! —Río—. Sólo yo soy capaz de acostarme con un Bartolo. —Vuelvo a burlarme de mí misma, hasta que pienso en cómo demonios me voy a ir de aquí.

Me acerco a mi bolso, que descansa sobre un sillón, y rezo para que mi móvil tenga batería. Cuando logro sacarlo, compruebo que le queda un trece por ciento. Suficiente.

—¿¡Dónde te has metido!?! —me chilla nada más descolgar—. ¿Sabes qué hora es?

La verdad es que no me ha dado tiempo de pensar en ello.

—Lo sé; te necesito, es muy urgente —contesto con voz de niña buena para que acceda a echarme un cable, porque, si no, no sé qué voy a hacer. Salir

enrollada con la sábana no es un buen plan—. Porfi, Maya, no me puedes fallar; te prometo que es la última vez que te pido algo.

—Pero ¿qué quieres?

—Tráeme ropa.

—¿Qué has hecho con la tuya? —inquire extrañada; sin embargo, no puedo responder porque no sé dónde la he dejado, si no, no estaría llamándola a la desesperada—. Adri, te he hecho una pregunta... —interrumpe mis cavilaciones respecto a lo que temo responder.

—Es una larga historia, tu ven a... —me quedo pensativa, porque tampoco sé dónde cuernos estoy, hasta que me giro hacia la bandeja del desayuno y veo el nombre del hotel en una servilleta de papel—... al hotel de anoche —acabo diciendo.

—¿Habitación? —Noto la desgana en sus palabras, y es que seguro que está con Willy... Pedro, quiero decir—. Adriana, te estás demorando y cuelgo a la de uno, dos...

—Espera, joder, que no lo sé.

Oigo un resoplido a través de la línea de teléfono y, tras dar una vuelta sobre mí misma y seguir sin saber el número de habitación, no tengo otra que volver a taparme con la sábana y abrir la puerta.

—Hola... —Mi saludo se apaga al cerrar la puerta y darme cuenta de que he dejado a dos mujeres de la limpieza con la boca abierta.

—Adri, no tengo todo el día.

—Qué estúpida estás de buena mañana, yo pensé que anoche Will... —reacciono a tiempo y rectifico para llamarlo por su nombre antes de que se cabreé más—... Pedro te haría volar. —Enmudezco la risa, y sé que mi bromita resulta ya muy repetitiva y carece de originalidad, pero es que no puedo evitarlo. Tarareo para mis adentros la canción de la abeja Maya.

—A que te lleva la ropa tu santa madre —me advierte, molesta.

—No, no, habitación... frente a la trescientos veintiocho —digo haciendo un esfuerzo de memoria fotográfica... y veo la cara de las pobres camareras de

piso y justo encima de ellas el número de la habitación de delante, no tiene pérdida.

—Ok, dame quince minutos.

Creo que oír esta frase me ha aliviado por completo, mis nervios desaparecen de repente.

—Tráeme de todo.

—¿Todo, todo?

Se le escapa la risa, y otra vez soy yo la que me siento abochornada por tener que reconocerlo.

—Sí.

Oigo una gran carcajada justo antes de que me cuelgue y me quede sin saber qué hacer. Al menos una cosa tengo clara, y es que no limpiarán la habitación inmediatamente. Se me escapa una sonrisa y me tapo los ojos, negando al mismo tiempo.

Un cuarto de hora, ha dicho, pero ése es el tiempo que he tardado en devorar el desayuno que tenía preparado; luego me he duchado y me he enfundado en el albornoz que, para mi fortuna, había colgado en el baño. Y Maya no ha venido; espero y deseo que no se lo haya replanteado y me deje tirada en esta habitación, que ya he mirado cien mil veces para luego imaginarme mi hotel decorado del mismo modo que éste. En cuanto llegue, voy a hacer muchos cambios; mi padre va a temblar cuando le explique todo lo que tengo pensado remodelar.

Llaman a la puerta y pregunto quién es, pero nadie responde. Me aterra abrir y que no sea ella, me moriría de la vergüenza. Vuelven a llamar y una vez más pregunto.

—¿Sí? —Creo que nunca había tenido una vocecilla tan aguda como la que tengo ahora mismo.

—¿Quieres abrir ya?

Es Maya, ¡bien!

Abro la puerta y la dejo pasar escondiéndome detrás, así que camina por delante de mí hasta dejar sobre la cama mis maletas. Me deshago el nudo del albornoz y su grito me hace taparme de nuevo a toda prisa.

—Pero ¿qué haces desnuda? —suelta de repente al girarse como si no se lo hubiera dicho ya, pero supongo que no es lo mismo decirlo que verme de esta guisa.

—¿Y yo qué sé? —confieso sentándome sobre el colchón e introduciendo después la combinación del candado de mi maleta para poder desbloquearla y vestirme de una vez.

—Entonces, ¿anoche? ¿Sí?

Abre los ojos como platos, pero yo no siento la misma alegría que ella; si al menos supiera lo que hice...

—Dímelo tú, yo no me acuerdo de nada.

Cojo ropa interior, unos vaqueros oscuros y una camiseta de tirantes que me gusta mucho y me arregla bastante, pues debo ir a ver a mi madre y su maldita cata de cavas.

—¿Al menos habrás utilizado...? —Mi boca se abre de par en par conforme emite sus palabras y corro hasta el baño y reviso la basura, para emitir de inmediato un gemido placentero al ver el asqueroso preservativo perfectamente anudado dentro de ésta—. Menos mal, guapita de cara. Porque cuando yo me fui estabas en la barra bebiendo sola, no quisiste venir.

—¿Y me dejaste sola?

—Pues claro, tenía planes. —Ya sé que los tenía, ella sí que tiene novio. Pedro la quiere y se desvive por ella. ¿Por qué yo no puedo tener a alguien así? Suspiro, apenada—. Cámbiate rápido, que te llevo a la cata ya o no llegarás a tiempo.

—Pero para hoy también tenías planes... —No quiero que pierda el día por mi culpa, no me lo perdonaría.

—No tengo todo el día, corre.

Una vez vestida y peinada, me miro al espejo y suspiro aliviada. Puedo salir con la cabeza bien alta, como si no hubiera ocurrido nada esta pasada noche.

—¿Así que B.? —Mueve la tarjeta entre sus dedos, curiosa, y se la arrebato y me la meto en el bolsillo trasero de los vaqueros justo antes de decir:

—¿B. de Bartolo? —le pregunto mirándola fijamente y rompiendo las dos a reír en una carcajada escandalosa.

—¿El cabeza bolo? —Apenas puede responder por la risa que le acaba de entrar—. Eso es peor que la abeja Maya.

Me río y niego mientras lloro de la risa.

—Madre mía, Maya, ¡vaya forma de despedirme de la ciudad!

—Por todo lo alto, como se debe hacer. No te preocupes, que dudo que vuelvas a ver a Bartolo. —Se ríe de nuevo como una loca y le tiro una de las almohadas a la cabeza, acallando su risa. Luego recojo todos mis enseres para desaparecer de este maldito hotel de una vez.

Cierro la puerta de la habitación y camino al lado de mi amiga por el largo y lujoso pasillo, cada una arrastrando una de mis maletas, que se deben ir directas al maletero del coche; más tarde las facturaré, en el aeropuerto, dirección a Lanzarote. Al fin vuelvo a mi isla, y ahora preparada para cumplir mi sueño.

—¡Adri, tía! —Se detiene de repente y miro hacia donde ella lo está haciendo... para descubrir mi camiseta flotando en la superficie de la piscina; la observo con la boca abierta y ella ríe—. Pero ¿qué llegaste a hacer?

Mi falda, mi sujetador, mi tanga... todo está ahí como si nada, y por más que intente recordarlo, no consigo hacerlo. Veo que se acerca uno de los empleados del hotel y, ayudándose con un largo palo, se dispone a pescar uno de mis tacones.

—¡Mis Manolos! —grito incapaz de evitarlo, sin importarme que los

huéspedes que hay a mi alrededor me miren, al igual que Maya, que sigue tronchándose de la risa. Le parecerá divertido a ella, porque yo estoy a punto de llorar; no había caído en la cuenta de que ayer me los puse porque veníamos a este hotel tan exclusivo—. No los puedo dejar aquí, no a mis Manolos.

—Ve y dile «hola, los perdí anoche... ah... y el resto de mi ropa también; gracias por encontrarla» —se burla de forma malvada, y le doy un empujón para que se calle de una maldita vez—. Pero ¿cómo narices subiste a la habitación, desnuda?

No le respondo, no la miro. Veo cómo el chico deja el zapato que acaba de pillar en el suelo, justo a su lado, y se esfuerza por sacar el otro, y no lo dudo un instante: camino como si nada, sonriente, hasta llegar junto a él.

—Buenos días —lo saludo amablemente al tiempo que me agacho y recojo del suelo mis prendas y mis Manolos de la forma más natural que puedo—. Muchas gracias, te debo una. —Le guiño un ojo y el empleado se queda alucinado al verme marchar como si lo que acabara de ocurrir fuera algo tan normal—. Vámonos de aquí ya, por favor.

—Oh, no, mira... —Me señala a un segundo chico que recoge del otro extremo de la piscina unos calzoncillos—. ¿Serán de B.?

—¿Bartolo? —Lo miro de arriba abajo y las dos decimos al unísono—: Tiene pinta de Bartolo. —Y comenzamos a desternillarnos, llamando la atención de él, que deja la ropa interior en el suelo como si no fuera suya—. Madre mía, pero ¿quién me manda a mí beber? —me lamento en voz alta al ver al chico, que se marcha como si la cosa no fuera con él.

«¿Es él?», me pregunto para mis adentros, sintiendo un terror atroz.

—Y volverás a hacerlo; si no, ya me lo dirás.

—Con él, ni de coña —le advierto consiguiendo que vuelva a reírse un poco antes de gritar—: ¡Ciao, Bartolo! —Me oye, os aseguro que lo hace, porque se gira sonrojado para ver cómo me despido con la mano. Si es él,

pues eso que se ha llevado el chico y, en caso contrario, al menos me estoy riendo un poco, pues otra cosa no puedo hacer.

Salimos del hotel divertidas por la situación y, una vez montadas en el coche de mi amiga, nos dirigimos hacia una zona repleta de viñas a unos 45 kilómetros de Barcelona que, conforme nos adentramos en ella, me enamora más y más. Estoy deseando llegar y tomarme una copa para olvidarme del apuro que acabo de pasar.

—¿Seguro que no quieres quedarte? —La agarro de las manos y me duele en el alma separarme de ella; ha sido mi mejor amiga durante los dos años que he estado estudiando en esta ciudad. Ambas hemos sido uña y carne desde el primer momento en que nos conocimos, y por ello ha sido una experiencia tan magnífica; hemos aprendido, llorado y reído—. Tienes una amiga en Lanzarote, y un puesto de trabajo; las dos juntas podemos conseguirlo.

—Me encantaría, pero Pedro está aquí... y mi vida también, aunque te prometo que iré a visitarte.

—Más te vale. Yo también volveré; la loca de mi madre sigue aquí, ya lo sabes.

Sé que regresaré, porque no puedo estar mucho tiempo alejada de ella, y por desgracia mamá no vendrá a verme a mi preciada isla; encontrarse con mi padre es lo último que quiere en esta vida.

—Buen viaje y, por favor, no te lo bebas todo. —La miro extrañada y me señala la bodega que tengo detrás de mí y las dos sonreímos justo antes de fundirnos en un sentido abrazo—. Cumple tu sueño, prométemelo.

—Y tú el tuyo, amiga. Tenemos mucho que poner en práctica.

Las dos decimos que sí sin palabras y con los ojos anegados en lágrimas.

Me separo y veo cómo se sienta en el interior de su vehículo. Le digo adiós con la mano y poco a poco se aleja hasta que ya no la diviso. Maya es una gran

amiga y no pienso perderla nunca. Me seco las lágrimas con las yemas de los dedos y cojo el teléfono para llamar a mi madre.

—Mamá, ¿dónde estás? —Por suerte mi batería aún está viva, aunque no por mucho tiempo—. Necesito dejar las maletas en tu coche, te espero delante de él.

Cuando sale la veo vestida de blanco y sonrío. Me encanta que mi madre sea tan elegante; con estilo, alza el mando del coche y el maletero de su Mercedes, blanco impoluto como su vestido, comienza a abrirse. Con mucho esfuerzo, levanto una maleta y después la otra, y consigo dejarlas en el interior.

—Hola, Holita, Ma.

—Pensaba que te habías olvidado de nuestra cita.

—¿Alguna vez lo he hecho?

Simulo estar recordando, y ella se ríe justo antes de darme dos besos sonoros en las mejillas.

—¿Tú olvidarte de algo? Jamás, Dori.

—Paparruchas —le respondo como si nada y, agarrada de su brazo, caminamos hasta llegar a la recepción... y me quedo boquiabierta, pues no me había imaginado que este lugar tendría tanto encanto. No puedo evitar mirar los arcos parabólicos que cubren el techo enladrillado; los ventanales de cristal dejan pasar la luz suficiente como para que la gran sala se convierta en un lugar acogedor para recibirnos. No sólo estamos nosotras, ahora mismo se encuentra aquí un grupo de unas seis personas, que esperan sentadas en los sillones.

Me aproximo a la cristalera y miro hacia el exterior, embelesada. ¡Qué pena que me marche hoy mismo, sino vendría de nuevo a este lugar! Me acaricio las sienes; tengo la cabeza embotada, supongo que los excesos de la noche anterior tienen algo que ver. Me tomaría algo, pero, estando donde estoy, sería un insulto no probar el cava tan magnífico que me espera al final

de la visita, así que declino la idea de automedicarme para poder beber en condiciones.

Mi madre se ha sentado al lado del grupo de personas y camino hasta ella, cuando algo me deja absorta... Creo que he dejado de andar para levitar cuando un hombre de unos treinta largos años entra en la sala y se acerca a la recepción. Veo cómo se quita las gafas de sol y, tras sonreírle a la chica que aguarda tras el mostrador, se da la vuelta y nos observa.

—¡Mamá, me acabo de enamorar!

El mundo se ha paralizado por completo. Hacía años que no veía a un espécimen masculino tan exótico, sexy, guapo, atractivo y un sinfín de adjetivos calificativos que podría pronunciar a lo largo de lo que me queda de día. Está frente a mí y sé que me está mirando, estamos a apenas unos cinco metros. Me gusta hasta el hoyuelo que se le forma en una mejilla al sonreír. Vaya, sería capaz de saborearlo de arriba abajo si él me dejara. Ya me imagino la escena: él tumbado con esa sonrisita de suficiencia, altiva, y yo recorriendo hasta el último centímetro de su piel.

Capítulo 2

—¡Adriana, no seas una cría; por favor, compórtate! —me regaña mamá, destrozando mi burbuja mental y dejándome a medias, sin poder ver cómo termina mi fantasía erótica del día, como acostumbra a hacer; la mujer es bastante cortarrollos, ¡qué le vamos a hacer!

Aunque mi vista no se aparta de él; espero no estar observándolo con la boca abierta, porque no sé qué pensaría de mí. «¿Qué va a pensar?, que estoy desesperada...», y es la verdad, para qué negar la realidad. Me voy a poner un cartel en la frente que diga «desesperada busca novio»; puede que funcione y deje de sentirme tan inútil.

—Pero ¿tú lo has visto bien? —insisto, embelesada, desde mi posición, sin importarme que ahora mismo el susodicho nos esté mirando. Puede que sea la más idiota de las idiotas observándolo embobada, pero esos rasgos asiáticos..., jamás había estado frente a un hombre tan atractivo y musculoso como él.

—¿Quieres dejar de babear? Al final hasta me mancharás los zapatos —me contesta mi madre sin mirarme, abochornada por el momento, y me obligo a ojear el folleto tan aburrido que he encontrado sobre uno de los sillones; al menos me distraeré... o eso creo, porque ni el texto sobre la historia de las cavas y ni tan siquiera las espectaculares fotos de las salas logran que pueda dejar de espiarlo de soslayo, y a decir verdad él también lo está haciendo.

—Mamá, has visto que... —Cuando he intentado concentrarme con todas mis fuerzas en la visita a las cavas y al fin lo he conseguido, voy a comentarle

algo sobre la cata..., pero mi madre no hace ni caso a lo que le estoy diciendo y me interrumpe para dejarme anonadada.

—¡Adriana, me acabo de enamorar!

No me ha dejado ni terminar la frase.

Me quedo alucinada al verla babeando como instantes antes he hecho yo, en su caso por un hombre de su edad, que para ser sincera debo decir que es un maduro de lo más sexy.

—¡Mamá, no seas una cría; por favor, compórtate! —me burlo de ella utilizando sus mismas palabras sin poder parar de reírme, pero ella me ignora por completo. ¡Cómo la comprendo!, sólo nosotras nos enamoramos a primera vista.

—Pero ¿tú lo has visto bien? —Somos tal para cual, las dos solteras y flipando por hombres que son inalcanzables para nosotras, no hay más—. Por este hombre no pasan los años, apuesto a que desnudo sigue igual.

—¿Es él? —No puedo creerme que sea el dueño de las cavas, la persona que nos ha invitado a venir y con el que mi madre ha tenido diversas aventuras a lo largo de los años, aunque ninguna de ellas seria. Ahora lo entiendo, a ese bombón maduro no hay quien lo atrape, ni mi madre, que sé que lo ha intentado sin éxito.

—Tengo que saludar a alguien. —Se pone en pie, me guiña un ojo y camina la mar de natural y segura hasta llegar a él, que la mira de arriba abajo sonriente. A él también le gusta ella, y mucho.

Una vez que se han saludado y han cruzado unas cuantas palabras, él mismo, como propietario de todo esto, nos cuenta dónde nos encontramos. El inicio de su explicación consigue que los que hemos acudido a la cata nos reunamos en el centro de la sala y miremos cada detalle que el señor Campos nos muestra.

Vuelvo a dirigir mi atención a los fantásticos arcos, a los ladrillos de la parte superior de las paredes, y no puedo más que sonreír, maravillada. Doy un paso hacia atrás para apreciarlo mejor, cuando de pronto piso algo que me

hace tambalear y perder el equilibrio. Ahogo un grito al mismo tiempo que cierro los ojos y me mortifico por ser tan torpe a la vez que espero, resignada, a caerme de culo; sin embargo, alguien me agarra de la cintura y me ayuda a reincorporarme.

—¡Cuidado, no me gustaría que fueses el hazmerreír del resto! —Un susurro en mi oído consigue que mi tez blanca pase a un tono sonrojado debido a la vergüenza, pero no tanto como cuando me giro y veo que la persona que me ha cogido y ha evitado mi batacazo es el chico de antes, el bombonazo asiático que he visto entrar. A él lo he pisado. Maldito... bendito pisotón; ¡lástima que no me haya caído encima de él, así hubiese tenido la excusa ideal para sobarlo un poco!

—Perdon...a...

Mi gesto se contrae y no sé ni qué hacer ni dónde meterme. El resto de los visitantes nos miran. El dueño de las cavas ha dejado de hablar por mi culpa y mi madre está observándonos bastante seria; ya se ha mosqueado conmigo. Si es que tenía que ser yo. Pero mi salvador, el hombre de mi vida, porque ya tengo claro que es el adonis perfecto para el resto de mi existencia, les hace un ademán para que continúen y los dieciséis ojos que tenía clavados en mí dejan de mirarme y sus propietarios vuelven a prestar atención a la charla sobre la historia de este lugar.

—Veo que te lo estás pasando bien.

Noto cómo disimula un gesto de dolor y mueve un pie, para aliviarse de mi pisotón.

—¿Te he hecho daño?

Me llevo las manos a la boca, ¿cómo puedo ser tan torpe?

—No te preocupes, sobreviviré. —Respiro aliviada al comprobar que mi salvador está de buen humor; eso significa que tanto daño no he podido hacerle—. Una copa de cava y todo arreglado. —Dicho esto, se va sonriendo como si nada, hasta posicionarse detrás del grupo de personas, y yo lo sigo con la mirada sin importarme que sepa perfectamente que lo estoy haciendo.

—Me he requeeteenamorado —le digo en un susurro a mi madre justo cuando llego a su lado, y sonrío yo sola como una tonta.

—Ya te vale, si es que siempre la tienes que liar. —Voy a decir algo, pero ella pone su dedo índice en los labios y me pide que esté en silencio—. Calla, que es muy interesante.

Interesante, dice, ¡una mierda! A ella lo único que le interesa es el señor Campos... No le quita el ojo de encima; parece que todo lo que está explicando le esté encantando, aunque no estoy muy segura de que se esté enterando de algo. No sabe nada, mi madre... Lo que tiene de glamurosa lo tiene de sueltilla, y encima con suerte, mira qué hombres consigue, la muy... ¿por qué no me pareceré un poco más a ella?

Continuamos la visita trasladándonos hasta la sala de las prensas, que actualmente es un museo. Allí sigo fascinada con el lugar... Los arcos siguen siendo impresionantes y no puedo evitar recorrer su longitud con los ojos. Paseamos por delante de las vitrinas y admiro las vasijas que en otros tiempos se han utilizado tanto para recoger como para servir el cava.

Me detengo frente a ellas cuando, al dirigir la vista hacia delante, lo veo al otro lado mirándome directamente, como si no tuviera intención de observar los objetos que hay entre nosotros, y sonrío porque me pongo nerviosa y no sé qué hacer, si dejar de mirarlo y centrarme en las piezas tan fantásticas que nos separan o, directamente, rodearlas e irme hacia él. No obstante, él decide por mí, pues continúa caminando como si no hubiera ocurrido nada, y siento que estoy quedando como una auténtica idiota.

Salimos del museo para montarnos en una especie de cochecito de golf, aunque de cuatro plazas. Veo cómo mi madre, agarrada del brazo de su versátil ligue, se sienta en el primero de los vehículos y, justo delante, un matrimonio de jubilados. Poco a poco todos se llenan y, por casualidades de la vida, las dos únicas personas que permanecemos de pie a la espera de qué hacer somos él y yo, situados enfrente del último coche, que está completamente vacío.

—¿Subes?

Con un ademán me pide que lo haga y espera sonriente. Me siento y me coloco el flequillo en su lugar, aunque sé que estaba perfecto, pero necesito mover las manos cuando estoy nerviosa.

Comenzamos el recorrido entre las viñas, una extensión de hectáreas y hectáreas que dibujan líneas verdosas..., hileras infinitas a mis ojos, que me hacen perderme en el contraste de la uva y el marrón de la arena, hasta que algo me distrae. Maldito cinturón, me está comprimiendo las entrañas y ya no puedo estarme quieta; me duele mucho la barriga. Disimuladamente, en un momento en el que mi compañero de cochecito mira hacia las viñas, me lo desabrocho y coloco mi holgado jersey por encima del mismo. Respiro profundamente; al fin, ahora ya me siento cómoda y puedo seguir. En cuanto llegue a casa, lo tiraré a la basura... bueno, mejor se lo regalaré a la sílfide de Idaira, que seguro que a ella le va hasta grande. Idaira es mi... hermanastra, podemos decir, aunque no compartimos ni padre ni madre: es hija de la nueva mujer de mi padre, pero, para mi desgracia, desde bien pequeña nos hemos criado juntas.

Cuando estamos a medio recorrido y ninguno de los dos ha hecho más que mirar el paisaje, me asusto cuando salta de repente del vehículo, provocando un buen frenazo del conductor, por culpa del que, si no llego a agarrarme a la barra lateral, me doy de bruces. Lo veo alejarse para recoger un puñado de uvas y luego volver con toda tranquilidad hasta montarse de nuevo. Lo miro a él y después al conductor, que no le dice ni mu; sin embargo, yo no puedo callarme.

—¿Estás loco? Podrías haberte caído. —El conductor le hace un gesto al primer coche, que nos esperaba, para poder continuar. Veo cómo mi madre nos mira sonriente, y cómo el dueño de las viñas niega con la cabeza, bastante molesto por la actitud de mi compañero de viaje.

—Sé lo que hago —me replica. Sonríe, pero a mí no me hace ni puñetera gracia.

Desde ese momento, un incómodo silencio es lo único que se oye entre

nosotros, al contrario de lo que sucede en los vehículos a los que seguimos, pues la voz de los visitantes y sus risas nos llegan como un halo de normalidad.

—¿Te gusta?

—¿El qué? —le respondo sin saber a qué se refiere.

—El cava..., las viñas...

Me dispongo a contestarle cuando suena mi teléfono y, corriendo, lo saco del bolsillo del pantalón, con la mala suerte de que el maldito tamagochi en el que voy montada pilla un bache que me hace saltar del asiento y me precipito, sin poder evitarlo, hacia delante, quedando mi nariz chafada contra el pecho de él y mi culo, en pompa, lo que provoca una carcajada por su parte, que se intensifica cuando, poco a poco, alzo mi cara hasta poder mirarlo a pocos centímetros de su barbilla, mientras él mantiene los brazos estirados evitando tocarme, supongo que para que no piense que quiere sobarme, pero la que lo está haciendo soy yo, que estoy desparramada sobre él.

—¡Lo siento, ha sido...! —Sin ningún pudor, coloco las manos en sus muslos y los aprieto, para luego separarme de él lentamente, evitando mirarlo a los ojos y sin terminar la estúpida frase de disculpa que no sirve para nada. Sin duda se está divirtiendo a mi costa, así que, como si no hubiera pasado nada, leo el dichoso mensaje de Maya, el culpable de mi distracción.

¿Ya recordamos a Bartolo?

«Si tú supieras... Ni me acuerdo de Bartolo.»

No le contesto, lo haré más tarde. Guardo el teléfono en el bolsillo y por primera vez cruzamos la mirada tras nuestro incidente.

—¿Estás bien? —No puede evitar reírse, y no lo culpo, la verdad. Dirijo la vista hacia mi madre, que está tan pancha en el primer cochecito, disfrutando de la visita—. ¿Siempre eres tan...?

—Tan, ¿qué?

«Pues que vas a ser, tan patosa, tan torpe...» Podría seguir añadiendo

adjetivos, pero paso de hundirme en la miseria yo solita.

—Imprevisible —dice al fin, y me quedo asombrada, pues es la primera vez que alguien me describe de ese modo, y me gusta. ¡Si es que es el hombre perfecto!—. ¿Sabes que, en el transporte de las uvas, lo más importante es la rapidez y la temperatura?

Tengo que tomarme unos segundos para reaccionar y saber de lo que me está hablando. Me sorprende que se haya puesto serio tan rápido, parece otra persona, y me fijo en cómo se le iluminan los ojos cuando habla del procesado de la uva para después convertirla en el exquisito cava que se halla en las bodegas.

—¿Vienes mucho por aquí?

—Digamos que me he visto obligado a venir más de lo que me hubiese gustado.

—Pues qué suerte tienes; es mi primera vez y espero volver. Me recuerda mucho a las plantaciones de aloe vera de mis terrenos.

—¿De dónde eres?

Me mira directamente a los ojos, pero no logro descifrar lo que está pensando.

—Lanzarote —respondo.

No dice nada, vuelve a mirar hacia las viñas y yo me muero por plantearle la misma cuestión a él y saber de dónde es. Sus rasgos dicen bastante, pero creo que este hombre esconde una gran historia.

Como prefiero no pasarme de preguntona, me evado al recuerdo del olor que desprenden mis plantas, e inmediatamente siento las ganas que tengo de regresar allí para luchar por mi sueño.

El recorrido continúa, enseñándonos la belleza de este lugar; estoy maravillada. No tiene nada que ver con mi pequeña plantación, pero por una extraña razón me veo caminando entre las plantas y a mi madre explicándome qué beneficios se pueden obtener de ellas. Aún recuerdo cuando ella y mi padre vivían juntos, ¡cómo echo de menos tantos momentos de antaño!

«Voy», pienso para mis adentros al oír de fondo cómo mi madre me regaña por seguir sentada, cuando el resto de las personas se han bajado, incluido mi compañero de *tamagochi*, que ha desaparecido sin que me haya dado ni cuenta.

—¿Qué te pasa? Estás en otro mundo.

—Estaba pensando.

Desciendo del vehículo a toda prisa y me pongo a buscarlo con la mirada, pero ya no lo veo. ¿Dónde se ha metido?

—Adriana, es guapo, ¿eh? —Mi progenitora me da un codazo y sonrío, confirmando cada una de sus palabras. Guapo no, lo siguiente... Estoy enamorada—. Vamos a beber, que para eso hemos venido. —Camina delante de mí, deseando llegar al momento en el que catemos el champán.

Al entrar en las bodegas donde están los enormes barriles de cava, veo al fondo unas copas perfectamente presentadas, listas para entregárnoslas y catar al fin el espumoso que tanto me gusta, pero de él no hay ni rastro, ha desaparecido como si nada, sin decirme adiós. Aunque... ¿cómo lo iba a hacer, si no me conoce en absoluto? Una vez más me he quedado plantada, sin saber su nombre ni tener la oportunidad de pedirle su número de teléfono.

Cuando ya me he bebido unas cuantas copas y comienzo a pensar que debería parar, vuelvo a mirar a todos lo que están a mi alrededor; observo cómo ríen y conversan, y me percató de que alguno incluso ya tiene las mejillas sonrosadas como yo por el efecto del alcohol. Sigue sin haber ni rastro de él, parece que se lo haya tragado la tierra. Rastreo visualmente por todos lados, como si no lo hubiera hecho ya antes, pero ni por asomo, mi mandarino no está. «¿Mandarino? ¿Ésos no son chinos? Y éste es más japo, ¿no?» Yo sigo en mi batalla interna sobre diferentes ojos cuando un golpe me regresa a la realidad.

—¿Me estás escuchando? —Miro a mi madre, que refunfuña porque no le estoy haciendo ni caso—. Te estaba diciendo que tendrás que irte al aeropuerto en taxi.

—¿Perdona?

Abro los ojos de par en par, sorprendida por lo que acabo de oír.

—¿Eres sorda o tonta?

Creo que hoy la asesino, y me da igual que haya demasiados testigos, no soporto que me hable como lo hacía de pequeña. Ése fue uno de los motivos por los que decidí quedarme a vivir con mi padre cuando se separaron, aun sabiendo que tendría que hacerlo con otras personas.

—¿Y tú qué vas a hacer?

No me apetece discutir con ella antes de marcharme, porque sé que no volveré a verla en unos meses, así que me trago mi orgullo, envenenándome a mí misma.

—Pues tomarme una copa... *más... privada* —recalca y ralentiza las últimas dos palabras, insinuando más de lo que me gustaría, al tiempo que no le quita el ojo de encima. Lo mira de arriba abajo, y sonrío de una forma bobalicona que a ningún presente en esta sala le debe de estar pasando por alto.

—¿En serio, mamá? —La miro sin que me haga ni puñetero caso—. ¿Vas a dejar que me vaya sola?

Me mira molesta, pero estoy segura de que no tiene la menor intención de cambiar de planes y no tarda en confirmármelo.

—¿Lo dudas? —¡Cómo voy a hacerlo, no es la primera vez! A pesar de haber estado mucho tiempo sin saber nada de ella, me ha dejado tirada una ocasión tras otra—. Ah, Adriana, yo te pago el taxi.

—Faltaría más.

Me cruzo de brazos y se me escapa una sonrisa nerviosa que las dos conocemos muy bien; es la que aparece cuando me resigno y prefiero no enfadarme, y ella se aprovecha de eso, porque me conoce. Me besa en la mejilla y se marcha de mi lado para dirigirse hacia el hombre que capta toda su atención.

Permanezco en medio de la sala, de brazos cruzados, con una copa de cava

vacía en una mano y más seria de lo que he estado durante toda la visita.

—Prueba esta copa, te aseguro que hará que sonrías un poco. —De pronto oigo su voz... Es él, mi mandarino está justo a mi lado. Puedo percibir su perfume, que paraliza todos mis sentidos. Clavo mis ojos en los suyos y dejo que su halo de misterio y su penetrante mirada me atrapen al tiempo que su mano coge la copa vacía que sostenía, la deja a un lado y me ofrece una que acepto todavía embelesada por tenerlo delante de mí.

—Me llamo Adriana —suelto de repente sin saber el porqué, sintiendo que soy la mujer más lerda de este planeta.

—Bonito nombre. —Su cara es de diversión y de sorpresa a partes iguales; se le escapa una tierna sonrisa que consigue que su hoyuelo profundice en su mejilla y no puedo más que mirarlo—. Bebe.

—¿Qué? —Su exigencia me ha desconcertado, por unos segundos no comprendo lo que me dice hasta que levanta su copa y me doy cuenta de a qué se refiere—. ¡Ah, sí, sí! —Y bebo, vaya si lo hago; doy un sorbo suave, tal y como mi madre me ha enseñado muchas veces en su casa. Me reía siempre de ella, pero ahora, sin saber cómo, estoy poniendo en práctica todas las clases de seducción que me ha enseñado.

Y todo va fantástico, hasta que las malditas burbujas tienen su propio plan. Intento con todas mis fuerzas no llorar, no cerrar los ojos, pero es en vano, pues siento cómo poco a poco éstos se me encharcan.

—¿Y?

Espera y sigue esperando a que le responda, hasta que me acaricio los ojos para retirar la lágrima que estaba a punto de caer y, al fin, logro decir:

—Muy bueno.

—¿Sólo muy bueno? —me reta.

Su voz me indica que me está desafiando, pero para mi desgracia él aparenta saber mucho más que yo de cava y no quiero que crea que no tengo ni idea. Para mí todos son casi iguales; a decir verdad, no noto la diferencia, es alcohol, como el que bebo muchas de las noches para pasármelo bien.

—Bueno... —comienzo a decir cuando da un paso adelante, aproximándose mucho; casi puedo sentir el calor de su cuerpo, o es el mío, ya dudo de todo, pues mi cuerpo y mi mente están en un instante de colapso total.

—Más espeso, más burbujeante; sin embargo, fresco y dulce. —Miro sus labios mientras describen el cava y siento que son las palabras más sensuales que he oído en toda mi vida—. Uva procedente de la cosecha del 35, recogida por y para crear este exclusivo espumoso que, sólo tú —señala al resto de las personas de la sala— estás probando.

Capítulo 3

Eso me deja pasmada, tanto que lo único que hago es ver cómo ambos nos miramos; supongo que él analiza cada uno de mis gestos, hecho que no es que me apasione, porque suelo ser un libro abierto, y yo, yo soy muy idiota, por ser una enamoradiza.

—Soy una privilegiada.

Me asombro de mí misma por no haber titubeado en mi respuesta, y sé que le ha gustado.

—Se puede decir así.

—¿Y por qué sólo nosotros tenemos acceso a esta maravilla?

«Bien, Adriana, por fin una pregunta coherente de un cerebro que tiene algo más que serrín», me ovaciono mentalmente, hasta me hago la ola.

—Digamos que me deben unos cuantos favores.

Dirige la mirada hacia el dueño de las cavas; puedo sentir un pequeño atisbo de rabia en sus ojos... y me pregunto qué relación tendrán.

—Hija, el taxi te espera en la puerta.

—¿Ya? —Levanto mi muñeca y miro la hora en mi reloj de pulsera, y me enfado por tener que irme justo ahora que estaba hablando de verdad con él... Lo miro y siento que estoy perdiendo una gran oportunidad de conocer al hombre de mis sueños—. Ha sido un placer —me dirijo a él, que me mira de una forma indescifrable al tiempo que mi madre espera a que me mueva, justo al lado de señor Campos, que nos observa a los tres.

—¿Te tienes que ir ya?

Agarra mi codo y sentir su contacto me estremece. ¡Maldita sea, no quiero

irme!

—Si no lo hago, perderé mi vuelo —confirmo mi marcha; soy consciente de que mi tiempo en Barcelona ha terminado.

—Piérdelo.

Se me escapa una sonrisa cuando capto la seguridad con la que lo ha dicho y oigo cómo el propietario de las cavas tose como si se hubiera atragantado. Dirigimos toda nuestra atención hacia él, que sólo mira a mi mandarino bastante ofuscado.

—No puedo, tengo trabajo allí. —No dice nada, nadie lo hace. Miro a mi madre, que está pendiente de que salga al fin, pero antes de irme no pienso perder esta oportunidad. Cojo de mi bolso una tarjeta y se la ofrezco—. Puedes llamarme, si quieres.

—Yo te llevo.

Coge mi tarjeta, se la mete en el bolsillo del pantalón y el señor Campos dice algo que no logro oír, porque estoy centrada en su ofrecimiento.

—No puedes irte, tenemos trabajo. ¿Lo recuerdas? —Sé que hablan en clave y mi madre y yo nos apartamos un poco para no entorpecer en la conversación.

—Tendrá que esperar. ¿No creo que tengas problemas en retrasar una reunión de trabajo estando en tan buena compañía? —Lo miro atónita, pretende llevarme al aeropuerto. Mi madre sonríe, sabedora de que estoy ligando y que su tiempo con el señor Campos va a ser mayor gracias, en parte, a mí—. Despídete de tu madre, nos vamos.

Blanca estoy, petrificada también. Sin moverme, veo cómo se aleja sin importarle la opinión del empresario, que se ha marchado hacia el lado opuesto haciendo aspavientos con los brazos.

—Hija, te dejo en buenas manos.

Veo cómo busca agradecimiento por mi parte, que no va a recibir porque es ella la que tendría que olvidarse de los tíos por un rato y despedir a su hija como es debido, pero, oye, no hay mal que por bien no venga, ¿no?

—Necesito coger mi equipaje.

—Vamos.

Me coge del brazo y las dos salimos agarradas hasta el parking de las visitas, donde veo que el taxi que me esperaba se aleja y aparece un BMW negro deportivo que se acerca hasta detenerse al lado del Mercedes de mi madre; entonces sale del coche, con las gafas de sol que llevaba cuando lo he visto la primera vez, y siento que mis piernas van a fallarme en cualquier momento.

—La leche, pedazo de tío. —No me puedo callar, pero por suerte la única que me oye es mi progenitora y ésta ríe al tiempo que me atrapa las mejillas y las besa antes de pulsar el botón que abre el portón del maletero. Sin perder tiempo, veo cómo él camina hasta llegar al coche, agarra mis maletas como si fueran peso pluma y las mete en su coche con total facilidad.

—Buenos brazos. Disfruta del viaje. —Sé perfectamente que mi madre va con segundas, como no iba a ser de otro modo.

Asiento con la cabeza y me acerco hasta el lado del copiloto, donde él aguarda con la puerta abierta y, de forma gentil, la cierra después de que me haya sentado. No puedo evitar dirigir toda mi atención al retrovisor que me muestra el trasero duro y respingón de mi acompañante, que avanza hasta rodear el deportivo y abre la puerta para acomodarse a mi lado.

Casi me asfixio al respirar su fragancia. ¡Qué bien huele, por favor!

No soy capaz de decir nada. El BMW da marcha atrás y mi madre queda en un lateral, cruzada de brazos sin dejar de observarnos, justo a su lado. La miro a ella y al mismo tiempo me deleito con su perfil. No me puedo creer que esté aquí con él.

Me alejo de las cavas, me pierdo en el verde de los campos que me rodean ahora mismo, cuando mentalmente me azota una pregunta y se la suelto.

—¿Y te llamas?

De pronto me he dado cuenta de que me he montado en el coche de una persona de la que ni siquiera sé el nombre. ¿Y si es un asesino en serie? ¡Anda

que mi madre me advierte de algo!, más bien me ha animado a irme con el primero que se ha ofrecido a llevarme.

—Campos, puedes llamarme Campos.

Lo miro con la boca abierta y de pronto entiendo muchas cosas.

—Tu padre es... —señalo hacia atrás cuando me doy cuenta de que es el hijo del propietario, pero de las cavas...—... pero... —Me da miedo decirlo.

—Sí, mi padre es Gregorio Campos, aunque no nos parezcamos mucho. — Se le escapa una escueta sonrisa—. Mi madre es japonesa.

—Entonces debes parecerte a tu madre, porque lo que es a tu padre... en nada —le digo sincera, y se gira para mirarme, con ese rostro indescifrable que me pone histérica y cachonda a partes iguales—. ¿Quieres mirar la calzada? Quiero llegar viva a mi avión. —Sé que le ha hecho gracia mi comentario y vuelve a centrarse en la conducción.

—¿Tu madre vive aquí? —Niega con la cabeza—. ¿En Japón? —Vuelve a negar.

¡Jolín con este tío!, parece que no quiera soltar prenda y yo soy muy curiosa. Me gustaría saber mucho más, pero me contengo y no pregunto, espero a que él cuente algo. Miro el paisaje, compruebo la hora... Pasan unos cuantos minutos y no dice ni mu, el muy reservado no dice nada más.

—Entonces, ¿eres medio...? —No me deja acabar de hablar, lo hace él por mí.

—Mi padre es de aquí y mi madre, japonesa, como ya te he dicho —me cuenta la mar de tranquilo—. Y, para tu información —vuelve a mirarme y espero impaciente a que añada algo más—, he nacido entre estas viñas, así que soy tan español como tú.

—Pero tienes unas raíces interesantes. —Conforme pronuncio la frase, me percató de que no tendría que haberla dicho—. Quiero decir que... —no sé cómo arreglarlo, lo miro pero él sigue centrado en la conducción—... tendrás conocimientos de las dos culturas y eso es muy llamativo.

—Bueno... te acostumbras a ser el diferente.

—Siempre he soñado con viajar mucho...

Me acomodo en el asiento y siento no haber hecho todo lo que siempre he querido.

—¿Y por qué no lo haces? —me pregunta como si eso fuera tan fácil. Ya veo que las cavas de su padre dan para mucho, al contrario que el hotel del mío, que creo que cada día se parece más a un agujero negro que a un negocio.

—A veces no se puede hacer lo que uno quiere.

—¿A qué te dedicas? —me plantea de repente, y me gusta mucho que un hombre se interese por algo más que por mi físico.

—Acabo de terminar un máster de dirección hotelera —respondo alegre, porque he soñado muchos años con tener la formación que por fin poseo, para seguir adelante con mi proyecto.

—Interesante...

No añado nada más, pero yo estoy tan feliz que no puedo callarme y sigo hablando sin pensar en si lo estoy molestando o no.

—Cuando llegue a Lanzarote me espera un trabajo en un pequeño hotel, pero mi anhelo es tener el mío propio; poder decidir y hacer de él un lugar mágico, especial para cada uno de los huéspedes que vengan.

—Cuando uno cree en uno mismo, consigue lo que se propone.

—¡Eso espero!

—Quiero una invitación a la inauguración de tu propio hotel.

Lo miro y no tengo palabras, ¡ojalá llegue ese día!, ¿y cómo no iba a querer que él viniera, si ahora mismo no deseo que termine este recorrido para no separarme de su lado?

Llevo dos años en esta ciudad y no he conseguido un ligue en condiciones y, ahora que me voy, aparece este portento para que me lo replantee todo.

—Ojalá llegue ese día, y por supuesto que estarás invitado.

Nos miramos y compruebo que no sonrío, ni tampoco dice nada. No soy capaz de descifrar lo que piensa y eso me hace dudar acerca de si realmente puede llegar a sentir lo mismo que siento yo en este instante, aunque no me

considero una chica para él. No tengo aspecto de modelo como él, ni mi familia es poseedora de algo con tanto prestigio y valor; tengo claro que no acabaré con una chica tan desastrosa como yo.

—¿Terminal uno o dos?

¡Ostras, no lo sé! ¡Maldita sea! Abro el bolso y busco y rebusco, pero nada, no encuentro el billete... pero si lo imprimí... ¡Narices, ¿dónde lo he metido?!

—¡Dios! —Siento que la garganta me oprime y comienzo a sudar debido a los nervios.

—Tranquila, lo debes de tener en el correo electrónico. Las compañías siempre te envían un *e-mail*.

Es verdad, si es que no sólo es guapo, además es inteligente el chico, mi chico... ¡Ya me gustaría a mí que fuera mío!

Cojo el teléfono del bolsillo del pantalón y recuerdo la hostia que me he arreado por culpa del aparatejo, sobre él, y me río sola, consciente de que me está mirando y de que puede que sepa qué me hace tanta gracia.

—¡Mierda! —Acabo de constatar que mi teléfono no tiene batería.

Al verme tan preocupada, pulsa el botón de las luces de emergencia y estaciona a un lado de la calzada.

—Ey, ey, no pasa nada... —Me para las manos, que se mueven a toda prisa por el interior de mi bolso—. Puedes hacer el *check in* en la ventanilla de la compañía con el DNI.

Es verdad. Suspiro y veo que se le escapa una sonrisa.

—¡No te rías, no tiene gracia!

—Eres imprevisible. —Es la segunda vez que me lo dice, y me gusta—. ¿Seguimos?

Me mira esperando mi confirmación y asiento con la cabeza, convencida de que no pasa nada por no encontrar el dichoso billete y que en el aeropuerto lo solucionaré.

Comienza a sonar por los altavoces del vehículo una llamada de su teléfono móvil y veo cómo pulsa un botón para aceptarla a desgana.

—Dime, rápido —suelta como si nada, volviendo a centrar la mirada en la carretera.

—Bruno, ¡qué prisas! —Ha dicho Bruno... Mi mente no deja de repetir su nombre y por instinto me llevo la mano al bolsillo del pantalón, con todo o el poco disimulo que puedo al estar sentada en el coche, y leo de nuevo la tarjeta que hace unas horas me han dejado en la habitación del hotel—. ¿A qué hora te espero?

—Te lo confirmo en un rato, aún tengo que terminar con el trabajo...

—Joder con tu padre, ya podría...

—Te llamo yo. Adiós.

Corta la llamada de inmediato y yo no puedo dejar de mirarlo diciéndome que es una casualidad, pues, si me hubiera acostado con un hombre como él, me acordaría, ¡como para no hacerlo!

—¿Anoche no irías a la fiesta del hotel W? —Me mira de repente, parece extrañado, y sé que no, que ni en mis mejores sueños podría haber sido él—. Nada, déjalo.

—¿Me perdí mucho en esa fiesta?

—No creo... —Ya te digo... ¡a mí! A saber qué espectáculo monté en la piscina. Me horrorizo al pensar en ello.

—Por desgracia no recuerdo haber estado allí.

—Una lástima —replico a la vez que le guiño un ojo, y sé que ha pillado mi directa.

Meto la tarjeta en mi bolso y pronuncio su nombre para mis adentros. Bruno Campos; suena la mar de bien.

—¿Quieres que te acompañe dentro? —me propone justo en el momento en el que detiene el coche frente a la puerta de la terminal.

—No, tranquilo; sé arreglármelas sola.

Me hago la valiente con la esperanza de que así sea, porque, si finalmente necesito imprimir el billete, no sé cómo lo voy a hacer.

—Déjame que lo dude. —Lo miro con cara de «te estás pasando» y cede

sin plantar batalla. Baja del BMW para entregarme las dos maletas y nos miramos sin saber muy bien cómo actuar—. Adiós, Adriana.

—Adiós, Campos... digo, Bruno.

—Prefiero que me llames Campos, por favor.

Asiento y pienso en comentarle que no tiene por qué ser una despedida, que tiene mi número y puede llamarme cuando quiera, pero me niego a que crea que estoy necesitada... aunque todos ya sabemos que es la verdad, ¡para qué nos vamos a engañar!

Nos damos dos besos y vuelvo a captar su perfume; me encanta cómo huele, podría estar oliéndolo toda la vida sin cansarme de esa fragancia. Con los ojos cerrados, me aparto justo en el instante en el que una corriente de aire me despeina, agitando mis cabellos sin poder hacer nada por evitarlo.

Con la cara semitapada por los mechones de pelo, camino arrastrando las dos maletas hasta llegar al paso de peatones; allí me detengo para mirar muy bien antes de cruzar, deseando divisarlo una vez más, la última por el momento, hasta que el destino sea caprichoso y quiera ponerlo de nuevo en mi camino, si es que lo hace.

Él continúa de pie, sin expresión alguna que me indique algo, y por ello no le digo nada, simplemente avanzo hacia el interior del aeropuerto pensando en que tengo que solucionar lo antes posible el tema de la pérdida de mi billete.

Nada más acceder al recinto, compruebo que todavía tengo tiempo suficiente como para entrar en pánico. Me dirijo hacia la máquina en la que se anuncia que puedo hacer el *check in* y me siento aliviada cuando veo que puedo introducir los datos de forma manual y que, por tanto, no necesito el código de barras del papel impreso.

—¡Mierda! ¿Cuál es mi número de reserva? —Lógicamente desconozco ese dato, al imprimir el billete no me fijé en este detalle. Me fijo en los menús de la dichosa maquineta en busca de alguna opción que me permita conocer el maldito número introduciendo mi DNI, pero nada—. ¡Perdona...! —Intento que me atienda una chica que lleva el traje de chaqueta de la compañía con la que

voy a volar, pero la muy sinvergüenza no me hace ni puñetero caso. Continúa contoneándose tan tranquila sobre sus altos tacones, consciente de que la mitad de la población masculina presente en la terminal la está mirando... y los comprendo, si fuera tío, también lo haría.

Así que no me queda otra que seguirla como una auténtica tonta hasta el mostrador, donde me mira como si fuese la primera vez que me ve, y me muestra esa sonrisa Profident que ganas me dan de partírsela por haber pasado olímpicamente de mí hasta ahora.

—¿En qué la puedo ayudar?

¡Aleluya, se dirige a mí! ¿Sí? ¿No? Miro a mi espalda y no hay nadie más, así que me apoyo sobre el mostrador, que a decir verdad me queda bastante alto.

—Necesito hacer un *check in* manual. He perdido el billete impreso y mi móvil no tiene batería. —Le pongo cara de pena para ver si consigo darle lástima y me ayuda.

—Debe dirigirse a la máquina y gestionarlo desde allí.

Me señala la mismita que ya he utilizado antes, con la que no he tenido éxito alguno.

—Es que, verás... ya lo he intentado y no he podido —insisto. Probarlo una vez más resultaría inútil.

—Tiene que ir a la máquina, por favor.

Me mira molesta y su rostro cambia, volviendo a mostrar esa sonrisa falsa y brillante cuando se dirige a un pasajero que espera a mi espalda.

—Debería ayudar a esta chica primero. —La voz me suena; me giro y lo veo parado detrás de mí, de brazos cruzados; no sé muy bien por qué está aquí —. Adriana, enseñale el DNI, para que ella pueda hacerte el *check in* directamente.

Capítulo 4

—Ah, claro, sí. Deme...

Por un lado, siento que me ha salvado la vida y, por otro, me entran ganas de estrangular a esta idiota que ha pasado de mí y, cuando ha aparecido Campos, con ese cuerpo y esa exótica cara, ha hecho lo que yo ya le había pedido y ella se había negado.

De todos modos, no tengo tiempo, así que cojo mi cartera y saco mi documento, que entrego a la chica que no deja de mirarlo, y es cuando me giro y vocalizo un «gracias».

—¿Ves como me necesitas?

—Eso parece...

¡Qué voy a decirle!, tiene toda la razón, e incluso lo invitaría a venirse conmigo, pero creo que resultaría excesivo.

—Aquí tiene su billete para que haga la facturación. —Me lo deja sobre el mostrador sin mirarme y le dice a él—: ¿En qué puedo ayudarlo?

—Ya lo ha hecho, que tenga un buen día.

Le guiña un ojo, como buen seductor que es, y no me río por respeto, pero ganas no me faltan. Lo que menos esperaba era que fuera mi acompañante... ¡Qué bien suena!, si es que ¿por qué tengo que irme ahora que me he enamorado? Debería darme cabezazos contra una pared por tener tan mala suerte.

Coge mis dos maletas para llevármelas hasta la máquina de antes y hacer la facturación. Tendría que decirle que no hace falta, pero no quiero borrar la

satisfacción de haberle dado un zasca en la boca a esa modelito. ¡Sí, nena, se viene conmigo!, ¿qué creías?

No es así, pero eso ella no lo sabe y, la verdad, no tiene por qué hacerlo. Me río yo sola de mí.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto justo antes de que deje las dos maletas sobre la cinta transportadora para que se facturen en la bodega del avión, después de ponerles a cada una la cinta autoadhesiva identificativa, y una vez hecho el *check in* y obtenido la tarjeta de embarque.

—Tenía una cierta intuición de que la ibas a liar con el tema del billete.

—Liarla, ¿yo? ¡Jamás! —Se me escapa una carcajada que le contagio y le confirmo que ésa soy yo, tan natural como la vida misma—. Pero salgo de todos los embrollos.

—No lo dudo, eso sí que no.

Una vez hechos todos los trámites, miro hacia el control de seguridad que debo pasar para luego acceder a la escalera mecánica que me llevará a la zona de las puertas de embarque; ha llegado el momento, ahora sí, de despedirnos de verdad.

—Puedes llamarme, antes te lo he dicho muy en serio —comento, y la curvatura de sus labios muestra una tímida sonrisa.

—Lo haré.

Esas dos palabras me han sabido a gloria. Me acaba de dar una bocanada de esperanza de que quizá vuelva a verlo algún día..., de que, aunque soy desastrosa y muy Dori, algo en mí le ha llamado la atención como para darme una remota oportunidad.

—Pues nada...

Me quedo callada y recuerdo a mi madre continuando la frase: «y eso...», palabras que suelo utilizar para romper los silencios incómodos.

—Buen viaje.

—Gracias...

Me coloco el bolso, por hacer algo, y no sé si darle dos besos, otra vez,

pero como veo que él no hace ningún ademán, me doy la vuelta y empiezo a avanzar por el pasillo encintado que llega hasta el control de seguridad. Dejo mis pertenencias en una bandeja, paso bajo el arco detector de metales, recojo mis enseres y, al poner mis pies sobre el primer escalón de la escalera mecánica y comenzar a ascender, me digo que definitivamente me alejo de él. Me giro justo antes de llegar arriba y lo descubro mirándome, con las manos en los bolsillos. Sonrío y le digo adiós con la mano justo cuando noto que ya he llegado arriba y, no sé ni cómo, no levanto bien el pie y me tropiezo sola.

Intento ahogar el grito sin éxito y soy consciente de que me ha visto, pero me niego a girarme y reconocer lo torpe que puedo llegar a ser, así que continúo caminando, esta vez sin que me vea, y se me escapa una carcajada cuando veo a dos niños de unos cinco años reírse de mí; su madre los riñe, pero le hago un gesto para que lo deje estar... Son unos críos y, para ser honesta, ha tenido su gracia, para qué engañarnos.

Para mi sorpresa, he pasado el control de seguridad muy rápido, así que hago tiempo dedicándome a comprar cuatro tonterías en la tienda *duty free*; si es que no lo puedo evitar... entre ellas, un pintalabios rojo que seguro que no voy a utilizar jamás, pero, oye, es tan pequeño y cuco que no he podido resistirme. Miro en la pantalla la puerta de embarque a la que debo dirigirme y ni rastro... de momento no consta, aunque ya es casi la hora; espero que el vuelo no se retrase, porque estoy agotada.

El hecho de estar unos minutos sentada sin hacer nada consigue que el cansancio de todo el día me pase factura y me note de bajón. Creo que mis ojeras están a punto de llegarme al suelo y se me abre la boca como a un oso, pero no me escondo, me da igual que me vean. Miro el reloj y compruebo que ya van cinco minutos pasados de la hora; eso no presagia nada bueno. Menos mal que he conseguido un enchufe y mi móvil vuelve a funcionar. Veo un mensaje de mi padre.

¿Ya estás en el avión?

«Ojalá», pienso resignada. Tecleo una escueta contestación.

De momento, no... y aun no hay aviso de embarque... Sin duda saldremos con retraso.

A lo que contesta al momento.

Tranquila, me tomaré una cerveza mientras te espero.

Quiero una, sin duda me bebería una copa helada de cerveza con gusto ahora mismo, pero, consciente del respeto que me da volar, prefiero no hacerlo para no terminar montando el espectáculo y que me tengan que echar del avión.

Miro la hora, observo a las personas que, al igual que yo, están desesperadas por subir a la aeronave y llegar a la isla. Las azafatas nos miran de soslayo con la esperanza de no tener que soportar muchas quejas y, cuando ya he perdido la cuenta del rato que ha pasado, mi culo está plano como el asiento de plástico duro en el que estoy sentada y puede que, cuando me levante, mis piernas no respondan.

Al fin, nos piden que empecemos a embarcar.

Una vez en el avión, tengo la esperanza de que éste despegue lo antes posible. Me acomodo en el asiento y cierro los ojos para descansar un poco; estoy agotada... pero, cuando parece que estoy a punto de dormirme, alguien se instala a mi lado y me desvela.

Me giro y veo a un chico guapísimo. Pero ¿por qué veo a tantos posibles candidatos a ser el hombre de mi vida y ninguno de ellos lo es? ¿Por qué todos son tan atractivos? Puede que esté tan necesitada que mi gusto ya no sea tan exigente, que me conforme con menos de lo que acostumbraba a hacer hasta que conocí a Marco. Sólo de pensar en él, en mi ex, se me revuelven las tripas, porque me cabrea que, cada vez que a él le apetece aparecer, yo lo sigo como una tonta. Vivir estos meses en Barcelona había posibilitado que me olvidara de él, pero, ahora que estoy a punto de volver, lo recuerdo de nuevo. Espero y deseo que se haya ido de la isla, muy lejos, allí donde Marco se fue

con su mono a buscar a su mamá... ¡Por mí como si se la tira!, me da absolutamente igual, pero, por favor, no quiero volver a cruzármelo.

Al parecer suspiro demasiado fuerte para su gusto, ya que el chico de al lado me mira con cara de horco; cualquiera diría que al muchacho le molesta todo... pero tiene un problema, porque soy un culo inquieto y necesito ir al baño. Me río para mis adentros cuando le hago un gesto con la mano para que entienda que debo pasar.

Para su desgracia, los asientos de las compañías *low cost* son más estrechos de lo normal y tendrá que ponerse de pie para dejarme pasar; con la mala leche que se gasta, me alegro de ello, ¡que le den!

A desgana, coge sus cosas y se pone de pie. Cuando paso por delante le doy las gracias divertida, consciente de que lo he molestado. Al regresar también lo hubiese hecho, pero le cedo mi asiento para no tener que obligarlo a levantarse de nuevo; éste se desplaza y yo me siento, sin ser tan mala persona como debiera.

Abro los ojos y me limpio con disimulo; he dormido tan profundamente que hasta se me ha caído la babilla. Miro a mi compañero de viaje, que está escuchando música y aparentemente trabajando, según creo por cómo teclea en un portátil. Me asomo hacia la pantalla al tiempo que estiro la espalda... y me pilla; intento disimular, pero su cara de «¿qué miras?» casi me fusila, así que me giro hacia el pasillo y miro el reloj, apenas quedan veinte minutos para aterrizar.

—Perdona.

—¿Sí? —me contesta la azafata con una gran sonrisa—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Me puedes traer un poco de agua.

—Y un café solo, con un azucarillo.

Acabáramos, qué listo es el capullo. Vaya sonrisa descarada le ha soltado; el horco, de tonto, no tiene un pelo.

—Ahora mismo.

Aquí hay tomate, ¡cómo se miran y se sonríen! Ganas me dan de vomitar entre los dos, salpicándoles los pies, a ver si así dejan de escupir corazoncitos a mi lado.

Al fin se marcha y me voy al baño antes de morirme de envidia. Qué asquito.

Lo que resta de viaje no es mejor, pues el muy idiota no deja de guiñarle el ojo cada vez que pasa por nuestro lado, porque no deja de pasar, y yo en medio, sintiéndome un poco estúpida, por no decir casualmente estúpida al cubo.

—¡Perdona! —Reprimo la carcajada que asoma peligrosamente a mis labios al verlo pasarse las manos por la bragueta; cualquiera diría que se ha meado encima. Recojo la botella de agua que acabo de vaciarle sobre los pantalones al darle un codazo y le pongo el tapón para levantarme—. Ha sido sin querer.

—Eres muy torpe... ¡Serás idiota! —gruñe enfadado de verdad, y lo entiendo; yo en su lugar estaría pegando gritos como una loca pensando que es lo peor que me podría pasar.

—Te he dicho que ha sido sin querer y tampoco es para tanto, se secará en nada y, si no, pues te jodes.

Tras soltar esto, me levanto del asiento muy digna, cojo mi bolso y camino por el pasillo del avión, satisfecha por haberlo fastidiado un poco.

Justo antes de salir de la aeronave no puedo evitar dirigir mi atención a él y veo cómo la Barbie azafata está secándole la zona de la bragueta, y ahora es cuando me río con una sonora carcajada que seguro que oyen, y me voy como si nada.

—¡Papá! —Acelero el paso y le doy un abrazo cuando llego hasta él.

—Hija, sí que me has echado de menos. —Al oír sus palabras me doy cuenta de lo fuerte que lo estoy agarrando y me separo de él para mirarlo bien de arriba abajo—. ¿Qué miras?

—Estás más delgado...

—Trabajo, hija, trabajo.

—Por un momento he pensado que Antonia te había puesto a dieta.

La pobre no tiene un nombre mejor. Cuando mi padre me la presentó, casi me atraganté de la risa que me entró al saber que me iba a vivir con la tal Antonia. Sin embargo, con el paso del tiempo me acostumbré, pero ahora que llevo tiempo sin hablar con ella vuelve a hacerme gracia su nombrecito.

—Ojalá fuera eso.

—Entonces tenemos mucho que hacer —le digo y medio sonrío. Supongo que está cansado de verdad, porque su reacción no es muy efusiva que digamos, pero lo importante es que ya he vuelto y ahora podrá descansar más.

—Mañana hablamos de eso, o pasado, cuando quieras volver. De momento vamos a casa, que Antonia te ha preparado la cena.

—Me muero de hambre. El sándwich del avión estaba asqueroso; no sé cómo pueden alardear de la comida de los aviones, es lo más vomitivo que he probado.

—Entonces supongo que querrás comer una de éstas.

Abre una bolsa que ni siquiera había visto que sostenía y abro los ojos de par en par esperando que sea lo que creo que me ha preparado Antonia.

—¡Una trucha!

La huelo, cierro los ojos y me transporto a cuando mi madre y mi padre, cada 25 de diciembre por la mañana, me decían que era el momento de hacer unas truchas, un dulce típico canario con forma de empanadilla. Aquella tradición me encantaba, y siempre que como este dulce tan delicioso me

recuerda mi infancia. Le doy un bocado y siento el calor de mi hogar, de mi familia.

—¡Cuánto te he echado de menos! —reconoce, y con el pulgar retira un trozo de comida de la comisura de mis labios; luego me pasa un brazo por los hombros y, mientras saboreo ese dulce tan característico de mi isla, caminamos hasta el coche.

El trayecto hasta casa, sorprendentemente, lo hago en silencio, como si no conociera la carretera por la que circulamos, aunque podría recorrerla con los ojos cerrados, y me siento diferente. Supongo que estar dos años alejada de mi casa me ha hecho madurar y, sobre todo, valorar mucho más cada una de las cosas que tanto he echado en falta... incluso a mi hermana, bueno, hermanastra o como se deba llamar.

—¿Cómo le ha ido a Idaira?

Mi padre deja de mirar la calzada y veo cómo sus ojos denotan tristeza.

—No estaba preparada para asumir tus responsabilidades.

—Jolín, papá, ¡no era tan difícil, tú estabas al timón!

—Idaira sólo quiere estar con sus amigos; eso ya lo sabías, y aun así...

Se queda callado de repente y ya sé lo que me quiere decir. Y aun así, me fui. Me duele que, después de dos años, todavía siga pensando que mi marcha fue un fastidio para ellos.

—Lo necesitaba; ahora tengo muchos proyectos, papá, y una formación que nos va a servir para que nuestro hotel sea el mejor de la isla.

Justo cuando termino la frase, veo cómo el coche para delante de la cancela de la casa de Antonia y mi padre ya no responde, espera a que yo baje del vehículo.

—¡Ya estás aquí! —La cara de alegría de la mujer de mi padre no me sorprende, desde el primer día me ha tratado como a una hija más—. Pero ¡qué delgada has vuelto! Entra y come, que tengo la cena lista. —Me planta un beso en la mejilla y, agarrada de su brazo, entro en la que ha sido mi casa durante muchos años.

—¿Dónde está?

—¿Pues dónde va a estar? Con los amigos.

Me sorprendo de que haya imaginado que Idaira estaría esperando que volviera. Nunca nos hemos llevado muy bien; supongo que ser mayor y bastante más responsable que ella ha sido un motivo de rivalidad entre nosotras, más bien para ella.

—¿Y qué hay de cenar?

Antonia me da un abrazo y los tres nos sentamos a la mesa, en la que no dejo de explicarles todo lo que me viene a la cabeza acerca de estos dos años en Barcelona con mi madre.

Abro un ojo y miro el reloj; no me puedo creer que sean las doce del mediodía... aunque no es de extrañar, el día anterior fue muy intenso.

Miro al techo y recuerdo cómo me desperté en el hotel. Niego y me río de mi misma en silencio, y después Campos viene a mi mente... o Bruno, no sé cómo llamarlo exactamente. Creo que don perfecto es el mote que más le va.

Cojo el teléfono fijo de la mesilla de noche y marco el número de Noelia.

—A buenas horas me llamas, esperaba que lo hicieras ayer.

—Perdona, es que se me hizo muy tarde. Le expliqué a mi padre muchas de las ideas que tengo para el hotel y el pobre creo que terminó atorado.

—Conociéndote, normal.

—¡Oye! No te pases.

—Eres una cansina, y lo sabes.

—Y tú, una idiota, y también lo sabes.

—Pues sí, también. ¿Quedamos? Quiero verte ya, hace mucho que no lo hacemos.

—Es que... —dudo en responderle, porque por un lado deseo irme con ella y contarle muchas cosas, pero, por otro, necesito ir al hotel y proyectar mis

sueños—. ¿Dónde quedamos? —Soy demasiado facilona, al fin y al cabo.

—En la playa del hotel, así después puedes ir directa, que ya sé que lo estás deseando.

—¡Cómo me conoces!

—Más de lo que me gustaría.

—¡Por cierto! —suelto de repente, sentándome en la cama e intentando recogerme el pelo con la mano.

—¿Qué?

—¡Noelia, no sabes lo que me ha pasado!

Me hago la interesante, sabiendo que eso la saca de quicio

—¡Sorpréndeme! —dice, y oigo su carcajada a través de la línea telefónica, así que cojo aire para contárselo todo todo.

—Me he enamorado —le revelo con ese entusiasmo tan característico de cuando encuentras el amor.

—No me digas...

Su tono de «esto no es nuevo» me molesta.

—Pues te vas a quedar con las ganas de saber más, nos vemos ahora. —
Finalizo la llamada al tiempo que me dejo caer hacia atrás y vuelvo a estar tumbada sobre la cama mirando al techo... recordando su imagen—. Bruno... Campos... —suspiro enamorada.

Capítulo 5

Me levanto de la cama de un brinco y me voy al baño, donde me doy una ducha rápida y comienzo a prepararme para marcharme.

—¡Buenos días! —Huele a cruasán recién hecho. Me llevo uno a la boca rápidamente y Antonia me da una cachetada en la mano que casi consigue que se me caiga al suelo—. Cuidado...

—¿Quieres comerte uno de éstos? —Me señala un plato que hay en la mesa de la cocina con otras cosas caseras para que desayune—. Éstos están calientes y te pueden sentar mal. —Coge la bandeja del horno ayudada por un trapo y, procurando no quemarse, la coloca lo más cerca posible de la ventana para que se enfríen, y yo termino de comerme el cruasán caliente que tanto me gusta.

—Me voy con Noelia a la playa, almorzaré en el hotel —anuncio mientras cojo una taza para llevar y me pongo un café para no perder más tiempo del necesario.

—Adriana, pero quiero...

—No tengo tiempo; esta noche hablamos, te lo prometo.

Le guiño un ojo y, tras coger otro cruasán, esta vez de los del plato, salgo de la cocina feliz por comenzar con el trabajo para cumplir mi sueño.

Abro mi golfito y me monto en él. ¡Cuánto me gusta mi coche y cuánto lo he echado de menos! Una de las cosas que menos me gustan de Barcelona es el metro; eso de ir bajo tierra sin ver nada y oliendo el sudor de los demás nunca ha ido conmigo.

Giro la llave del contacto y arranca a la primera.

—Tú nunca me fallas, amigo —suelto en voz alta mientras acaricio el volante, y luego circulo hasta llegar al aparcamiento del hotel, donde estaciono. Una vez allí sorteo la tentación de entrar y decido dirigirme al camino de arena que me lleva a la escalera desde donde veo el *beach club* y la caseta de actividades marinas de mi amigo Teo.

—¡Pero ¿qué ven mis ojos?! ¡Si ha venido la más guapa de esta isla!

—Mira que eres tonto. —Nos damos un abrazo y me señala hacia una de las mesas, en la que descubro a mi amiga—. Ella sí que es la más guapa de la isla. —Se le escapa una sonrisilla y vuelve hasta el mostrador para seguir con su trabajo.

Teo y Noelia han tenido algún que otro encuentro, pero nada serio... Siempre se han limitado a noches de fiesta cuando van pasados de copas, pero al día siguiente ambos han actuado como si nada. La verdad es que son tal para cual; el único defecto que tiene Teo es su amigo del alma, ese innombrable que es mi ex, y que ahora que lo pienso no debería estar acordándome de él.

—¡Buenos días, Noe!

Me siento justo delante de ella y las dos sonreímos antes de ponernos de pie y darnos un achuchón.

—Ahora me cuentas con pelos y señales lo que no me has dicho por teléfono.

Me río en una carcajada porque sabía que era lo primero que me iba a preguntar. Nos sentamos de nuevo y le pido una cerveza al camarero, que al reconocermelo me da dos besos y también la bienvenida al hotel, y trago tras trago comienzo a relatarle el día anterior.

—¡Tía, no me jodas, los japos la tienen pequeña!

Se muere de la risa en mi cara, hecho que no me hace ni puñetera gracia, y espero que termine con su diversión para rebatirle.

—¿Tú sabes eso de que la excepción confirma la regla?

—¿Y él es una excepción? ¡Si no te has acostado con él!

Continúa riéndose de mí como si yo no estuviera delante. Le lanzaría la cerveza por la cabeza, pero la miro y, para lo que queda, no vale la pena.

—Pero lo sé. —Doy el último trago y miro hacia la playa segura de que mi Campos no puede tenerla pequeña—. Piensa que es sólo medio japonés, ¿recuerdas? Padre español, mejor dicho, señor padre, porque no veas cómo está el madurito de su progenitor... Si no me crees, pregúntale a mi madre.

—Vale, esperemos por tu bien que haya heredado el miembro de su padre. —Le tiro la carta del club a la cara y es cuando me agarra de las manos por encima de la mesa—. ¡No vuelvas a irte nunca más! Esta isla, sin ti, es una mierda.

—No será para tanto, yo estoy viendo algo muy interesante...

Me bajo un poco las gafas de sol y Noelia mira hacia Teo, que es lo que estoy mirando curiosa, y resopla. Resulta un sonido bastante confuso.

—Es que...

—Tía, está muy bueno... ¡Míralo, joder! —No puedo callarme al ver a Teo sin camiseta, con ese moreno tan característico de los isleños, agarrando una tabla de surf, que luego deja caer sobre la arena y se coloca encima para enseñar algo a dos guiris guapísimas—. O te lo llevas tú o, al final, alguna de éstas se lo llevará bien lejos.

—Está muy bueno, ya lo sé, pero le falta algo...

—Pues dime tú el qué.

Continúo mirándolo sin saber qué le puede faltar al chico.

—¿Chispa? ¿Tensión sexual...?

—¡No te pone! —exclamo, y abro mucho la boca, provocando que se ría y, al fin, reconoce lo que nunca ha hecho.

—En la cama es muy normal; yo necesito más... no sé, me siento el hombre a su lado, y no me gusta en absoluto.

—Uf, pues nada. Adiós, Teo. Busquemos a un buen portento que te haga suspirar hacia los cuatro puntos cardinales.

—Eres una bruta.

—Soy realista, déjate de rollos.

—¿Queréis comer un poco?

Miro a Juan y veo una cazuela con una paella recién hecha a la leña que estoy deseando probar.

—Por favor. —Me relamo y miro a Noelia, que lo hace del mismo modo que yo—. No tienes prisa, ¿verdad?

—No recuerdo un plan mejor. —Deposita la cazuela sobre la mesa y, cuando va a dejar los platos, Noelia lo detiene—. No, la paella se come directamente del caldero.

—Te lo dice una buena valenciana —le aclaro a Juan, que está alucinado por no saber de lo que le está hablando—. Pues un brindis de cucharas, amiga.

Las chocamos y las dos bufamos justo antes de llevarnos a la boca el primer y glorioso bocado de ese arroz tan delicioso que siempre se hace en el *beach club* de mi hotel.

—¡Cómo echaba de menos esto! Y la playa, volver a vestir con mis *shorts* sin miedo al qué dirán, al viento que sopla y nos refresca... —Me mira sonriente sin decir ni una palabra, porque ella me entiende perfectamente—. Mira, calla...

Permanecemos un momento en silencio, señalo con mi dedo índice hacia arriba, saboreando la paz de esta cala, hasta que de repente una música estridente comienza a sonar y el arroz se me va por donde no debiera y empiezo a toser.

Me pongo de todos los colores existentes en la gama cromática, y no dejo de toser, maldita sea. Noelia se levanta y me trae agua corriendo para ayudarme a parar esta asquerosa tos.

—Pero ¿qué es esa música?

—Uf. —Veo cómo se lleva las manos a la frente y es cuando sé que hay algo que no me ha contado—. Pues, Adri, es que... verás...

—¿Qué pasa aquí? ¿Cómo pueden poner una música tan alta?

Me pongo de pie y Noelia me frena. La miro esperando una respuesta y no

sabe qué decirme, así que la aparto y camino escaleras arriba hasta que llego a la zona de la piscina y veo a mi querida hermana frente a la barra, bailando como una loca.

—¡Barra libre, chicos! —oigo que dice, y es cuando acelero el paso por no ponerme a correr entre los pocos clientes que, por suerte, hay en la piscina.

—Quien quiera barra libre, que se vaya a su casa. —Mi voz suena justo después del momento en que paro la música e Idaira deja de bailar muy cabreada.

—Pero ¿tú de qué vas? —me vacila frente a sus amigos, pensando que me va a amilanar, pero lo que ella no sabe es que aquí la niña es ella, no yo.

—Adri, por favor, hay clientes. —Noelia me agarra del brazo e intenta que comprenda la gravedad del asunto; sin embargo, yo no soy el problema, sino la estúpida de mi hermanastrita, a la que parece que mi marcha se le ha subido a la cabeza.

—Idaira, ¿no me vas a dar dos besos de bienvenida? —Obviamente no esperaba mi reacción y, confundida, se acerca hasta que le doy un falso abrazo en el que aprovecho para decirle—: Tenemos que hablar en un lugar más privado; diles a tus amigos que esperen en la playa un segundito.

La agarro de la trenza con fuerza y, para mi fortuna, me hace caso y no montamos el espectáculo que creía que se iba a armar.

—Chicos, ahora llevo bebidas a la playa, id pasando. —Lo tiene claro, si piensa regalarlas—. Eres un poco aguafiestas, ¿no?

No le doy una torta porque mira...

Caminamos hasta adentrarnos en uno de los salones que utilizamos para las convenciones y celebraciones y me paro de repente al ver lo dejada que está la sala, pero ahora no tengo tiempo para eso.

—¿Tú crees que podemos dar esta imagen en el hotel?! —le pregunto sin preámbulos, señalando hacia la piscina.

—Ah, claro, es mejor irse y despreocuparse.

—Idaira, ¿otra vez? —No me da la gana de defenderme más—. Esto es

nuestro negocio. —Hago hincapié en la palabra «nuestro», para que sepa que es de todos—. La imagen lo es todo...

—La imagen, ¿para quién? Acaso no te has dado cuenta de que no hay huéspedes. —Lo que acaba de decir me deja atónita—. Bueno, tres o cuatro habitaciones están ocupadas.

Pero ¿cómo puede ser? Si este hotel, en estas fechas, está siempre hasta los topes.

—¿Y reservas? —inquiero preocupada—. ¿Nada? —pregunto ante su callada por respuesta—. ¿Y no me habéis llamado?! —Ahora sí que le grito enfurecida.

—¿Para qué? —Se le escapa una risa molesta—. ¿Nos ibas a enviar clientes desde Barcelona?

—Nunca se sabe. —Veo que se da media vuelta para irse, pero, antes de que lo haga, añado—: He regresado para renovar este hotel, para que todos estemos orgullosos de lo que mi padre ha trabajado durante toda su vida.

—Pues mucha suerte. —Se gira para que la mire—. Que sepas que, como ya has regresado y a mí este hotel me la trae sin cuidado, es todo tuyo y no pienso volver.

No le respondo, no merece la pena. Si no quiere luchar, lo puedo entender, para ella no es nada más que un castigo que le han impuesto por mi ausencia, pero ahora estoy aquí de nuevo y nada de esto —me doy la vuelta para mirar a mi alrededor— va a volver a ocurrir mientras yo esté aquí. Tengo que hablar con mi padre, cuanto antes.

—Papá, ¿dónde estás? —le pregunto tan pronto como me contesta a la llamada de teléfono—. No sabes lo que acaba de pasar...

—Hija, te llamo luego, estoy haciendo unas gestiones muy importantes.

—Más que... —No llego a terminar la frase porque mi padre me cuelga y me deja más tirada que una colilla en medio de la noche.

Frustrada y muy molesta, salgo hasta el *beach club*, donde Noelia me está esperando.

—Tía, pero ¿qué ha pasado? —planteo.

Me dejo caer en la silla y miro el caldero que apenas hemos tocado; ya no me apetece seguir con él.

—Come un poco y te pongo al día —oigo que me dice, pero no le hago ni caso, pues sigo absorta en mis pensamientos. No puedo comprender cómo todo ha podido cambiar tanto—. Tu padre ha confiado en Idaira, y ella no ha sabido asumir la responsabilidad de «trabajar». —Mueve los dedos en forma de comillas cuando suelta la palabra «trabajar»... y la entiendo, porque mi hermana nunca ha sido una persona responsable. Aún no entiendo cómo mi padre ha confiado en ella sabiendo que su único afán es el de estar de fiesta con los amigos—. No culpes a tu padre, que te estoy leyendo el pensamiento; él se ha visto superado... e Idaira ha ayudado a que la clientela se marchase, bastante molesta con el servicio.

—No hay ni cristo alojado.

—Lo sé.

—¿Y por qué nadie me ha llamado?! —le pregunto a ella, aunque conozco la respuesta.

—Ya lo sabes... pero ahora has vuelto. Toma las riendas y demuéstrole a tu padre que vas a hacer resurgir este negocio. —¿Resurgir?, pero si está ardiendo en cenizas. Yo pensaba que con renovarlo sería suficiente, pero ya veo que no, tengo que empezar de nuevo, de cero—. ¿Quieres dejar de hablarte a ti misma y compartirlo?

—Tengo mucho trabajo.

—Mucho, más del que te crees. —Comienza a reírse y la miro con cara de «cállate ya»—. Tu padre apenas viene por aquí... Supongo que se ha rendido.

—No puede ser... Mi padre jamás dejaría que este hotel se perdiera.

—Pues, amiga, temo decirte que es la impresión que da.

—Juan, dos cervezas más, por favor.

Necesito calmarme antes de ponerme manos a la obra, así que, como si no hubiera ocurrido nada, seguimos charlando un poco de todo, de su vida, de la

mía, y de todo lo que ella ha podido conocer de la problemática del hotel. La tarde se adentra y con ella la música *chill-out* que me hipnotiza durante unos instantes, hasta que veo a Noelia mirar el reloj, y es cuando me doy cuenta de que ya he descansado suficiente. Las dos nos entendemos sin decir palabra alguna, y nos estrechamos en un abrazo con el que me transmite mucha de su energía.

—El lunes que viene es tu cumple, así que tenemos una cita en mi centro de yoga.

—¡Pedazo de fiesta! —ironizo para que sepa que la idea no es que me haga especial ilusión.

—¡Serás tonta! Después de una clase de yoga, que te aseguro que la necesitarás para desconectar de lo que se te viene encima, nos iremos a celebrar tu trigésimo segundo cumpleaños.

—¿Y no nos podemos saltar la clase? Yo te recojo cuando termines.

—Ni hablar, tú te vienes. Encima el lunes hay una *masterclass* impartida por una eminencia de Filipinas; dicen que ese hombre es el mejor.

—Ajá, filipino... bajito y calvo, eso sí que es un buen plan.

Me tapo la cara a modo de incredulidad.

—No tiene por qué ser bajito y calvo.

—Al igual que todos los japoneses no la tienen pequeña. —Ahora es mi turno para clavarle uno de mis cuchillos afilados que tenía guardado en la retaguardia.

—Ésa me ha dolido, mala persona.

—Donde las dan, las toman.

Le guiño un ojo y comienzo a caminar hacia la escalera de la piscina.

—Te espero el lunes a las diez, ni un minuto más tarde. ¡Va a ser increíble!

—Que sí, pesada.

—No mates a nadie —me pide.

Eso no puedo asegurarlo, pero lo que sí que auguro es una buena leche, y la aviso divertida.

—No te mates tú...

Y comienzo a reírme al ver cómo se gira y se da de bruces contra el que dice que no es chico para ella, Teo..., pero él la mira con unos ojos que no sé yo...

Capítulo 6

Me paro justo delante de la piscina y me detengo a mirarla. Un estado desastroso... El agua no está tan limpia como debería y alguna baldosa del borde está levantada, por lo que cualquier cliente puede cortarse en un pie. Además, la barra del bar de esa zona está repleta de cosas, trastos que no tendrían que estar a la vista del público. Este hotel se ha convertido en una catástrofe.

Entro en la recepción y veo a Ana. La pobre no tiene cara de contenta; al contrario, está bastante a desgana.

—¡Buenos días, Ana!

Se gira de repente y me mira como si fuera un fantasma.

—¿¡Adriana!?! —Se pone de pie y se acerca para darme dos besos—. Menos mal que has vuelto.

—Sí que me habéis echado de menos —bromeo aun sabiendo que, a juzgar por el estado de todo, por supuesto que lo han hecho—. ¿Dónde está Jaime?

—Se ha ido —me responde mirando al suelo, y me quedo atónita.

¿Cómo se ha podido ir, si llevaba toda la vida trabajando con nosotros? Pero ¿qué narices ha ocurrido?

—Entiendo —susurro; no quiero preguntarle a ella, no tiene por qué darme ninguna explicación, mi padre es quien me las debe todas—. Voy a ponerme al día en el despacho.

—Claro, esto... —Mueve las manos nerviosa, parece que le da miedo decirme algo—... me sabe mal abusar de ti, pero ya se lo he comentado unas cuantas veces a tu padre y...

—Dime, tranquila. Si te puedo ayudar, ya sabes que lo haré.

—Me debéis dos meses, y ya no puedo seguir así. Si no podéis pagarme, me buscaré otra cosa, pero sed claros conmigo.

La miro y remiro y no sé qué contestar. Suspiro y retengo mis ganas de llorar.

—No te preocupes, hoy realizaré el ingreso; me encargaré personalmente de ello.

Me adentro en el despacho y busco entre los papeles del personal el número de cuenta de Ana, no puedo permitir que no se le pague.

Abro la aplicación bancaria del hotel y mi boca se abre tanto que casi roza el teclado del asombro al ver el saldo. No hay dinero, estamos en número rojos. Resignada y con mil preguntas en la cabeza, cierro la sesión y abro mi cuenta personal; no lo dudo un instante y de mis ahorros, que no son precisamente boyantes, le hago una transferencia para que, al menos, una trabajadora esté contenta y no nos abandone.

Vuelvo a marcar el número de mi padre, pero esta vez no lo coge; vuelvo a insistir y nada. Justo cuando voy a dejar el teléfono sobre la mesa, oigo una llamada entrante.

—Menos mal que te dignas llamarme.

—Adriana, soy Antonia.

—¿Y mi padre? —Me sorprende su voz, a ella no la esperaba.

—Quería hablar contigo esta mañana antes de que te fueras, pero no me has dado tiempo. Nada va bien...

—Ya lo veo —la interrumpo—. ¿Pensabais decírmelo cuando el hotel se cayese sobre mi cabeza y me partiese la crisma?

—No ha sido fácil, tu padre solo no podía, e Idaira... a ella le ha venido grande todo.

—El caso es que no entiendo nada... Cuando me fui, todo funcionaba bien... y ahora... ¡no hay ni un mísero euro! —No puedo evitar gritar—. Acabo de pagar a Ana con mis ahorros. ¡Le debíamos dos meses, dos!

—Lo sé, y he tratado de reunir el dinero, pero me ha sido imposible.

—Antonia, ¿y mi padre? —le pregunto una vez más, ya que antes me ha dado la callada por respuesta respecto a este asunto.

—Está quemando el último cartucho.

—¿Puedes ser más concisa, por favor?

—Una persona le debe un favor y está intentando que le deje dinero para tener la liquidez suficiente como para remontar la situación. —Suspiro apenada, no me puedo creer que estemos al borde de la quiebra—. Adri, tu padre te necesita más que nunca, quería que lo supieras.

—Y aquí estoy, nunca me he ido del todo.

—Por eso te he llamado, tú eres la única que puedes salvarlo.

—Esta noche, ¿te importa si me lo llevo a cenar fuera? —Tengo una idea, una que va a conseguir que me pueda acercar a él—. Te lo devolveré pronto —bromeo, como si estuviéramos hablando de un niño.

—Todo tuyo, no sabes la alegría que me das. —Capto su tono sonriente y por un momento la tensión que había creada se afloja para terminar la llamada como si el problema no fuese tan grande como es.

Salgo del despacho y Ana corre atropelladamente hasta mí; la veo tan sonriente que me siento bien. Ha sido mi primera decisión tras mi vuelta y puedo estar orgullosa de ella.

—No me digas nada, tienes mucho trabajo; te necesito a mi lado para resucitar todo esto.

—Por supuesto. Gracias, de verdad. —Le sonrío y, cuando me voy a marchar, me da la sensación de que me quiere contar algo y le hago un gesto para que sepa que estoy esperando a que desembuche—. El otro día hice una lista de todos los desperfectos que he ido detectando; intenté dársela a tu padre, pero no me hizo ni caso.

—¿La tienes aún?

Afirma con la cabeza antes de dirigirse a la recepción y, entre el revoltijo

de papeles, coge uno de ellos que me entrega y me voy hacia el jardín para leerlo detenidamente.

La tarde ha sido agotadora; la he pasado revisando cada uno de los desperfectos que Ana localizó y añadiendo otros que se le habían pasado por alto. Me he ido a un centro de bricolaje y he comprado todo lo que creo que necesitaré para solventarlos, porque, si no hay dinero, yo misma los arreglaré. Nunca se me han caído los anillos y mucho menos se me caerán ahora. Para terminar esta locura de tarde, he comprado cena para poder llevar a cabo este pícnic que acabo de montar en la parte exterior de mi casa, un pequeño rincón cerca del acantilado, a pocos metros del abismo, que pertenecía a mi madre y que, desde que se fue, me he apropiado para los días en los que necesito desconectar.

Desde mi posición puedo ver el hotel y la playa, y dejo que mi vista se pierda en el horizonte, que poco a poco se apaga y me regala una puesta de sol mágica, como las que recordaba. Oigo unas voces y, al girarme, los veo agarrados de la mano. Sonrío porque, aunque en el fondo hubiera preferido que mis padres estuviesen juntos, sé que con quien es feliz es con ella.

—Buenas noches, papá.

Al oír mi voz, se para de repente y observo cómo se miran entre sí.

—Nos vemos en un rato, cariño; hoy tengo cosas que hacer. —Me guiña un ojo y veo cómo mi padre le sonrío agradecido, Antonia ha sido clave hoy.

—Así que ahora me hacéis una encerrona.

—Parece que es la única forma que tengo de conseguir hablar contigo. — Lo agarro del brazo y juntos avanzamos hasta el final del camino, donde apoyo mi cabeza en su hombro y me abraza con fuerza para terminar de ver cómo desaparece el sol y nos muestra la noche tan bonita que cae—. No recordaba lo que era vivir todo esto.

—Es un paraíso, cariño, aunque últimamente se esté convirtiendo en una pesadilla.

—Papá, no nos vamos a rendir —afirmo justo cuando lo guio hasta el mantel que he colocado con nuestra cena y me dispongo a encender todas las velas que he sacado para iluminarnos—. Esta tarde he hecho un repaso de la situación y ya tengo un plan.

—Miedo me das. —Se le escapa una sonrisa—. No sé si merece la pena tanto esfuerzo.

—¿Perdona? —No puedo creer que mi padre haya dicho esas palabras—. ¿Y qué piensas hacer entonces?, ¿cerrar?, ¿vender? No, papá, no voy a consentir que eso ocurra.

—Adri...

—No sigas por ahí —le advierto, levantando un dedo inquisidor—. He estudiado muchísimo estos dos años y estoy preparada para convertir este hotel en uno de ensueño, sólo tenemos que arrimar un poco más el hombro.

No me dice nada, pero sé que está muy preocupado y, como no quiero que nuestro pícnic se convierta en algo que nos pueda hacer discutir, decido invitarlo a cenar y olvidarnos del tema tras haberle expuesto mi plan.

—De verdad que un día de éstos me voy de viaje y desaparezco —refunfuño en un tono de voz bajito, pero suficientemente alto como para que me oigan el resto de los trabajadores del hotel.

Obviamente no van a contestarme nada, pues me acaban de ver discutir con el calvito gruñón, que viene siendo mi jefe y mi progenitor... ¡Me cago en la madre que lo parió, por ser ella la culpable de que heredara ese carácter avinagrado! ¿No se podía parecer a mi abuelo, que era todo amor? ¡Cómo no se iba a ir mi madre a la otra punta de la península...! A ver quién lo soporta en unos años.

Oigo el teléfono y al mirar la pantalla veo que es Noelia, ¡qué raro! Voy a cogerlo, pero aparece un cliente enfadado y no puedo contestar. Para mi desdicha, tras más de quince, eternos, minutos, desisto y lo invito a marcharse sin cargo alguno. No puedo creer que este hotel se haya convertido en tal desastre en tan poco tiempo... pero echarle en cara algo a mi padre no es justo, ya me lo recalcó el otro día, «no te hubieras ido». Esas cuatro palabras fueron las que más me dolieron, aunque no las únicas que me regaló antes de dar un portazo y dejarme quejándome sola.

Vuelve a sonar mi teléfono y veo que una vez más es Noelia, ¡qué pesadita está de buena mañana!

—¡Dime! —respondo un poco molesta sin darme cuenta. La verdad es que no lo estoy con ella, sino conmigo misma, por todo lo que ha ocurrido esta semana.

—¿Dime? ¿Acaso no recuerdas que llegas tarde?

¿Tarde? ¿A dónde?

«*Mierdocles*, había quedado para ir a yoga con ella, para vivir una de las experiencias más gratificantes del mundo»; pronuncio esa frase para mis adentros con retintín, como hice el día que me la dijo y yo la repetí como una autómatas.

—Ya estoy llegando, tontita —miento como una bellaca.

—No te lo crees ni tú.

Me conoce demasiado como para tragarse mis mentiras de pacotilla.

—Bueno, estoy saliendo...

—No sigas soltando trolas. —Me callo, es lo mejor que puedo hacer, porque la pobre tiene toda la razón, pero es que mi memoria Dori no da para más; por mucho que yo quiera, no da...—. Vuela, que la clase no ha comenzado, así que estás de suerte.

—Vale.

Termino la llamada y, a toda prisa, me voy hacia el cuarto del servicio para cambiarme de ropa. Menos mal que siempre tengo una bolsa de emergencia

con alguna muda por si acaso. Porque, los «por si», son mis favoritos... Me sería imposible enumerar todos los que tengo guardados por todos los rincones, por si en algún momento los necesito.

Cojo las llaves de mi golfito, esa reliquia de veinte años que jamás me ha fallado, y me monto en él para irme lo antes posible hacia el salón de yoga al que no sé ni cuándo ni cómo me convenció para acudir a la *masterclass*... Bueno, el cuándo sí lo sé: la otra noche, tras un par de copas, así que ya os podéis imaginar el cómo me convencí de ir, sabiendo que mi elasticidad es cero y que seguro que saldré lisiada y convertida en el hazmerreír del resto de los presentes. En fin, mejor no lo pienso y que pase este trance lo más rápido posible.

Muevo la cabeza al ritmo de la música y le doy un golpecito al atrapasueños que cuelga del retrovisor, ¡cómo me gusta que se mueva!; lo miro y sigo sus movimientos... cuando un golpe me hace dar un grito que *pa'* qué.

—¡Hijo de la Gran Bretaña!

Abro la boca de par en par al ver el retrovisor de mi golfo colgando por un hilillo de birria, que apenas lo va a sujetar mucho tiempo más. Saco la cabeza por la ventanilla para ver quién ha sido el indeseable que me lo ha roto y encima, por si fuera poco, se ha largado como si nada y es cuando a lo lejos... ¡No puede ser, es mi moto! Cojo el teléfono móvil a toda prisa y marco el número de la policía.

El semáforo sigue en rojo, y el indeseable se aleja, ¡se lo ha saltado!, y me siento impotente por no poder ir tras él. ¡Maldita sea!, me rompe el coche, me birla la moto y no puedo hacer nada.

—Me han robado la moto... y el ladrón acaba de romper el retrovisor de mi Golf con ella... Es un tío con casco y chupa de cuero.

—Perdone, ¿me podría indicar con quién hablo?

Su voz calmada me pone de los nervios, ¡me han robado la moto, es que no lo entiende! Alguien se ha largado con ella tras romperme el retrovisor y he

visto cómo se alejaba, cómo le perdía la pista, y la policía me pregunta mi nombre, así va el país.

—Adriana.

—Muy bien. ¿Me dice que le han robado la motocicleta? Me podría indicar la matrícula y el modelo.

—Una Vespa Primavera 125.

—¿Color?

—Rojo pasión. —La línea de teléfono se queda en silencio de repente, pero así es como se llama el color, tal cual lo ponía en la web cuando la compré—. ¿Puede buscar mi moto ya? Al final se va a fugar, y no quiero perderla para siempre.

—Matrícula, por favor.

—6969HDP. —Hache, de hijo; de, de de, y pe, de...—. ¿Perdone? ¿Qué me ha dicho?

«Adriana, céntrate, que es más importante recuperarla que tus tonterías.»

—Que en qué calle la ha visto por última vez.

—En la avenida del Papagayo. —Justo cuando lo pronuncio, el semáforo se pone en verde y continúo circulando, sabiendo que el motorista se ha largado y ya no voy a ver nunca más a mi Vespita, con lo coloradita y bonita que es, y a tantos sitios que me ha llevado—. Maldito hijo de la gran Dinamarca.

—¿Perdone?

—¿Quieren buscar mi moto de una vez y dejar de hablar?

—Eso intento hacer, pero, si no me facilita todos los datos, es muy complicado, ¿sabe, señora? —Uy, se ha enfadado, así que con toda mi educación respondo a las últimas preguntas, un poco más amable, hasta que me indica que, en cuanto sepan algo, me llamarán al número que les he dado—. Buenas tardes —termina diciendo justo antes de colgar.

Pulso el claxon con toda mi mala leche para que el inútil que está el primero avance de una jodida vez. El conductor del coche de al lado me mira como si estuviera loca; sin embargo, me da igual... Sigo presionando el

molesto pito hasta que todos los vehículos de delante circulan y puedo proseguir mi camino hasta llegar al centro de yoga.

Busco aparcamiento y veo un hueco delante de la puerta, ni yo misma me lo creo; aparco lo más rápido que puedo, salgo del golfito y lo rodeo para llegar a la acera, cuando algo me hace detenerme de repente.

¡Mi Vespa! Está ahí, justo al lado de mi coche, aparcada como si nada... No le han puesto la cadena, ¿qué más da si no es suya? Total, si la roban una vez más, tanto da. Me enfado y cojo un juego de llaves que tengo en el bolso y la ato para que, cuando salga de la estúpida clase, esté en el mismo sitio y pueda llevármela a casa.

—Menos mal... Entra, corre, has llegado justo a tiempo. —Noelia me agarra del brazo y me estira hacia dentro sin darme tiempo a decirle ni hola—. Recuerdas que nos reíamos de... —Se ríe como una hiena cuando entramos en la sala y no termina la frase; soy yo la que, con mis propios ojos, descubro una imagen que me deja paralizada.

—No puede ser... —Ahogo las palabras al verlo a través del espejo.

Capítulo 7

—No puede ser que lleguéis tarde e interrumpáis al resto —finaliza mi frase a la vez que me mira fijamente a través del espejo, pero mis ojos se desvían... Intento que se centren en los suyos, que me están siguiendo, pero tiene un culo que hasta hoy no había visto tan bien.

—Perdón —se disculpa Noelia, y tira de mí hasta que me veo parada frente a una colchoneta y observó cómo ella se coloca en la misma posición que él.

En cuclillas, comenzamos bien... Miro hacia la puerta, pero está demasiado lejos como para salir sin ser vista, así que, con todo mi esfuerzo, me agacho e intento posicionarme como puedo; sé que no lo hago bien, y que está aguantándose la risa para no mofarse de mí en mi cara.

—Respirad nariz, nariz, sentid cómo vuestro cuerpo se estira, cómo se desconecta de vuestra mente, que viaja... —No puedo prestarle atención, sólo pienso en el dolor que experimento ahora mismo—. Por favor, sentaos y juntad las plantas de los pies, agarráoslas con las manos. —Menos mal, algo que puedo hacer sin partirme en dos.

Cierro los ojos y por fin me relajo; escucho el sonido que emiten los altavoces... una corriente de agua, gotas que caen, pero algo me distrae. Abro un ojo disimuladamente y no lo veo delante del resto, sino que su reflejo me muestra que está a mi espalda.

—Un poco más. —Presiona la columna de Noelia con un dedo y ella responde dándolo todo.

Ella creyendo que una eminencia filipina nos iba a dar una clase magistral sin saber que en realidad es un medio japonés medio español, y que está como

un tren. Campos, Bruno. Seguro que cuando me llevó al aeropuerto ya sabía que en pocos días también vendría y no me dijo nada.

—Adriana, te veo muy tensa.

Estiro la espalda aún más y sé que está sonriendo, al igual que sé que Noelia lo ha oído y está esperando a que la mire para recriminarme que lo conozco y no se lo había dicho..., pero es que yo no sabía que él sería el profesor de yoga, no tenía ni la más remota idea.

—El yoga no es lo mío —consigo decir en un susurro que oímos él, Noelia y yo.

—Podemos hacer cualquier cosa, sólo hay que esforzarse.

¡Qué fácil lo ve!

Se aleja de mí y vuelve a su sitio, y es cuando la miro y leo en sus labios un «me tienes que contar qué ha pasado» y lo sé. Sé perfectamente el interrogatorio que me espera más tarde.

Acato cada una de las órdenes de Campos. Las chicas están encantadas, se nota que ellas acostumbran a asistir a las clases, pero yo soy nivel cero y me está costando sudor y lágrimas no ponerme a llorar como una niña pequeña porque me empieza a doler todo. Voy a matar a Noelia; no pienso volver nunca más, aunque para ella sea de vida o muerte.

—Muchas gracias, espero que esta sesión os haya gustado. Y sobre todo, que el estado de calma en el que nos encontramos nada ni nadie lo irrumpa.

—Sí —le responde todo el mundo encantado, como si estuvieran ante una eminencia; puede que lo sea y yo no tenga ni idea.

—*Namaste* —y todas responden con la misma palabra.

—Guapetona de cara —ni dos minutos ha tardado mi amiga en dirigirse a mí—, ¿de qué lo conoces, cuándo lo hiciste y por qué no me has dicho nada al respecto, sabiendo que iba a venir aquí? —Termina su retahíla de preguntas y su perorata escaneándolo de arriba abajo. A punto está de comérselo enterito con los ojos.

—Aquí, no —contesto mientras veo cómo me está mirando al tiempo que

habla con las chicas, que no dejan de darle palique para estar unos minutos más con él, ¡como para no hacerlo!, si es un adonis exótico que debería tener prohibido salir a la calle por el riesgo de que le pase algo y se extinga, porque os aseguro que no hay ninguno más de su especie—. En Barcelona, el último día que estuve allí, y ya te lo conté. —Suelto esas escuetas palabras apenas sin mover mis labios, mientras veo que se despide del grupo que lo rodea y éstos se marchan.

En la sala sólo quedamos los tres, y no sé qué hacer..., aunque no tengo que pensar mucho, ya que es él quien toma la iniciativa y camina hasta llegar a nosotras.

—Adriana.

—Campos —le respondo sin dejar de mirarlo a los ojos, intentando averiguar qué piensa.

—No sabía que te gustara el yoga.

—Ni yo que tú vendrías. —No sé por qué le echo en cara que no me lo comentara en el aeropuerto, puesto que no tenía ninguna obligación de hacerlo.

—En esta vida nunca se sabe lo que va a pasar.

Su sonrisa me confunde y eso es lo que más me pone de él, que no llego a descifrar sus pensamientos..., pero el hecho de tener a Noelia justo a mi lado me está poniendo nerviosa.

—¿Y dónde te hospedas? —No podía quedarse calladita, aunque pensándolo mejor me ha hecho un favor.

—En la playa del Papagayo.

Las dos nos miramos.

No sé si él se está dando cuenta, pero estoy alucinada por saber que es huésped de mi hotel y no me he dado ni cuenta. ¿Cómo no me he enterado? Si es que... ¿puede ser más guapo? Lo miro y remiro y no me creo que vuelva a estar frente a él.

—¿Algún problema que deba conocer?

Si es que somos idiotas: las dos mirándonos como dos pamplinas mientras

él espera un mínimo de conversación.

—No, para nada —respondo rápidamente para que no crea que ha tomado una mala decisión.

—¡Ella trabaja allí! —Noelia, como siempre, no se puede quedar calladita.

—Ah, ¿sí? —Me mira sonriente, a lo que no me queda otra que asentir—. Entonces nos veremos sin duda.

—¡Claro que sí! —vuelve a responder ella, como si yo no estuviera y no fuese capaz de hablar por mí misma.

—Os espero en la próxima clase. —Se lanza y me da dos sonoros besos que me dejan inmovilizada; luego veo cómo se dirige a Noelia, a quien también se los da, y después desaparece por la puerta.

Cuando ya no lo puedo ver, me apoyo en la pared y siento cómo el aire inunda de nuevo mis pulmones.

—¡Joder con el filipino, qué calladito te lo tenías!

—No es filipino, sabelotodo, es medio japonés..., ese que, según tú, la tiene corta —le recuerdo sus palabras de hace unos días.

—¡¿Ése es el amor de tu vida?! —Comienza a reírse y la miro sin entenderla—. Anda que tiene mal gusto, la niña —sigue hablando, sin importarle que alguien la pueda oír.

—¡Noelia, está en mi hotel! —suspiro, confusa—. Y le has dicho que trabajo allí... y no sólo trabajo —le recrimino.

—Técnicamente es de tu padre —se burla de mí, antes de agacharse para recoger sus cosas y salir por la puerta.

—En eso tienes razón. —Yo también cojo todas las mías y la sigo hasta la entrada, donde lo veo hablando con dos policías; uno de ellos es Toni, íbamos juntos a clase—. ¿Qué pasa? —le pregunto a Noelia justo cuando me coloco a su lado y ella encoge los hombros al no saber nada—. Buenas, Toni. ¿Va todo bien?

—Me han avisado del robo de tu moto, y este tipo se la estaba intentando llevar.

—¿Tú? —Lo miro alucinada por lo que me acaba de decir mi amigo—. ¿Tú eres quien me ha robado la moto y —le señalo el retrovisor del vehículo — me ha destrozado el coche?

—Lo puedo explicar.

Veo que se pone nervioso y comienzo a disfrutar de la situación.

—Ansiosa estoy.

Me cruzo de brazos y tanto Toni como yo lo escuchamos atentamente.

—Tu padre me ha dejado la moto porque llegaba tarde a la *masterclass*, y con las prisas he calculado mal y te he golpeado, pero no podía pararme o no hubiese llegado a tiempo a la clase.

—¿Mi padre?

Ya le vale a mi padre, ¿cómo deja mis cosas a extraños sin pedirme permiso?

—Entonces, ¿pondrás denuncia? —me pregunta Toni al ver que todo parece un malentendido.

—No, tranquilo, todo está solucionado. —Se despide de mí con un abrazo y le pide disculpas a Campos, que nos está mirando bastante serio—. Así que, aparte de ser un experto en cava, eres una eminencia en yoga y un ladrón de motos.

—Curiosa descripción, ni yo mismo la habría hecho mejor.

—¿Y se puede saber por qué mi padre te ha dejado mi Vespa?

—Porque nuestros padres son amigos desde hace muchos años, confía en mí.

—¿Mi padre y tu padre?

—Y tu madre...

Se le escapa una carcajada, que ya sé a lo que se refiere. Él también tiene claro que son más que amigos.

—Todo queda en familia —contesto resignada, al ser consciente de que mi familia no es ni medio normal.

—Si me permites, te la devuelvo en el hotel.

Me señala el candado que antes de entrar he cerrado con llave.

—Pero tienes que seguirme; como te alejes dos metros más de la cuenta, los vuelvo a llamar.

Ahora no puedo evitar reírme al ver su cara de diversión.

—Bueno, chicos, ¿nos vemos esta noche?

Noelia me da un beso en la mejilla y espera una respuesta mirándonos a los dos, aunque Campos no tiene ni idea de qué habla.

—No hay forma de escaparse, ¿no? —me contesto yo misma y ella, risueña, se va caminando.

—¡Sabes que lo pasaremos en grande! ¡Estás invitado! —oímos sus gritos a unos metros, que se alejan conforme avanza en dirección contraria, y se ríe escandalosamente.

—Tendrás que informarme de a qué estoy invitado.

Me mira fijamente y siento que me derribo, ¿cómo puedo ser tan pava?

—Celebramos una fiesta en la playa del hotel, nada del otro mundo, pero Noelia es muy pesada.

—Buen plan. —Zanja la conversación poniéndose el casco, montándose en la moto y esperando a que le quite el seguro a la misma—. Gracias.

—No te muevas de mi lado —le advierto divertida.

—Faltaría más.

Se pone las gafas de sol y me quedo embobada unos segundos hasta que me doy cuenta de que tengo que subir a mi coche.

No puedo dejar de mirar por el retrovisor, pues veo su reflejo... Lleva mi casco puesto, así como sus gafas de sol, y fijo la vista en éstas con la esperanza de saber si él también me mira, pero no logro descifrarlo. Su mandíbula está tensa; supongo que está concentrado en la conducción, al igual que debería estarlo yo... Me obligo a hacerlo y compruebo la luz del semáforo, que todavía está en rojo; espero unos segundos hasta que vuelvo a disimular y lo miro una vez más justo antes de que la luz se ponga en verde y decido continuar la marcha seguida por él.

Señalo con el intermitente que cruzo a la derecha y circulo lentamente por el parking de grava del hotel, hasta que me aproximo a la entrada y aparco justo al lado del coche de mi padre.

—Gracias —es lo primero que me dice en cuanto se quita el casco, todavía sobre la moto, y lo miro de arriba abajo sin cortarme un pelo—. Es una maravilla.

—Sí, lo es. —Sonrío al pensar en mi Vespa; siempre he estado enamorada de ellas y, desde que compré la mía, aún más—. Menos mal que no le has hecho nada a mi moto. —Me giro y veo el retrovisor de mi Golf colgando y, sin darme cuenta, pongo cara de pena.

—Mañana lo tendrás como nuevo, yo me encargo. —Baja del vehículo y camina hasta el coche, agarra el retrovisor y estudia los daños—. No es tanto.

—Gracias.

—Es lo mínimo que puedo hacer. —Me invita a caminar haciendo un ademán con la mano, cuando vemos a mi padre salir por la puerta—. Señor Suárez.

—Hombre, Campos, ya veo que has conocido a mi hija Adriana.

—Ya nos conocíamos. —Me mira con una intensidad que me eriza por completo, y yo sólo puedo asentir como una pava—. Coincidimos en las viñas de mi familia. —Sé que mi padre me está observando, pero a mí me da igual, yo me pierdo en su mirada.

—Tengo que ir un día a pasar el día con tu padre, el muy sinvergüenza siempre está ocupado.

«Si yo te dijera con quién», pienso para mis adentros para no decirle que es mi madre la que pasa muchos ratos con él.

—Siempre lo está, pero, si lo llama, seguro que le hará un hueco.

—Lo haré. —Lo agarra de un hombro con total complicidad y me quedo alucinada por no haber sido consciente de que mi familia tenía una relación tan íntima con la suya. He perdido treinta y dos años de mi vida esperando al hombre de mis sueños y mis padres lo tenían escondido en la chistera—.

Bueno, chicos, me voy a casa —se despide de ambos y me mira a mí—: Te quedas al mando —me guiña un ojo—; disfruta mucho, cariño. —Me da un beso en la mejilla y sigue andando hasta que llega a su coche y se va.

Los dos vemos cómo desaparece, sin decir ni mu.

—Así que al mando, ¡yo que pensaba que eras una simple camarera del hotel!

Si es que las mentiras de Noelia tienen las patas cortas.

—No suelo decir que mi padre es el dueño —confieso segura; no quiero actuar delante de él como una panoli que no sabe hilar más de tres palabras.

—En eso nos parecemos. —Me dirige la mirada y afirmo al recordar que él tampoco me aclaró quién era hasta que lo descubrí—. ¿Y el motivo de la fiesta de esta noche?

—Nada importante: una fiesta que celebramos en la playa una vez al año. —¡Mentira!, es mi cumpleaños, aunque no sé por qué no se lo comento—. A las nueve te veo allí.

—Lo intentaré. —Se está divirtiendo mucho; el chico se hace de rogar y eso me pone como nunca.

—Tú mismo —le sigo el juego, creo que con Campos me lo voy a pasar muy pero que muy bien.

Me doy media vuelta y, como si nada, entro en la recepción, donde veo a Ana hablando con un cliente; yo me dispongo a cambiarme para trabajar un poco, aún queda mucho día por delante.

La tarde es una de las más largas de mi vida, el trabajo es tedioso. Como apenas hay clientes, sigo con la intención de reparar los desperfectos de muchas de las habitaciones y la verdad es que no soy muy manitas, debo reconocerlo. Ya he repasado la pintura de dos habitaciones y me queda cambiar la alcachofa de una de las duchas. Cojo del bolsillo la llave maestra y abro la puerta, la entorno y coloco el cartel de «suelo mojado» para que no se le ocurra entrar a ningún cliente.

Reviso la habitación y aparentemente está todo bien, nadie podría decir lo

contrario, aunque cuando entro en el baño es cuando me doy cuenta de dónde está el desastre.

Abro la caja de herramientas y cojo una de ellas, que intuyo que es la que necesito, y me dispongo a aflojar la tuerca para poder desmontarlo y sustituirlo.

—¡Joder! —me quejo en voz alta.

Está más duro de lo que pensaba y debo hacer más presión. Con el brazo, me retiro el sudor de la frente; luego respiro hondo antes de girar la llave con todas mis fuerzas... y grito.

Madre mía, ¡no veo nada! Con los ojos cerrados a causa del chorro de agua que impacta en mi cara, intento a tientas taponar el agujero con ambas manos, pero no logro hacerlo por completo.

No sé qué hacer, estoy completamente empapada y no tengo ni idea de dónde se encuentra la llave de paso para cerrarla. Me meto en la bañera e intento taparlo mejor, pero nada. Escaneo a mi alrededor en busca de una toalla, veo una a mi derecha y me estiro para cogerla.

—Un poco más —me animo a mí misma en voz alta. Estiro más el brazo hasta tocarla con las puntas de los dedos y, cuando la logro sujetar y estoy a punto de celebrarlo con el baile de la victoria, resbalo y me clavo el borde de la bañera en las costillas—. ¡Dios...! —grito sin poder remediarlo, y me quedo paralizada no sé cuánto rato.

—¿Estás bien? —Oigo su voz e intento mirarlo, pero no lo consigo porque el chorro de agua me da en la cara y el maldito sale con mucha presión. Con todo el dolor del mundo, me precipito hacia el agujero y lo tapono con ambas manos una vez más, porque con el golpetazo ni he cogido la toalla del suelo. Noto sus manos presionar sobre las mías, pero el agua sigue saliendo.

—Esto no sirve de nada.

—¡Haz algo, por favor! —es lo único que se me ocurre soltar. Entonces noto que algo me chafa e intento estirar los brazos para darle espacio y noto su cadera en mi cara, está igual de mojado que yo.

—Ya está.

¡Al fin!, y por extraño que parezca, lo único que hago es reírme a carcajadas. Estoy sentada en la bañera, empapada hasta las trancas y no me puedo ni mover.

—No eres muy manitas, ¿no?

Su frase consigue que poco a poco la risa vaya desapareciendo y es cuando lo veo frente a mí, con un vaquero corto mojado y sin camiseta.

Vaya abdominales, vaya pectorales, menudo lunar tiene en las costillas..., si es que es el hombre perfecto.

—Anda, levanta.

Me ofrece su mano y la agarro con fuerza para ponerme de pie. Con cuidado, pongo un pie en el suelo y luego el otro, pero con tan mala fortuna que piso algo viscoso y resbalo. Suerte de su habilidad, pues me impulsa contra él y me agarra de la cadera hasta que mi cara topa con su pectoral.

—Eres un peligro. —Se le escapa una carcajada y lo miro a los ojos, ambos lo hacemos durante unos segundos, y puedo estudiar esos rasgos asiáticos que me están volviendo loca—. Si te suelto, ¿no te matarás?

—No te lo prometo. —«No me sueltes, no lo hagas en la vida.» Dios mío, pero qué duro está. Este hombre no tiene nada más que huesos y músculos y yo los estoy sobando como tanto quise hacer el primer día que lo vi—. Es broma... —Soy yo la que me separo, para poder recobrar la cordura.

Capítulo 8

—¿También arreglas el hotel?

Veo cómo se seca con una de las toallas; observo cada uno de sus movimientos y me estoy poniendo mala. ¿Cómo se puede estar tan bueno?

—De vez en cuando —logro responder, sin dejar de mirarlo.

—Pues deberías contratar a un profesional.

—Mi padre debería contratar, querrás decir —le recalco de ese modo que no es mío, al menos de momento. Porque, cuando lo sea, este establecimiento va a ser el mejor hotel *boutique* de la zona.

—Los negocios son de la familia, nunca lo olvides.

—¿Por eso estabas en las cavas de tu padre?

—Puede.

Lanza la toalla al lavabo y la cojo para secarme un poco. Está medio mojada, pero no me importa en absoluto; disimuladamente la huelo hasta que oigo que me dice algo desde la habitación.

—¿Qué? —le pregunto al tiempo que me seco el pelo y me paro en seco cuando lo veo apoyado en el quicio de la puerta del balcón, pensativo.

—Este hotel podría ser increíble —afirma al fin.

—Lo va a ser. —Se gira y me mira fijamente a los ojos con esa forma suya tan impenetrable que me deja paralizada—. Es mi sueño, y voy a luchar por hacerlo realidad.

—¿Qué plan tienes?

Me sorprende su curiosidad, jamás un chico me había preguntado por mis metas, ni mucho menos se habían interesado en algo más que en un polvo.

—Primero, solventar los desperfectos.

Termino de secarme el pelo y dejo la toalla sobre la silla que hay en el escritorio.

—Las habitaciones no están mal, pero podrían ser fantásticas.

—No son lo que tengo en mente, pero de momento deberán esperar: lo más urgente es mejorar lo que hay, después haré magia.

—¿Y nunca has pensado en comenzar de cero? Muy lejos...

—No —respondo segura de que ése no es mi objetivo—. Jamás me iría de esta isla.

—Lo tienes muy claro.

Se cruza de brazos y yo miro a través de la puerta balconera en la que hace escasos segundos estaba apoyado.

—Aquí soy yo, soy feliz y siento que los problemas no existen. Todo es color turquesa.

—¿Turquesa?

Me mira extrañado y sonrío antes de explicarme mejor.

—Además de estar en un enclave con una frondosa vegetación tropical, aquí el mar tiene un color especial, un azul verdoso único... Dentro de muy poco todo el hotel estará inundado de ese tono. .

—Porque el blanco no entra en tus planes, ¿no? —Noto la mofa contenida y no me molesta; al contrario, me encanta que alguien debata mis ideas—. Blanco, amplitud, limpieza...

—¿Y si los fusionamos? Buena combinación —le digo mientras le guiño un ojo, y se le escapa una sonrisa.

—Deberías cambiarte de ropa antes de que cojas una pulmonía y te pierdas la fiesta de esta noche.

—Tú también... —replico y le señalo el vaquero corto completamente empapado; vuelvo a mirar su torso desnudo, que no ha dejado de brillar y por el que me muero ahora mismo.

—Nos vemos en un rato —se despide, y me dejo caer sobre la cama y miro

al techo al tiempo que suspiro.

«Es perfecto», repito en bucle en mi mente una y otra vez hasta que soy capaz de moverme para terminar de arreglar esta habitación.

Ya estoy lista; al final he optado por una falda larga, blanca, y un top bien corto a juego, mostrando parte de mi barriga. Me miro al espejo, y recojo sólo la mitad de mi cabellera rizada, o el intento de ondulación, con una horquilla.

Cuando llego al aparcamiento recuerdo lo que ha ocurrido esta misma tarde; es la primera vez que lo he visto sin camiseta y este hombre está que quita el hipo. No os podéis imaginar lo que me ha costado acabar de limpiar el maldito baño; estaba de agua... menos mal que he conseguido dejarlo como nuevo, y he puesto el maldito telefonito de las narices. Una habitación menos en la lista de desperfectos por arreglar.

Estoy deseando verlo, y por ello no pierdo ni un minuto. Entro en la recepción y veo que Ana se marcha; en su puesto se queda Montse, una amiga de mi hermana Idaira que no tiene nada que ver con ella: es la amiga responsable, y necesita una pequeña ayuda económica para terminar de pagarse los estudios, así que este verano nos echará una mano con el turno de noche.

—Hola, Montse. ¿Qué tal va?

—Fenomenal, me gusta mucho trabajar en este hotel.

—Me alegro. Estaré en la playa; si necesitas cualquier cosa, por favor, llámame. —Le muestro el teléfono justo cuando oigo una voz que me paraliza y siento un escalofrío por todo mi cuerpo.

—¡Felicidades! —Me giro y no me puedo creer que sea él quien está aquí como si nada, después de todo lo que ha pasado; supongo que mi cara no es de alegría precisamente—. Hoy es 8 de julio, ¿no?

—Eso parece —suelto seca, dirigiéndome al pasillo que me llevará hasta

el jardín para, desde allí, dirigirme a la playa, porque, como esté cerca de él, puedo arrearle una buena bofetada, y delante de los pocos clientes que hay hospedados no es muy buena idea. Mi trabajo me ha costado que el hotel vuelva a conseguir unos cuantos.

—Adriana, por favor, sólo quiero tomar una copa, conversar...

Me frena en medio del pasillo para que no siga caminando.

—¿Para qué? ¿Es que esta noche no tienes con quién irte a la cama?

—Si quisiera, claro que sí —sé que miente, a mí no me puede engañar—, pero hoy es tu cumple y quiero que sea especial.

—Estar contigo no lo hace especial. —Me zafo de su agarre, que me retenía—. Olvídame, Marco, por favor.

—¡No, nena! —Me sujeta de las caderas y me dirige a la fuerza hasta un rincón donde nadie lo pueda ver. Me está haciendo daño; es la primera vez que se comporta de este modo y me asusta—. Hoy vamos a disfrutar tú y yo juntos, porque es lo que quieres y lo sabes.

—¡Marco, suéltame! —le exijo; me tiene aferrada y, aunque intento apartarlo de mí, me resulta imposible.

—¿No la has oído?! —oigo la voz de un hombre que no logro reconocer, pues estoy demasiado nerviosa, pero Marco no le hace ni caso—. ¡Quítale las manos de encima a mi novia!

Los dos nos quedamos paralizados, y aprovecho para esquivarlo y descubrir que se trata de Campos, el hombre que ha conseguido sacarme a Marco de encima, y me quedo boquiabierta.

—¿Y tú eres? —le pregunta mi ex con aires de suficiencia, dando por hecho que lo que acaba de decir es un farol, y lo es... al menos en la realidad, porque en mis pensamientos es mucho más que un novio, pero tengo que reconocer que ha sido mi salvación.

—El señor Campos para ti. Y, por tu bien, no vuelvas a tocarle ni un pelo a Adriana. —Lo amenaza con tal rotundidad que verdaderamente da miedo.

Con todo, lo que a Marco le ha sorprendido ha sido oír mi nombre, y creo

que empieza a creer que está diciendo la verdad.

—¿Nos vamos? Hoy tenemos mucho que celebrar. —Esta vez se dirige a mí, obviando por completo a mi asqueroso ex, que nos mira al uno y al otro sin saber si nos estamos burlando de él.

Doy un paso hacia él y me agarra de la mano para obligarme a pegarme a su cuerpo. Gracias a Dios que rodea mi cintura con su brazo, porque creo que estoy a punto de desmayarme; mis piernas ahora mismo no tienen fuerza, están a su merced.

—¡Hola! —dice mientras me mira a pocos centímetros y yo lo miro embelesada; está mucho más guapo que esta mismita tarde, o quizá es que gana en las distancias cortas.

Los dos sabemos que Marco continúa observándonos, y por ello Campos agarra mi barbilla y la levanta para besarme los labios como si fuera realmente mi novio, y yo me quedo paralizada... ni respondo a su beso ni me aparto, pero para mi fortuna mi ex no me puede ver porque está a mi espalda, con los puños apretados, hasta que tras un suspiro rabioso pasa por nuestro lado para marcharse del hotel.

—Gracias —le digo justo cuando nuestros labios se separan y veo su sonrisa ladina a pocos centímetros de mí.

—Ese tío es gilipollas y no te merece.

—Eso mismo me digo cada día —me sincero con él en un suspiro—. ¿Estás listo para la fiesta? —le pregunto de pronto, y es cuando nos separamos.

—De tu cumpleaños —añade de repente; pensaba que no había escuchado toda la conversación, pero para mi sorpresa sí lo ha hecho—. Felicidades.

—Gracias de nuevo. —Me da un beso en la mejilla y sonrío de repente—. ¿De qué te ríes?

—De nada. ¿Dónde está esa fiesta?

Le hago un ademán para que me acompañe y caminamos por el exterior del hotel hasta llegar a la escalera de madera que está iluminada por velas blancas que nos guían hasta la arena de la playa. Conforme descendemos los

escalones, la luz del sol se va apagando y la intensidad de las velas gana todo el protagonismo. Agarro su mano y le pido que pare; nos miramos y, sin decirnos nada, los dos observamos el horizonte, embelesados.

—¿Ahora entiendes por qué por nada de este mundo me iría de este hotel?

No me responde, continúa mirando hacia el mar, pensativo, y me encantaría saber qué es lo que le pasa por su cabeza. Por ello no le digo nada, simplemente me limito a continuar bajando y percibo cómo me sigue.

—¡Felicidades y bienvenida! —Noelia se acerca hasta mí y me abraza muy feliz. A juzgar por su sonrisa, sé que, mientras lo preparaba todo, se ha bebido un par de cervezas—. Qué bien acompañada te veo, golfilla.

—Te voy a dar como sigas por ese camino —le suelto; disimuladamente, las dos lo miramos, pero él está absorto en sus pensamientos.

No tengo tiempo para decirle nada, pues de pronto me veo rodeada de amigos, que me felicitan y preguntan cómo me ha ido estos meses por la península. Intento ser breve, porque estoy más centrada en mirarlo a él que en disfrutar de este rato con mi gente.

—¿Te apetece comer algo? —Al fin tengo un poco de espacio y tiempo para caminar hasta él—. Hay una barbacoa muy buena.

—Tienes muchos amigos.

—Eso no es malo, ¿no?

—A ver, comes de todo, ¿no? —le dice Noelia como si nada, y veo cómo Campos está aguantando la risa. Esta mujer no asume que su padre es español y que está más españolizado que nosotras—. Perdona, es que te miro y...

—Me he criado en Barcelona, así que, para tu tranquilidad, como lo mismo que vosotras. —Escuchar su explicación consigue que las dos rompamos en una carcajada—. ¿Qué es tan divertido? Quiero reírme con vosotras.

—Lo lerda que soy —le responde Noelia entre risas.

—Tranquila, no eres la primera; algunos incluso me hablan en modo indio, por si no los entiendo.

—¿En serio? —Ahora soy yo la que pregunto.

—Os lo prometo, es lo que tiene que haya heredado los rasgos físicos de mi madre.

—¿Y tu madre vive en Japón? Siempre he querido ir allí. —Siento mucha curiosidad por saber más y no dudo en preguntarle—. Creo que debe de ser un país mágico.

—Tokio es caótica. Mi madre vive en Filipinas, allí tenemos el centro de yoga original. —Se dirige a Noelia, ya que ha quedado claro quién de las dos es asidua a las clases.

—Me encantaría hacer una clase allí, debe de ser precioso con ese paisaje...

—Sí lo es, mi madre ha creado un lugar único para hacer las clases.

—¿Un viaje? —Mi amiga, que no pierde oportunidad, me pregunta.

—Ahora no puedo irme, mi padre me cuelga.

Teo nos grita para que vayamos a sentarnos alrededor del fuego y los tres lo hacemos tras coger una cerveza y un plato con carne que acaban de preparar. La velada continúa entre bromas. Campos se integra a la perfección y no se cansa de contestar a las preguntas de Teo, que es como una maruja andante: lo quiere saber todo y no tiene vergüenza alguna en disparar todo lo que se le ocurre.

—¿Y qué dices del mito de que los japoneses la tienen...?

—¡Tío!, ni se te ocurra preguntarle eso.

—¿Por qué no? —suelta, y consigue que todos se rían. Campos, que de tonto no tiene ni un pelo, ya sabe por dónde van los tiros.

—Si queréis saberlo, tendréis que descubrirlo —le responde con la voz más sensual que le he oído hasta ahora dirigiéndose a mí, hecho que a Noelia no le pasa desapercibido.

—Tío, eres un cabrón muy listo —replica Teo, que le choca el botellín y ambos beben.

Me levanto para coger una nueva cerveza y veo que Campos me sigue. No miro hacia atrás; si algo me ha enseñado mi madre en técnicas de seducción es

que debo hacerme la dura y, visto lo visto, debo hacerle caso.

—¿Necesitas ayuda? —Sonríe ladina al tiempo que me agacho para coger unos botellines de la nevera—. Dame. —Nos miramos a los ojos; me encantan sus ojos rasgados y la profundidad con la que me mira. Siento un escalofrío cuando sus dedos rozan los míos al cogerme los envases de las manos.

—Podía llevarlos sola.

—No lo dudo, pero quiero ayudarte.

—¿Te está gustando la fiesta?

—Tus amigos son muy divertidos —no me miente, lo sé por cómo se ha reído con ellos, sobre todo con las ocurrencias de Teo..., esas que a Noelia no le han hecho mucha gracia. Al final será verdad que estos dos no tienen nada que hacer juntos—, pero...

Duda. Y yo no puedo dejar de mirarle los labios, de recordar el beso que antes me ha dado... y me muero porque lo vuelva a hacer, pero esta vez realmente.

De repente deja los botellines sobre el frigorífico y da un paso hacia mí, apenas nos separan unos centímetros. Puedo sentir su respiración, y mi corazón se acelera..., me va a besar.

—¿Y hasta cuando te vas a quedar? —le planteo. Seré gilipollas, ¿por qué narices voy y le pregunto en este momento algo tan idiota? Me dan ganas de darme cabezazos contra la nevera, a ver si así dejo de ser tan *oportuna*... tanto que he conseguido romper el momento y Campos se ha apartado.

—Tengo que solucionar unos asuntos aquí; cuando lo estén, supongo que me tendré que ir fuera.

—¿Fuera?

Me mata la curiosidad.

—A Asia —responde como si nada, como si ese continente estuviera a media hora de nosotros ahora mismo.

—Me muero por visitar Tokio.

Suspiro y pienso en ello sin darme cuenta de que mi mente se ha ido de

aquí, ya no está en Lanzarote, y Campos se da cuenta.

—Tendré que coger el primer avión para ir contigo —bromea, y en vez de enfadarme o molestarme, sonrío al coger las cervezas y separarme de él no sin antes rozarme un poco *accidentalmente*.

—Cuando quieras.

«Ahora mismo, si quieres, volvemos al momento “me besas” y dejas que vuelva a sentir esos carnosos labios acariciar los míos y ya, si eso, nos vamos a Japón a probar las camas de todos los hoteles que nos crucemos.»

Para mi desdicha, su teléfono comienza a sonar y se aparta un poco para ver quién lo llama; se disculpa justo antes de alejarse para hablar a solas.

Lo veo conversando y compruebo cómo endurece sus facciones. No me puedo creer que hasta serio me guste. ¡Si es que no hay nada de él que no me vuelva loca!

—¿Te ha gustado el filipino, eh?

Me giro para ver la cara sonriente de Noelia, que nos ha estado observando sin que yo me diera cuenta.

—Te ha dado fuerte con Filipinas.

—Ya sé que no lo es, pero reconoce que te pone fina, filipina. —No puedo evitar reírme con su expresión, porque en el fondo, por mucho que lo niegue, me pone de todos los países e islotes del mundo—. ¡Lo sabía!

—¿Por qué tengo la sensación de que me enamoro de imposibles? —confieso al mirarlo de arriba abajo y ser consciente de que es demasiado para mí.

Capítulo 9

—¿Quién te ha dicho que lo sea? —replica mientras me agarra de la barbilla y me obliga a mirarla—. No te ha quitado el ojo de encima desde la clase de yoga. A ese tío le gustas muy mucho, te lo aseguro.

—No sé...

Veo cómo termina la llamada y se acerca a nosotras.

—¿Lo estás pasando bien, Campos?

Noelia actúa como si nada, y se lo agradezco porque gracias a ella tengo unos segundos en los que pienso en los pocos momentos que hemos compartido.

—Sí, sois muy divertidas.

Ahora es cuando me mira y veo algo extraño en su mirada.

—Ya sabía yo que debías venir. Bueno, Adri, me alegra haber compartido un cumpleaños más contigo, peeeero... —hace hincapié durante unos segundos en la e—... mañana tengo que trabajar. ¡Qué bien! —Su tono de voz y la cara con la que se anima ella sola consigue que los dos rompamos en una carcajada—. En fin, nos vemos otro rato.

—Ten cuidado —le advierto.

—Tranquila, me lleva Teo. —Noto la resignación de que se va con él porque no tiene a nadie más y en el fondo me duele. Las dos siempre hemos buscado un imposible, algo que hemos creado en nuestra mente, y, por muchos hombres que vayan pasando por nuestra vida, ninguno es lo que esperábamos—. Campos, espero que vuelvas para una nueva clase.

—¡Hecho!

Los dos vemos cómo se aleja y por una extraña razón ambos nos paramos a observar la luz del faro que hay en lo alto del acantilado. Siempre me ha relajado mirarlo; recuerdo que de pequeña pasaba hora y horas tumbada sobre la oscura arena perdida en su luz.

—¿Quieres subir a verlo? —Se gira asombrado y, antes de que pregunte, lo saco de dudas—. La casita de al lado es de mi madre, bueno... ahora es mía, y el faro forma parte de ella. —Le señalo la casa, que apenas se ve con las sombras de la noche—. ¿Te apetece?

—Me encantaría.

—¡Chicos, muchas gracias por venir, nos vemos mañana! —Me despido de todos, que al oírme levantan las cervezas, y caminamos por la arena de la playa hasta llegar a la escalera de madera que nos lleva al parking del hotel; allí sopeso coger el coche, idea que declino justo cuando veo la Vespa.

—¿Conduces?

Coge las llaves al vuelo y sonrío justo antes de subirse a ella y arrancarla mientras yo me siento detrás.

Podría hacerme la miedosa y rodearle la cintura, pero siento que es forzar la situación, así que me sostengo de la parte de atrás y noto cómo arranca para adentrarse en el sendero de arena que le señalo.

El camino es fácil, no tiene pérdida alguna, y disfruto de la brisa que me acaricia el rostro mientras mantengo los ojos cerrados, tanto que casi olvido que a quien tengo delante es a Campos. Él continúa circulando hasta que llegamos a los pies del faro.

—¿Te ayudo? —Extiende el brazo y me tiende la mano, que agarro al tiempo que con la otra sostengo la tela de mi falda para no caerme, aunque no me importaría si llegara el caso y terminara entre sus brazos, pero, como no ocurre, le pido que me acompañe—. No estaremos haciendo algo ilegal, ¿no? —Percibo su tono de burla y niego en silencio justo antes de adentrar la llave en la cerradura y abrir la puerta.

—¿No te gusta correr riesgos?

—Después de que la policía crea que he robado tu moto, no creo que sea buena idea jugar con fuego.

—Como mucho te deportarán.

—Eres muy graciosa, ¿lo sabes?

Me coge en volandas, para mi sorpresa, y ahogo un grito cuando lo veo correr escaleras arriba conmigo en brazos.

Cierro los ojos porque temo marearme, no sería la primera vez, pero lo que más miedo me da es poder caer rodando hasta estrellarme contra el suelo.

—¿No te ha parecido gracioso? —me plantea al llevarme una mano al pecho cuando mis pies tocan el suelo.

—No me gustan las alturas. —Es lo único que logro decir, por no contarle que me mareo hasta cuando miro desde un segundo piso hacia abajo.

—Estás en un faro, es imposible que te den miedo las alturas. —Me agarra de la mano y me guía hasta el cristal—. Mira. —Me acaba de dar una orden y yo no puedo hacerlo.

Jamás he logrado mirar por ese cristal, siempre he optado por tumbarme en el suelo y ver las estrellas sin necesidad de sufrir.

—No puedo.

—Sí puedes; cógeme fuerte.

—De verdad, nunca he sido capaz de hacerlo.

—¿Confías en mí? —Lo miro a los ojos y lo veo seguro de lo que está diciendo. No se está burlando de mí—. Cierra los ojos. —Tira de mi mano hasta que topo contra su cuerpo—. Ciérralos, hazme caso.

Respiro de forma agitada, pero, por una extraña razón, confío en él y obedezco.

—Camp...

No me da tiempo a terminar de nombrarlo cuando me ha girado y ha rodeado mi cintura, quedando su barbilla apoyada en mi cabeza.

Siento su cuerpo pegado a mi espalda; sus manos agarran con fuerza mi cintura y soy incapaz de abrir los ojos.

—Ahora. —Niego con la cabeza, sé que si lo hago no voy poder superar el miedo a las alturas—. Es de noche, apenas se ve nada más que la luz de la luna y las estrellas.

—¿Y si me mareo?

—Te bajaré en brazos y te llevaré donde me pidas.

Poco a poco me convengo a mí misma de que debo hacerlo, de que no debo tener miedo. Él me tiene sujeta.

Me llevo las manos a la boca cuando veo que delante de mí tengo un manto de estrellas que no cesa. La luz de la luna se refleja en el mar; es potente, cautivadora, pero lo más curioso es que por primera vez no tengo miedo.

De repente sus manos me dan media vuelta y quedamos a escasos centímetros el uno del otro. Sus ojos me penetran; jamás había sentido una mirada tan intensa como la suya.

—Créeme que, de un modo u otro, cumplirás tu sueño. —Me acaricia el labio y cierro los ojos; llevo deseando este momento desde que lo vi por primera vez en Barcelona—. Será mejor que nos vayamos, se está haciendo tarde.

Y siento cómo el frío corre entre nosotros al separarse de mí. No me puedo creer que no me haya besado.

—Campos, espera.

Lo sigo con la esperanza de volver a conseguir un momento tan íntimo como el que acabamos de vivir.

—Adriana, lo nuestro no funcionaría... Es mejor que no empecemos algo que te haría daño.

—Déjame que decida si vale la pena o no arriesgarme.

Durante unas décimas de segundo siento que duda, pero, sin decir nada más, comienza a bajar la escalera y es cuando me doy cuenta de que ésta no va a ser la noche.

Me despierto bastante molesta conmigo misma, no entiendo por qué anoche no ocurrió nada. Estuvimos a punto de besarnos en varias ocasiones, pero ninguna de ellas se materializó.

Para más inri, mi padre me ha llamado para que esté en el hotel a primerísima hora. Ahora estoy sentada en su despacho y aquí no viene nadie. Me pongo de pie para marcharme, cuando por fin lo veo entrar.

—Hija, qué puntual.

—¿Qué pasa, papá? —No quiero irme por las ramas, no tengo ni ganas ni tiempo—. No pongas esa cara, no me llamabas a tu despacho desde... —simulo estar recordando—... ah, sí, desde que robamos todos los rollos de papel del hotel para hacer la fiesta blanca en la playa, y de eso han pasado muchos años.

—Aún recuerdo aquel día. —Se le escapa una sonrisa—. No sé cómo me mantuve serio, con las ganas que tenía de reírme a carcajadas por tu ocurrencia.

—No había nada más blanco y grande que poder usar.

—Cómo ha cambiado todo... —Se deja caer en la silla y saca unos papeles de su escritorio; intento descubrir de qué se trata, pero no me da la vista para leer nada desde donde estoy—. Tenemos que tomar una decisión. —Me da miedo escuchar esas palabras, no preveo nada bueno de esta conversación.

—Te escucho.

—Los gastos triplican los ingresos, y ya no podemos subsistir más. Me duele en el alma decirlo, pero tenemos que vender el hotel.

—¡¡¡No!!! —Me pongo de pie—. Eso sí que no, papá.

—Adriana, sé realista por una vez.

—Lo estoy siendo, y no pienso rendirme tan rápido. He ido a Barcelona y he aprendido de los mejores, sé que soy capaz.

—Eres capaz, pero no en este hotel. Hija, comienza un nuevo futuro, uno donde sepas que vas a ser feliz, sin anclarte a este pozo sin fondo que, como

poco, te va a hundir con él.

Voy a responder cuando oímos dos golpes en la puerta y veo que aparece Campos tras ella.

—Buenos días, Campos. Mira, a ti te quería ver.

—Buenos días —responde mirándome fijamente a los ojos, como si quisiera averiguar por qué estoy molesta.

—Ayer estuve hablando con tu madre —le dice a él. Miro a mi padre y a Campos para intentar comprender lo que está pasando en este mismo momento—. Le expliqué la ilusión de mi hija por tener su propio hotel y os hemos sacado un billete para que viajéis esta misma noche a Filipinas.

—¿Perdona? —Me meto en la conversación, porque no doy crédito a lo que estoy oyendo. ¿Cómo pueden hacer planes sin nuestro consentimiento? ¡Parece que no se hayan dado cuenta de que ya no somos unos niños!

—De eso quería hablarle: ayer ya se lo comenté a mi madre por la noche. —Veo cómo habla con él, pero sé que se dirige a mí—. No creo que sea buena idea. —Y sé por qué opina así. Después del momento de tensión regresamos montados en la moto, yo frustrada y él muy seco. Apenas nos miramos cuando nos dijimos adiós.

—La mejor —replica mi padre, sin importarle lo más mínimo lo que nosotros pensemos.

—Papá, no me gusta que nadie me organice la vida. Pero ¿cómo has podido pensar que me voy a ir de viaje ahora, con lo mal que está el hotel?

—No hay mejor momento, así que id haciendo las maletas —suelta, y se va como si nada.

—¿Tú sabías algo de esto? —inquiero. No puedo callarme, estoy muy cabreada.

—¿Recuerdas que alguien me llamó anoche? —Asiento—. El caso es que tu padre ha insistido en que viajes hasta el hotel de mi madre para que así veas lo que puedes conseguir fuera de esta isla.

—¿Tu madre tiene un hotel?

—Unos cuantos —aclara socarrón, y me quedo boquiabierta porque no me lo había comentado antes—. A decir verdad, la cadena de hoteles Yoko es suya.

—¿Has dicho Yoko?

Lo miro como si mis ojos fueran a salirse de sus cuencas... y es que lo último que esperaba era que su madre fuera la propietaria de esos hoteles; están considerados como los mejores del mundo.

—Sí, has oído bien.

Veo cómo se le escapa una media sonrisa. Echaba de menos verlo sonreír; desde que casi nos besamos en el faro, lo único que sentí fue una distancia abismal, tanto que apenas he dormido pensando en qué hice mal para que no quisiera nada conmigo.

—Pero ahora no puedo irme.

—Es tu decisión. —Por fin alguien que no me insiste ni me manipula; lo agradezco—. Yo debo ir porque tengo unos asuntos que resolver allí, pero entiendo que tú te niegues.

—Es lo mejor.

Permanezco sentada durante unos minutos en el despacho, ya en soledad. No me puedo creer que mi padre esté decidido a vender este establecimiento. Siempre he creído que éste sería el hogar de mi familia, pero parece que nada de todo lo que siempre he soñado se hará realidad. Veo el teléfono sobre la mesa y sin pensarlo llamo a Maya; hace muchos días que he vuelto y no hemos conversado desde entonces, ya es hora de que lo haga.

—¡En un país multicolor! —canto entre risas, y consigo que ella también lo haga, olvidando por unos segundos mis problemas.

—¡Eres la misma idiota de siempre! —me contesta alegre; se nota que ahora no me ve todos los días.

—¿Dónde está Willy?

—No lo sé, dímelo tú, yo sólo conozco a un tal Pedro.

—Te echo de menos...

Supongo que mi voz es de pena, al igual que mi semblante.

—Y yo... No sabes lo duro que es estar buscando curro sin una loca al lado.

—Mándame las ofertas y ya sabes que les veré el lado malo.

—¿Para qué, si ni respondes a los mensajes? Pensaba que ya te habías olvidado de mí.

Miro la pantalla y veo que en el WhatsApp hay varios mensajes en su chat que no he leído, ¡qué mala amiga que soy!

—Lo siento, es que mi vuelta ha sido peculiar.

—Al menos tienes trabajo, una de las dos está cumpliendo su sueño.

Noto la resignación en su voz y me apena sentir lo mismo que ella.

—No es oro todo lo que reluce, me veo en breve como tú.

—¿Y el hotel? —suelta en un grito tal que tengo que apartarme el teléfono de la oreja para que no me parta en dos el tímpano—. ¿No te habrás peleado con tu padre?

—¡No! —Intento que se calme y deje de gritar conclusiones erróneas—. Mi padre está convencido de venderlo —logro decir sin titubear—. No funciona —reconozco la situación; no puedo hacer otra cosa, por mucho que yo lo desee, la realidad es que no rinde como debería.

—¿Y entonces?

—Mi padre quiere... —Me quedo en silencio y se me escapa una sonrisa traviesa al ser consciente de que Maya no tiene ni idea de todo lo que ha ocurrido—. No te he contado...

—¿Pues no sé a qué esperas?

—¿Recuerdas nuestro último día? —le pregunto divertida, rememorando a Campos entrando en las cavas.

—¿Ése en el que estabas desnuda sin saber por qué, y que tu ropa estaba flotando por toda la piscina? —termina la frase y emite una gran carcajada, ¡cómo para no hacerlo, vaya despedida más apoteósica!—. Hum... sí, lo recuerdo.

—Conocí a un chico en las viñas que visité.

—¿Con tu madre?

—Ajá.

—De mayor quiero ser como tú.

—Y ese chico está aquí.

Me giro para comprobar que nadie pueda oírme.

—¿Te lo has llevado a Canarias?

La tía no duda en elaborar sus propias conclusiones, por lo que intento a toda prisa sacarla de su error.

—¡No! Casualmente tiene un centro de yoga en la isla... y su madre... ¡¿Estás sentada?! —Ahora soy yo la que grita, al ser consciente de quién es Campos realmente—. ¿Te suena la cadena de hoteles Yoko?

—Claro que me suena, ¿a quién no?

—Pues su madre es la dueña.

—¡Joder!, siempre he querido ir a uno de sus establecimientos.

—¿Y quién no? —le respondo cuando se me pasa por la cabeza que el viaje que mi padre me propone es ir, precisamente, a ver uno de sus hoteles. Me tenso de repente. Tengo la oportunidad de ir y ni siquiera lo he pensado; si no voy ahora dudo de que mi economía me dé para hacerlo por mí misma en el futuro—. Me voy esta misma noche a conocer su hotel en Filipinas.

—¿Perdona? —No puedo evitar reírme por la expresión que usa—. Sí que te lo has ligado bien, chata.

Capítulo 10

—Yo no te he dicho que me lo haya ligado.

A decir verdad, el único beso que nos hemos dado no cuenta, pues fue para salvarme del idiota de Marco, y anoche... ¿qué narices pasó anoche?

—No te entiendo...

—A ver, mi padre quiere vender su hotel y, supongo que para animarme a que empiece mi sueño de cero, le ha pedido a la madre de Campos que me enseñe su hotel en Filipinas.

—¡Qué suerte tienes!

—Pero no quiero ir, me niego a vender este hotel.

—¿Tú eres tonta? —Consigue que me ría—. Vamos a ver: se venda o no tu hotel, no puedes perder una oportunidad así, tíaaaaaaa —no deja de gritarme—. ¿Sabes cuántos querrían estar en tu lugar?

—Tú. —Sonrío al pensarlo.

—Y cientos más, guapita de cara, así que mueve el culo, haz tu maleta y, por favor, no acabes desnuda en cualquier rincón, que me pilla muy lejos y no podré llevarte ropa.

—Bueno, si acabase desnuda con Campos, no me importaría.

—Pillina. —Reímos al unísono—. Te tengo que dejar, que Pedro ya ha venido.

—Tranquila. Un besote, guapa.

—Quiero detalles.

—*Of course.*

Finalizo la llamada y permanezco sentada con una sonrisa bobalicona en

los labios, la primera de este día, y creo que la que va a conseguir que me tome estas circunstancias de otro modo.

—Buenos tardes, Pa.

—Te hacía en el aeropuerto —responde sin dejar de mirar los papeles que hay en recepción, y por ello no se ha dado ni cuenta de que sostengo mi maleta; a decir verdad, mi gigante maleta. Paso el peso de mi cuerpo de un pie al otro, moviéndome de lado a lado a la espera de que me preste atención.

—¡Papá! —lo llamo desesperada, ya que no me hace ni puñetero caso.

—¿Qué quieres, Adriana?

Me sorprende su contestación, es seca y denota molestia, pero al menos consigo que me mire.

—Que me lleves al maldito aeropuerto.

—Pero ¿tú has visto la hora que es? —Claro que la he visto; me he cerciorado de no dejarme nada y de mirarla unas cuantas veces mientras lo hacía—. Campos ya se ha ido.

—Pues corre, llévame.

—Comprueba la hora de salida de tu vuelo en tu billete.

¡Qué pesadito está el hombre! Dejo el bolso, que colgaba de mi hombro, sobre el mostrador y cojo mi portadocumentos, del que extraigo el pasaporte y el dichoso billete... para leer que la hora de cierre de las puertas de embarque es en treinta minutos.

—Pero ¡¿por qué no me has avisado antes?!

—Porque esta mañana me has dicho que no ibas —me reprende sin entenderme.

—Pues ahora sí voy, así que ya puedes conducir rápido.

Por primera vez me mira sonriente y veo cómo, a toda prisa, rodea el mostrador, agarra mi maleta y ambos corremos como dos locos por el pasillo

hasta llegar a su coche.

—Me van a multar.

—Por eso no te preocupes, yo te pago la multa.

—Eres un caso.

Los dos nos miramos sonrientes cuando veo que pisa el acelerador y comienza a esquivar los pocos coches que nos cruzamos por la carretera, hasta que al fin aparca en la puerta.

Me bajo corriendo del vehículo y oigo que dos personas, a las que ni siquiera miro, reprenden a mi padre porque no se puede estacionar ahí.

—Pero ¿usted no ve que mi hija es minusválida?, ¿no ve su cojera? —grita un poco más el susodicho para que lo oiga, y automáticamente, por absurdo que parezca, me pongo a cojear hasta el maletero—. Sólo es un momento, ahora mismo me voy.

Y como si nada, mi padre arrastra mi maleta y me agarra del brazo para, supuestamente, ayudarme a caminar, hasta que cruzamos la puerta y los dos comenzamos a correr como locos, riendo hasta el mostrador de facturación.

—Pierdo el vuelo —suelto cabreada conmigo misma por no haber comprobado antes la hora de salida del avión. Vuelvo a mirar a la azafata, que no sé qué narices está haciendo, pero no me atiende.

—Señorita, tenemos prisa.

—Un momento, ¿no ve que estoy ocupada?

Miro a mi padre y éste niega con la cabeza, pero no me puedo callar.

—Mira, guapita de cara, o me atiendes ahora mismo o te vas a cagar como pierda el vuelo, tú misma.

Su cara no es amistosa, pero al menos, a regañadientes, deja lo que estaba haciendo y le entrego mi pasaporte y mi billete mientras mi padre deja la maleta sobre la cinta transportadora.

—Hija, ¿qué llevas ahí, piedras?

—Tres cositas de nada...

—¿De nada...? —se burla de mí, pero no me importa; yo sólo hago que

mirar el reloj y a la lentorra que me está atendiendo.

—De nada —le digo justo cuando termina de facturar la maleta.

—¡Corre, no esperes más!

Mi padre me da un beso y me empuja literalmente, a lo que respondo corriendo como Speedy González por el aeropuerto.

Cuando veo el control de seguridad, respiro aliviada al cerciorarme de que no hay casi nadie. Como una demente, a toda pastilla, me quito las pulseras y el collar y me desabrocho el cinturón que lleva metales colgando, para luego soltarlo todo en una bandeja, sin comprender todavía cómo no me he dado un batacazo por el camino.

Respiro aliviada cuando avanzo hasta el detector de metales y paso lo más rápido que puedo, para llegar lo antes posible.

—Señorita, quítese las sandalias.

El puñetero detector no quiere dejarme pasar sin pitar y al final me pondré a llorar como no llegué a tiempo. Sin demorarme más, me las quito y las pongo sobre la cinta, porque mi bandeja ya ha desaparecido, y vuelvo a cruzar el arco.

—¿Lleva algo de metal? —¡Joderrrrrrrrrrr!, me quejo para mis adentros y pienso, pero no se me ocurre nada—. Algo que no se haya quitado...

Me toco las muñecas, los brazos, la barriga, las tetas. ¿Por qué narices me toco las tetas? Ese hecho no le pasa desapercibido al policía, que está aguantando la risa, pero yo sigo a lo mío hasta que me toco la cadera y veo un bolsillo que ni sabía que existía y noto una moneda.

—¡Esto!

Doy un grito fruto del nerviosismo. ¡*Mierdocles*, ¿qué hace esta moneda aquí?!

—Ahora sí, que tenga buen viaje.

Le sonrío y no le doy un abrazo porque no tengo tiempo, que sino... Pillo todas mis cosas y comienzo a correr como si no hubiera un mañana con todas ellas entre mis brazos; recorro el infinito pasillo... que deben de haber

alargado esta misma noche, porque no hay manera de llegar a mi destino. La gente me mira como si estuviera poseída, pero me da igual, yo continúo sin cesar en mi empeño por llegar a tiempo, cuando veo que la puerta número veinticuatro, la mía, permanece abierta.

—¡Ya llego! —le grito a la azafata justo cuando se da la vuelta y creo que va a cerrar la puerta—. Ya... lo tengo aquí mismo.

No la dejo ni hablar, sé perfectamente lo que necesita, y como no tengo manos libres para buscar con rapidez, ni corta ni perezosa dejo caer todas mis pertenencias sobre el mostrador, tirando la mitad al suelo.

—Es muy tarde, debo cerrar.

—No he corrido como una loca para quedarme a las puertas —la amenazo apenas sin aire, y me mira alucinada, justo antes de mirar a su compañero, a quien parece que le esté pidiendo permiso y, después de que éste asienta, coge mi tarjeta de embarque y lo pasa por el escáner.

—Tome.

El chico es tan amable de agacharse y recoger las pulseras que se me habían caído al suelo.

—Gracias, es muy importante para mí subir a ese avión —logro soltar al fin, como una persona normal.

—Ya puede embarcar, que tenga buen vuelo.

La azafata, ya más relajada y muy sonriente, me ayuda a cogerlo todo del mostrador y meto casi todas las cosas en el bolso de cualquier forma.

Ya dentro, miro el número de mi asiento y camino intentando pasar desapercibida hasta que me dejo caer en él, sorprendiendo a mi compañero de viaje, que me mira como si hubiera visto un fantasma.

—¿Adriana?

—Creo que sí, estoy entera.

Curva la comisura de los labios hacia arriba y consigo que los dos riamos.

—Pensaba que no vendrías.

—Y yo... —respondo sin más explicaciones.

—¿Qué haces con los zapatos en las manos?

Me mira extrañado, y yo me miro los pies. Tengo las plantas negras. Niego y me río, ni me había dado cuenta de que llevo corriendo descalza desde el control de seguridad.

—Es una larga historia, algún día te la contaré.

El vuelo de Lanzarote a Madrid es relativamente corto y sin ningún tipo de complicación. La verdad es que ni he hablado, cosa rara en mí, pues tenía muchas cosas en las que pensar... Una de ellas ha sido la posibilidad de vender el hotel. Me aterra que llegue ese momento, porque tenía planeado un futuro en él. Si mi sueño se esfuma, no sé qué va a ser de mí... pero, por otra parte, entiendo a mi padre: ya es mayor y la deuda no deja de crecer.

—¿Vamos? —oigo la voz de Campos, y asiento al tiempo que me adentro en el segundo avión. Ya hemos hecho la escala de dos horas en Madrid, durante las que ni tan siquiera hemos hablado tomando un café; sin embargo, yo no le he dado la menor importancia.

Al fin ponemos rumbo a Hong Kong; nos espera un trayecto de doce horas y media, pero estoy entusiasmada.

—¿Tú crees que alguien querrá comprar el hotel? —le pregunto de repente cuando llevamos un par de horas a bordo, durante las que ha estado sumergido en la lectura; ya me he cansado de tanto silencio.

—Es un buen lugar para comenzar de cero... Al igual que lo puedes hacer tú en otro lugar, hay millones de sitios por descubrir.

—Pero es que es mi casa, me he criado allí. Mi faro, mi casita, los campos de aloe...

—No me has enseñado esos campos.

—¿Te interesan?

—Claro que sí, ¿por qué no iban a hacerlo?

—Porque a nadie le importan un pimiento mis plantaciones de aloe.

Me mira a los ojos y permanecemos una vez más inmóviles; juraría que me está mirando los labios una y otra vez, del mismo modo que hago yo con los suyos.

—Tengo que ir al baño.

Se levanta de pronto y percibo una vez más que no quiere nada conmigo. Me molesta enormemente su rechazo.

En esta vida me han utilizado como clínex, consejera y muñeca hinchable y, aunque me ha dolido, yo he sido la idiota por dejar que me utilizaran, pero con él es distinto... Desde el primer día ha habido un juego de seducción, pero éste no llega a nada, y eso me duele mucho más, porque me hace sentir que no tengo nada que hacer.

Me coloco la almohada y me giro hacia la ventana antes de que llegue y, al volver y sentarse, piensa que me he dormido. No me apetece mirarlo porque al final se me va a escapar alguna lágrima de impotencia y eso es lo último que quiero que ocurra, así que pierdo la noción del tiempo viendo cómo sobrevolamos las nubes.

—¿Me dejas pasar? —Antes de preguntarle eso he intentado no despertarlo, en vano, para ir al baño. Tenía que saltar por encima de él y no pienso hacerlo a riesgo de que una turbulencia me haga caer, piense que lo quiero violar o vete tú a saber qué, o incluso que me dé un golpe y muera descalabrada—. Ya no te molesto más —le digo justo cuando regreso y tengo que pasar otra vez para sentarme.

—Tranquila, no me molestas.

Está cansado, ya llevamos muchas horas de vuelo, más de nueve para ser exactos, y no le he visto que cambiara de posición.

—¿Quieren tomar algo? —nos susurra una de las azafatas y, cómo no, sólo

lo mira a él. No la culpo, porque yo hago lo mismo en este momento.

—Un agua...

—Que sean dos —lo interrumpo y la chica me mira con una fingida sonrisa justo antes de desaparecer.

Las dos horas siguientes las paso mirando por la ventana; estamos a punto de sobrevolar Hong Kong y estoy muy nerviosa, porque ahora sí que ya nos queda muy poco para aterrizar. Me hubiera encantado poder ver la ciudad, siempre he querido descubrir este país, pero para mi desgracia lo único que voy a pisar va a ser el aeropuerto de esta excolonia británica para hacer nuestra segunda escala, que nos llevará a Manila.

Se suponía que esta escala iba a ser más corta que la anterior, pero llevan media hora de retraso y seguimos sentados en una butaca de lo más incómoda, junto a varios pasajeros que se encuentran en nuestra misma situación.

—El vuelo no aparece —le señalo la pantalla—, deberíamos preguntar. — Campos mira el reloj y suspira, él también sabe que algo no va bien. Miro a una chica que está a mi lado y le sonrío, pero ella no lo hace; está muy cabreada y la entiendo—. ¿Qué te han dicho?

—Que ahora nos dirán algo.

Los dos sabemos que este vuelo se va a retrasar más de lo que nos gustaría.

—¿Quieres otro café?

—Pues no te digo que no.

Nos dirigimos a un Starbucks y pido mi segundo café de la mañana. Estoy agotada, tengo unas ganas locas de llegar a Manila y al fin poder desplazarnos hasta la isla donde está ubicado el hotel de Yoko. Seguro que tiene la cama más cómoda del mundo.

—¿En qué piensas?

Se le escapa una sonrisa y nos miramos fijamente.

—En el momento en el que me desnude y me deje caer sobre la cama —sé que no era lo que esperaba, pero me divierte jugar un poco—, ¿tú no?

No dice nada. Y su silencio otorga.

—El hotel de tu madre tendrá una buena bañera, ¿no?

—La mejor.

—Bien, entonces estoy deseando darme un buen baño de espuma.

Estiro la espalda y saco mi poco pecho hacia fuera. Cierro los ojos y sonrío al imaginarme en cueros entre las burbujas y sus manos rodeando mi cuerpo.

—Tendrás *jacuzzi* en la habitación —suelta, y detecto lascivia en su tono y me animo a seguir con el juego.

—Uf, todavía mejor. —Mi voz sale mucho más sexy de lo que me proponía, pero no me importa; al contrario, creo que es perfecto—. ¿Con vistas a la playa? —Asiente; creo que él también se lo está imaginando, aunque no me diga nada—. ¿Y playa privada?

—Playa privada.

—Me sobrarán biquinis, entonces. —Sonrío pícaro cuando él va a decir algo y de pronto veo que la información sobre nuestro avión aparece en la pantalla—. Mierda, nos han cancelado el vuelo.

Capítulo 11

—¿Qué!?

Gira el cuello para ver la pantalla y aprieta los puños con fuerza.

—Vamos a preguntar.

Nos dirigimos al mostrador de nuestra compañía y vemos que no somos los únicos que lo hemos visto. Esperamos pacientes hasta que al fin es nuestro turno.

—¿Cuándo volaremos a Manila?

—Hasta mañana no podrán partir.

—¿El motivo?

—Hay alerta por fuertes vientos, no depende de nosotros. Ahora mismo les llevarán a un hotel para que puedan descansar tranquilamente.

—¿Puede decirme el hotel?

—Hong Kong SkyCity Marriott Hotel.

Los miro y no digo nada, sólo escucho cómo hablan en inglés y me resigno a que hoy no vamos a poder llegar al destino; espero y deseo que el hotel esté en condiciones.

—¿Y las maletas? —me digo de pronto en cuanto nos alejamos y caigo en la cuenta; el equipaje, obviamente, no viene con nosotros y me frustró. ¿Cómo voy a estar un día sin cambiarme de ropa? Esto es increíble.

Esperamos en la puerta del aeropuerto, al igual que el resto de los viajeros, y poco a poco nos van trasladando al hotel.

Cuando llegamos me quedo boquiabierta al ver la fachada; para nada es lo que esperaba, es mucho mejor. Entramos y aguardamos a que uno a uno nos

vayan asignando las habitaciones.

—Sólo nos queda una habitación. —La chica nos mira con cara de disculpa —. ¿Viajan juntos?

Los dos nos miramos y estamos tan cansados que creo que nos leemos la mente. ¡Qué más da!

—No está nada mal... —digo justo cuando abro la puerta y camino hasta posicionarme frente a la cama, que a decir verdad es gigante.

—¿Nada mal? —Se le escapa una sonrisa divertida.

—Es perfecta para...

—Ya no puedo más. —No me deja terminar la frase, se abalanza hasta llegar a mí y me empotra contra la pared sin dejar de besarme en ningún momento. Rodeo con las piernas su cintura y lo miro a los ojos. Está deseoso, igual que yo. Me muerdo el labio y aprieta su miembro contra mi sexo, consiguiendo que no pueda reprimir un gemido—. Me vas a volver loco.

—Te podría decir lo mismo.

De repente camina hasta la vidriera y me apoya sobre ella; siento el frío del cristal al tiempo que con una de sus manos comienza a subir mi camiseta hasta que se deshace de ella.

—Sé que va a ser el jodido error de toda mi vida, pero llevo demasiadas horas deseando follarte.

—Hazlo, no esperes más. —Mis palabras lo han excitado, tanto que su boca se dirige a mis pechos y los besan. Me agarro de su nuca y cierro los ojos para que el placer sea mucho mayor—. Campos... —No puedo decir nada más porque me lanza sobre la cama y se deshace de toda la ropa que me queda puesta justo antes de penetrarme ferozmente.

—Joder, qué prieta —murmura mientras empuja mis caderas contra sí y no puedo evitar gritar por la combinación de dolor y placer que me está volviendo loca.

Sus labios saben a deseo y sus movimientos son un baile que no puedo dejar de seguir, como si sus estocadas fueran pasos de baile y mis piernas se

dejaran llevar por su ritmo. Nuestras miradas arden, por el deseo, por la necesidad y, aunque me parezca extraño, por la sensación de que estamos haciendo algo prohibido.

—No pares, por favor.

—No pienso hacerlo.

Nos gira y ahora soy yo la que está encima de él. Me muevo en busca de mi propio placer, que al mismo tiempo es el suyo. Clava sus manos en mis caderas y no puedo dejar de balancearme. Me agacho y hundo mis uñas en su pecho cuando siento que me falta el aire, que poco a poco no siento mi cuerpo, y abro la boca para recibir el orgasmo que está a punto de llegar; después de que alcance un fantástico clímax, y para mi sorpresa, me levanta a toda prisa y sale de mi interior para explotar él. Luego quedo sobre su sudoroso cuerpo.

—Estoy pringosa.

Se me escapa una risita y él sonrío.

Permanecemos unos instantes tumbados abrazados y sin darnos cuenta incluso dormimos unas horas sin movernos en ningún momento, hasta que me desvelo y, con cuidado de no despertarlo, voy hasta el baño, donde me doy una ducha.

Acabo de cometer una locura, ni siquiera hemos usado preservativo, así que espero y deseo que hasta la última gotita haya caído sobre mi piel, y no se haya colado nada en mi interior.

Sigo con la ducha mientras recuerdo el momento; me encanta este hombre, no me puedo creer que me acabe de acostar con él.

Aparezco en la habitación y lo veo mirando por la cristalera. Sin dudarlo, voy hasta él y me apoyo en el otro lado de la ventana para que me vea. Los dos sonreímos cuando nos miramos y es él quien se acerca para besarme.

—Deseo volver a hacerlo. —Me agarra del cinturón del albornoz, que instantes antes estaba abrochando de la forma más sugerente que sé, y cuela sus manos para acariciar mis pechos. Esta vez no me pilla por sorpresa y le

respondo como no había hecho en toda mi vida—. Esto es un puto error. —Se separa de repente y apoya su frente en la mía.

Noto su deseo, siento su respiración agitada, por primera vez puedo leer en sus ojos lo que siente, y me aterra ver la confusión que nos separa.

—¿Por qué es un error? —Me mira fijamente y me eleva hasta que su cabeza queda entre mis pechos y lo miro desde mi posición—. Contéstame, Campos.

—Porque sé que me odiarás.

No me da tiempo a responder, porque me baja y sus labios atrapan los míos y ya no puedo pensar en nada más.

Me deja caer sobre la gran cama; noto su peso sobre el mío, sus labios besan cada uno de mis pechos, sus manos agarran mis caderas con una fuerza que me hace daño, y mientras mi cabeza no puede pensar en nada más que en sentirlo, mi corazón sabe perfectamente que no voy a poder olvidar en la vida a ese hombre, aun sabiendo que acaba de dejarme claro que voy a sufrir. Sin embargo, por una extraña razón, me da igual, porque lo único que quiero en mi vida ahora mismo es a él.

Me duele el cuello y estoy muerta, porque ya he pasado por los estados de cansada, agobiada, exhausta... ahora, literalmente, estoy muerta. Abro los ojos y veo las ojeras de Campos. Él disimula bastante bien su cansancio, no como yo, que estoy apoyada en la ventana del hidroavión y ni tan siquiera lo que estoy viendo me anima.

Al final resultaron ser más horas de espera de lo que creímos y, cuando ya pudimos embarcar en el avión, tuvimos que esperar unas cuantas más, en pista para nuestra desdicha. Llegué a pensar que no llegaríamos a nuestro destino en la vida, o que cuando lo hiciéramos tendríamos nietos. Sonríó al recordar la noche en China, creo que no la voy a olvidar en mi vida.

—¡Ya llegamos, es ahí! —Dirijo la mirada a lo que me señala y veo una de las miles de islas que hay en este lugar, es maravillosa. Desde nuestra posición diviso la vegetación, las montañas y una extensa playa blanca que la separa del azul turquesa.

—Es precioso.

—Lo es.

—¿Y por qué no vives aquí? —pregunto mientras me coloco bien en el asiento y lo miro a los ojos cuando noto su desdén.

—Es una larga historia.

Esa frase me suena. La ha pronunciado con desgana y por ello no insisto; si quiere explicármelo es decisión de él.

De repente el hidroavión desciende de forma brusca y soy incapaz de ahogar el grito que sale de mi garganta, al igual que, en un acto involuntario y sin que me haya dado cuenta de ello, le he agarrado un muslo con una mano, casi tocando su miembro.

—Perdón —me disculpo avergonzada, y no porque no lo haya tocado ya, sino porque, desde que salimos del hotel de China, ha vuelto a ser el Campos distante que venía siendo desde Lanzarote, y no entiendo por qué es tan difícil asumir que nos gustamos.

No me responde, se limita a ponerme el cinturón más prieto sin dejar de mirarme a los ojos, y yo ya he muerto fulminada por exceso de hormonas revoloteando entre nosotros.

—Tenemos que llegar de una pieza —me suelta de repente, y se pone las gafas de sol para mirar hacia delante con semblante serio.

Miro por la ventana y apenas quedan unos metros para tocar el agua, así que comienzo a cerrar los ojos al tiempo que me agarro al cinturón con todas mis fuerzas. Espero uno segundos, percibo el latir de mi corazón y mi respiración, que se interrumpe cuando el hidroavión entra en contacto con el agua; luego empezamos a navegar, o como se diga, y en ese momento es

cuando respiro con todas mis fuerzas y abro los ojos para comprobar que se está deteniendo.

—¿Bien? —me pregunta y le sonrío, pero él en lo que se fija es en las palmas de mis manos. Ambos las miramos y curvamos la comisura de los labios en una gran sonrisa al ver la marca de mis uñas clavadas en ellas.

—Me ha dado impresión —me justifico como puedo.

—Eso parece.

Me desabrocha el cinturón y, tras ponerse de pie, me ofrece su mano para seguirlo hasta bajar al muelle.

Recorro la madera que nos separa unos metros del embarcadero cuando me paro de pronto y su cuerpo me embiste.

—Perdona —una vez más pido disculpas, manías desde que soy una cría, pues para todo y por todo pido perdón.

—Te gusta mucho disculparte a ti. ¿Qué ocurre?

—Las maletas.

No entiendo cómo él no las ha echado en falta.

—Ya las han llevado a nuestras habitaciones; tranquila, mi mad...

—*Musuko!* —o eso es lo que entiendo cuando veo que la voz proviene de una mujer que se acerca hasta nosotros y Campos tiene que agacharse para darle un beso en la mejilla y luego ambos se giran para mirarme.

—*Konichiwa.* —¡Toma ya!, llevo todo el viaje pronunciando mentalmente esa palabra para este momento, aunque doy por hecho que Yoko, la madre de Campos, sabe inglés.

—Hola, Adriana —me contesta con un suave español que me pilla por sorpresa, y supongo que soy un libro abierto porque los dos, al ver mi cara, se carcajean—. He vivido muchos años en Barcelona, con su padre; aún no se me ha olvidado el idioma.

—Me alegro.

—¿Cómo está tu padre?

—Bien.

Me mira fijamente, me está estudiando o psicoanalizando, pero es que no me apetece decir que está fatal porque el hotel lo está arruinando, aunque, si estoy aquí y tanto se conocen, me da a mí que ya lo sabe.

—Vayamos a vuestras habitaciones, debéis estar cansados.

—Un poco —confiesa Campos, que no ha dejado de observarme desde la cercana distancia.

Yoko nos apremia para que caminemos, pero mi mirada está perdida en la arena blanca de la playa y el azul turquesa del agua. He querido venir tantas veces, he visto tantas imágenes sobre las islas, que parece que ya haya estado aquí.

—¿Qué te parece? —Yoko es la que se encarga de despertarme de la burbuja particular en la que estaba.

—Esto es un paraíso.

—Sí, y me ha costado mucho trabajo, sudor y lágrimas lograrlo.

—Jamás conseguiré algo así.

Me paro y doy una vuelta sobre mí misma para ver mejor el lugar.

—Si comienzas así, te aseguro que no... Debes pensar que sí lo vas a lograr, es la única forma de materializar los sueños —me aconseja mientras espera a Campos, que nos sigue unos cuantos pasos atrás—. Hijo, cuánto nos ha costado, ¿verdad?

Él no dice nada, asiente y me mira fijamente, una vez más con esa inexpresión de su rostro que me confunde.

Tras recorrer un camino por la arena blanca llegamos al exclusivo hotel, ese que he visto en muchas de las presentaciones de mi escuela. No me puedo creer que tenga la oportunidad de estar en él. Si lo llego a saber antes, hubiera torturado a mi padre para que hablara con Yoko. ¡No sé cómo ha podido estar callado durante tantos años respecto a esto! Esta conversación la tengo pendiente con él.

Abro los ojos de par en par cuando veo desde mi cama que delante está la playa, entre las palmeras y la vegetación tropical. La habitación es tan... perfecta, me inspira tanta tranquilidad, descanso y relajación que sólo tengo ganas de tirarme sobre el colchón y dormir un buen rato.

Cojo mi teléfono y abro la opción de enviar una historia de Instagram para que la vea Noelia y se muera de envidia.

—No os podéis imaginar lo bonito que es este paraíso. —Sonrío a la cámara y me dejo caer sobre la cama, justo en el momento en el que pulso «Enviar»; luego dejo el teléfono móvil a un lado para estirarme por completo y, al no darme cuenta de la cantidad de botones que hay justo al lado de la mesita, para mi sorpresa, pulso uno que enciende el equipo de música a toda leche—. ¡Dios!

Me incorporo de un salto, sentada, y los miro; todos son iguales.

Pulso otro y se cierran las cortinas.

El tercero apaga las luces.

El cuarto provoca que comience a llamar un teléfono que no existe, porque lo busco a toda prisa para colgar la llamada, pero no doy con él.

El quinto consigue que me levante de un bote al notar que la cama se mueve.

—¡Joder!

—¿Necesitas ayuda?! —oigo la voz de Campos, que aparece por el jardín exterior; apenas la percibo por el volumen de la música, y estoy empezando a entrar en modo pánico, sudores incluidos.

—¡Corre!

Lo miro a él, después la cantidad de botones y otra vez a él, provocándole una gran risotada, al tiempo que veo cómo se adentra en la habitación y, tras dejar pulsado un botón, el volumen de la música comienza a disminuir.

—Vas a ahuyentar a la fauna de toda la isla.

—¡Qué gracioso! Pero no entiendo por qué no indica para qué sirve cada

botón.

—Porque no debes tocarlos.

Vuelve a presionar los que imagino que ya he toqueteado y todo vuelve a estar como antes de que mis deditos pulsaran lo que no debían.

—¿Y cómo enciendo la televisión?

—Buenas tardes, señorita Suárez. —Me giro por completo hasta que veo que la televisión me habla—. Me gustaría ofrecerle una carta de almohadas; usted nos dice cuál desea y se la haremos llegar a la habitación. —Dicho esto, de repente veo cómo en el plasma aparece un menú y contemplo diversos tipos de almohadas: de plumas, de espuma, viscolásticas... de distintos grosores... y mil pijadas que me dejan alucinada.

—Elige. —Lo miro con cara de «a mí me da igual la almohada» y es él el que se dirige a la pantalla y, tras tocarla, porque, cómo no, es táctil, elige una de pluma de oca y densidad media... y ya no logro leer más—. Ésta es mi preferida.

Como para acordarme de los gustos exquisitos del niño. ¡La leche!

—De vez en cuando el asistente te irá preguntando algunas cuestiones; no tienes más que responderle y él se encargará de solicitar lo que necesitas.

—¿Así ahorráis personal?

—Damos un servicio excelente, con el mismo personal. Trabajar de forma organizada tiene al personal más relajado y más receptivo a que el cliente se sienta a gusto.

—¿Damos? ¿Desde cuándo has pasado de un maestro de yoga a un director de hotel?

—Me he criado entre viñas y hoteles... Sé mucho más de lo que imaginas de estos dos ámbitos. Y, para tu información, no soy maestro, soy eminencia.

—Ajá —me burlo en su cara.

—¿Necesitas algo más?

—No, gracias.

—¿Estás segura?

—Sí.

—A ver si te vas a ahogar con las burbujas del *jacuzzi*.

—Qué gracioso eres; he usado muchos, para tu información —miento, pero no pienso reconocerlo.

—Ajá —me responde del mismo modo que antes lo he hecho con él y, con suficiencia burlona, desaparece por el jardín.

—¡Ah! —corro hasta la puerta y lo veo dirigirse a la que supongo que es su habitación—, la intimidad del cliente es lo primero.

—Tú la perdiste en China, ¿lo recuerdas?

Capítulo 12

Lo miro con cara de «serás capullo» y divertida a partes iguales. Si es que este hombre es perfecto, y yo al fin me he acostado con él.

Como una niña pequeña con zapatos nuevos, vuelvo a tirarme sobre la cama, esta vez con cuidado de no tocar nada, y cierro los ojos, sonriente. Quiero volver a recordar cada segundo de Hong Kong.

—Señorita Suárez, ¿quiere tomar una copa de bienvenida?

—No, gracias. —Me siento un poco tonta hablando sola, porque la verdad es que, haber, no hay nadie, pero es lo que hay. Me voy desnudando aún tumbada en la cama hasta que al final me quedo en braguitas y me tapo con la sábana y la acaricio como a un gato al sentir ese tacto tan suave; da gusto dormir en este lugar.

—¿Quiere comprobar las actividades del día de hoy?

—No.

—Puede que quiera un baño relajante. ¿Qué temperatura prefiere?

Alzo la mirada hacia la dichosa tele y se me escapa la risa por lo ridícula que me siento.

—¿Veintitrés grados?

Y yo qué sé a la temperatura que me gusta el agua, ni que tuviera un termómetro cada día. Ya la graduaré, ahora sólo quiero dormir.

—¿Necesita alguna cosa más? Sabe que puede...

—¡Dormir! ¿Es posible?

—Quiere...

Ya no le deajo hablar.

—Nada, cállate.

Lanzo un cojín al aire con la intención de darle, como si pudiera desconectarla de ese modo, y acto seguido un estruendo retumba en el suelo y me siento en la cama para ver el televisor, especialmente la pantalla, hecho trizas y yo con cara de «¿qué he hecho?».

Miro hacia la cristalera, pero esta vez Campos no aparece, aunque sí que llaman a mi puerta. Espero que no sea Yoko y me eche del hotel, ¿cómo he podido ser tan estúpida de tirarle un cojín? Ahora vaya lío voy a tener.

Me coloco la camiseta a toda prisa, me pongo una falda y, antes de abrir la puerta, pongo el cojín sobre la butaca.

—¿Estás bien?

—Sí, se ha caído el televisor. —Abre los ojos de par en par y comienza a reírse; el chico de hielo parece que comienza a expresar sus estados de ánimo.

—¿Todo te pasa a ti?

—Se ha caído sola —me defiendo consciente de que no sueno nada convincente, pero no reconoceré jamás que yo he sido la causante de tal desastre—. ¿Puedes pedir ayuda? —Pongo voz de no haber roto jamás un plato o, lo que es lo mismo, ningún televisor.

—Ahora mismo vienen. Descansa un poco.

—Ya no tengo ganas —suspiro, y es que ha desaparecido por completo el sueño que tenía—. ¿Me enseñas el lugar?

—¡Claro!

Sin preocuparme de nada más, cierro la puerta de la habitación tan lujosa que casi me cargo y camino por el pasillo del hotel. Todo es perfecto. No hay otra palabra que lo defina mejor. Primero me muestra la recepción, donde una joven filipina, muy guapa a decir verdad, nos hace un gesto con la cabeza, a lo que le respondo del mismo modo. Continuamos hasta el comedor del hotel; en este caso no tiene paredes, es exterior: suelos y techos de madera, adornados con plantas tropicales que nos invitan a sentir que estamos en un paraíso y no debemos encerrarnos. Justo cuando pasamos a la parte trasera del

establecimiento, me encuentro un oasis. Una piscina que bien parece natural entre la vegetación, y un par de hamacas en sitios estratégicos para tener intimidad.

—El lujo está en las zonas comunes...

—Ése es el fallo de vuestro hotel.

—Lo sé, mi idea era solventar las deficiencias del interior y después crear un exterior increíble, pero creo que todo quedará en un sueño.

—Lo sueños se amoldan a las circunstancias.

—Pero ese hotel es mi casa, me duele no poder volver. —Hablo con él, pero mi mente está en Lanzarote—. Es difícil expresarlo.

—Te entiendo, pero no tienes por qué no volver. Puedes negociar la dirección del hotel. ¿Quién mejor que tú para dirigirlo?

—Pero no tendré poder de decisión.

—O sí, pon condiciones.

—¿Yo? Te recuerdo que es de mi padre.

—Háblalo con él. —Se aleja y yo me quedo inmóvil pensando en lo que me ha dicho—. Vamos, quiero enseñarte mi lugar preferido.

Y lo sigo. Me gusta saber más de él; por ello, curiosa, avanzo por un camino de piedras entre frondosas plantas que me llevan a una caseta de madera en la que el suelo está acolchado y sé que es donde practica yoga.

—Aquí comencé —declara.

—Es un lugar mágico.

—Lo es; fue aquí donde decidí qué quería ser en esta vida.

—Muchas personas no logran saberlo en toda su existencia; somos afortunados.

—Por ello debes seguir luchando, aunque las condiciones sean diferentes. Abre tu mente, libérate de presiones y disfruta de lo que se presenta.

Veo cómo se quita las zapatillas deportivas y, descalzo, se acerca hasta la casita, en la que se sienta con los ojos cerrados.

—¿Te apetece?

—Mientras sea nivel torpe.

—¿Torpe? —Niega con la cabeza al oír la categoría que me adjudico—. Haré lo que pueda. —Me quito las sandalias y las dejo en un lateral del camino para situarme luego justo delante de él—. Ven a mi lado.

Me sorprende que me pida que comparta su espacio allí, su lugar.

—¡Dime qué hago!

—Silencio —apenas susurra con los ojos cerrados, y yo me quedo embobada mirándolo—. Ciérralos tú.

—Cómo sabes que...

—Chist... —Y me callo de repente, reteniendo una carcajada que, no sé por qué, soy consciente de que sabe que contengo—. Escucha, déjate llevar por los sonidos de la naturaleza mientras juntas las plantas de los pies, con la espalda recta y la cabeza erguida.

Me relajo y me dejo llevar tal como me ha pedido. No pienso en nada, sólo percibo todo cuanto me rodea y lo veo sin necesidad de abrir los ojos.

Sin embargo, unos minutos más tarde mi poder de concentración se ha esfumado y abro un ojo para mirar qué hace, o al menos regalarme la vista de algún modo.

—¡Eh, estás haciendo trampa!

—Deberías tener los ojos cerrados.

—Y tú, ¿no? —Muevo la cabeza negando hasta que los dos nos miramos divertidos—. Vaya profesor estás hecho.

—No digamos la alumna que tengo, que no me hace ni puñetero caso.

—Ésa soy yo. —Me pongo de pie y veo cómo él hace lo mismo—. ¿Vamos a la playa? —propongo. Me muero por dar un paseo por ella; desde que he llegado he pensado en hacerlo.

—Está bien.

Nos dirigimos hasta ella y me enamoro del enclave; sosteniendo mis sandalias en la mano, caminamos uno al lado del otro.

—¿Por qué no trabajas en los hoteles de tu madre? —inquiero; es algo que

no logro comprender, porque yo estaría encantada de trabajar con ella.

—Ya lo hago: doy las clases de yoga de primera hora.

—No, ya sabes a qué me refiero.

—Pues porque siempre se ha esperado de mí que me involucrara en los negocios de mis padres y no es algo que me entusiasme.

—Qué injusta es esta vida...

—¿Por qué dices eso?

Se detiene de repente y yo lo hago justo delante para mirarlo a los ojos.

—¿En serio me lo preguntas?

—No estoy de broma —replica, y veo su semblante serio... Bueno, un poco más de lo habitual, y sin cortarme un pelo le digo lo que siento.

—Tienes a tu disposición una de las cadenas hoteleras más importantes del mundo y las cavas más prestigiosas de Cataluña, y yo, que tengo un simple hotel a punto de la quiebra y que me muero por trabajar en él, no puedo. ¿No crees que sea injusto?

Piensa durante unos segundos, pero no dice nada, y, como bien dice Antonia, quién calla otorga.

Seguimos paseando durante unos metros en los que no decimos nada.

—Esto es lo que tienes que conseguir, un lugar así.

—Para esto se necesita mucho dinero, y yo no lo tengo.

—En Barcelona me comentaste que tenías plantaciones de aloe vera, ¿no?

—Lo miro con cara de «¿eso a qué viene?», porque no me veo montando una tienda de cremas, la verdad—. ¿Sí o no? —insiste.

—Sí, pero es Antonia quien hace uso de ellas.

—Tienes una materia prima que exprimir.

—¿Quieres que ponga un chiringuito de productos artesanales? —me burlo, porque no, no me veo en ello.

—No te quedes en lo básico, siempre debes ir más allá.

—Lo intento.

—Así me gusta. —Sin poder remediarlo, se me abre la boca—. Debes

dormir un rato, reposar para mañana, porque quiero enseñarte muchas cosas y necesito que estés descansada.

—¿El hotel?

—No —me acaricia la mejilla y me quedo inmóvil; desde que salimos de China que no me ha tocado—, muchas cosas más.

Y esta vez sí que lo hago... en cuanto me tumbo, me hundo en el colchón y nada ni nadie me molesta. Duermo unas horas; a decir verdad, muchas.

—Adriana, despierta —oigo una vez, pero no quiero abrir los ojos—. Adriana, va, dormilona.

—¿Qué hora es?

—La hora de irnos, corre.

—Es de noche —le respondo al mirar hacia fuera y ver que todavía ni siquiera ha salido el sol.

—Arriba. —Levanta el colchón y literalmente me tira de la cama—. Tú me has obligado.

—¿Estás loco?

—Si lo dudas es que me conoces muy poco. Vístete, que te espero en el muelle, pero no tardes o vendré a buscarte y vendrás estés cómo estés —me advierte autoritario y no le respondo; sonrío cuando lo veo desaparecer por el jardín.

Este hotel necesita ofrecer más intimidad. Me miro y me veo con una simple camiseta y un *short* que apenas me tapa medio culo, aunque él ha actuado como si estuviera vestida con un burka, pues no he tenido la sensación de que me mirara.

Bajo la amenaza de que va a volver si no espabilo, a toda prisa me lavo los dientes y me pongo un *short* vaquero con una camiseta de tirantes y unas

sandalias que se agarran al tobillo. Luego camino hasta llegar al muelle, donde lo veo a los mandos de una pequeña lancha.

—¿Es tuya?

—Digamos que... —salto para adentrarme en ella esperando que me diga que claro que lo es cuando se le escapa una carcajada—... la he cogido prestada.

—Madre mía, nos van a detener y a meter en la cárcel. Y no quiero ni pensar cómo será una de aquí, seguro que nos torturarán o nos cortarán una mano por ladrones.

—¿De verdad te crees esas cosas?

—¿Tú no?

—Pues no. —Me acomodo justo en el asiento que hay al lado de los mandos y veo cómo desamarra la embarcación y arranca el motor—. Además, la pareja de mi madre es policía de esta isla, así que tranquila, que nadie te va a torturar, a no ser que tú quieras —añade, y clava su arrebatadora mirada en la mía, pero no le hago ni caso. Me pongo de pie y me agarro a la barra que hay encima del techo para no perder el equilibrio cuando arranca y nos alejamos de la playa en medio de la noche.

—No te pierdas.

—Eres una miedosa.

—No lo soy.

—Sí lo eres.

—Bueno, un poco. —Consigo que se ría fuerte y acelera un poco—. ¿A dónde vamos?

—A desayunar.

—¿En una lancha?

Niega con la cabeza sin dejar de mirar la pantallita que en colores verdes le indica cosas que yo no soy capaz de interpretar.

—Es aquí.

Me señala al frente, pero yo no veo nada.

—¿Dónde?

—Aquí. —Me coge de la mano y me lleva hasta él. Vuelvo a sentir su cuerpo y no quiero que se separe de mí—. Quiero que veas el amanecer más bonito de estos parajes.

Apenas veo un montículo de arena blanca, la oscuridad no me deja captar más allá, y estoy emocionada por descubrir a dónde me ha traído exactamente.

Salto de la embarcación a la arena y veo cómo él lo hace, cargando un saco que no sé qué contiene. Estira un mantel en el suelo y nos sentamos mirando hacia la que parece ser la luz del sol, y así es... pues poco a poco vemos cómo los rayos aparecen y nos iluminan y es cuando puedo vislumbrar que estoy en una isla, una en la que sólo hay arena blanca y nosotros dos, absolutamente nada más... ni un árbol, ni una roca, sólo una lengua de arena nívea que me deja impactada.

—Bienvenida a White Island.

—Esto es increíble —susurro cogiendo un poco de arena y dejándola caer después entre mis dedos.

—Es un banco de arena que cambia de forma según las mareas.

—Gracias por traerme.

—Pocas personas tienen la suerte de ver este paraíso; es mi lugar favorito cuando necesito pensar. Aquí es donde vengo a purificarme, nada ni nadie me molesta.

—¿A cuántas has traído aquí?

No es que sea celosa, pero, claro, me da a mí que no soy la única a la que ha traído.

—¿Crees que te lo voy a decir?

Sonríe tan pancho y, aunque lo miro con cara de pocos amigos, sólo consigo que se ría más, al tiempo que saca del saco nuestro desayuno: un termo con café, leche, zumo, pan, bollería. No se ha olvidado detalle alguno.

—Te lo perdono porque todo tiene pinta de estar riquísimo.

Atrapo un cruasán y me lo llevo a la boca sin esperar a que termine de

sacarlo todo.

—¿Café?

Asiento y veo cómo saca un par de tazas que ha robado del hotel.

—Eres un delincuente profesional —digo mientras se lo señalo todo.

—No creo que mi madre me denuncie.

Sirve y se lleva su taza a la boca, así que veo cómo da el primer sorbo de la mañana. Yo hago lo mismo y pierdo la mirada en el agua cristalina y turquesa que hay delante.

Paralizaría el tiempo en este mismo instante.

—¿Esta isla está en venta?

Le sorprende mi pregunta.

—No lo creo. ¿Por? No es edificable.

—Qué pena.

—Veo que ya has abierto la mente. ¿Te gustaría construir un hotel en una de estas islas?

—Ahora mismo, sí —curvo la comisura de mis labios hacia arriba—, pero éste no es mi lugar; está muy bien para una semana como voy a estar, pero mi sueño está en Lanzarote.

—Eres testaruda.

—Mucho —confieso—. Mi padre no sabe que no voy a desistir tan fácilmente.

—Espero que logres tu sueño.

Se tumba sobre el mantel y observa el cielo. Yo hago lo mismo.

Ambos permanecemos en silencio escuchando el sonido que produce el suave balanceo del mar, porque es el único que llega a mis oídos.

—¿Me acompañas?

Me ofrece la mano y me ayuda a levantarme.

Capítulo 13

Caminamos por la orilla y rodeamos la pequeña isla sin decir nada. Creo que es uno de los pocos momentos de mi vida en los que estoy en silencio. Tengo muchas cosas en las que pensar y en este sitio todo lo veo de un modo diferente.

—Siento decir esto, pero tenemos que regresar, tengo una clase.

—¿En serio?

Miro la lancha, que se balancea, y el mantel con los restos de desayuno que nos han sobrado.

—Te prometo que esta noche te llevaré a otro sitio mágico —me dice mientras veo cómo recoge nuestros enseres.

No dejamos nada que pueda estropear la imagen de este lugar tan impactante ni dañar el medioambiente, y cuando la embarcación comienza a alejarse me siento en la proa para seguir viéndola.

—Volveremos.

Pocos hombres me han prometido nada, siempre se han preocupado por pasar una noche conmigo y luego si te he visto no me acuerdo; la única excepción en mi vida ha sido Marcos, que se ha pasado muchos años prometiendo las mil y una para no cumplir nada. Pero Campos es diferente, sé que él es sincero.

El regreso es muy diferente bajo la luz solar, pues puedo ver el conjunto de islas y disfrutar de la belleza de este paraje. El sol cae con fuerza y me coloco un pañuelo en la cabeza que había en el saco de Campos.

—¿Quieres? —Me ofrece llevar los mandos, pero me da mucho miedo,

jamás lo he hecho—. Ven aquí.

Se pone a mi espalda y cojo la palanca; poco a poco la desplazo hacia delante al tiempo que el motor aumenta la velocidad conforme mi mano lo guía. Me da mucho respeto, y por ello no me arriesgo a acelerar demasiado, pero su mano lo hace por mí.

—Nos van a adelantar las tortugas —me dice al oído, y su brazo roza el mío para ganar celeridad.

—Guau, ¡es una pasada!

—Pues esto no es nada.

Acelera todavía más y ahogo un grito cuando la popa se levanta y damos un pequeño bote.

—Dios... —Mi grito es confuso y él sabe que he sentido miedo y adrenalina a partes iguales.

El viento topa con mi cara, sus brazos me rodean y siento sus labios en mi cuello. Pequeños besos que consiguen enamorarme mucho más de este hombre.

—Ya llegamos, siéntate atrás.

Con cuidado de no caerme, hago lo que me pide.

—Sabía que habías sido tú —oigo una voz que proviene del muelle—. Sólo tú te atreverías a llevarte la lancha.

—La devuelvo tal y como estaba —le responde divertido.

—Estás con...

—Te presento a Adriana, Néstor.

Campos lo interrumpe y me pongo de pie para saludar al hombre que, por sus rasgos, deduzco que es un nativo de por aquí.

—Ah... Hola, Adriana.

Le sonrío y los miro a los dos, que a su vez se miran el uno al otro; supongo que le está preguntando en algún idioma de hombres quién soy... y lo entiendo, porque Noelia y yo somos iguales.

Campos me ofrece la mano para que salte al muelle y, tras coger el saco, se despide de Néstor y nos cruzamos con Yoko en la playa, que nos espera

bastante seria.

—Cámbiate ya, que te están esperando —le pide. Noto el tono de reprimenda dirigido a su hijo. Sé que llega un poco tarde a la clase, pero el caso es que ninguno de los dos teníamos ganas de volver.

—¿Qué vas a hacer, Adriana?

—Tranquilo, tengo que enseñarle muchas cosas. Estará ocupada lo que le queda de día. —Los miro a ambos sorprendida, no esperaba estar toda la jornada con su madre; a decir verdad, lo que quiero es estar a su lado, aunque sea una simple espectadora de su sesión de yoga—. Venga, ve.

Capto que no se va feliz, pero tiene responsabilidades que no puede eludir, así que yo acompaño a Yoko hasta una de las salas del hotel, donde me ha preparado un vídeo resumen de su cadena hotelera diseminada por todo el planeta.

—Tu padre me ha pedido que te muestre lo que puedes llegar a conseguir.

—Yo tengo muy claro que lo que quiero es remodelar el hotel de mi familia —replico, y su rostro denota tristeza. Soy consciente de que mi padre le ha explicado sus planes de traspasarlo y mi resistencia a dejarlo ir, pero, aunque sea en vano, me voy a mantener en mis trece hasta que me quede el último aliento.

—Pero no te ha dicho...

—... que está en venta, sí —La saco de dudas antes de que piense que desconozco lo que pretende hacer mi padre.

—A veces una retirada a tiempo es el éxito.

—Puede, pero yo no soy de esa clase de personas, me gustan los riesgos.

—Adriana...

—Tranquila, tengo un plan B; por eso estoy aquí, ¿no? —Zanjo este tema porque la verdad es que, por mucho que insista, no vamos a estar de acuerdo jamás—. Quiero saber todo lo necesario, por si tuviera que comenzar de cero.

—Eso me gusta mucho más.

Acaricia mi mano por encima de la mesa y me transmite un cariño que me

emociona. Aunque Yoko parezca una mujer fría y distante, me acaba de demostrar que no es así; es dulce y cercana cuando tiene que serlo.

La mañana la pasamos hablando de las claves de los hoteles *boutique*, de la importancia de crear espacios personalizados para cada cliente, el reto de conseguir que se sientan especiales y, sobre todo, la manera de que regresen, cómo lograr que de vez en cuando sientan la necesidad de volver. Aprendo mucho, más que en dos años estudiando un máster. Lo anoto casi todo, porque no quiero que se me olvide ningún detalle.

Comemos sin movernos del establecimiento, y los minutos se convierten en segundos, las horas en minutos y cuando me doy cuenta de que ha pasado media tarde es cuando Yoko recibe una llamada, de la cual no entiendo absolutamente nada, porque habla en japonés.

—Tengo un asunto que solucionar. ¿Te parece si mañana continuamos?

—Claro, y aún quedan seis días.

—Supongo que Bruno ya habrá terminado sus clases.

El tono con que me habla de él es diferente, parece que le moleste que nos llevemos bien.

—Creo que voy a darme un baño en la piscina y a descansar un poco — digo y, efectivamente, el hecho de confirmar que no voy a ir corriendo a buscar a su hijo la tranquiliza. Supongo que al ser amigos de mi familia no le hará mucha gracia que podamos llegar a algo más.

—Si necesitas cualquier cosa, mi personal estará encantado de ayudarte.

—Lo sé. Muchas gracias, Yoko.

Tras haber pasado por la habitación y haberme puesto el bikini, el más sexy que he encontrado en la maleta, me he tumbado en una de las hamacas que hay frente a la piscina.

No puedo evitar mirar entre la vegetación, a través de las gafas de sol, con la esperanza de verlo, pero no lo diviso, así que, sin más, resignada a que hoy no voy a tener suerte, decido darme un chapuzón.

Me adentro en el agua y me estiro con los ojos cerrados, dejando que mi

cuerpo flote. Siento cómo los rayos de sol acarician mi rostro mojado; no sé cuánto tiempo paso sin moverme... cuando abro los ojos y lo veo, con la mala fortuna de que me asusto y me hundo.

—¿Estás segura de que no te vas a ahogar?

—Si dejaras de mirarme, ayudaría.

—No te estaba mirando a ti.

—¡Ah, ¿no?! Pues no veo a nadie más por aquí.

—Ya te lo he dicho varias veces, debes ver más allá.

Lo salpico y me mira con cara de pocos amigos y yo empiezo a reírme.

—¿No te apetece un baño? —le digo justo cuando salgo del agua, paso tras paso, sin importarme que me mire de arriba abajo; pretendía que lo hiciera.

Retiro el agua de mi cabello con las manos, ladeo el cuello de un lado a otro lentamente con los ojos cerrados y, al abrirlos, lo descubro a unos centímetros de mi cuerpo.

—¿Estás jugando con fuego!

—Me gusta el calor.

—Vístete y ven, te espero en el muelle.

Nos miramos fijamente y no le digo que no, ¿cómo lo voy a hacer, si estaba deseando pasar tiempo con él? Cuando ya pensaba que no lo iba a ver, aparece de este modo y creo que me voy a morir con esta tensión sexual.

Sin más, camina hacia donde me ha dicho que vaya. No puedo dejar de mirarlo: los vaqueros cortos le hacen un culo que quita el hipo, y la camiseta, una espalda que le marca hasta el músculo más oculto de esa parte de su anatomía. Me fijo en que calza unas deportivas y me dirijo a la habitación para vestirme, tal y como me ha pedido.

No dudo en ningún momento: cojo también unos vaqueros cortos, camiseta y deportivas y, sin entretenerme más, salgo en su busca.

Cuando llego al muelle veo la lancha de esta misma mañana. Nos vamos de exploración, me gusta. Lo busco con la mirada, pero no lo encuentro.

—¿Campos?

—Aquí —oigo a mi espalda y lo descubro sentado en un cayuco color azul con un remo en la mano, y de repente enciende el pequeño motor que sostiene con una de sus manos.

—¿En éste?

—¿Te da miedo?

—Para nada —miento. ¿Cómo no me lo va a dar, si parece de lo más inestable? A pesar de eso, salto a su interior como si nada—. ¡Aaah! —Veo cómo se ríe y yo me agarro como puedo al borde. Se mueve pero mucho.

—Si no tienes cuidado, nos iremos los dos al agua.

No es mala idea... «Sí lo es», me reprendo a mí misma.

—¿A dónde vamos?

—Ya lo verás. —Me ofrece el remo y lo miro sin comprender qué quiere que haga con él—. Sólo tienes que aguantarlo, pero que no se te caiga.

—De momento, a eso llego.

—No sé yo... —Lo miro con la boca abierta y lo mojo con el remo para que no piense que se puede burlar de mí cuando le dé la gana; yo soy la única que lo puedo hacer y, en todo caso, dejar que quien yo quiera lo haga, cuando me dé a mí la gana—. Como vuelvas a hacerlo...

—¿El qué? —suelto mientras repito la acción y lo cabreo. Me río con ganas para pincharlo un poco más.

—Tú lo has querido.

De pronto comienza a balancearse y el cayuco empieza a moverse hasta el punto de que creo que lo va a volcar.

—¡Para! ¡Por favor!

—Merezco una disculpa, ¿no?

¿En serio? Pero antes de que le pueda rebatir, vuelve a movernos y me asusto tanto que no lo pienso ni un segundo.

—Perdón, perdón, perdón, joder.

—Vaya boquita que tienes.

Se ríe y acelera para salir, divertido, del muelle.

—Puede ser mucho peor.

—Me encantaría oírlo.

—Cuando quieras, Bruno. —Sé que me pidió que no lo llamara así, pero en este lugar nadie lo llama Campos, y me gustaría saber el porqué.

—Campos.

—Bruno.

—Adriana, no juegues conmigo.

¿Jugar? Ese verbo se queda corto al lado de todo lo que quiero con él. «¿Sobar?, ¿besar?, ¿sudar?, ¿foll...?» Mi voz interior se calla porque, si no, perderé la poca cordura que me queda.

—¿Por qué ellos te llaman Bruno y yo no puedo hacerlo?

—Ellos son mi f..

—Entendido, yo no soy nada.

Me duele, la verdad es que ha sido como un golpe bajo, un descenso a la realidad que ha herido mi orgullo, pero disimulo.

—No digas eso.

—Tranquilo, no pienses que voy a llorar por ti. Soy muy consciente de que no somos nada.

—Me alegra saber que lo tienes tan claro.

Si no estuviera en este maldito barquito de madera, me iría corriendo lo más lejos que pudiera de él. ¿Por qué siempre me tengo que enamorar de imbéciles que pasan de mí?

El resto del trayecto lo pasamos en silencio. Miro el paisaje, pero ya no me parece tan bonito como esta mañana; algo ha cambiado o yo misma lo he hecho, no lo tengo muy claro..., pero lo que sí sé es que no pienso ir detrás de él. Ahora es su turno; vamos a ver si quiere mover ficha o no.

Pasamos por una zona en la que se ubica el municipio de El Nido y me siento delante para observarla, es increíble. El color del agua contrasta con la vegetación que queda frente a nosotros en grandes montículos, uno tras otro

formando caminos paradisiacos. Percibo el flash de una cámara y me giro para ver qué fotografía.

—No quiero olvidar este momento.

Me asomo a la pantalla de la cámara y compruebo que soy yo. Estoy de espaldas a él y la imagen es preciosa.

—No te entiendo, Campos.

No me responde, y me encantaría que lo hiciera para no terminar pensando que estoy chiflada.

—Vamos a ir a un lugar que pocas personas conocen. —Dejamos el cayuco sobre la arena y caminamos montaña arriba hasta llegar a una cascada escalonada que me deja maravillada. Jamás había visto algo tan bonito—. ¿Te apetece un baño?

—No tengo bañador. —¿Cómo he podido ser tan estúpida de dejármelo? Estoy en una isla, en cualquier momento lo puedo utilizar.

—Creo que no lo necesitas. —Agarra la cintura de mi pantalón y me arrima a él—. Siento lo que te he dicho antes, pero no quiero que te hagas ilusiones; sé que te voy a hacer daño y no lo mereces.

—¿Por qué crees que me lo vas a hacer?

—Porque lo sé.

—Y, ahora, ¿qué se supone que debo hacer?

—Yo sé lo que quiero ahora mismo, ¿tú deseas lo mismo?

Me mira los labios y se muerde el suyo, igual que lo hago yo.

Ambos estamos deseando besarnos, pero yo no pienso ser la primera, no con lo que me acaba de decir.

—Me guste o no, esto es lo mejor que me ha ocurrido en mi vida. —Campos se lanza a mis labios y los atrapa como si no hubiera un mañana, y yo no me resisto—. No mereces esto, deberías haberte quedado en casa, no habría ocurrido nada —dice entre besos, sin parar un segundo, chocando nuestras respiraciones.

—Tú lo has provocado.

—Toda la culpa es tuya.

—¿Qué he hecho, Campos?

Nuestros labios se separan décimas de segundos para hablar en susurros roncos; quiero saber más, pero ahora mismo lo que necesito es que continúe, que por nada del mundo deje de besarme y de abrazarme. Me da igual lo que suceda después, no me importa lo que llegue a sufrir luego si lo consigo a él.

—Aparecer en mi vida cuando no debías.

Capítulo 14

Agarrado a mi cinturilla del pantalón, se deja caer de espaldas al agua y pierdo el equilibrio. Ambos nos adentramos en la fría agua de la cascada, hasta que emergemos y nos miramos a los ojos.

—¿Qué más vas a hacer conmigo?

No me deja responder y me vuelve a besar, y me gira para abrazarme por la espalda. Siento cómo sus dedos colocan una flor a un lado de mi pelo y se detiene de nuevo en mi cuello.

No puedo más que cerrar los ojos y sentir cómo me rodea con sus brazos hasta atrapar mis pechos y apretarme aún más contra su cuerpo. Suspiro emocionada, y me dejo llevar hasta volver a estar frente a él.

—Puedes pensar que estoy loca, pero me da igual lo que ocurra, yo...

—Chist, no digas nada.

Me coge de los muslos y me eleva para que su cabeza quede justo delante de mis pechos, que están cubiertos por una camiseta empapada que muestra mis virtudes.

Muerde la tela y me atrapa un pezón, a lo que respondo con un gemido justo cuando me deja caer y, cuando pienso que me voy a zambullir, vuelve a besarme con el mismo deseo que la primera vez que lo ha hecho.

De pronto se aparta sonriente y lo miro sin comprenderlo, ¿por qué para?

—Vamos, se va a hacer tarde.

—Tarde, ¿para qué?

«A ver, que yo sólo quiero que me beses, que me abrases y que termines introduciendo tu gran miembro en mí, no deseo irme a ningún lado.»

—Dicen que hay cocodrilos por esta zona.

—¿Qué?! ¿Estás pirado? —Comienzo a nadar a toda prisa y salgo del agua como una loca—. Pero ¿quieres salir? ¡Venga!

Empieza a reírse a carcajadas al tiempo que se hace el muerto como si nada.

¡Será mentiroso!

Miro a mi alrededor y localizo una pequeña piedra que le lanzo, con tan mala fortuna de que le doy en la barriga... No pensé que tuviera tanta puntería.

—¿Estás loca? —me pregunta riendo aún, ya llegando hasta mí—. Me podrías haber abierto la cabeza.

—Pues te lo mereces —replico mientras me doy la vuelta y me escurro la camiseta, dejándola hecha un higo, nunca mejor dicho.

—Ven aquí. —Me atrapa por la cintura y al girarme veo sus ojos a escasos centímetros de los míos. Una vez más veo la oscura sensualidad que esconden y, aunque finjo estar molesta, en cuanto noto sus labios me olvido de todo—. Te va a gustar.

—¿A cuántas has traído a ver eso que tanto me va a gustar?

—Doscientas, trescientas... He perdido la cuenta.

—Eres muy gracioso, ¿no crees?

No sé si darle una patada en el culo y que se lo coma el cocodrilo de las narices.

—Cuando se abrió el hotel, me encargaba de llevar a los clientes a las excursiones.

—Eso me lo dices para quedar bien.

Se ríe y vuelve a acercarme a él.

—¿Alguna vez te he mentido?

—Eso no lo sé.

—Podemos dejar esta absurda charla e ir donde te digo. No llegaremos a tiempo.

—Sólo si cuando lleguemos me invitas a cenar.

—Hecho.

Lo he conseguido, ya tengo una cita con él, porque es una cita, ¿no? Para mí, sí, que es lo más importante.

Volvemos a montarnos en el cayuco y nos dirigimos a algún lugar que le hace bastante ilusión; es la primera vez que lo noto emocionado por algo.

—Mira los árboles.

Lo hago, pero no veo nada especial... El sol comienza a desaparecer y es cuando me doy cuenta de que en las copas empiezan a aparecer destellos de luz que se mueven muy deprisa. Cada vez está más oscuro y, por tanto, más brillan. Me quedo boquiabierta sin saber qué es lo que estoy contemplando.

—¿Qué son?

—Cada luz es una libélula; imagínate todas las que hay.

—Es increíble, parece mágico. Campos, gracias por todo lo que estás haciendo por mí.

—No he hecho nada.

—Sí lo has hecho. —Me agarra para que no siga hablando y me sienta entre sus piernas. Me acomodo contra su pecho y los dos miramos hacia delante y vemos cómo los cientos de lucecitas corretean a sus anchas—. Si tuviera el teléfono, haría un vídeo.

—Toma —contesta mientras rebusca con una de sus manos y me entrega el suyo.

Sin dudarlo comienzo a grabar el espectáculo y hago un *selfie* en el que me tapo la boca, asombrada, y él sale mirando al frente.

No se puede ser más sexy.

—¿Me lo enviarás?

—Por supuesto. —Me besa la cabeza y levanto la cara hasta que atrapa mis mejillas y me besa la frente, y luego un cauto beso en la punta de mi nariz que termina en un pequeño pico en los labios que me sabe a gloria—. Te debo una cena. —Asiento, divertida—. Vamos a ella.

Cuando llegamos al hotel, para mi sorpresa descubro que en la parte de

jardín que corresponde a mi habitación hay una mesa preparada, lista para una cena de lo más íntima.

—¿Qué pasa? —Noto su mano en mi espalda y lo miro emocionada; creo que es la primera vez que alguien me hace sentir especial—. Te había prometido una cena.

—Gracias, Campos.

Lo beso en los labios y él me responde con una tierna sonrisa justo antes de invitarme a sentarme.

En el jardín cuelgan luces que nos iluminan a ambos; los dos nos miramos a los ojos fijamente, y sin duda alguna sé que para los dos esta cena es una declaración de intenciones.

—¿Les sirvo? —pregunta uno de los chicos del hotel que se acerca, y se me escapa una sonrisa mientras asiento.

—Cuéntame qué piensas.

—Es una tontería, déjalo. —Se cruza de brazos sin dejar de mirarme y sin importarle que el joven, que está sirviéndonos un pescado al horno que huele de vicio, nos pueda oír—. Al oírlo —intento que no sepa que hablo de él, pero es tan discreto que creo que, aunque lo señalara, ni me miraría— me ha recordado a la vocecilla del televisor, esa que no se calla.

—Tengo que llamar a Luca para que lo re programe.

—Luca es...

—Mi mejor amigo y el mejor en ese campo.

—¿El mejor?

Se me escapa una sonrisa al dudar que ese chico sea bueno en eso, a juzgar por la pesadilla del otro día.

—Te lo aseguro, al igual que este pescado será el más bueno que hayas probado en toda tu vida. —Pincha un poco y acerca el tenedor a mis labios. Abro la boca sensualmente y saboreo el trozo, reconociendo lo rico que está—. ¿Me equivoco?

Niego llevándome una copa a los labios sin dejar de mirarlo.

—Éste no está tan bueno como el que me diste a probar en Barcelona — consigo inquietarlo, y eso me gusta, es mi intención.

—Puede que tenga alguna botella reservada.

—Ah, ¿sí? ¿Para ocasiones especiales?

—Es posible —responde antes de llevarse el tenedor a la boca; veo cómo saborea el bocado, igual que lo hago yo.

Poco a poco la comida desaparece al mismo ritmo que la botella de cava se ha vaciado. Ambos estamos muy cómodos; hemos hablado de lo que me parece el hotel, de cómo me he sentido desde que he llegado, y no puedo más que confirmar lo afortunada que soy.

—¿Me perdonas un momento?

Asiento y veo cómo desaparece por el jardín. Jamás me hubiera imaginado que estaría tan lejos de casa con un hombre así. Doy el último trago a mi copa y me dirijo hacia el interior para ir un instante al servicio. Justo cuando salgo, veo el *jacuzzi* y sonrío ladina. Me quito la ropa sin prisas, dejándola sobre la cama, y, desnuda, camino hasta él para adentrarme en el agua templada.

—Veo que has comenzado la fiesta sin mí —me dice cuando aparece de nuevo.

Me ofrece otra copa y veo el color.

—¿Tienes una botella como si fuera un as bajo la manga?

—Digamos que algo así —se burla, y se quita la camisa al tiempo que intento no ahogarme con el delicioso cava espumoso que me acaba de ofrecer.

Miro su pecho, sus abdominales, hasta la peca que asoma sobre sus costillas, y estoy deseando que me acompañe.

Para mi fortuna no se hace esperar y veo cómo, sin ningún pudor, se queda en cueros, se sienta delante de mí y choca nuestras copas justo antes de besarme.

—Jamás había conocido a nadie como tú.

—¿Alocada?, ¿torpe?

—Especial —afirma, y se bebe la copa de repente y me lleva hasta él.

Y ya no existe nada más, sólo nosotros dos.

El agua de la bañera se desborda cuando me eleva y me sienta a horcajadas sobre sus piernas; tengo su rostro a unos centímetros y no dudo en atraparlo con ambas manos y pegar mi frente a la suya. Me muero por sentirlo una vez más.

Sus manos agarran mis pechos y juega con mis pezones justo antes de engancharlos entre sus dientes y que yo gima de placer. Me yergo, y mi sexo se roza contra su abultado miembro; el agua se mueve entre nosotros, y suspiro cuando lo dirige a la entrada de mi sexo, hasta que lo introduce. Percibo el largo de su pene colarse en mi interior, y me muevo por la necesidad de sentirlo mucho más.

—Campos...

—Chist... Tranquila, no pienso irme a ninguna parte.

Sus palabras me emocionan, me está demostrando que siente lo mismo que yo. Él también estaba deseando este momento.

Me embiste, pero se resbala y no logra ejercer toda la fuerza que quiere. Vuelve a intentarlo.

—A la mierda...

Me saca de encima de él y, tras salir a toda prisa del *jacuzzi*, me guía hasta la ducha, donde esta vez sí me penetra con premura. Ahora me embiste con la fuerza necesaria como para que tenga que ahogar los gritos; le muerdo el hombro, lo beso cuando él busca mis labios sin dejar de entrar y salir de mí.

Veo que estira un brazo hacia atrás y se inclina hacia allí, pero lo obligo a venir a mí de nuevo cuando sale de mi interior y a toda prisa se pone un preservativo.

Vuelve a penetrarme con una potencia tal que esta vez no soy capaz de sofocar ningún gemido: mi voz retumba entre las cuatro paredes, sin importarme que me puedan oír.

—Mírame, Adriana. —Abro los ojos y veo cómo su mandíbula está tensa y cómo las gotas de sudor recorren su rostro—. Córrete para mí.

Sus palabras son lo más sexy que me han dicho en esta vida y, como si mi cuerpo lo obedeciera, siento cómo un cosquilleo comienza a invadir mi cuerpo y no puedo controlarme. Me muevo más necesitada, y él me embiste con más energía cuando mis labios se abren de par en par y apenas sale aire de mi garganta.

—Así me gusta, dámelo todo...

Llego al clímax y me apoyo sobre sus hombros para sostenerme mientras él me agarra por las caderas, y termina en un jocosos gruñido que lo han debido de oír hasta en la isla de al lado.

Con sumo cuidado, me gira y me estrecha entre sus brazos.

—No sabes lo que estás haciendo conmigo.

—Eso te lo podría decir yo a ti.

Ambos reímos justo antes de que abra el agua de la ducha y eliminemos cualquier rastro de sexo de nuestro cuerpo.

Abro un ojo y siento que no tengo fuerzas para nada, pero su voz llega hasta mí. Miro la sábana que cubre mis piernas y la acaricio recordando lo que he vivido hace pocas horas. Campos es el hombre con más fondo que conozco... Me tapo la cara con las manos y me quedo tumbada en la cama, rememorando la noche de ayer.

Nada pudo salir mejor.

Vuelvo a oír su voz, suave, melódica, pero no proviene de la habitación, sino del exterior. Cojo uno de mis bikinis y, tras darme una ducha rápida, salgo descalza al jardín de mi habitación hasta rodear la fachada e ir en busca de su rincón favorito.

Me apoyo en la pared y lo miro. Está dando una clase de yoga a dos chicas, totalmente concentrado, tanto que ni tan siquiera se ha dado cuenta de que estoy observándolo.

—Es guapo, ¿verdad? —La voz de una mujer me despierta de mi burbuja particular. La miro sorprendida por lo que acaba de decirme, tanto que no le contesto—. Supongo que anoche lo pasarías de lujo, yo también lo hubiera hecho en tu lugar. —Voy a responderle cuando se pone delante de mí, tapándome la visión de Campos, y la miro con cara de pocos amigos—. Unos cuantos polvos de fin de semana y si te he visto no me acuerdo. Se lo hace a todas.

—Creo que te estás confundiendo de persona —respondo, sacando toda la rabia contenida.

—No te enfades, lo hago por tu bien. Sé muy bien de lo que hablo.

Mientras pronuncia las últimas palabras, lo mira al igual que lo hago yo, aunque él no nos ve ni sabe lo que esta zorra está diciendo. Miro hacia la piscina de al lado y, justo cuando voy a agarrarla del brazo para tirarla, oigo:

—Adriana, veo que ya has conocido a...

Yoko intenta presentármela, pero la muy cerda es la que termina la frase.

—... la prometida de Bruno, la futura señora Campos.

Estoy a punto de explotar por combustión interna. ¿Ha dicho la prometida?

—Es la novia de mi hijo. Ha estado de viaje, pero, en cuanto ha sabido de su regreso, ha querido venir a verlo.

El tono de voz de Yoko me es extraño. Parece que esté disfrutando, aunque la que sin duda lo está haciendo es la segunda en cuestión, que para ser su prometida parece que le ponga el mero hecho de que me lo haya tirado.

—Encantada, soy Adriana —finjo alegría, cuando lo que siento son ganas de estrangularla.

—No puedo decir lo mismo; soy Nina.

—Vayamos a ver la clase, seguro que Bruno se alegrará mucho de verte — propone su madre.

Las dos caminan por delante y yo las miro con las piernas temblorosas. No me puedo creer que la persona que anoche me hizo el amor esté comprometido.

Cuando Campos nos ve aparecer a las tres, se calla de repente. ¡Como para no hacerlo!, el muy cerdo me ha engañado. Ahora comprendo cuando me repetía que me iba a hacer daño... Apenas hemos comenzado nada y ya me está rompiendo a trocitos bien pequeños.

Quiero irme, quiero llorar y gritar sin que nadie me vea y oiga. Sin embargo, aquí estoy, frente al que supuestamente era el hombre de mi vida, su madre y su futura esposa, manteniendo la compostura.

Veo cómo le dice hola con la mano, entusiasmada, y me entran ganas de vomitar. Me giro para no verlos, no estoy preparada para este jarro de agua fría.

—Respirad profundamente... una vez más... Muchas gracias.

Campos se despide de los clientes y permanecemos los cuatro, durante unos segundos, en silencio, mirándonos unos a otros.

Todos sabemos lo que ocurre, y supongo que, aunque la muy arpía parezca que está disfrutando, nadie lo consigue.

—Cariño, ¿por qué no me has avisado de que estabas aquí? Habría venido antes —suelta Nina, y se lanza a besarlo, pero él, disimuladamente, se aparta, consiguiendo que le bese la mejilla y no la boca.

Deduzco que la escena es forzada para todos y, como así me siento y yo no pinto nada aquí, suspiro antes de despedirme.

—Que vaya bien el día.

—Cuando estés lista, te espero en la sala. Tengo muchas cosas que enseñarte —interviene Yoko, que es la única que intenta normalizar la situación, y, aunque se lo agradezco, ahora mismo no me importan sus charlas, ni nada. Sólo quiero volver a mi burbuja, donde nadie es capaz de herirme.

Yoko camina a toda prisa la primera y yo la sigo; mi paso no es tan rápido, porque la verdad es que no sé ni qué hacer ni qué decir.

—Creo que me debes una disculpa —reclama Nina mientras me agarra del brazo con fuerza; me giro para enfrentarme a ella, pero él nos ve e intercede.

Capítulo 15

—Nina, déjala en paz, ella no tiene la culpa de nada.

—Yo no he hecho nada malo, no tengo que dar explicaciones a nadie.

Le lanzo un dardo que para nada va directo a ella, sino a él.

—¡Lo reconoces!

—¿El qué? —La vacilo sin miedo alguno.

—Bruno, ¿vas a dejar que me hable así?

Su papel de víctima le va que ni pintado, pero ella me importa un pepino.

—Te he dicho que ella no tiene culpa de nada.

—Con lo que nos ha hecho...

—Perdona —me disculpo, pero no por lo que ella pretende, sino por el empujón que le pego a continuación... a raíz del cual cae directa a la piscina.

—¡Eres una...! ¡Aaaaahhh! —Da un manotazo al agua con toda su rabia—. ¿No piensas decir nada?

—Ya te he pedido perdón, no podrás decir que no te he avisado con antelación.

—No vuelvas a cruzarte en mi camino o te enterarás de lo que soy capaz de hacer.

—No te cruces tú en el mío —replico, y la señalo con un dedo inquisidor, para luego dirigirme a él—. Y tú no vuelvas a mirarme a la cara, o te la cruzaré.

Dicho esto, con la cabeza bien alta, aparentemente, me doy media vuelta y me voy, reteniendo las lágrimas que encharcan mis ojos.

¿Bruno? Ella sí que lo puede llamar así; supongo que es el premio por ser

su novia y no la amante como yo. Cómo no, a mí sólo se me permite llamarlo por su apellido, y he tenido suerte de no tener que llamarlo señor.

Me tiro sobre la cama y cojo mi teléfono... y descubro un mensaje con un vídeo y una foto.

Mis lágrimas salen a borbotones cuando veo nuestra foto. ¿Por qué nunca puedo ser feliz con un hombre? ¿Tan difícil es que alguien me quiera de verdad?

Me tapo con la sábana y, bajo la almohada, sigo llorando hasta que oigo que alguien llama a la puerta. Me seco las lágrimas y permanezco callada hasta que el sonido cesa.

Sé perfectamente que es él, pero ahora mismo no quiero verlo; no soy capaz de mirarle a la cara sin ponerme a llorar... y ni él ni ningún hombre van a verme de este modo.

—Cierra la cortina —suelto en un grito, y la estúpida maquina, afortunadamente, me entiende a la primera—. Cierra con cerrojo. —Al final voy a tener que darle las gracias al tal Luca por haber diseñado un sistema tan listo.

Tal y como se me había pasado por la cabeza, veo su sombra tras la cortina y da un par de golpes al cristal.

—¡Adri, ábreme, por favor!

—Para ti, Adriana, capullo —susurro sin que me pueda oír, presa de la rabia.

—Necesito explicarme, no quiero que creas lo que no es. —Ajá, ahora se llama «creer lo que no es», cuando yo lo llamaría «eres una estúpida por creerte mis trolas»—. Por favor... —Oigo unos pequeños golpes al chocar su frente contra el cristal.

Permanezco en silencio, y finalmente me duermo sin importarme si sigue o no esperando. Cuando me despierto, miro al techo y vuelvo a llorar. No tengo intención de moverme de aquí en cuatro días.

—¿No piensas salir de esta habitación? —No contesto; si piensa que lo voy

a hacer es porque no me conoce—. Adriana, por favor, somos adultos, tenemos que hablar.

Adultos, dice... Para mentirme sí que es muy chulo, pero ahora que quiero que se vaya con ella y me deje en paz, parece un crío, lloriqueando tras la puerta.

—Bruno, te estamos esperando para comer; venga, vamos.

La odio con todas mis fuerzas. Sólo con oír su voz me entran ganas de salir y estrangularla, pero no más que a él, que se ha ido con ella. ¡¿Cómo puede ser tan perrito faldero?!

Estoy hambrienta, pero no me apetece salir y encontrármelos.

—¡Tengo hambre! —Miro al televisor y la vocecilla no dice nada—. ¿Comida? —Nada—. ¿Puedes pedir algo para comer?

¡Maldita sea!, ahora que la necesito, no piensa decir ni mu. Cruzo los dedos antes de pulsar uno de los botones que hay al lado de la mesilla y rezo para no provocar otro desastre.

—¿En qué la puedo ayudar, señorita Suárez? —suspiro aliviada al saber que lo he logrado a la primera.

—¿Podría traerme algo de comer?

—Por supuesto, ¿qué le apetece?

—Una hamburguesa gigante.

La chica se queda en silencio, supongo que anotando el pedido, y yo pienso en que todas las calorías de ésta van a ir directas a mi culo, pero me da igual. Total, nadie me lo va a tocar en muchos días.

—¿Doble de queso, mayonesa...? —me pregunta.

—Completa —le confirmo, imaginándomela.

—¿Y para beber?

—Coca-Cola, y añade patatas fritas. —Me quedo callada un instante y luego termino de pedir—. Si tienen salsa barbacoa, mejor que mejor.

—Ahora mismo se lo llevamos.

Enciendo la televisión y busco algún canal internacional en el que hagan

algo que me entretenga, pero no, ninguno llama mi atención. Cojo mi móvil y vuelvo a mirar nuestra fotografía, y me entristece saber que esa escena no se va a repetir nunca más. Abro el vídeo y vuelvo a deleitarme con la luz de las libélulas; la verdad es que la imagen no le hace justicia a lo que vi en realidad. Era pura magia... Allí no había nada, sólo esas pequeñas luces que consiguieron que nos olvidáramos del mundo.

—Quiero mi magia de nuevo —lloriqueo.

Me encojo de hombros y me enfurruño como hacía de pequeña; si estuviera aquí mi padre me diría que, cuando se me pasara la tontería, volviese. Cómo echo de menos a mi padre. Suspiro y le mando un mensaje a Noelia, tengo que ponerla al día.

Hello, desde el paraíso más triste del mundo.

¿Qué te pasa?

Campos tiene novia.

¿Por qué los tíos buenos están pillados...? Es muy injusto para nosotras. No te preocupes, neni, vendrá otro.

Me he acostado con él, varias veces.

Cierro los ojos y, cuando los abro, compruebo que ya tengo un mensaje suyo.

¿Perdona? ¿Y la novia?

Me he enterado después 🙄.

¿Perdona?

Sí, hija, lo que lees. Lo mío con los hombres no es normal...

¿Y no le has dado una buena patada en los huevos?

Madre mía, si llego a ser yo, ese imbécil sale lisiado.
¿Cómo estás?

Su pregunta me derrumba y lloro mucho más de lo que lo he hecho durante todo el día.

Tía... ¿por qué siempre me pasa todo a mí?

Escribo el mensaje balbuceando, me siento como una auténtica idiota.

¿Qué haces ahora?

Esperar una hamburguesa, y luego pienso quedarme todo el día en la cama.

Pero ¿tú estás tonta? En cuanto te la traigan, coges esa hamburguesa, el biquini más sexy que tengas y te vas a la playa... y estos días que te quedan, te bañas en la piscina, haces excursiones y todo ese tipo de cosas; cuanto más te pasees delante de él, mejor.

No me apetece.

Moriría por estar allí... ¿y tú piensas encerrarte en tu habitación de hotel?

Sólo un rato.

Está bien.

No le llevo la contraria porque es capaz de presentarse aquí; es mejor darle la razón y, ya si eso, hacer lo que me plazca.

Oigo el timbre y le mando un audio para despedirme.

—¡Al fin! —Mi voz se apaga en cuanto tengo la puerta abierta y veo que al otro lado del carrito con mi comida está él—. ¿Qué haces aquí? —lo reprendo enfadada.

—Me vas a oír sí o sí.

—¿Por qué no te vas con tu novia y me dejas en paz?

Yo misma entro el carrito de servicio e intento cerrar la puerta tras de mí, pero sin éxito, pues me sigue hasta la cama, donde me siento sin querer mirarlo a la cara.

—Porque te debo una disculpa.

—Hombre, por fin dices algo coherente.

Me mira serio, pero me importa una mierda si se enfada, la que lo estoy soy yo, y mucho.

—Lamento no haberte dicho que yo...

—¿Estabas prometido? —lo ayudo a terminar la frase que tanto le cuesta soltar.

—Sí, joder. Lo estoy, pero...

—Ya lo has dicho todo —lo corto—. Campos, olvídate de lo que ha ocurrido. Tú mismo lo dijiste, era un puto error, uno que me iba a doler... y, aun así, permitiste que sucediera.

—Adriana, lo siento.

—Más lo siento yo. —Camino hasta la puerta y la abro—. Adiós, Campos.

Nos miramos fijamente, yo aguantando la compostura con todas mis fuerzas, y tras unos segundos veo cómo me hace caso y se marcha.

Uno menos; no es el primero que me traiciona, pero lo olvidaré como he hecho con el resto. Yo puedo.

Me siento en la cama y miro la bandeja, pero ya no tengo hambre. Me enfurezco por ser tan pamplinas y hago caso del consejo de mi amiga Noelia, salgo de la habitación.

Voy en busca de Yoko, para seguir con sus charlas; ahora es el momento de comenzar de cero y ella me está ayudando mucho.

—Yoko, ¿puedo hablar contigo un segundo?

—Sí, pasa. —La veo al fondo de la sala, sosteniendo una tela. Cuando doy dos pasos descubro a la asquerosa de la prometida de Campos mirándome sonriente—. Estamos preparando los últimos detalles, la boda es en tres semanas.

A eso lo llamo yo darme un puñetazo en todo el estómago.

—¿Quieres ayudarnos? —me espeta la otra. ¡Será perra, la jodida!

—La verdad es que no. —La miro fijamente a los ojos como si su enlace me importara un comino—. Tranquila, Yoko, aún tengo cinco días para que conversemos de nuevo.

—¿No te importa?, ¿seguro?

—Para nada; disfrutad con cada uno de los detalles, nunca se sabe lo que puede pasar —contesto mientras la miro con malicia, sonriente, y me voy de la sala simulando estar más fresca que una lechuga.

Conforme camino por el jardín me entra un hambre atroz, así que me dirijo de nuevo a mi habitación y, en mi pedacito de jardín, me como la hamburguesa, saboreando el manjar más calórico y buenísimo del mundo mundial.

A pesar del dolor que siento, el día transcurre la mar de tranquilo; no he vuelto a soltar ni una lágrima y tampoco me lo he vuelto a encontrar... y, para mi fortuna, así son el resto de los días aquí.

Sentada en el avión recuerdo lo loca que fue la ida, al contrario que la vuelta, pues todo ha salido como estaba estipulado, pero siento que me falta algo. Justo antes de salir me he despedido de Yoko; la pobre al final ha sido mi aliada... He pasado muchas de las horas con ella, y he aprendido tanto que siempre le estaré agradecida. Para mi desgracia, la muy arpía de su futura nuera nos ha interrumpido, pero he hecho de tripas corazón y he actuado como si no me importara lo más mínimo quién es; sé que eso la ha fastidiado mucho más que si hubiera estado en plan guerrillera. Como siempre me ha dicho mi madre, la indiferencia es la mejor arma de una mujer.

Cuando preparaba la maleta me he preguntado dónde estaba Campos... desde que lo eché de la habitación hace días no he vuelto a verlo por el hotel.

Se ha debido de ir, porque allí no ha estado, sino esa bruja me lo hubiera hecho saber. Aunque lo odio con todas mis fuerzas, me hubiera gustado verlo por última vez.

En el fondo soy demasiado tonta, pero soy una tonta sin remedio.

Apenas me quedan unos minutos para aterrizar. Mi padre, como siempre, es el encargado de venir a buscarme. Mientras tanto, continúo leyendo las anotaciones que he ido haciendo durante estos días, algunas referentes a las modificaciones para nuestro hotel, aunque soy muy consciente de que no servirán para nada, pero, como siempre he pensado, la esperanza es lo último que se pierde.

—¡Vaya cara traes!

—Estoy agotada... —replico mientras pongo cara de pena, y mi padre me acaricia la cabeza como siempre ha hecho desde que soy pequeña.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien —respondo como si nada; no quiero entrar en detalles, porque la verdad es que lo último que deseo es que mi padre me vea llorando.

—Tranquila, enseguida llegamos y duermes un poco.

—Sí, por favor.

Caminamos hasta llegar a su coche y, en cuanto me acomodo en el asiento, cierro los ojos y me dejo llevar por el cansancio de todo el día.

Me duele la cabeza, tengo un maldito taladro que no deja de perforar mis sienas. Malditas escalas de avión.

Me desperezo y me siento en la cama, apoyada en el cabecero. Me veo reflejada en el espejo que hay delante de mí. Suelo tener peor imagen de buena

mañana, la verdad. Veo justo al lado de la cama la maleta sin deshacer, en algún momento de esta mañana tendré que encargarme de ella.

—¿Tienes hambre?

Antonia da unos golpecitos muy suaves a la puerta, y se lo agradezco.

—Pasa.

Veo cómo se abre la puerta y, con una cariñosa sonrisa, se sienta a mi lado.

—Los viajes largos agotan, ¿eh?

—Mucho... Cualquiera diría que me han atropellado.

—¿Sólo es por el viaje? —La miro con la necesidad de hablar con alguien, y sé que ella es una de las pocas personas que siempre me han ayudado—. A tu padre lo podrás engañar, a mí no.

—Me he acostado con Campos —abre la boca de par en par, y no por susto, ni por mi falta de tacto, al contrario, sonrío alegre— y tiene novia.

—¿Cómo?, ¿tiene novia? ¡Si tu padre no ha comentado nada de eso! A decir verdad, estaba preocupado porque creía que dejaba a su hija con el soltero de oro.

—Pues no es tan soltero, como ves.

—¿Y cómo te has enterado?, ¿te lo ha dicho él? —Niego justo en el momento en el que mi nariz comienza a moquear y mis lágrimas brotan como lo hicieron días atrás—. Adri, amor, no llores por un hombre... Si no ha sabido ver lo que eres, no te merece.

—Pero ¿por qué no consigo que funcione con ninguno?

Se le escapa una media sonrisa antes de contestarme.

—El amor no se busca, aparece.

—Él apareció... en Barcelona... en el hotel...

Recuerdo la primera vez que lo vi en la cata, era el único que destacaba por encima del resto; me dejó sin habla y lo miré sin importarme que se estuviera dando cuenta de mi cara de tonta.

—Tengo un remedio para ti, vamos a desayunar.

Me estira de la mano y me dejó llevar. Caminamos hasta la cocina, donde

veo a Idaira; está desayunando y escuchando música con los auriculares puestos.

—Buenos días, hermanita —la saludo mientras se lo separo de las orejas y me río, consiguiendo que Antonia sonría al ver la cara de molestia de ella.

—¿Ya has vuelto? ¡Qué rápido termina lo bueno!

—Yo también te quiero —replico.

Sé perfectamente que esto último no lo ha oído, aunque me da igual. Me siento delante de ella y me bebo el ColaCao fresquito que me acaba de ofrecer Antonia, al tiempo que veo que saca del armario unas pastas de lo más deliciosas.

—¡Ah! ¿Qué haces? —Idaira le grita a su madre al notar cómo ésta le golpea la mano para que no coja nada.

—Tú ya te has comido las tuyas, éstas son de tu hermana —le recuerda mientras aleja la bandeja de su lado y yo las miro.

Mi hermanastra y yo nunca nos hemos llevado demasiado bien, pero la verdad es que gracias a ellas dos he sabido lo que es una familia, lo que son las riñas matutinas en el baño, las discusiones porque me quitara ropa o maquillaje, pequeños momentos que jamás habría vivido si me hubiera ido con mi madre y si mi padre...

—¿Y mi padre?

Capítulo 16

—Ha ido a formalizar la venta del hotel —dice a toda prisa, y a mí se me va el trozo de pasta por el otro lado y toso; me pongo colorada porque siento que me ahogo—. Bebe un poco...

Cojo el vaso y doy un trago que detiene la tos.

—Ya era hora de que lo vendiera —suelta Idaira como si nada.

—¿Adriana? —la oigo llamarme, pero yo estoy sumida en mis pensamientos—. ¿Estás bien?

—Déjala, mamá, no le queda otra más que asumirlo.

—Puede que a ti te importe una mierda, pero ese hotel ha sido toda mi vida.

—Eh... que no soy yo la que lo está vendiendo ahora mismo, vete a llorarle a tu padre.

Quiero estrangularla. No me puedo creer que después de tantos años sea tan despreocupada y tan insensible con las personas que se supone que son su familia.

—Olvídame, ¿quieres?

Me dirijo a toda prisa a mi habitación y me visto lo más rápido que puedo. Antonia me ha seguido y me persigue por el cuarto intentando que me detenga y me tranquilice, pero soy incapaz. Estoy a punto de perder todos mis sueños.

—Por favor, puede que no sirva de nada, pero necesito ir.

—No seas dura con tu padre, te lo ruego; él hace lo que cree que es mejor para todos.

—Lo sé —confieso; sé que no era viable continuar con el negocio, pero necesito ir.

Cojo mi Vespa y circulo a toda pastilla hasta que llego al parking del hotel. La aparco de cualquier manera y salgo corriendo hasta la recepción, donde veo que no hay nadie. Mi rostro se entristece al comprobar que está cerrado, al constatar que no hay clientes.

Camino a toda prisa hasta el despacho de mi padre.

—¡Papááá!

Mi voz se apaga cuando lo veo frente a Campos. ¿Campos? ¿Qué hace él aquí?

Miro a mi padre, que está muy serio. Sé que lo que ha hecho, o lo que está a punto de hacer, no le gusta en absoluto; después lo miro a él y siento miles de agujas punzando mi corazón, ¿qué hace aquí?

—Hija, estamos terminando con el papeleo.

—¿¡Tú!?! —le grito al ser consciente de que él es el comprador del hotel, la persona que en Filipinas me hizo vislumbrar la posibilidad de que podía comenzar de cero... Fui una estúpida al creerme sus mentiras, seguro que se acostó conmigo sólo por arrebatarme lo que era mío.

—Si te sientas, te lo explico. —Su voz es seria, más de lo que nunca la había oído.

—¡Contéstame! ¿Lo has comprado tú?

—Sí.

Su confirmación me rompe en mil pedazos; no puedo soportarlo y por ello me doy media vuelta y me largo corriendo. Me falta aire, así que salgo al exterior, pero, aunque respiro con todas mis fuerzas, sigo sintiéndome mareada. No lo dudo y bajo a la playa... Salto los escalones de madera de dos en dos hasta que mis temblorosas rodillas se clavan en la arena y miro al agua sin poder creer lo que acaba de ocurrir.

—Adriana, ya sabías que lo iba a vender.

Noto cómo mi padre agarra mi hombro y se sienta a mi lado.

—A él no, papá.

—¿¿Qué más da a quién?! Su madre tiene los hoteles más exclusivos del

planeta y yo quiero lo mejor para este lugar; no me gustaría que pasara de mano en mano, que terminara abandonado... Eso me destrozaría.

—¿Sabías que lo iban a comprar ellos cuando me mandaste a Filipinas?

—¿Qué ha ocurrido allí, cariño? —Nos miramos y me doy cuenta de que estoy siendo muy transparente; Antonia ha sido la primera en darse cuenta y él no ha tardado mucho más—. Soy tu padre, ¿crees que no he visto cómo lo miras?

—Da igual; por mucho que quisiera, está comprometido.

—Ay, hija, ¡qué inocente eres!, aún no se ha casado.

—No voy a romper ninguna pareja.

—Tú no harías nada, en todo caso lo haría él.

—¿Cómo me puedes decir eso? ¡A ti te abandonaron!

—No, hija, yo animé a tu madre a que lo hiciera. Aquí no era feliz y ni yo ni nadie éramos quién para retenerla en un sitio que no era de su gusto.

Oírle decir eso me deja atónita. Siempre había pensado que la partida de mi madre lo había destrozado y que su relación con Antonia había sido fruto de la soledad y el miedo a quedarse solo.

—¿Y crees que ahora lo es?

—Por supuesto.

—Tú sabes que mamá y el señor Campos... —No termino la frase porque me sorprende la carcajada que emite.

—Hija, son cada cual la horma de su zapato, encajan a la perfección, aunque no tendrán una relación como la que tengo yo con Antonia..., ellos no la necesitan.

—Pero era tu amigo, ¿no?

—Y ella lo fue incluso antes. —Me agarra de la mano y lo miro con los ojos anegados en lágrimas—. Ellos ya estaban juntos cuando conocí a tu madre, fue él quien me la presentó.

—Vaya, papá, qué calladito te lo tenías.

—Soy tu padre... —Asiento sabiendo a lo que se refiere—. Piensa que,

cuando el amor es verdadero, no hay frontera que lo detenga, ni nosotros mismos, cariño.

—No quiero estar con él, me ha engañado.

—Tú misma, pero hablando se entiende la gente; además, vais a estar juntos un tiempo.

—El hotel es suyo, yo ya no pinto nada aquí —replico, pues no entiendo por qué debo quedarme ni un minuto más.

—Ten la mente abierta, ¿quieres? —¡Miedo me da! Lo miro intentando leerle los pensamientos. Conozco muy bien a mi padre y cuando dice esa frase es porque trama algo, y por norma general no suele gustarme—. No me mires así.

—Así, ¿cómo?

—No quiero que te quedes sin trabajo. Si pretendes comenzar de cero, necesitarás dinero, así que de momento serás la encargada del *beach club*; es lo único que no se va a cerrar. Seguirá abierto mientras el hotel esté de obras. Pregúntale a Campos qué idea tiene para este hotel, te encantará.

—Genial, ahora soy camarera.

—Siempre se empieza por debajo, y no creo que te vengan mal los ingresos.

—Me lo pensaré...

—Así me gusta. —Me besa la cabeza—. Por cierto, me vengué de tu madre y Campos... acostándome con Yoko.

—¡Papá!

—¿Qué pasa? Estaba celoso, y ella también. —Lo miro sin creer lo que me acaba de decir. Nunca fui consciente de lo que ocurría a mi alrededor, y ahora él me aconseja que haga lo mismo—. Hay personas que necesitan ver que lo pierden todo para que reaccionen.

—Lo nuestro no funcionaría, somos muy diferentes.

—No tanto, Adri, créeme.

—¿Me quieres dejar tranquila?

Le tiro arena a la pierna para que deje de darme consejos amorosos que no le he pedido y que, de mi padre, me parecen un poco chocantes.

—El *beach club* abre en una hora; me he comprometido a que te harías cargo.

—¿Y por qué has hecho eso?

—Porque eres una chica lista y sabes lo que te conviene.

Sin más, se va y me quedo sopesando mis opciones, aunque sé que la que mi padre me ha conseguido es la mejor de todas. Irme a casa sin un euro no es factible, no si quiero seguir luchando por mi futuro.

Me adentro en la barra del *beach club* y compruebo que el recinto está vacío. Me traslado a años atrás y me veo correteando de pequeña entre las mesas y a mi padre agarrándome del brazo para que parase... Yo me reía, me sentía orgullosa de él y le decía a todo el mundo que mi papá era el dueño...

—Gracias por quedarte. —La voz de Campos me obliga a regresar al presente.

—No tengo otro remedio —le contesto sin mirarlo, sin pararme a decirle nada más; simplemente comienzo a limpiar las mesas y las sillas para que todo esté listo en breve. Sé que me mira, y por ello me obligo a no hacerlo yo, aunque no puedo evitar reconocer que me duele, me destroza saber que el que era el hombre de mi vida lo es de otra.

No me dice nada; percibo sus pasos alejarse y respiro, no sé si aliviada o dolida porque no se haya esforzado en hablar conmigo.

—¡Ey, ¿qué haces aquí!? —pregunto; me sorprende ver a Teo.

—Pues, como han cerrado mi caseta de surf, me han ofrecido este puesto y, la verdad, tal y como están las cosas, ni siquiera me lo he pensado.

—Te entiendo.

—Y tú, ¿cómo lo llevas?

Teo me conoce muy bien y sabe lo importante que ha sido siempre este lugar para mí.

—¿Crees que si hacemos desaparecer a cierto hombre sabrán que hemos sido nosotros? —bromeo con la intención de no tener que reconocer lo que siento en realidad—. ¿Tengo que trabajar, no?

—Pues como no nos pongamos manos a la obra nos vemos los dos en la cola del paro.

—Venga, podemos.

Nos chocamos la mano y sin perder más tiempo dejamos el *beach club* como una patena, para que los clientes comiencen a venir.

¡Vaya si han venido! La noticia de la venta del hotel a Yoko ha corrido cómo la pólvora, creo que más de media isla ha venido a curiosear. Supongo que es normal, aunque la pregunta de «¿y ya no es tuyo?» me repatea, mucho, más de lo que había imaginado..., pero tengo que asumir que ahora soy una simple empleada más.

—O Campos contrata a otra persona o me largo. —Dejo la bayeta de repente al oír la queja de Teo... y lo entiendo, porque estos dos días han sido una locura—. Otro día así, ni hablar.

—¡Parece que os hayan dado una paliza!

«Justo son éstos los ánimos que necesitamos», pienso para mis adentros por no mandarla bien lejos.

—Muy graciosa, Noelia —le digo irónicamente y Teo le tira uno de los trapos húmedos a la cara.

—¡Eres un cerdo! —Se lo lanza a él, sin éxito, ya que éste sí que se adelanta a sus movimientos y lo esquiva.

—Y te gusta.

—Eso es lo que te gustaría a ti.

Los observo alucinada. No me puedo creer que estos dos no estén juntos.

—¿Cómo ha ido tu día? Espero que mejor que a nosotros. —Intento cambiar de conversación y que no se maten delante de mí. Tengo tanta mala suerte que, si ocurriera, encima tendría que limpiarlo todo.

—Pues no lo calificaría de extraordinario, creo que me voy a quedar en la calle.

—¿Por qué? —Ahora es Teo el que interrumpe.

—He visto unos papeles del gestor, están en banca rota.

—¿Y qué vas a hacer?

—Esperar a que me digan algo... No creo que tarden.

—Noe, tía, necesitas un plan B. —Se me ocurre una idea, pero para llevarla a cabo tengo que pedirle un favor a Campos y, la verdad, no me apetece en absoluto—. Yo podría hablar con...

—Frena, puede que no sea tan grave como creo.

—Si quieres, por ti, hablaré con él.

—Por cierto, ¿cómo llevas que el filipino sea tu jefe?

—Uno, no es filipino, y dos, no tengo que llevar nada.

Teo nos observa sin decir nada; ya nos conoce y sabe que, como se meta, terminará pillando.

—Va, déjate de tonterías. Está muy bueno, eso lo sabemos las dos.

—No es para tanto —interviene Teo, molesto.

—Teo, calla, que tú no tienes ni idea. —Lo mira ladina y él tensa la mandíbula bastante enfadado.

—¿Recuerdas que está prometido? —Pronunció lentamente la última palabra.

—¡No jodas! —tras decir esto, a Teo se le escapa una carcajada que no me hace ni puñetera gracia, pero bueno...

—Más bien, a quien han jodido, es a mí —le confirmo para que se dé cuenta de que me duele bastante este tema.

—Ese tío es un cabrón con suerte —continúa sonriente y no entiendo el

motivo.

—¡Te quieres callar! —le gritamos las dos al unísono.

—De verdad, vaya dos leonas. Me voy a mi casa antes de que me matéis.

—Chico listo —le advierte Noelia.

Se despide con la mano y ninguna de las dos le hacemos mucho caso.

—Tía, esto va a ser muy duro... —reconozco al fin.

— A ver, tengo un amigo que te podría gustar, es guapete.

—No empieces, que te temo.

—Cállate y hazme caso. Tú ponte la mejor ropa que tengas, que vamos a picarlo un poco; puede que darle celos sea un buen plan.

—Ni de coña.

—Tú misma, después no te quejes porque no te haya avisado.

—Noe...

—Adri...

Me deja con la palabra en la boca cuando me besa la mejilla y se aleja dando pequeños saltitos y riendo.

La que me espera. Suspiro preocupada y me dispongo a irme a casa.

Si ayer fue un día de locos, hoy es para que me lleven a un manicomio directamente. Parece que media isla vecina haya venido también, y no es broma... Al final ha llegado un momento en el que en las mesas no se podía sentar nadie más, y no creáis que en la arena de la playa sí. No había ni un centímetro de arena libre.

Veo que aparece Campos y pone la misma cara que llevo yo desde que hemos abierto. Está alucinando, y como para no hacerlo.

—¡Esto no puede seguir así! —Es lo primero que le suelto, muy enfadada; no puedo seguir este ritmo, a este paso voy a morir en dos días.

—Pero ¿qué cojones ha pasado?

—La fama de tu puñetero hotel, es lo que ha pasado. Todos quieren saber cómo va a ser —le contesto sin dejar de llenar copas de cerveza, que luego cojo como puedo con mucho cuidado de que no se me caigan y, a toda prisa y esquivando a personas por el camino, las llevo hasta unos clientes que esperan ansiosos—. Disculpad, ya tenéis aquí vuestras bebidas.

—Uauuu, ¡vaya ambientazo hay aquí! —me dice uno de ellos, al que le sonrío como puedo.

—Gracias —respondo al tiempo que salgo pitando hacia otros clientes y les tomo nota, y así a seis mesas más hasta que llego a la barra, donde Teo está cobrando y Campos sigue inmóvil sin hacer nada—. Por el bien de todos, más vale que dejes el cartel de «soy el dueño» y ayudes.

Capítulo 17

—¿Qué hago? Nunca me he dedicado a la hostelería.

Resoplo molesta, vaya con el niño de papá y mamá. Dar clases de yoga es muy relajado, pero cuando lo metes a ensuciarse las manos no sabe por dónde empezar.

—Ven —le pido, y luego me dirijo a toda prisa a Teo—. Tú ayúdame a servir, Campos se encargará de cobrar. ¡¿Eso sabes hacerlo, no?!

Me mira con cara de «te estás pasando, y tres pueblos», pero no merece otra cosa. Teo se va y yo le enseño a toda pastilla cómo funciona la caja registradora. Por suerte es un chico listo y antes de que termine la explicación me dice que ya sabe cómo va todo.

Y menos mal, pues al final parece que todo está organizado y controlado. Campos no deja de cobrar en ningún momento, hasta que la infinita cola termina y entonces se coloca a mi lado, a llenar copas de cerveza, mientras yo preparo los cócteles más complejos, y Teo hace los ocho cientos mil metros lisos sin parar un segundo hasta que cae la noche y la gente comienza a cansarse y se marcha.

—¡Dios! Me vas a tener que subir el sueldo, de esto no hablamos —oigo cómo le dice Teo a nuestro jefe en tono amigable.

—No pensaba que ocurriría algo así... Me encargaré de ello.

—Noelia puede que se quede en el paro en breve —me dirijo a Teo para que me oiga Campos. No quiero hablarle directamente, no lo he hecho en toda la noche... Sólo cuando, muy molesta, le he explicado cómo funcionaba la caja.

—Llamadla, aquí tiene trabajo.

Nos mira a los dos y yo me limito a asentir sin mirarlo a la cara, hecho que incomoda bastante a mi amigo, quien, tras chocar la mano con Campos y besarme la cabeza, se marcha dejándonos a los dos sumidos en un silencio que me mata.

—Tengo que irme —anuncio. No puedo estar más aquí, me quiero ir lo antes posible.

—Espera un momento. —Me agarra del brazo y suspiro antes de mirarlo con cara de «no me importa lo que me quieras decir»—. Siento lo que ha pasado.

—Más lo siento yo.

—Lo sé, y es culpa mía.

—¿Por qué no me dijiste que tenías novia? —Necesito saberlo—. ¿Te vas a casar? —añado. Sólo de mencionarlo me rompo un poco más por dentro, no me puedo creer que el hombre que me llevó a esos lugares tan increíbles estuviera engañándome, a mí y a ella.

—Yo estaba en Filipinas... Ella en España...

—¿Para qué inventarte una excusa? Eres un cabrón.

Me cabrea el hecho de que ni se molestó en negarlo. ¿Cómo se puede tener tanto morro?

—Adriana, me gustas, eso no ha cambiado.

Su confesión me pilla por sorpresa. Lo escrudiño en busca de una mentira, de algo que me indique que no es verdad lo que dice.

—¿Sigues adelante con la boda? —Me da igual lo que diga, lo que realmente me importa es la realidad, no las palabras, que éstas se las lleva el viento—. Contesta

«Vamos, Campos, no me hagas perder el tiempo.»

—No puedo hacer otra cosa —responde, y veo cómo se pone de pie, nervioso, y camina de un lado a otro.

—Pues ya has elegido. A ella.

—Adriana... —Viene hasta mí y me agarra de las caderas—. No sabes lo que siento cuando te tengo tan cerca...

Me quedo petrificada cuando oigo sus palabras y dudo por un instante, pero no voy a ser el segundo plato de nadie.

—Déjame, por favor.

Me libero y lo esquivo para irme. No quiero estar cerca de él, es más de lo que puedo soportar.

—No puedo. —Avanza a grandes zancadas hasta que llega a mí de nuevo y me sujeta; intento soltarme, pero no lo logro, así que le giro la cara y me cruzo de brazos—. Llevo media noche sin poder dejar de mirarte; les hubiera dado un puñetazo en la boca a todos los que esta noche te han sonreído.

—Qué más te da lo que me digan.

—No puedo soportarlo.

—Campos, te vas a casar con Nina, no conmigo, así que preocúpate por ella. ¿Qué estará haciendo ahora mismo? —le pregunto para hacerle un poco de daño, aunque por su frialdad creo que le importa un pimiento lo que haga la muy arpía—. Me da igual, de verdad... Te deseo lo mejor con ella, pero déjame en paz, por favor.

—Adria...

—Vete a la mierda, Campos. ¿Sabes lo que significa?

Niego justo antes de marcharme; camino dando pequeñas patadas a la arena, provocando que vuele delante de mí y me salpique las piernas, pero tanto me da; no me puedo creer que me encuentre en esta situación.

Cuando llego al parking del hotel, al lado de mi coche aparcado, me giro y veo la luz tenue del *beach club* que se apaga e irrumpe la oscuridad, matando cualquier movimiento que se pudiera percibir en la playa. Campos estará siguiendo mis pasos y lo último que quiero es volver a verlo, así que entro en mi golfito y conduzco hasta llegar a la casa de mi madre, sin saber por qué.

Abro la luz del salón y veo los pocos muebles tal y como siempre los encuentro; recorro cada una de las estancias y no oigo nada, sólo el sonido del

viento que sopla con fuerza a estas horas de la noche.

De pronto el motor de una moto me sorprende. Nadie suele venir hasta aquí, así que me asomo a la terraza que hay en el salón y me paro a mirar la luz del faro... cuando capto que la puerta de éste se ha cerrado. No me ha dado tiempo a ver quién era; miro la moto y compruebo que es de alta cilindrada, hasta este momento no la había visto nunca por la isla. Espero apoyada en la baranda de la terraza, intrigada por saber quién ha venido hasta este lugar tan remoto.

Para mi sorpresa, la vidriera de la parte superior del faro me muestra que Campos es la persona que está ahí. Lo miro desde mi posición sin importarme que me descubra.

Sé que sabe que estoy mirándolo, al igual que siento que él está haciendo lo mismo, y así permanezco durante unos minutos, hasta que lo veo salir, sin intención de dirigirse hacia mí, y se coloca el casco; el rugido de la moto es lo único que se me queda grabado de su marcha.

—Eres idiota, ¿por qué te enamoras de un hombre que se va a casar?

«Si supiera la respuesta...», me digo a mí misma.

Espero un poco y al final apago las luces y me voy hacia mi coche. Miro a mi alrededor como si alguien estuviera esperándome, aunque sé muy bien que no hay nadie, como nunca lo ha habido.

Mientras circulo, marco el número de Noelia y espero a que me responda.

—Buenas noches.

—Vaya horas...

Miro el reloj sin saber muy bien por qué lo dice y me arrepiento de haberla llamado en cuanto soy consciente de que son las cuatro de la madrugada.

—Perdona.

—Tranquila, no podía dormir.

Eso sí que es nuevo en ella, suele ser muy marmota; algo le ocurre.

—¿Por el curro?

—Me han dicho hoy que ya no vuelva.

—Ostras, ¡cuánto lo siento! —Después de tantos años me duele que la hayan avisado de un día para otro, ¡qué menos que haberle explicado la situación cuando se dieron cuenta de que nada iba bien!—. Campos me ha dicho que puedes trabajar con nosotros; no es lo que quieres, pero al menos tendrás un sueldo.

—Ya no sé lo que quiero, eso es lo que más me jode.

—Estás de bajón, hoy permítete el lujo de hundirte. —Sé muy bien cómo se siente, aunque yo no me he permitido ese placer, porque sé que, si me paro a pensar en todo lo que me está sucediendo, me voy a hundir de verdad—. ¿Quieres que vaya a dormir contigo?

—¿Me vas a abrazar? —me pregunta la muy pava.

—Si es lo que quieres, sí.

Las dos nos reímos en una carcajada.

—Eres muy tonta.

—Mira la que fue a hablar —le respondo divertida, sabiendo que al menos, con nuestra conversación de besugos, he conseguido que se distraiga.

—No, vete a casa, debes de estar muerta.

—¿Estás segura? No me importa —insisto.

—Segura. Aparte, tienes que descansar, que mañana tienes una cita.

—¡Noelia!

No me puedo creer que lo haya hecho.

—Te lo advertí... Ya puedes ponerte en el cuello un lazo con una flor blanca. —La escucho con los ojos muy abiertos, sin dar crédito—. Y no estoy loca, que sé que lo vas a decir, estoy muy cuerda.

—No pienso ponerme eso.

—Ya lo veremos.

—Mañana ven antes de que abramos y hablas con Campos, lo necesitas.

—Lo pensaré, muchas gracias.

—Te necesito y lo sabes.

—Interesada —se mofa por teléfono.

—Te quiero —digo justo antes de colgar la llamada y seguir mi camino hasta llegar a mi casa.

Menos mal que Noelia ha aceptado el puesto que le ofrecí. Esta mañana no estaba convencida del todo, pero necesita un sueldo, y ahora mismo es lo que tiene más fácil y rápido, y la verdad es que Campos no le está ofreciendo un mal salario, es mucho más alto que los que pagábamos a todos los trabajadores del hotel.

Por cierto, tengo que hablar con mi padre porque ni me he preocupado de los detalles de mi contratación; a decir verdad, soy la única que no he firmado ningún contrato.

—Póntelo

Miro cómo sostiene un lazo ancho con una flor blanca y me río escandalosamente.

—Ni de coña.

Me río más alto aún, llamando la atención de Campos, que está a pocos metros de nosotras.

—Te lo pones y te callas.

De repente noto cómo rodea mi cuello con dicho lazo y comienza a apretar.

—¡Que me vas a ahogar! —Estiro de la cinta para aflojármelo y al fin siento cómo vuelvo a respirar con normalidad—. Estás loca —le digo justo cuando noto la mirada de mi jefe clavada en la mía. Odio que me mire así, soy demasiado débil y esto no me lleva a nada bueno; al contrario, sé que a la única que le va a pasar factura es a mí.

—Ahí tienes a tu cita.

Me empuja hasta una de las mesas y veo a un chico bastante mono.

—Hola, ¿eres Adriana?

—Ehh, sí... sí, soy yo —Me giro para que Noelia me vea con cara de

asesina, aunque lo primero y lo único que capto es a Campos desencajado... y por una extraña razón eso me gusta, tanto que me doy la vuelta como si no lo hubiera visto y sonrío a mi nueva cita—. ¿Qué tal? ¿Cómo te llamas, por cierto?

—Francisco. —«Alegre, ¡y olé!», añado para mis adentros, intentando retener la risa—. ¿Qué quieres tomar?

—Una Coca-Cola.

—¿En serio?

Me tomaría un mojito, pero, hijo, estoy trabajando, aunque no lo parezca. Me llama la atención que no se está quieto ni un segundo, no deja de moverse, de estirarse. Me está poniendo nerviosa.

—Sí, tengo que conducir.

—Puedo llevarte en coche, a tu casa o a la mía —me suelta. Dios, mato a Noelia. Vaya guiño de ojo más absurdo. Parece un poco lelo, pero ¿a quién diablos me ha traído la chiflada de mi amiga?

—Mejor la Coca-Cola.

—Como quieras. —Lo veo girarse en busca de un camarero y yo, con disimulo para no ser vista, busco a Campos con la mirada, pero no lo encuentro—. Eh, tío, tráeme una Coca-Cola y una birra.

Miro a Teo con cara de «lo siento» por sus malos modales y éste, con una paciencia infinita y un gran saber estar, se va hacia la barra para traer lo que le ha pedido.

—¿Y a qué te dedicas? —le pregunto para conseguir un poco de normalidad.

—Soy comercial. —Bueno, podría ser peor—. Digamos que tengo el don de convencer a las personas y salirme con la mía.

—No sé si eso es bueno o malo... —No quería decirlo en voz alta, pero ¿qué más da?, es la verdad.

—Siempre bueno, lo vas a ver.

No comprendo a qué se refiere, pero me distraigo sin importarme lo que

acaba de soltar, cuando Teo aparece por mi espalda y nos sirve las bebidas.

Francisco le da un trago y comienza a escupir la cerveza como un cerdo.

—Pero ¿qué te pasa?

Me giro y miro alrededor; para mi desdicha, todo el mundo nos está mirando. Voy a matar a Noelia. La busco entre la gente mientras el puerco que tengo delante está escupiendo y tirándose eructos, y yo quiero morirme.

—¿Qué le pasa?

Esta vez es la voz de Campos la que me distrae.

—¡Esta cerveza está desbravada! —se pone a gritar, y yo me tapo la boca, sintiéndome culpable por el revuelo que se está montando—. No pienso volver más, vámonos.

—A ver, disculpe, ¿quiere que le traiga otra?

Campos me mira fusilándome; después de esta noche me voy directa a la cola del paro.

—¿Otra? ¿Crees que eso es suficiente para compensar lo que le está haciendo pasar a mi novia?

—Por favor, trae otra —le suplico, y con los ojos intento decirle que no le haga ni caso, y parece que me ha entendido a la perfección.

—Quiero un vale de bebidas.

—¿Y qué más? —zanja justo antes de irse a la barra.

—¿Has visto? Ya verás cómo nos sale gratis.

El muy cretino está convencido de que va a conseguir bebidas gratis, pero ¿este hombre en qué mundo vive?

—¡Pero ¿tú estás loco?!

—Calla, que ya viene...

No me puedo creer lo que me está pasando, pero qué tío tan jeta.

Y por fin veo a Noelia. Campos está hablando con ella y por su semblante está arrepentida de ser la culpable de todo este embrollo; la voy a matar sí o sí.

Esta vez es Teo quien vuelve y deja la cerveza sobre la mesa, dedicándome

una mirada de desaprobación que me deja sin aliento.

¿Cómo se me ha ocurrido dejarme liar así? Y encima, en mi trabajo, si es que estoy de atar...

—Siempre me salgo con la mía, ya te lo he dicho.

Mientras me habla empieza a dar saltos en la silla. Este hombre no es ni medio normal. Suspiro y trato de no pensar en lo ocurrido.

—Tienes unas manos muy bonitas —le comento, en un intento de cambiar de tema y olvidar el episodio de la cerveza.

—¿Me estás diciendo que la tengo pequeña?

No doy crédito a lo que acabo de oír, ¿qué tienen que ver las manzanas con los pepinos? Ay, Dios, ¿por qué me tiene que pasar esto a mí?

—Yo no te he dicho eso.

—A ver, enséñame tu mano.

De repente le agarra la mano al de al lado, que se siente molesto; normal, me ocurre a mí, que ya no sé ni dónde meterme.

—¿Quieres parar?

—¿Crees que la tiene más grande que yo?

Esto es increíble, sólo quiero irme de aquí.

—Me sueltas la mano o...

—¿O qué? Picha corta.

—¡¡¡Que te calles ya!!! —Sin darme cuenta pego un grito que oye todo el mundo, ya que el silencio se ha instalado en el ambiente, y yo me empequeñezco en la silla con la esperanza de desaparecer o de que alguien me saque de aquí.

—Será mejor que te marches, la estás molestando.

—¿Yo te estoy molestando? —me pregunta directamente, ignorando por completo a Campos, que ha aparecido de la nada.

»¡Contesta! —me chilla desagradable, y me quedo todavía más callada.

—No vuelvas a hablarle así o te parto la cara.

Lo agarra del cuello y, levantándolo del suelo, lo arrastra hasta la arena.

Capítulo 18

—¡Que te den, jodido chino! —«Japonés, imbécil», pienso para mis adentros —. ¡Y tú, ahí te quedas, estrecha de mierda!

Campos se gira para volver a mirarlo y es cuando Noelia interviene, parando sus pasos y diciéndole algo al oído; gracias a eso declina la idea de partirle la cara al cliente.

—Sube ahora mismo al hotel —me dice enfurecido, pero sin gritar, justo cuando pasa por mi lado como un Miura, y a mí me empieza a temblar todo el cuerpo.

En vaya lío me ha metido Noelia, si es que no sé por qué no me niego en redondo a participar en sus maravillosas ideas. Camino intentando seguir sus pasos, pero me es imposible. Veo cómo se aleja y a toda prisa, con cuidado de no caerme por la negrura de la noche, subo los escalones de madera que me llevan al hotel.

En cuanto llego arriba, lo busco, pero aquí no hay nada más que mi piscina, vacía, y un par de montones de tumbonas apiladas que están cogiendo polvo de no usarse. El estómago se me contrae al ver mi hotel de este modo. Sin embargo, no tengo tiempo para pensar en ello, pues la luz de una de las ventanas me llama la atención y es cuando intuyo que Campos ha entrado en el despacho de mi padre, ese que ahora mismo es suyo, y la verdad es que no sé si quiero verlo en él.

Hago de tripas corazón y llamo a la puerta, que está entornada.

—¿A qué estás jugando, Adriana? —me reprocha nada más cruzar el umbral de la puerta—. No te entiendo, de verdad que no logro hacerlo. —Es

la primera vez que lo veo sentado a la mesa, como si nada, y aunque me entristece, no me duele tanto como creía. Supongo que si me hubiera recibido sentado en la butaca habría sido diferente—. Te estoy preguntando —añade, y termina en un suspiro bastante irritado.

—Ha sido un error, ya lo sé.

—Pero ¿tú te crees que puedes dejar tu puesto cuando te dé la gana? —Se pasa las manos por el pelo y veo cómo sus ojos están más oscuros que nunca—. Recuerda que ya no...

—... soy la propietaria y hago y deshago cuanto quiero; no necesito que me lo recuerdes —acabo la frase por él, con toda la rabia del mundo—. Tranquilo, que no va a volver a ocurrir.

—Por supuesto que no va a volver a pasar; a partir de hoy queda terminantemente prohibido...

—¿¡Ligar en el trabajo!?! —vuelvo a interrumpirlo antes de soltar una gran carcajada, y no sé si lo que lo ha cabreado tanto ha sido que no lo he dejado hablar o que haya intentado ligar en su cara—. Somos mayorcitos, ¿no crees?

—Pues parece que no.

Lo he enfurecido mucho, hasta este momento no lo había visto jamás de este modo y la verdad es que da bastante miedo, pero ni él ni nadie van a conseguir que me calle.

Suspiro con todas mis fuerzas dispuesta a salir, cuando lo veo acercarse en dos grandes zancadas con esos ojos oscuros que me vuelven loca. Doy un paso atrás, pero me agarra de los brazos, me da la vuelta hasta quedar frente a sus ojos y me gira obstaculizándome la salida. Retrocedo a toda prisa hasta que ya no puedo hacerlo más porque la mesa de mi padre me entorpece el paso, y veo cómo su cuerpo se abalanza sobre mí y me besa.

No me da tiempo a reaccionar y, aunque lo tuviera, mi cuerpo lo recibe de tal forma que no sé si de un modo u otro sería capaz de detener lo que está pasando. Siento cómo su miembro, erecto, presiona sobre mi vientre y mis labios lo devoran del mismo modo que él hace con los míos.

—Si esto es lo que necesitas, no te busques a gilipollas.

—¿Y qué quieres? —Se aparta unos metros y se lleva las dos manos a la cabeza, los dos sabemos que está actuando muy mal, que está traicionando a una persona que, me caiga mejor o peor, no se merece esto, nadie se lo merece —, ¿que te busque a ti antes o después de que te acuestes con Nina?

—¡Joder, no vuelvas a mencionarla!

—Cómo no lo voy a hacer, si sé que un día de éstos desaparecerás para irte entre sus brazos, ¿y yo qué, Campos? —Camino hasta él y, más segura de lo que nunca he estado, me quedo a unos centímetros de distancia para que me mire a los ojos—. ¿Qué pasará conmigo? —Nos miramos fijamente unos segundos y él se gira para salir, aunque esta vez de forma parsimoniosa.

Ni siquiera me había dado cuenta de lo rápido que estoy respirando; mi pecho sube y baja y lo único que soy capaz de hacer es llevarme los dedos a los labios.

«Necesito que todo sea diferente, Campos», digo en mi cabeza antes de salir del despacho y dirigirme a mi puesto de trabajo.

—Dime que no te ha echado mucha bronca.

—Eso es lo de menos, Noelia. —Encojo los hombros y lo único que recuerdo de todo lo que acaba de suceder es cómo me ha besado.

—¡Adri!

—¿¡Qué!?! —Vuelvo en mí y veo que está esperando a que le cuente—. Ya no soy la hija del dueño, así que no podemos hacer lo que nos venga en gana.

—Lo sé, perdona. A partir de ahora, fuera de aquí.

—¡Ni dentro ni fuera! ¿Tú has visto a ese tipejo? Era hiperactivo, maleducado... no te voy a hacer caso nunca más.

—No ha sido para tanto, era guapo.

—Quita, quita, deja que me olvide de ese espécimen.

—Cinco mojitos —nos pide Teo, que está bastante agobiado, y dejo la conversación con Noelia para otro rato—. Gracias —me dice dándome un beso en la mejilla cuando se los entrego a los clientes y seguimos trabajando.

—Hoy ha ido mejor —afirma Teo cuando estamos cerrando, y es que Campos ayer cumplió con su palabra y ha contratado a tres chicas más, sin contar a Noelia. Aunque están un poco verdes y les falta un poco de rodaje, poco a poco lo tendrán y todo irá a las mil maravillas.

—Menos mal, porque ayer fue para morir.

—Pues a mí me duele todo. —Noelia resopla y los dos nos reímos de ella, justo antes de apagar las luces e irnos todos a descansar.

No sé cómo he accedido a ir a surfear. No digo que no me guste, pues me encanta, pero ayer al final cerramos el bar casi a las tres de la madrugada y no me tengo en pie, y para colmo estoy en un momento de mi vida de crisis existencial.

Estoy enamorada de un hombre prometido y, para más inri, mi sueño de crear un hotel maravilloso se ha esfumado y he pasado de imaginarme como la directora de un gran establecimiento a convertirme en la camarera del bar del mismo. ¿Cómo voy a cumplir lo que siempre he anhelado si termino tan agotada que me duelen hasta las pestañas?

Me pongo el casco y, sin más, arranco hacia la playa, donde estarán Teo y Noelia esperándome junto con el resto de los amigos.

—¡Buenos días!

Ellos ya se están poniendo los trajes de neopreno y yo dejo caer mi mochila sobre la arena para hacer lo mismo, cuando percibo que alguien avanza hacia nosotros por detrás.

—Ahora sí que son buenos días...

Miro a Noelia, que repasa de arriba abajo al chico que se aproxima lentamente hasta nosotras.

—¿Quién es? —Apenas muevo los labios; las dos estamos escaneándolo con total descaro y sin ningún tipo de pudor porque él lo sepa.

—Ni idea, pero me...

—¿Acabo de enamorarme? —termino la frase por ella junto con una pequeña carcajada.

—Ya te digo.

—Hola, Teo.

Si su presencia es de quitar el hipo, su voz te deja sin habla. ¿Por qué hay tantos tíos buenos en el mundo?

—Ey, sabía que no me ibas a fallar. —Se chocan la mano y las dos lo miramos con cara de «preséntanos a tu amigo»—. Ella es Adriana —clava su mirada en la mía y siento que me voy a derretir— y ella, Noelia. —Por cómo la mira, sé muy bien que Teo le ha hablado de ella; sobre todo me lo indica su sonrisa socarrona, de «tienes buen gusto, amigo»—. Él es Mario.

Interesante nombre.

Bonita sonrisa.

Y pedazo de abdominales...

Es la frase que más cobra sentido cuando se quita la camiseta y no abro la boca de par en par porque... no sé por qué.

—¡Ya estamos todos! —Teo grita hacia la escalera y veo aparecer a Campos.

Mario es guapo, aunque no le llega a la suela de los zapatos a él... ¡Madre del amor hermoso, cómo se puede ser tan sexy! Cada uno de sus pasos es más atractivo que el anterior... Recorro su cuerpo en bañador y por instinto analizo los abdominales de uno y los del otro y no tengo duda alguna de con cuáles me quedo.

—Cierra la boca, que te va a entrar una mosca.

—Eres idiota, no la tenía abierta.

—Anda que no.

Me abrocho el traje y cojo mi tabla para distanciarme de ellos en dirección a la orilla.

Necesito aire, respirar un poco antes de volver a verlo, y más desde el

beso que me dio anoche. Creo que he soñado con él, las pocas horas que he dormido, pero tengo que ser honesta conmigo misma y admitir que debo olvidarme de él.

El chapoteo de todos al entrar en el agua me saca de mi ensimismamiento y noto su presencia, pero no me muevo, no lo miro.

—Adri, ¿vienes? —Su tono amigable me sorprende; no tiene nada que ver con el que utilizó en la bronca que tuvimos en el despacho de mi padre.

—Sí —contesto, pero continúo inmóvil en la orilla. El agua quiere arrastrarme hacia dentro, pero yo aguanto con todas mis fuerzas el equilibrio para permanecer allí.

—Coge tu tabla —me dice muy serio mientras el resto de los chicos siguen adentrándose como si nada, y obedezco.

—Hace mucho que no pillo una ola —me sincero al ver el mar tan revuelto. Nunca me ha dado miedo, al contrario, pero sí que tengo un gran respeto por el Atlántico.

—Surfear es como montar en bici, nunca se olvida. Yo estaré a tu lado, ¿confías en mí? —Me ofrece su mano y mi estómago se encoge como si con ese gesto estuviera traicionando a alguien, que no es así, pero sí a mí misma.

Miro su mano, después me detengo a observar su rostro y me olvido de todo lo que ha ocurrido hasta ahora..., así que la agarro y siento un escalofrío que desaparece en el instante en el que me obliga a entrar en el agua y nadamos sobre las tablas mar adentro.

Mis brazos se mueven como si nunca lo hubieran dejado de hacer; nos acercamos, sé que pronto va a venir una ola, y la adrenalina aparece recorriendo cada centímetro de mi cuerpo.

— ¿¡Lo sientes!?! —me grita eufórico. Apenas está a un metro, observándome, y luego mira al infinito. Mi corazón late enérgicamente, lo puedo oír sin necesidad de tocar mi pecho.

—¡Sí! Dios, ¡cómo lo he echado de menos!

—Los surfistas no podemos estar lejos del mar, nena —ha dicho... Sí, lo ha

dicho, y en su boca es más dulce de lo que es en realidad—. Ahora, es el momento, ¡nada!

Braceo con todas mis fuerzas hacia dentro cuando el mar comienza a levantarse. Sin pensarlo, me pongo de pie y surfeo la ola como si ayer mismo hubiese sido la última vez que lo hice. Toco con mis dedos el agua, rompiendo la línea de la ola, hasta que me lanzo de la tabla y dejo que mi cuerpo emerja por sí solo.

—Guau, esto es increíble... —Me río en un grito para luego nadar hasta volver a subirme a la tabla y esperar a que Campos haga lo mismo.

—Eres bastante buena.

Los dos sonreímos, desconocía esta faceta de Campos con relación al surf, aunque tengo que reconocer que no sé demasiadas cosas de él. Durante estas semanas apenas se ha mostrado abiertamente, no como yo.

—¿Una más?

Miro hacia mi derecha y veo a Noelia y a Teo caerse al agua y reír del mismo modo que lo he hecho yo, así que no lo dudo, quiero volver a hacerlo.

—Vamos. —Ahora soy yo la que lo anima a él.

—Recuerda, siente el latido. Nuestro corazón late del mismo modo que lo hace el mar, ése es el momento exacto.

Una vez más, esperamos en silencio mientras nuestras miradas se cruzan una y otra vez; sonreímos. Veo la pasión por el surf en su rostro; sus ojos brillan y puedo experimentar lo mismo que él en este preciso momento. Mi corazón vuelve a latir, siento cómo quiere salir de mi cuerpo, y ahí aparece la adrenalina. Su pie se mueve lentamente buscando la señal. Y pronto la noto. Oigo que Campos me anima a comenzar a nadar, y como una loca comienzo a hacerlo hasta que de nuevo me encuentro en la ola. Muevo la tabla con los pies, me agacho para deslizarme mejor y de repente veo que él viene en dirección contraria... Lo miro sin entender nada, vamos a chocar si continúa así, pero no tengo más opciones que continuar o salir de la ola.

—¿¡Qué haces!?! —le grito, pero él está eufórico y, sin darme tiempo a

pensar o a reaccionar, se lanza sobre mí, sujetándome, y nos hundimos, siendo arrastrados por la corriente, sus fuertes brazos rodeando mi cintura. Abro los ojos y entre las burbujas que nos están arrastrando veo sus exóticos ojos y sus labios me besan, justo en el instante en el que salimos al exterior, y yo le respondo del mismo modo. Rodeo su cintura con mis piernas y siento su miembro erecto. Estoy excitada... no sé si es la adrenalina, o tener una vez más a Campos entre mis brazos, o la combinación de ambas.

Su lengua pasea sin control por la mía, cuando oigo la voz de Noelia y me aparto como si su cuerpo me quemara.

—¿Estás loco!/? —Le tiro agua a la cara, pero ni se inmuta. Nuestros cuerpos suben y bajan al igual que lo hacen las olas. Nos miramos fijamente durante unos segundos; los dos sabemos que no estamos actuando bien—. Me podrías haber hecho mucho daño —le recrimino intentando recobrar la cordura; no puedo creer que haya hecho semejante imprudencia.

—Sé lo que me hago.

—Ah, ¿sí? ¿En todos los aspectos? —lo reprendo duramente.

Comienza a nadar dejándome con la palabra en la boca. Recupero mi tabla mientras lo observo sin saber muy bien qué hacer, hasta que veo que todos están saliendo y hago lo mismo. Por suerte la corriente está a mi favor y me ayuda a llegar a la orilla. Cuando piso la arena con la tabla bajo mi brazo, Noelia comienza a gritarme que ha sido increíble.

Y sí, lo ha sido, aún sigo con la respiración agitada mientras veo cómo Campos se sienta justo al lado de las neveras que los chicos han traído y Teo le lanza una cerveza.

Camino hacia ellos sabiendo que me está mirando directamente; da un trago sin dejar de hacerlo, y yo, como si nada, me agacho para coger una, cuando me agarra del brazo.

—Me gustaría enseñarte una cosa —siento cómo clava su mirada en mí e intento no ceder, porque sé que voy a ser demasiado débil; no dejo de serlo cada vez que está cerca—, por favor. —Soy consciente de que el resto de los

presentes nos están mirando, incluida Noelia, que sonrío socarrona, aunque no debería... Ella sabe perfectamente que Campos está comprometido y, lo más importante, que no tiene intención de parar nada.

—¿Ahora?

Fijo mis ojos en los suyos y no puedo evitar pensar en lo mucho que me gusta, en cómo desearía que nuestra situación fuera distinta, en lo que hubiera ocurrido dentro del agua si no supiera que a muchos kilómetros de aquí lo están esperando. Él no me responde, me ofrece su mano y la acepto para que me ayude a ponerme en pie, y sigo sus pasos, justo después de sacudirme la arena del neopreno que llevo medio caído.

Lo he seguido hasta el hotel; una vez más estoy entre estas cuatro paredes, esas que fueron testigo de la pasión que existe entre nosotros.

—Éste es el proyecto de la renovación del hotel.

—¿Por qué me lo enseñas, Campos? —Puede que él no se haya dado cuenta, pero a mí me duele en el alma cada vez que pienso que este sitio ya no es mío—. Soy una simple camarera, ¿lo recuerdas?

No puedo evitar mirar las páginas que muestran lo que será en un futuro y me percató de que es todo lo que siempre había anhelado para este lugar.

Capítulo 19

—No mereces ser una simple camarera. —Analizo sus gestos en busca de una ironía que no logro ver—. Adriana, sé lo que es este hotel para ti, y quiero que lo dirijas.

—¿Yo? —Se me escapa una carcajada nerviosa—. Tu madre es la mejor, yo... yo no podría estar a su altura.

—Nadie mejor que tú cuidará este establecimiento; es parte de ti, y por ello quiero que me ayudes. —¿Y ver cómo te casas y vienes de vacaciones con ella de vez en cuando? ¿Conocer a tus hijos? No, creo que no es buena idea. Sólo con imaginarlo ya me pongo nerviosa—. Gracias, pero no, no lo veo.

—¿Vas a rendirte ante tu sueño?

—Mi sueño se esfumó cuando comprasteis el hotel.

—Te cedo la mitad; sé socia conmigo al cincuenta por ciento, copropietaria.

—Sabes de sobras que no puedo...

¿Cómo puede proponerme algo que ahora mismo es imposible para mí?

—Podemos llegar a un acuerdo, dime lo que quieres para aceptar.

«Que no te cases, que seas el hombre de mi vida, que paseemos con nuestros hijos por este hotel.» Eso sería mi sueño, pero nada de lo que quiero se puede hacer realidad, así que no me queda otra.

—Buscaré un nuevo trabajo y me iré —anuncio; es lo más sensato por mi parte.

—¡No quiero que lo hagas!

Ahora es él el que empieza a estar nervioso.

—¿Y qué quieres, Campos!? —le grito alterada, perdiendo los papeles por primera vez; él rodea la mesa justo después de dejar el proyecto sobre ésta y adivino sus intenciones—. ¡No, quieto! —Lo aparto poniendo una mano en su pecho y él la agarra con fuerza—. Esto es un error... Ya lo fue el primer día que nos cruzamos, no debería haber pasado, y si no lo paras tú, lo haré yo.

—Sé lo que piensas, y yo me odio por ello, sin embargo...

—No puedo trabajar a tu lado... Joder, Campos, estoy enamorada — confieso de pronto, asumiendo la realidad. Y sé que no esperaba oírlo. Da un paso atrás y mira hacia otro lado—. ¿Ahora entiendes por qué no quiero aceptar tu oferta? —Pongo los brazos en jarras antes de ser sincera como hasta ahora no he sido—. No puedo estar a tu lado sabiendo que perteneces a otra, que ella es la que disfrutará de tu intimidad y yo os miraré a lo lejos añorando ser ella. No quiero volverme loca, y sé que, si acepto, es lo que ocurrirá. — Espero que me diga algo, pero no obtengo respuesta—. Seguiré en el *beach club* mientras no tenga otra cosa, pero después...

Silencio, es lo único que hay entre nosotros dos, que desgarras, que asfixia... Por ello, con todo el dolor del mundo, salgo del despacho para poder respirar.

Cuando llego a la playa el corazón me va a mil por hora; cada vez que respiro me duele, pero debo ser fuerte. Por primera vez no puedo hundirme por un hombre, al igual que él no lo va a hacer por mí.

—¿Estás bien? —Noelia, que se ha acercado hasta mí, me tiende la mano—. Vamos a comer algo, ¿quieres? —Asiento al tiempo que miro hacia arriba y sé que lo que acaba de ocurrir será lo que ponga el punto y final a nuestra no relación.

—Madre mía, ¿has visto la de excavadoras que hay?

—Como para no verlas —respondo bastante molesta. Son las cinco de la tarde y el ruido es ensordecedor; es imposible que podamos abrir el *beach*

club en esas condiciones, los clientes no van a estar cómodos—. Voy a decirles que vayan terminando. —Subo la pasarela y me quedo petrificada cuando veo cómo lo están derribando, no van a dejar ni una triste pared.

—¡Señorita! ¡Cuidado! —oigo una voz a mi derecha y, cuando me voy a girar, noto cómo alguien me empuja con todas sus fuerzas hasta que caigo al suelo. Abro los ojos y toso para escupir la arena que me he tragado.

—Pero ¿qué narices...?

—Aquí no puede estar —me riñe un hombre de unos cincuenta años, que se ha lanzado contra mí para que no me diera la grúa que se acercaba por mi espalda y que a punto ha estado de atropellarme.

—Ya lo sé. —Me sacudo la ropa, espolvoreando una nube de arena—. En media hora abro el bar de la playa y necesito que hayáis acabado.

—Imposible, el señor Campos nos ha pedido que terminemos hoy con el derribo, y tenemos para un par de horas más.

No me lo puedo creer.

—Voy a llamar al señor Campos ahora mismo.

—Entendido.

El pobre hombre no tiene culpa de nada, así que me aparto todo lo que puedo y llamo a mi jefe para que detenga este desastre.

Suena un tono, dos, tres. Suspiro enfadada cuando descuelga.

—Ya puedes venir para acá y pedir que paren la obra de inmediato, así es imposible abrir el *beach club*.

—Me encantaría, pero estoy muy lejos... —Esa voz, me cago en todo lo que se menea, ¡es la arpía!—. Supongo que eres Adriana.

—Supones bien, ¿dónde está?

—¿Mi prometido?

Eso, dame más donde me duele, maldita bruja.

—Ese mismo —respondo simulando estar tan pancha; lo último que quiero es que piense que me importa.

—Se está duchando. —Imagino su astuta sonrisa, pero conmigo no va a

poder.

—¿Quién es? —oigo a los lejos y sé que es él.

—Nadie importante —le responde con una voz que en absoluto es la que está utilizando conmigo.

—Te he dicho mil veces que no respondas a mis llamadas.

—Insistía mucho, cariño...

No entiendo por qué sigo escuchando, debería terminar la llamada y mi sufrimiento; sin embargo, aquí sigo.

—Dile a Bruno —esta vez sí que lo llamo por su nombre, para que la muy zorra no se sienta satisfecha— que paro las obras ahora mismo.

—Haz lo que quieras.

Abro la boca de par en par hecha una furia cuando lo único que oigo es el sonido intermitente de la línea.

«¿Haz lo que quiera?» Ahora os vais a enterar.

—Acabo de hablar con el señor Campos y me ha pedido de que os informe de que paréis el derrumbe, falta un permiso y hasta dentro de dos semanas no se podrá proseguir —miento como una bellaca, sintiéndome la mujer más poderosa del universo—. Lo siento. —Encojo los hombros y veo la cara de circunstancia del pobre jefe de obra, que se limpia el sudor de la frente con el brazo y me mira antes de decir:

—Dígale al señor Campos que le va a salir caro el retraso, estos muchachos tienen que cobrar.

—Ah, por eso no te preocupes, envíale la factura por *e-mail*; él es consciente de ello y correrá con todos los gastos.

—Pues nada, que pase una buena tarde, y tenga cuidado por dónde pisa.

Qué majo, hay que reconocer que el hombre ha sido bastante paciente y no se ha enfadado como lo va a hacer quien yo me sé.

Los obreros se quitan los cascos y lo dejan todo tal y como está, hecho un desastre. Jamás pensé que este lugar sería un amasijo de escombros. Aunque he visto en planos lo que va a terminar siendo, no me hago a la idea de que las

paredes que tanto le costó mantener en pie a mi padre ya no estén. Con los brazos en las caderas, me obligo a volver al club.

—¡Solucionado!

—¿Qué has hecho? Te conozco muy bien y tu sonrisa te delata.

—Digamos que he parado la obra dos semanas... —le confieso con una sonrisa socarrona a Noelia, que se ríe a carcajadas.

—A no ser que el señor se digne volver antes.

—Eso va a ser difícil, pasado mañana se casa.

Las dos dirigimos toda nuestra atención a Teo, que es el único que sabe dónde está Campos.

—¿Pasado mañana? —pregunto sentándome en el taburete y entendiendo por qué la asquerosa de Nina me ha cogido el teléfono. Cuando he hablado con ella no le he dado importancia, pero ahora... ahora todo ha cambiado.

—¿Cómo lo sabes?

Noelia es la que se encarga de indagar, porque la verdad es que yo no tengo fuerzas para ello.

—Bruno me dijo...

—¿Tú también lo llamas Bruno? ¿Desde cuándo?

—Antes de irse me dijo que lo llamara así. —Él sí tiene el honor de llamarlo por su nombre de pila y yo, yo que me he acostado con él, a mí que me ha mentido... yo debo llamarlo Campos—. Me comentó que iba a hablar contigo, pensé que lo había hecho después de surfear, que te iba a pedir que te encargaras de todo mientras él estaba fuera.

—¿Cuántos días tardará en regresar? —Noelia me ha quitado la pregunta de la punta de la lengua.

—Dos semanas.

—¿Dónde está exactamente? —Los dos me miran con cara de «no preguntes más», pero necesito saberlo—. Si pasa algo grave, necesito saber si puedo contar con él.

Noelia lo mira y lo anima a decírmelo.

—París, se casa allí, y después se irán de luna de miel a Nueva York.

Muy de Nina, para qué engañarnos.

Boda, viaje de novios. ¡Genial! Creo que no estaba preparada para este momento, aunque ya sabía que un día u otro ocurriría.

—¿Adri?

—Estoy bien, no me moriré.

—¿Y te vas a quedar aquí como si nada?

La pregunta de Teo me deja alucinada, ¿qué quiere que haga?

—Sí.

—Joder, Adriana, sois tal para cual —gruñe bastante molesto.

—¿A qué te refieres? —Noelia profundiza un poco más; está visto que Teo y él han hecho buenas migas, porque sabe muchas más cosas que yo.

—Le gustas, pero se siente obligado a casarse.

—Venga, nadie te obliga a nada si tú no quieres.

—Él no es como nosotros.

—Ah, ¿no? ¿Es un extraterrestre? —Noelia se muere de la risa y yo la miro sin entender por qué.

—Es un tío con dinero y obligaciones. Su matrimonio es importante para su madre.

—Ajá.

—La chica esa es la hija de uno de los socios de su madre... —Ahora lo entiendo todo, la muy arpía ha sabido jugar sus cartas. Pues todo para ella—. No va a ser feliz con ella...

Me da igual lo que me diga Teo, me da igual lo que hagan.

—Pues él sabrá, ¿no?

—Adri, toma el mando o esto se irá a pique —me pide el chico.

Resoplo mirando hacia el mar. Teo tiene toda la razón; pase lo que pase con su vida privada, no puede afectar al hotel, y la verdad es que no me gustaría que fuera una montaña de arena que se la llevara el viento; mi familia ha

puesto mucho de su parte, y no puedo desprenderme de ella tan fácilmente, al menos hasta que esté segura de que funciona a las mil maravillas.

—Adri... —insiste Noelia.

—¿Y yo qué gano ayudándolo?

—A veces no hay que ganar nada, sino quedarse tranquilo con uno mismo por hacer una buena acción.

—¿Te han dicho que eres muy filosófico?

Mira a Noelia y le sonrío de un modo que me entristece. Está enamorado de ella, sin saber que lo suyo es un imposible porque mi amiga no siente lo mismo.

—Lo haré.

Afortunadamente para mí, Campos dispuso el personal necesario para que pueda encargarme de todo... y en ello estoy. Aunque sigo pensando que no se merece que lo haga, no he podido evitar y seguir lo que mi corazón me pedía, y era luchar por este hotel, aunque ahora ya no sea de mi familia.

Estoy alucinando, tengo sobre mis manos los planos y las memorias de la reforma y no me puedo creer lo que han diseñado para él. Yoko es la mejor en este sector, no hay duda alguna. Ya he estudiado la estructura y las zonas comunes, y me he reído mucho cuando he visto el proyecto de domótica de un tal Luca; supongo que es el amigo de Campos, y sólo espero que sea más eficiente que cuando fui a Filipinas. Se me escapa una sonrisa al recordar la escena que viví cuando mi teléfono comienza a sonar y pego un brinco por el susto que me ha dado.

—Hija, ¿qué haces?

—Hombre, papá, ¿cómo va la vida de jubilado?

—De momento, bien; no sé yo si me aburriré rápido.

—¿Y a qué debo el honor de tu llamada?

—Se ha puesto en contacto conmigo el arquitecto del ayuntamiento...

Me han pillado, ¿cómo no he pensado que mi padre conoce a todo el mundo? Si es que sólo a mí se me ocurre no meditar e improvisar como si no fuese a pasar nada.

—Lo siento, mañana lo soluciono.

—Hija, esto no es un juego y tienes que saber diferenciar lo personal de lo profesional; tienes una oportunidad, no la eches a perder.

—Ya lo sé. —Sé que tiene toda la razón del mundo—. Y como lo sé, he puesto remedio: estoy estudiando la reforma y voy a trabajar duro para que el hotel resurja.

—Así me gusta, ésta es mi hija.

—Gracias por tu llamada, papá.

—No tienes que darme las gracias por nada; sabes que te quiero y que por ti haría cualquier cosa.

—Yo también te quiero.

Termino la llamada y voy a dejar el teléfono sobre la mesa cuando vuelve a sonar.

—¿Qué se te ha olvidado?

—Pues parece ser que muchas gestiones que pensaba que estaban más que hechas.

Se ha enterado, y se me escapa una risa que sé perfectamente que ha oído.

—Ah, ¿sí? Pues no se me ocurre ninguna; es que tengo tanto trabajo detrás de la barra del *beach club* que no me queda tiempo para pensar en nada más.

—Pues no parece que estés allí, a juzgar por el silencio.

—Puedes venir a comprobarlo —lo reto divertida, sabiendo lo lejos que está de mí.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque es imposible abrir el club con ese estruendo, nadie va a venir. —Oigo el resoplido a través de la línea—. Entiendo que hay plazos, pero debes poner un horario, y no sobrepasarlo.

—¿Me estás dando órdenes? —Siento cierto placer en ello—. Porque, si es así, cogeré el primer vuelo para que me las des una tras otra en persona.

—Tú mismo, ya sabes el camino, aunque no creo que anular la boda sea lo que quieres. —Primer *round* para Adriana. A este paso lo hundo en la miseria y sin despeinarme—. Ah, por cierto, si quieres que dirija este desastre, debes enviarme una copia digital de todo.

—¿Estás segura?

—No voy a dejar que un niño arruine mi hotel.

—Dirás *mi* hotel.

—Mejor dicho, el hotel de tu madre.

—Ajá, perfecto, ya tienes la copia digital en tu correo. —Me quedo callada de repente; esperaba un poco más de resistencia, pero ya veo que estaba deseando que lo ayudara—. Por cierto, no dejes de leer *ninguno* de los documentos. —Recalca la palabra «ninguno» para que lo entienda.

—Tranquilo, los leeré con mucha atención, sobre todo el apartado de mi contrato con mi nuevo sueldo.

—No esperaba menos de ti.

—Tengo mucho trabajo.

—Mañana quiero las máquinas trabajando hasta las cinco y media.

—Las cinco; yo misma me encargaré de que así sea.

Finalizo la llamada porque, aunque en el fondo no quiero despedirme de él, no soy capaz de desearle que tenga mañana un gran día, porque, para ser sincera, es lo último que deseo.

Oigo dos tonos en mi móvil y veo que me ha llegado un *e-mail* y un mensaje de WhatsApp. Primero abro el mensaje y se me escapa una carcajada al ver lo que pone:

17.15 horas.

Capítulo 20

Con este hombre no se puede. Sin hacer caso a lo último que me ha dicho por wasap, porque los dos sabemos que no va a ser así, abro los documentos desde el portátil para verlos mejor.

Cuando miro el correo electrónico sólo veo un cuerpo vacío y muchos archivos adjuntos, pero sólo uno de ellos me llama la atención: «Propuesta de negocio». No me cuadra mucho con la forma de actuar de Yoko y por ello es el primero que abro.

Leo las primeras frases y no me puedo creer lo que acabo de descubrir. Yoko no ha adquirido el hotel, ha sido Campos. Bruno Campos es el titular del negocio.

Pero ¿por qué? Él me dijo que no quería saber nada sobre el complejo hotelero de su madre, ¿por qué ha cambiado de idea? ¿Me habrá utilizado para quedarse con él? No puede ser, no creo que sea tan frívolo, aunque... si pienso en la arpía de su futura mujer... No, estoy desvariando demasiado.

Me pongo de pie y camino por el despacho, doy unas cuantas vueltas en él y vuelvo a sentarme para seguir leyendo.

Campos le ha pedido a su madre que le ayude a crear una línea de superlujo, algo tan extraexclusivo que apenas podrán acceder al hotel cinco personas al mismo tiempo. Será una línea que se comercializará a través del nombre de Yoko, pero que en realidad es propiedad de él. No doy crédito a lo que estoy leyendo, no me puedo creer que él sea el que me hablara de cumplir sueños, de comenzar de cero, y a mis espaldas estuviera creando lo que yo tenía pensado hacer.

Abro las memorias y los planos y veo cómo todas las habitaciones tendrán vistas al océano y al faro. Priorizará ofrecer intimidad y poder disfrutar de las zonas comunes, pero de manera independiente.

Me alegra su idea al mismo tiempo que me molesta, porque... ya no sé ni el motivo.

Confusa, apago el ordenador y me dirijo a la playa, donde veo a mis compañeros sirviendo como locos.

—Pensaba que hoy no habías venido.

Esa voz me suena; me giro y veo al amigo de Teo.

—Estaba trabajando allí —le especifico señalando hacia el fondo, donde dentro de poco habrá un hotel nuevo.

—Va a ser un hotel de ensueño.

—Sí, la verdad es que sí.

—Eres buena surfeando.

Su cambio de tema me gusta... Vaya, es que a cualquiera le gustaría todo de él. Es un chico guapísimo.

—He perdido mucha práctica.

—Eso nunca se pierde, se lleva dentro. —Presiona con dos de sus dedos en mi vientre y siento un escalofrío que me recorre por todo el cuerpo—. Somos pura energía.

«Vaya si lo somos», me respondo a mí misma sabiendo lo que me acaba de ocurrir.

—¿De dónde eres? Nunca te había visto por aquí.

—Vivo en Madrid, pero he veraneado mucho por estas islas con mis padres. ¿Y tú?

—He vivido la mayor parte de mi vida en este lugar.

—¿Y no te sientes atrapada?

—¿Atrapada? —Me sorprende su forma de ver la vida isleña—. Al contrario, aquí disfrutamos de una libertad que en la península no se tiene. ¿Cuántas veces me has visto mirar el reloj?

—No tienes.

—Porque no lo necesito.

—No me creo que no te preguntes la hora en algún momento.

—Cuando quieras te lo demuestro. —Le guiño el ojo y consigo que se ría

—. Cambiando de tema, mañana vamos a hacer la noche blanca.

—¿Y eso es?

—Una fiesta en la que todos vestimos de blanco.

—Qué ingeniosos sois...

—¿Verdad? Ya lo sabía —bromeo divertida, por primera vez olvidándome de todos los problemas que últimamente me rodean.

—Pues tendré que comprobar cómo de original es esa fiesta.

—Bebida, fogata y surf nocturno.

Acabo de confirmarle que de original tiene poco, pero, oye, la compañía es lo importante.

—Entonces no me la perderé.

—Te espero.

—Y yo espero que dejes a tu novio en casa.

—Para tu información, no tengo novio.

Sonrió ladina justo antes de darme la vuelta y ponerme tras la barra para echar una mano a mis amigos y acabar así cuanto antes.

Me miro al espejo y veo que la puerta se abre; es Antonia, que entra sonriente, y justo detrás aparece Noelia con su vestido de hilo blanco que deja entrever su traje de baño amarillo fluorescente; calza unas bambas de tela blancas a juego. Me estudia de arriba abajo y silba.

—Madre mía, nena, ¡qué bien te ha sentado la península! —dice como si fuera la primera vez que me ve—. ¿Verdad, Antonia?

—Estáis guapísimas las dos, y creciditas... Disfrutad mucho esta noche; si

yo fuera más joven, me iría con vosotras. —Dicho esto, cierra la puerta sonriente y las dos nos miramos antes de hablar.

—¡Te vi hablar anoche con él!

La miro sin comprender muy bien sus intenciones.

—¿Con quién? —Supongo que sé de quién me habla—. ¿Con Mario?

—Está muy bueno. —La verdad es que está muy bueno, pero ahora mismo no me apetece tener nada con él—. Confiesa.

—Claro que está bueno, pero no sé...

—No es Campos, entiendo.

La fusilo con la mirada.

—No, no lo es, pero me da igual Campos —le contesto toda digna, consciente de que acabo de mentirle en toda su linda carita, y ella sabe que es así, pero me niego a reconocer algo que no sirve de nada.

—¿Sabes que mañana se casa, no?

—Te he dicho que me da igual.

Contengo toda mi rabia y frustración, consiguiendo hablar como si realmente no me importara.

—Y recorrerá Nueva York con esa...

—¿Zorra? —Se me escapa una carcajada nerviosa—. Ésa también me da igual.

—Claaaaro. —Alarga la pronunciación de la primera vocal todo lo que su respiración le deja—. Sabes que un clavo quita otro clavo, a no ser que quieras joderles la boda y quedártelo para ti solita.

—Y si quisiera hacerlo, ¿cómo lo haría? A ver, ilumíname, guapita de cara —la reto, a lo que me responde sonriendo.

—Madre mía, ahora mismo cogería este teléfono —cuando veo que lo hace, me entra un pequeño paro cardíaco—, abriría la aplicación de WhatsApp y... —voy hacia ella para que no escriba nada—... le enviaría una foto... por error, claro.

Veo cómo aparece el flash de la cámara y luego tira el teléfono sobre la

cama.

—No se te habrá ocurrido la brillante idea de hacerlo, ¿no?

—¿Lo dudas? Venga, vámonos, que es tarde.

Pero no le hago ni caso. Cojo el teléfono desesperada y veo la imagen que le ha enviado la muy... Ains, la verdad es que salgo muy guapa, parece mentira que haya sido una foto a traición. Pulso sobre ella y marco la opción de eliminar, pero no me hace ni caso; por más que intento eliminarla, no sirve de nada. De pronto leo que su estado cambia y aparece en línea.

—¡Te voy a matar!

—Sales estupenda.

—Tía, mañana se casa y si está con ella...

—Pues que se aguante —suelta como si nada.

A mí lo único que me preocupa es que piense que estoy tan desesperada como para enviarle fotos; si ellos tienen una discusión o no, no me importa lo más mínimo.

De repente veo que cambia el estado a «escribiendo» y no sé por qué siento que todo el cuerpo me tiembla, estoy como un flan.

Estás demasiado guapa.

¿Demasiado? Se me escapa una sonrisa que a Noelia no le pasa desapercibida y me quita el móvil de las manos.

—¡No, Noelia!

Para variar no me hace ni puñetero caso, sale corriendo de mi habitación y, cuando me dispongo a seguirla, ya no la veo. No puede ser que me esté haciendo esto.

—Noe, abre la maldita puerta. —Le doy varios golpes sin éxito, tiene el cerrojo echado y lo único que oigo son sus risas—. Tía, no somos niñas de instituto, esto es muy serio. —Ni caso—. Por favor, abre. —Doy una pequeña patada a la madera.

—¿Qué haces? —Antonia, que ha oído el escándalo, viene hasta mí—. ¿No

podéis abrir?

—No, tranquila; está intentando destruir una boda...

Antonia me mira sorprendida y yo encojo los hombros sin saber qué decirle.

—Dile tú algo, a ver si sirve.

—¿Es por Campos?

Asiento resignada.

—Noelia, no deberías entrometerte. —Por fin Antonia pone un poco de cordura a la situación.

—Qué poco me conoces —oigo que dice al tiempo que se abre el cerrojo y me enseña el teléfono para que lo coja.

Corriendo, miro la conversación y veo que no ha escrito nada; él si lo ha hecho.

—Ten cuidado, cariño.

Antonia me acaricia el pelo y se va hasta el salón, donde segundos antes ha ido mi amiga.

Entro en el baño y, sentada en el retrete, leo su mensaje.

Estás preciosa.

«Sí, pero te vas a casar con otra», susurro al tiempo que una lágrima comienza a rodar por mi mejilla. La retiro, me sorbo la nariz y miro al techo para que mis tontos ojos dejen de llorar. No merece que derrame ni una lágrima más. Me miro al espejo que tengo delante y veo mi pequeño vestido blanco, bastante transparente, caído de un hombro. Él no me verá, pero pienso pasármelo como nunca esta noche.

Agarro el teléfono y escribo un escueto pero claro mensaje:

Que te vaya bonito.

—¿Nos vamos? —le pregunto a Noelia, que está sentada junto a Antonia esperando a que termine.

—Por supuesto. —Comienza a empujarme y Antonia se ríe por lo payasas que llegamos a ser.

Estaba deseando este momento; tras unas horas en las que lo hemos estado preparando todo, aquí estoy, parada frente a la playa. La imagen que tengo frente a mí es una de las más bonitas que he visto jamás, imposible en ningún otro lugar del planeta. Las antorchas iluminan la arena y te dirigen a la fogata, que baila según la velocidad y dirección del viento. El club está cerrado, pero han conectado la música; es relajada y elegante.

Noelia agarra mi mano y comenzamos a andar sobre la arena hasta que ésta deja de caminar de pronto. Sigo su mirada y veo a su querido Teo, ese que se supone que no le atrae lo más mínimo, según ella. Los abdominales se entrevén entre los bordes de su camisa abierta, y sin duda el trasero que tiene, bien prieto gracias al deporte que hace, lo marcan esos pantalones blancos que a Noelia la han paralizado.

—Si no te pone nada... —le digo para despertarla de su ensimismamiento, y continúo avanzando, dejándola atrás.

—Mis chicas preferidas —dice éste en cuanto se gira y luego camina hacia nosotras, para darnos un beso a cada una en la mejilla.

—Te veo muy contento, quién diría que estás agotado de currar —intento picarlo un poco.

—Calla, que no sé si hice bien aceptando la oferta de Campos.

—A quién se le ocurre hacerle caso.

—A todos —suelta Noelia en una carcajada, acallando mis palabras de repente—. Creo que tú eres la peor de todas.

—O la más lista, según se mire.

Le guiño un ojo, intentando mantener la postura de broma y simular que todo me da igual, pero lo único en lo que pienso es en que mañana será marido

de...

—Yo de vosotras comería un poco, la carne está deliciosa.

Miro hacia el fuego y veo la parrilla entre las llamas, pero lo que de verdad necesito es el alcohol que hay metido en los cubos con hielo. Necesito unas cuantas de éstas para olvidarme de él.

—¿No es muy pronto para emborracharse? —Oigo la voz ladina de Mario a mi espalda; éste se agacha para coger una cerveza y la choca contra la mía antes de darle un trago.

—¿Crees que lo es?

Nos miramos fijamente y siento un interés por su parte que me halaga, tanto que sonrío tímidamente y me giro hasta que cruzo la vista con Noelia, que es demasiado lista y se ha percatado de todo, y sonrío sagaz, con tan poco disimulo que Mario se da cuenta y se aleja para dejarnos solas.

—¿Un clavo quita otro clavo?

—Pues mira, sí, voy a por esa tableta de chocolate que no tiene nada que envidiarle a la otra.

—Uf, no sé yo..., es que esas posturas haciendo yoga son prohibitivas.

—No son para tanto —intento restarle puntos a Campos frente a Mario.

—Si tú lo dices... —Coge otra cerveza y, cuando la abre, se ríe sola y la miro para que comparta la ocurrencia conmigo y así reírnos las dos—. Una tontería.

—Habla.

—Nada... que cuando vuelva, ya que tú te vas a olvidar de él y yo no soy celosa...

—Estás de broma, ¿no?

—Pero ¿no te ves? Estás que arañas por él y...

—Y se va a casar en unas horas y yo me voy a acostar con él —afirmo mientras señalo a Mario, que está hablando con Teo sin dejar de mirarme.

—Un brindis por ello.

Las dos nos dirigimos hasta ellos y, tras sentarnos en la arena, comemos un

poco de lo que han preparado los chicos al tiempo que caen unas cuantas cervezas más... y sé que son demasiadas cuando no puedo controlar la risa.

—Como sigas así, te voy a tener que llevar a casa.

Dejo de beber y, cuando lo miro a la cara, de pronto rompo en una carcajada que no puedo controlar.

—¿Te estás riendo de mí? —Niego con la cabeza y me seco las lágrimas, que están cayendo sin control debido al ataque de risa que me ha entrado—. Pues tendrás que contarme el chiste.

Lo intento, vaya si lo hago, pero durante unos minutos no puedo ni hablar. Teo le explica que cuando me entran estos ataques es mejor que espere, porque suelen ir para largo.

—No bebas más. —Me quita el botellín de la mano y dirige la mirada al mar y me señala; miro hacia allí y veo las olas. Son bastante grandes, más de lo que eran esta misma mañana—. ¿Damos un paseo por la orilla?

Me apetece, necesito moverme un poco. Le doy la mano y me impulsa hacia él, topando contra su cuerpo.

—Te cuidado, no quiero que te hagas daño.

Su voz es mucho más sensual de lo que lo ha sido hasta ahora, pero en mi maldita mente aparece la imagen de Campos, esa sonrisa de soslayo que me vuelve loca, y me cabreo mucho por tenerlo presente ahora mismo.

Me invita a que lo acompañe hasta la orilla con un ademán de su brazo.

Me quito las sandalias y al llegar allí camino con los pies dentro del agua, incluso llegando a salpicarme el vestido, que a cada segundo se pega más a mi cuerpo porque se moja con el romper de las olas.

Sé que me está mirando en todo momento sin decir nada y, cómo no, me gusta mucho y me siento atacada; con un pie impulso el agua hasta mojarle la camisa.

—Te vas a enterar.

Se mira la prenda, que ha quedado completamente pegada a su torso, y yo comienzo a reírme al tiempo que corro hasta que, sin darme cuenta, me piso la

falda y caigo de rodillas al suelo.

—Me rindo.

—¿Estás segura?

Me ayuda a levantarme, pero esta vez me atrae hasta él con la clara intención de tenerme entre sus brazos y yo me dejo llevar. Agarrada por la cintura, tengo sus ojos marrones a pocos centímetros; su nariz roza la mía y sus labios se lanzan a besar los míos.

Capítulo 21

Y no debo hacerlo, pero lo comparo... Me imagino los ojos de Campos, esos ojos oscuros y rasgados por sus orígenes que me vuelven loca; su nariz, tan perfecta que, cuando recorría con ella mi cuerpo, no podía quedarme quieta, y sus labios, nada que ver con los de Mario, que se pasean lentamente buscando una conexión conmigo, al contrario de lo que me ocurría con Campos, pues nosotros teníamos esa unión sin necesidad de rozarnos... y cuando lo hacíamos la electricidad atravesaba nuestros cuerpos como no me ocurre ahora... pero él no está, y Mario sí.

Cierro los ojos y lo beso más apasionadamente, como lo haría con él si estuviera entre mis brazos. Me obligo a no pensar, intento con todas mis fuerzas dejar la mente en blanco, pero no lo logro.

—El último paga la ronda de mañana. —La voz de Teo es la que me detiene y él se da cuenta porque para de inmediato; lo miro a los ojos y me siento culpable por estar utilizándolo. Veo como todos se animan a ir al agua.

—¿Te apetece?

Asiento, sí me apetece; al menos durante un rato estaré distraída de verdad.

Camino unos metros agarrada de su mano hasta que, justo al lado del club, me quito el vestido bajo su atenta mirada, cojo mi tabla y corro hasta llegar a la orilla, dejándolo atrás y respirando con ansia para tranquilizar mi cuerpo.

Nado con todas mis fuerzas situada sobre la tabla; poco a poco me adentro en las profundidades de la negrura de la noche. No veo nada más que el mecer del agua hasta que Noelia se sienta en su tabla a mi lado.

—Has bebido demasiado, tienes mala cara y ya sabes lo traicioneras que

son las corrientes de noche.

—Estoy perfectamente, sé lo que hago.

—No lo estás. Sal del agua, Adri.

No le hago ni caso; sé que he bebido un poco, pero no como para estar descontrolada o no ser consciente de lo que estoy haciendo.

Comienzo a bracear con más energía y me siento el corazón; late acelerado, con fuerza, pero me concentro en el mar... Estoy esperando su latido, la señal que me anuncie que debo adentrarme en él. Y la oigo..., el resto no, aún esperan parados, pero yo empiezo a nadar con todas las energías que me quedan mientras hago caso omiso a Mario, que me pide que me detenga, pero continuo, es mi ola... Ellos no la han visto venir, pero yo sí.

La veo, ya está llegando, me hundo y emerjo como nunca lo he hecho sobre la tabla y me deslizo por ella como si nada, grito y río descontrolada. Oigo cómo el resto grita y celebra mi ola. Con todas mis fuerzas, muevo las piernas y la tabla gira de un lado al otro para controlar la corriente que me arrastra hacia dentro.

Tengo que concentrarme mucho para no perder el equilibrio, pero poco a poco me va ganando la batalla, mis piernas comienzan a flaquear y, sin darme cuenta, me estoy hundiendo hasta golpearme la cara contra el agua.

No quiero abrir los ojos, ni nadar... Estoy relajada, me siento libre. Percibo voces, todos están nerviosos, pero yo estoy muy cansada, sólo quiero dejar la mente en blanco. Sin embargo, percibo movimiento a mi alrededor... Me está arrastrando la corriente, o alguien. No quiero que me saquen del agua. Abro los ojos y veo la cara de Teo; está serio, corre por la arena conmigo en brazos, hasta que me tumba.

— ¿Estás bien?

—Sí —respondo para que nadie se preocupe, pero a decir verdad estoy un poco mareada.

—Te estabas ahogando.

—¡Joder, Adri!, la próxima vez te doy un guantazo como no me hagas caso

—me llega la voz de Noelia, que viene corriendo hasta nosotros mientras me regaña.

—No ha sido nada.

—Te podrías haber matado, mira. —Me toca la mandíbula y me quejo—. ¿Quieres que vayamos a un médico?

—No, no es nada grave...

Me siento y muevo la boca para que vean que digo la verdad. La mayoría de los chicos se alejan al saber que ya no hay nada que mirar, aunque Noelia, Teo y Mario me analizan en busca de una señal que les indique que estoy mintiendo.

—¡Qué susto me has dado! —dice Noe justo antes de sentarse junto a mí y me da un abrazo, a lo que respondo a mi amiga con un beso en la mejilla—. Necesito otra cerveza.

Al fin Teo y Noelia se marchan y nos quedamos Mario y yo en silencio.

—Lo siento...

Sé que les he pegado un buen susto, pero no me responde, pues acalla mis palabras besándome. Al principio me quedo paralizada por la intensidad, pero me gusta, mucho más que cuando nos hemos besado antes en la orilla.

Terminamos tumbados en la arena y siento una nube en la cabeza, pero no me detengo, lo beso con deseo. Acaricio sus hombros, sus manos agarran con ímpetu mi cintura, mis muslos rodean la suya con fuerza.

Sé que no es la persona que me gustaría tener, pero ahora sólo está él.

Cojo un paracetamol y me lo tomo antes de volver a mirar hacia la pantalla de mi ordenador. Llevo unas horas intentando leer los plazos de la obra, y sobre todo entender el concepto que Campos ha querido plasmar, pero no hay forma. Estoy muy espesa.

—Buenos días, amiga. —La voz de Noelia me martillea la cabeza.

Apoyo la frente en mi nueva mesa de trabajo, porque ahora mi oficina es el *beach club*, ya que el edificio del hotel está a punto de ser derruido por completo, así que me he trasladado al único lugar en el que no corro el riesgo de descalabrarme. Seguro que si me hubiese quedado allí se me habría caído algo en la cabeza o me habría caído yo, rompiéndome algo.

—¿Me haces un café?

—Aún no ha comenzado mi jornada laboral; lo sabes, ¿no?

—Lo sé, pero me duele la cabeza.

—Ya veo que fue muy bien la noche... —Percibo retintín en su tono de voz.

—Tía...

—¿Qué?

—Nada... —Voy a decir algo más, pero finalmente me callo.

—¿Quieres hablar?

—Tú viste que ayer...

—Oh, sí, desaparecisteis, y quiero detalles.

—Ése es el problema.

Me mira sin entenderme y yo no sé por dónde comenzar.

—¿Qué pasa? ¿Te obligó?

—¡No digas tonterías!

—¿Entonces? ¿Qué problema hay?

Sigue sin entenderme y yo sin saber cómo sacar el tema.

—Creo que bebí demasiado, porque no puede ser cierto...

—¡Eres parca en palabras, ¿eh?! —Entorno los ojos, molesta por su impaciencia—. No me voy a asustar por nada.

—Tía, que le cuelgan los huevos.

¡Hala, ya lo he dicho!, así sin más, ¿para qué andarme con rodeos, si es la verdad?

—¿Cómo que le cuelgan? —Empieza a reírse a carcajadas y yo quiero que me trague la tierra ahora mismo—. ¿Colgar, colgar?

—Tolón, tolón. —Hago el gesto de una campana en el campanario y abro

los ojos de par en par, aún alucinada—. Estas cosas sólo me pasan a mí.

—¿Hablamos de Mario, no?

—Ajá.

—Y le cuelgan los huevos —repite lo que ya le he dicho—, pero ¿cuánto?

Las dos reímos escandalosamente, sin poder evitarlo.

—Como que, mientras me penetraba, me topaban en las piernas... Algo... uf, tía, no puedo.

—¡Pero por favor!

—¿No me puedo acostar con nadie medio normal?

—¿Y se lo dijiste?

—Claro, cuando terminamos le solté: «Oye, ¿sabes que te cuelgan los huevos hasta media pierna y da mucha grima?».

Se le saltan las lágrimas de la risa.

—Tía, llego a hacer un sesenta y nueve y te digo que muero asfixiada por su escroto.

—¡Adri, ¿quieres callarte?!

—Es que sigo impactada...

Y me lo imagino, yo debajo pasando mi lengua por el largo de su pene y sus dos bolas impactando directamente contra mi frente sin control, sin dejarme ver nada más que esa piel vacía que no cesa de moverse. Uf, no pienso volver a beber nunca más y mucho menos quiero verlo a él.

—Y cuando terminó, ¿qué te dijo?

—Que todo había ido muy bien, que le había encantado.

—¿Y tú?

—Yo... yo... —me tapo la boca avergonzada—... vomité.

—¿Por la ingesta de alcohol o por sus bolas tambaleantes?

Se me escapa la risa ante su descripción tan aproximada.

—Y yo que sé.

—Así es imposible que te olvides de Campos —suelta de repente para mi desdicha—. Ups, perdona. —Se disculpa al ver mi cara de «por qué lo has

mencionado, si no quiero pensar en él».

—Y, ahora, ¿qué hago?

—Dale largas.

Le muestro mi teléfono y comienza a partirse de la risa.

—Pero ¿para qué le sigues contestando?

—Me sabe mal, es majo.

—Y le cuelgan los huevos —recuerda sin poder creérselo—. Tía, ¿es para tanto?

—Te lo juro —afirmo muy seria.

—Esto sólo te pasa a ti.

De pronto suena un nuevo wasap y no quiero ni verlo. Ya no sé qué decirle para no herir sus sentimientos, pero tengo claro que no quiero volver a estar con él.

—Toma, no soy capaz de leer más mensajes.

Le ofrezco el móvil y sonrío de una forma que me confunde.

—Será mejor que lo leas tú.

Vuelvo a cogerlo y, cuando miro la pantalla, descubro que es un mensaje de WhatsApp de Campos.

Son las cinco en punto y no veo a mis chicos
trabajando, te dije que lo dejaran a y cuarto.

A lo que respondo:

Y yo te dije que a las cinco; están recogiendo las
destructoras de hoteles y sueños, ya es su hora y son
muy puntuales.

—¿No debería estar desconectado?

—Y yo qué sé —respondo; ni tan siquiera había pensado en ello. Es cierto que por la hora debería estar celebrando que ya son un matrimonio, pero por lo visto este hombre no desconecta del trabajo ni el supuesto día más importante de su vida.

—¿Soy mala persona por no alegrarme por él? —le pregunto sintiéndome mal.

—Eres sincera; una hipócrita lo haría, tú no lo eres.

Su respuesta me hace sentir mejor.

—Odio saber que la muy arpía será su mujer. Yo tenía que serlo.

—Tú te montaste una película muy rápido, amiga. —Cierto, desde el momento que lo vi, antes de hablar con él, ya me había enamorado, y en Filipinas ya estaba imaginándome una vida a su lado—. Pero... a él no le cuelgan los huevos, ¿no?

—Para qué te he dicho nada, no vas a olvidarlo en la vida.

—Ahora, cuando lo mire a la cara, estaré pensando en sus huevos. —Dicho esto, comienza a canturrear «clon, clon» al tiempo que mueve la cabeza de un lado al otro.

—Tía, ni se te ocurra decírselo a nadie.

—Lo intentaré.

—¿Cómo que lo intentarás?

No oigo su contestación porque el sonido de un mensaje en mi teléfono me distrae.

¿Destructoras de sueños? Al contrario, éstas cumplirán cada uno de tus deseos.

No doy crédito, ¿a qué está jugando este hombre? ¿Por qué el día de su boda no tiene el teléfono apagado y me deja en paz?

—¿Es Campos? —Asiento y le enseño la pantalla del móvil—. Pero si hoy se casa...

—Ajá, menos mal que no soy la única que lo piensa. Pero ahora se va a cagar.

Pienso unos segundos y escribo.

Supongo que ya estarás borracho, así que pásatelo muy mal y, por favor, termina inconsciente para irte

directo a dormir la mona.

Noelia se ríe, pero es la verdad, no pienso ser una *bienqueda*; no me alegra que esa arpía sea la que vaya vestida de blanco, así que para qué darle una enhorabuena que no siento.

Me iría directo a otro sitio, si tú me lo pidieras.

—¿Perdona?! Es tu oportunidad —casi me grita en el oído Noelia al leer el mensaje.

—¡Ni de coña! No pienso pedirle nada... Ya le confesé que me había enamorado de él y no le importó lo más mínimo, así que no voy a ser yo la que vaya detrás de nadie como una idiota.

Si tú quisieras estarías donde te diera la real gana,
sin necesidad de que nadie te rogara o suplicara.
Supongo que tu arpía, perdona, tu mujer, ya te ha
pedido mil y una cosas más.

Y ahora, con tu permiso, tengo mucho trabajo. Las
17.15 horas, todo en silencio.

Que te vaya bonito, Campos.

Apago el teléfono ante la mirada de Noelia, que está deseando decirme algo, pero permanece a la espera para ver mi reacción.

—No sé cómo no estás llorando por las esquinas o borracha.

—¿Y él disfrutando? No, por más que la situación me jorobe, no pienso hundirme por él. Tendré que buscar otro clavo, pero, por favor, esta vez...

—¡Que no tenga los huevos colgando! —suelta riendo escandalosamente.

—¿De qué os reís?

Miramos a Teo y las dos nos tronchamos de la risa aún más fuerte.

—Déjalo, es una larga historia... y no te haría mucha gracia.

Claro que no, es su amigo.

—Voy arriba, a ver si ya han derrumbado las paredes y lo poco que queda

en pie.

—¡Eres un poco masoca!

—Eso dicen las malas lenguas.

Cojo el ordenador y con él bajo el brazo me dirijo hasta la escalera que me lleva al solar, ahora deshabitado, donde antes estaba mi hotel.

—Buenas tardes, señorita. Ya hemos terminado de demolerlo todo; mañana recogeremos los escombros, porque hoy ya se nos ha hecho tarde.

—Tranquilo, los desechos no se van a ir a ninguna parte.

Consigo que el jefe de obra se ría y veo cómo todos se despiden unos de otros y, tras quitarse los cascos, comienzan a marcharse del lugar.

Suspiro apenada, y me siento encima de uno de los muros que, aunque está derribado, es lo bastante grande como para no caerme. Miro a mi alrededor y rueda una lágrima por mi mejilla; jamás imaginé verlo así. Aún recuerdo el primer día que mi padre me dijo que era nuestro; estábamos en la casa del faro y desde la terraza me señaló lo que acababa de comprar junto con mi madre. Los tres bajamos paseando y, cogida de las manos por los dos, me enseñaron el interior. Mi madre me explicaba los planes que tenían y yo daba saltitos de felicidad.

—¿En qué piensas, cariño?

—¿Papá? ¿Qué haces aquí?

Me sorprende verlo; desde que regresé de Filipinas y fue efectiva la venta del hotel, no había pasado por aquí.

—Ver cómo estás; he sido muy egoísta.

—No te culpes, teníamos problemas y no había otra solución —contesto. No quiero que se arrepienta de nada; al contrario, quiero que disfrute su jubilación y el tiempo libre del que ahora sí dispone.

—Lo sé, pero podría haber sido tuyo.

—Yo no podría hacer lo que Campos y Yoko están planeando.

—Eso es verdad... —Pasa un brazo por encima de mis hombros justo cuando se sienta a mi lado, y besa mi cabeza—. Voy a darle una sorpresa a

Antonia.

—Ah, ¿sí? —Lo miro asombrada; es la primera vez, que yo sepa, que mi padre tiene un detalle con ella—. Cuéntame.

—Cuando cerré la venta, le pedí a Yoko poder ir a su hotel de Filipinas.

—¡Papá!

—¿Qué pasa?

—¡Pues que le va a encantar! Antonia va a alucinar cuando llegue, es un sitio precioso.

—¡Qué susto me has dado, niña! —Noto cómo suspira, ahora sí ya tranquilo—. Ella no sabe nada; llevo una semana organizándolo todo.

—Pero ¿cuándo os vais?

—Mañana por la mañana.

—¿Ya?

—Para qué vamos a esperar, soy un jubilado que se aburre.

—Eso es cierto, viejete. —Me meto un poco con él como hace tiempo que no hacía—. Jo, me iría con vosotros, pero... mejor me quedo aquí.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—¡Claro!

—¿Qué narices tienen los Campos para que vuelvan locas a mis mujercitas?

Esa pregunta era la última que me esperaba.

—La verdad es que no lo sé. Supongo que su forma de ser.

—Lo quieres, ¿no es así?

No he conseguido engañar a mi padre y la verdad es que, ahora que lo pienso en frío, sí, lo quiero.

—Pero ya es tarde.

Rueda una lágrima por mi mejilla y es él quien la retira con su pulgar.

—¡Cuánto te queda por aprender! Nunca es tarde, cariño.

—Ya se ha casado. —Encojo los hombros sin poder parar de llorar—. La ha elegido a ella.

—¿Y?

Me giro para mirarlo a los ojos y, antes de que diga nada, lo hace él.

—¿Crees que Gregorio Campos y tu madre no lo estaban cuando decidieron estar juntos?

Me duele que mi padre haya pasado por algo así.

—Es diferente, ellos no son pareja, sino amigos con derecho.

—Es lo mismo, los dos tenían que respetar a sus respectivas parejas y no lo hicieron.

—Pero yo no quiero ser la otra y mucho menos que nadie engañe a nadie.

—Hija, si tenéis que estar juntos, esta vida lo pondrá todo en su sitio.

Capítulo 22

Seis meses más tarde...

A mí me va a dar un infarto, en serio... Vaya meses de locos, ¡como me cruce con Campos, lo mato! ¿Cómo ha podido tener el santo morro de largarse medio año? Seis largos meses en los que se ha limitado a preocuparse lo mínimo a través de simples mensajes.

—Qué atareada te veo.

—El que faltaba para el duro —le respondo sin importarme en absoluto lo que piense—. Te hacía muy lejos, ¿con un mono sobre el hombro?

—Muy graciosa, veo que no has perdido tu buen humor.

—Cuánto me conoces, qué pena ser tan transparente,

Al último que me apetecía ver hoy era a Marco, pero aquí está como si nada.

—¿Y tu novio?

Dejo de limpiar la barra para mirarlo a los ojos y éste se ríe en una gran carcajada, pero antes de que responda oigo una voz a mi espalda.

—¿Ocurre algo, cariño?

Noto cómo rodea mi cintura y sonrío ladina al ver la cara de Marcos. Sé que se están retando con la mirada; son hombres y su orgullo está por encima de todo, y yo, lejos de amedrentarme, sonrío encantada por ver la expresión rabiosa de mi ex.

—Me alegra verte bien, y el hotel te ha quedado increíble —suelta éste.

No pienso hacer más que un mohín de agradecimiento por no recalcarle, cosa que ya sabe porque las malas lenguas corren, que ya no es *mi* hotel.

—A ti quería yo verte; ven arriba, *cariño* —recalco la última palabra para que sepa que no me ha hecho ninguna gracia, y Campos se queda sorprendido por mi actitud, que ha cambiado por completo desde que he visto que Marco se apartaba de nosotros.

Me sigue escaleras arriba hasta que llegamos a la nueva piscina infinita del hotel; lo miro todo una vez más y me emociono... ¡Ha quedado tan bonito!, jamás imaginé un lugar así.

—¿Crees que puedes largarte tanto tiempo como si nada?

—No he podido venir antes, pero he estado disponible para ti.

—Sí, claro... Mientras tú te divertías de lo lindo, yo he tenido que solventar cada uno de los problemas que han ido surgiendo, y no te creas que han sido pocos; de cada diez, sólo te he ido informando de uno.

—¿Por qué crees que decidí que lo dirigieras tú?

—Pues qué bien, ¿y así va a ser siempre? Porque yo no soy capaz de mantener este ritmo solita.

—Lo siento, tienes razón. —Noto cómo intenta reconciliarse conmigo, y por ello, una vez dicho todo eso, me olvido de mi enfado.

—¿Quieres ver cómo está quedando?

—Para eso he venido. —No me puedo creer que tenga tanta jeta—. Y para terminar de definir los servicios que vamos a ofrecer; será lo más importante de este hotel y quiero que los dos lo sopesemos.

Sonrío agradecida y pasamos al interior del establecimiento. Es increíble; aún quedan muebles por poner, pero ya se ve cómo va a ser el resultado final, y no puedo estar más orgullosa.

—Has hecho un buen trabajo.

—Gracias.

Seguimos recorriendo cada uno de los rincones en silencio; supongo que para los dos resulta difícil la situación. Me señala hacia la piscina cuando regresamos y me fijo en que no lleva ningún anillo.

—Qué pronto te lo has quitado, ¿no? —le digo mientras le señalo la mano,

y él se la mira sin que llegue a descifrar sus pensamientos.

—No me gustan las joyas, y total no tengo que demostrar nada a nadie; lo que siento lo sé yo y la persona que yo elijo.

—O que te eligen... —No puedo callarme; me niego a hacerlo, porque ambos sabemos muy bien que si se ha casado ha sido por no defraudar a su madre.

—Mañana vendrá Luca, para detallar las instalaciones de domótica, y ya estará todo listo.

—De eso te quería hablar. —Espera impaciente a que continúe y me animo a ser sincera, como soy siempre—. No quiero que sea complicado, recuerda lo que me ocurrió en Filipinas. —Empieza a reírse a carcajadas—. A mí no me hace ni puñetera gracia.

—La tuvo, créeme que la tuvo.

—Pensé que me volvía loca... La música, la televisión, las persianas, todo se puso en mi contra.

—Eres la única persona que conozco a la que cualquier cosa se le pone en contra.

—Soy única. —Le guiño un ojo y de inmediato me reprendo a mí misma, ¿cómo puedo estar coqueteando con él después de todo?—. Pues lo que te decía, algo simple e inteligible para cualquiera.

—Te recuerdo que a estas habitaciones no va a venir cualquiera.

—Me da igual... No quiero que nadie, por mucho dinero que tenga, muera asfixiado por un almohadón o vete tú a saber qué.

—Entendido —suelta, y se ríe de nuevo.

—¡Has vuelto gracioso!

Le lanzo uno de los cojines que hay en una montaña a la espera de ser colocados y viene hacia mí para cogerme en brazos y llevarme hasta el borde de la piscina.

—¡No! Llevo el móvil en el bolsillo, no me tires.

—No te muevas, o te caerás... —Estoy a pocos centímetros de su rostro,

agarrada como puedo a su camisa, y lo miro a los ojos suplicando que, por favor, no me tire al agua—. Estás más preciosa que nunca.

—¿Estás ligando conmigo?

—¿Cuándo no lo he hecho?

En eso tiene toda la razón, incluso el día de su boda me envió mensajes que no debería haber mandado.

—No quiero ser el segundo plato de nadie.

Baja los brazos y grito pensando que me va a soltar en el agua.

—No grites o vendrá alguien.

—No me tires, por favor.

—Bésame —me ordena.

—Que lo haga ella.

Vuelve a estirar los brazos y ahogo el grito cerrando los ojos con todas mis fuerzas.

—Ella ya lo ha hecho durante estos meses, pero en quien he estado pensando ha sido en ti.

—Pues no haberte casado... Ahora, si no te importa, la sigues besando a ella, porque a mí ni de coña.

—¿Y tú no has besado a nadie más?

Si yo te contara...

Vaya si lo he hecho... entre Mario, alias Huevos colgando —Dios mío, no se me borrará esa imagen de la cabeza en años—, el don Lápiz —aquel chico del que ni siquiera recuerdo su nombre y que tenía el pene más fino que he visto en mi vida, tanto que ni llegué a intentarlo—... y no me puedo dejar al obsesionado por las fotos... Casi me muero cuando, sentada al lado de Noelia, comencé a recibir imágenes de su pene mientras se había disculpado para ir al baño; ¡cómo me llegué a reír! Él enviando mensajes pidiéndome que lo acompañara y Noelia animándome a ir, todo para burlarse de mí. ¿Y qué decir del chico que me hablaba como si fuera una niña pequeña? El Pederasta, lo apodó mi querida amiga cuando se lo conté.

—Pues sí, no te voy a mentir.

No pienso explicarle los detalles, porque sé lo que ocurriría: me los recordaría toda mi vida y, la verdad, con Noelia ya tengo suficiente cachondeo como para añadir a uno más al club de la comedia.

—Mataría a todo el que te ha besado.

—Podrías haberlo hecho, si me hubieras elegido a mí.

—Sabes que no es así de fácil.

—Pues no te quejes porque siga con mi vida. —¡Chúpate esa, Campos! ¡Ha dolido, ¿eh?!—. Si no te importa, me gustaría bajar al club y ayudar a mis amigos, que están a tope de faena.

Me suelta poco a poco, hasta que mis pies tocan el suelo.

—Cuando el hotel se abra, el club se cerrará.

—¿Perdona? ¿Y ellos?

No me puedo creer que vaya a dejar a mis amigos en la calle.

—Teo volverá a dar clases de surf, de kitesurf o de lo que el cliente se encapriche. Cobrará lo mismo por hacer mucho menos. —Lo escucho con atención, porque me alegra saber que tiene intención de reubicarlos—. Y Noelia no sirve para estar detrás de una barra.

—¿Eso qué significa?

—Que será la monitora de yoga del hotel; es muy buena y, aunque ella no lo sabe, tiene madera para eso, y necesito a alguien de mucha confianza.

»El resto de personal irá a recepción o al bar; ellos ya están informados.

—Lo tienes todo planeado.

—Que no haya estado aquí no significa que no haya estado trabajando. — Me da unos toques en la nariz y se da media vuelta, dejándome atrás, en la oscuridad de la noche.

Desciendo al club unos minutos más tarde, cuando ya he logrado respirar con normalidad después de inspirar y espirar muchas veces antes de bajar, y lo veo detrás de la barra cobrando a clientes. Al final no va a ser tan niño de papá como me esperaba.

—Buenas noches, Adriana. —Oigo la voz de Mario a mi lado, y los dos miramos en su dirección; él también nos mira a ambos bastante curioso—. Veo que ya ha vuelto.

—Eso parece. ¿Qué tal todo? Hacía mucho que no venías por aquí.

—He tenido mucho lío.

Los dos sabemos que no está siendo sincero, pero no lo culpo. La última vez que lo vi le dije que lo nuestro no era posible, que no iba a funcionar por más que lo intentáramos, y me entendió, me respetó y se marchó.

—¿Quieres tomar algo?

—Claro, un gin-tónico.

—Ahora mismo.

Me adentro en la barra y se lo preparo, bajo la atenta mirada de Campos, que no ha dejado de estar pendiente de ambos; supongo que se imagina que hemos tenido algo, a juzgar por su forma de analizarnos, pero me da absolutamente igual.

Mario se sienta justo delante de mí en la barra y le ofrezco su copa.

—Te acompañaría, pero estoy trabajando.

—Tranquila, ya lo sé.

La verdad es que me encantaría ponerme a charlar un rato con él, pero hay demasiada gente, y por ello me pongo a currar y a ayudar a mis amigos, que lo necesitan.

—Rubia, ¿me traes otra?

Reconozco esa voz al instante, es Marco; pensaba que se había ido, pero no, aquí está, sentado con no sé quién y mostrándome su botellín vacío.

—Dame. —Se lo quito de las manos y noto cómo me agarra de la cintura para que no me aleje—. Suéltame, por el bien de tu cara.

—Es muy feroz cuando quiere. —Marco lleva demasiadas copas encima y yo empiezo a ponerme nerviosa. Miro a Campos, quien, afortunadamente, no se ha percatado de lo que ocurre, pero sí Mario, que se pone de pie, aunque se detiene cuando le hago un gesto para que no intervenga.

—Marco, ¿te importa quitarme las manos de encima? Gracias. —Intento ser todo lo educada que puedo, pero por dentro sólo deseo estrangularlo con todas mis fuerzas.

—Que recatada te has vuelto; antes me rogabas que te tocara.

—O te callas o te vas ahora mismo.

—¿Qué pasa?, ¿te avergüenza que mis amigos sepan que siempre has sido una putita?

—Vuelve a tratarla así y te quedas sin dientes. —Es Mario quien intercede y yo suspiro, consciente de que todo esto no va a traer nada bueno.

—Hombre, ya tardaba en aparecer uno de tus novios para defenderte.

—No es mi novio.

—Cierto, es el chino.

—Para tu información, no es chino, y no te lo repito más. Por favor, márchate, Marco.

—Tú a mí no me vuelvas a decir lo que tengo que hacer —me suelta mientras se pone de pie tan rápido que no veo venir sus intenciones y me da una bofetada que me gira la cara, emitiendo tal sonido que llega hasta Campos, pero antes que éste pueda llegar a mí, Mario ya se ha abalanzado sobre él.

—¡Parad, por favor, aquí no!

—Te lo dije una vez y no te lo repetiré más: no vuelvas a poner tus necias manos en ella.

Campos lo agarra de cuello y, con una fuerza que nos sorprende a casi todos los que estamos a su alrededor, eleva a Marcos del suelo y lo lleva hasta la playa. Camina por la arena con él como si nada hasta que lo lanza contra la arena.

—¡Estás loco, jodido chino!

—¿Sabes lo que son las artes marciales? Se usan en China... y no provoques que te haga una demostración o te aseguro que no caminarás más en tu vida.

Marco se pone de pie y, vociferando, enfila escaleras arriba.

Siempre ha sido un cobarde para enfrentarse a otro hombre y esta vez no iba a ser diferente.

—¿Estás bien? —Mario me acaricia la mejilla y yo afirmo disimulando el dolor. Jamás me había agredido, y mucho menos con esta furia—. Te traeré un poco de hielo.

Noelia, que lo ha visto todo, es la que le entrega a Mario el hielo y luego se acerca hasta mí para darme un abrazo.

—Este tío cada día está más chalado.

—Coge el hielo, que nos vamos a la comisaría.

Campos está furioso y, por cómo me habla, lo está conmigo.

—No; da igual, ya se ha ido.

—Adri, tía.

—No te he preguntado, te he dicho que nos vamos.

—Y yo te he dicho que no pienso ir a ningún lado.

Cojo el hielo de mala gana y me voy caminando hasta la orilla.

Sé que Noelia y Mario no se han querido entrometer, y se lo agradezco, pero no creo que denunciar a Marco vaya a servir de nada; iba muy bebido, ha perdido los papeles.

—Adriana, para.

—Campos, no vuelvas a ordenarme nada delante de nadie.

—Lo siento —noto cómo suspira—, pero no quiero que ese cabrón vuelva a levantarle la mano a ninguna mujer, y si te lo ha hecho a ti hoy, te aseguro que se lo hará a muchas más. Para, por favor.

Me detiene tras acelerar sus pasos y me agarra de la cintura para darme la vuelta y mirarme a los ojos.

—No soy capaz de ver a nadie haciéndote daño.

—Tú eres el primero que me lo estás haciendo continuamente. —Me zafó de sus manos y me siento justo delante de la orilla para relajarme—. ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué has comprado este maldito hotel?

—¿Que qué quiero de ti? ¿Aún no te has dado cuenta?

—¡Joder!, te acabas de casar, te has ido de luna de miel y has estado seis putos meses con ella, y ahora... ahora... ¿qué quieres que piense?, porque yo ya me estoy volviendo loca por tu culpa. No entiendo nada y mucho menos te entiendo a ti.

—No quiero estar lejos de ti.

—¿No ves que no se puede tener todo en la vida? —Lo miro fijamente y veo cómo me da la espalda y se agarra la cabeza con todas sus fuerzas—. Tienes que elegir y sacrificar algo, por mucho que no te guste.

—Sacrificarte a ti no entra en mis planes —me contesta con voz seria y sincera justo antes de darse la vuelta y caminar hasta el club, donde está todo el mundo alterado.

Me quedo sentada en la arena, poniéndome el maldito hielo en la mejilla, que me duele horrores.

Capítulo 23

No me apetece nada encontrármelo. Anoche no nos volvimos a cruzar, pues cuando regresé al club él ya se había ido. No sé a dónde, porque en el hotel aún no se puede dormir, pero la verdad es que me da un poco igual. Aunque ayer estuve un buen rato hablando con Noelia, no llegué a aclarar mis ideas; sigo sin entenderlo, y me duele cada vez que me deja entrever que quiere estar conmigo, porque yo sé que en realidad soy la segunda, esa a la que no ha elegido para compartir su vida y, si llega el día, la que quedará como un trapo usado en su casa mientras él continúa con su vida de ensueño.

Lleno mi taza de agua hirviendo y me dirijo a toda prisa hasta la recepción. Sé que está a punto de llegar y quiero terminar una cosa antes de que aparezca por aquí la eminencia de la domótica. ¡Qué ganas tengo de conocerlo y dejarle bien claro lo que no quiero para este hotel! Mientras me dirijo hacia allí, oigo que empieza a sonar la melodía de mi teléfono y, cuando miro mi bolsillo para sacarlo y contestar, sin poder remediarlo, me como al chico que acaba de entrar, con tan mala fortuna que, aunque intento evitarlo con todas mis fuerzas, derramo el agua sobre sus pantalones.

—¡Joder! *Fuck* ...

—Perdona, perdona, perdona... —repito una y otra vez mientras le doy golpes con ambas manos, sin darme cuenta, en sus partes—. ¡Ha sido sin querer!

—Quema, ¡joder!, está ardiendo.

—Trae agua fría.

La petición de Campos es la que me anuncia que venía con él y yo ni me

había dado cuenta.

—Sí, claro, voy...

Salgo pitando y lleno la taza, esta vez de agua helada, y corro a toda velocidad hasta la recepción, donde sin pensármelo dos veces le tiro el agua... y Campos comienza a reírse a carcajadas.

—Pero ¿tú estás pirada?

—Te estabas quemando, ¿no? —Nos miramos a los ojos y los dos los abrimos de par en par y soltamos al unísono:

—¿¡Tú!?

Nos señalamos y él se da media vuelta para negar en silencio, y a mí se me escapa una pequeña risa que Campos percibe, así que mira a su amigo, que le está dando la espalda. Es el tontaina con el que volé de Barcelona a Lanzarote, el ligón de azafatas, al que le tiré mi botella de agua por encima, una vez más sin querer. ¡Como para no reírme!

—¿Me podéis decir qué ocurre aquí? —Capto la diversión en sus palabras y mucho más cuando se da la vuelta y los dos le vemos los pantalones empapados, como si se hubiera meado.

—¡Está de atar...!

—Perdona, chulito de playa, de loca nada.

Tras mis palabras, Campos vuelve a reírse, esta vez cruzándose de brazos y apoyando la barbilla en una de sus manos para intentar mantener la compostura y no troncharse en su cara, aunque yo sé que está a puntito de hacerlo.

—Le encanta tirar agua a la gente.

—Más bien a ti, es con el único con quien me ha pasado.

—Vaya, si hasta soy afortunado, ¡no te jode!

—Ya me contaréis de qué os conocéis... Adriana, él es Luca, mi amigo y el experto en domótica que viene a echarnos un cable.

—Ella es... —Se calla de repente y sé que mi querido jefe, ex amante y lo que sea le ha hablado de mí—. Tú estás muy chiflado, tío.

—¿Por qué? —Nos mira a los dos varias veces sin saber que nos

conocimos hace un tiempo en un vuelo. Por cierto, ahora que lo pienso, ¿qué hacía este hombre en un vuelo *low cost*? Por lo poco que sé, tiene dinero para pagarse una primera clase—. ¿Os conocéis de antes?

—Sí, claro, aquí tu amigo me dio un por saco en un vuelo de estos *low cost* —menciono el tipo de vuelo con la esperanza de que obtenga respuesta a mi duda.

—¿Perdona? ¿Yo? ¡Me tiraste el agua en los pantalones! —me responde el amigo de Campos alucinado por lo que le acabo de decir, y yo me río ladina porque sé que le saco de quicio, y me encanta.

—¿Y tú qué hacías en un vuelo de éstos? No te veo.

—Me cancelaron el mío, no tuve otra. Pero aquí, tu amiguita se encargó de joderme mis planes. Así que te recomiendo que tengas cuidado con lo que haces, no vaya a ser que te ocurra algo al lado de tu amiga. —Hace tanto hincapié en la palabra «amiga» que puedo imaginar que es lo que han hablado de mí.

—Me gusta el riesgo.

—¿Recordáis que estoy aquí delante? ¡Eh, aquí! —Hago aspavientos para que me vean, y Campos parece divertido, pero Luca me mira con una cara de rabia que no puede aguantar.

—Creo que todos nos hemos mojado por culpa de Adriana... —suelta, y no recordaba aquel momento, cuando me ayudó en el baño a cortar el agua de la ducha; estaba chorreando y, por ayudarme, él también se empapó de arriba abajo.

—Lo hago por vuestro bien —replico, y hago el gesto de que algo huele mal y Campos vuelve a carcajearse, esta vez sin control alguno.

—No sé qué gracia tiene.

—¿Quieres tomar algo antes de comenzar a trabajar?

—Si me lo vas a preparar tú, paso.

—Mejor para mí. —Le dedico una sonrisa y una caída de ojos que vuelve a hacer que Campos se ría. Parece mentira que ayer se marchara de la playa

enfurecido conmigo y hoy esté de tan buen humor. La verdad es que este hombre es bastante veleta—. Entonces comencemos, que hay muchas cosas que hacer.

Veo cómo respira profundamente y, tras pasarse la mano unas cincuenta veces por encima de los pantalones como si con ello consiguiera secárselos, al fin nos sigue hasta el mostrador de la recepción.

—Aquí tendréis el control de todo. No habrá nada que ocurra en este hotel sin que lo podáis dirigir desde este monitor. —Aún habla a desgana, sin olvidar el incidente que acaba de ocurrir.

—Interesante —declaro, y me mira de forma desaprobatoria, como recriminando mi comentario, pero lo cierto es que creo que lo es. No iba con segundas intenciones.

—Y el resto será como en Filipinas. —Campos me mira en el instante en que Luca pronuncia el nombre de ese país, porque ambos sabemos lo que vivimos allí—. Cada habitación tendrá su panel de mandos, al igual que los habrá en las zonas comunes. Imagínate sentada en una hamaca mientras estudias en un panfleto las excursiones o los cursos que puedes hacer... y luego reservarlo sin necesidad de moverte ni hacer colas de clientes indecisos

—Está bien pensado, pero aquí no va haber colas de clientes.

—Claro que lo está. —Campos carraspea y eso significa que le está pidiendo a su amigo que se relaje un poco y me dé una tregua, pero el señor lo ignora—. Con todo ello, evitaremos una carga innecesaria al personal.

—¿Y si algo no funciona?

—Todo va a funcionar.

—Puede fallar. Si es así, ¿cómo se solventarán los errores?

—No va a haber errores, pero, si te quedas más tranquila te diré que, de forma remota, mis técnicos o yo mismo los podríamos solucionar... si llegara el caso, que no va a llegar —insiste una y otra vez en que todo es perfecto, pero yo sé muy bien que no lo es y que en cualquier momento puede ocurrir el desastre.

—¿Tienes los mandos que van a instalarse en las habitaciones?

—No son mandos.

Parece que le haya dicho algo tan repugnante que no pueda soportar la pregunta y me pone caro de asco.

—No son mandos, todo está integrado en el mobiliario. —Campos es el que, amablemente, responde a mis dudas.

—Os envié el catálogo. —Ahora responde un poco más simpático.

—Espera, que te enseñe la imagen. —Campos saca su teléfono y, tras toquetear unos segundos, me muestra un mueble blanco en el que no veo más que unos diminutos puntos.

—Aquí no se ve nada, habrá algún cliente que no sepa a qué corresponden.

—Nadie en el siglo XXI desconoce los mandos. —Por segunda vez he dicho algo atroz para que use ese tono de voz tan desagradable que tiene—. Puede que seas tú la única que lo hace.

—Habrá por el mundo alguien como yo.

—Espero que no —suelta como si nada, y Campos vuelve a reírse de nuevo.

—Déjame ver... —Amplío la imagen todo lo que puedo—. Quiero símbolos, y que esté iluminado todo el contorno.

—Eso es muy cutre.

—No lo es, es práctico.

—Es cutre.

—A ver, ¿quién es el cliente aquí? —De repente el teléfono de Campos, que estoy sosteniendo en las manos, comienza a vibrar e inconscientemente miro la pantalla, en la que aparece una imagen de Nina en la que lleva un bikini y está saliendo de una piscina—. Te llaman.

Esta vez soy yo la que pongo cara de asco y los dos me miran serios.

—Un segundo.

Campos sale a toda prisa para que no lo veamos y a mí me recorre por todo el cuerpo una rabia interior que intento controlar con todas mis fuerzas.

—¿Prefieres esto? ¿Adriana?

—¿Qué? ¿Perdona?

Me asusto cuando oigo mi nombre y reacciono. Miro a Luca, alias Pantalón mojado, que me está enseñando una imagen, y con curiosidad, pero sin dejar de mirar de vez en cuando hacia la puerta por la que se acaba de ir Campos, veo un panel de mandos que se ajusta más a lo que tenía en mente.

—Éstos me gustan.

—No son tan exclusivos.

—Me da igual, me gustan éstos.

—Pues pon éstos, Luca, no se hable más. —Campos aparece como si nada e intento encontrar algún atisbo de culpa, de nerviosismo, en él, pero nada, este hombre es de piedra y yo soy la única imbécil preocupada por algo que no existe.

—Las cámaras de las habitaciones, ¿dónde queréis ponerlas? —Yo no digo nada, espero que Campos sea quien opine, ya que no tengo ni la más remota idea de dónde deben ir—. Suelen colocarse en la entrada de la habitación o en la cabecera de la cama.

—El cliente debería saber que están ahí, ¿no? —Al final soy yo la que intervengo.

—¿Podemos ir a una habitación y os lo muestro?

Caminamos hasta una de ellas; aún están vacías, pero sí que están pintadas y listas para ser amuebladas.

—Necesito algo largo.

Campos sale por el balcón que da al jardín y coge un hierro que todavía queda de la obra para utilizarlo como puntero; es lo suficientemente largo como para que, con él, Luca nos señale las áreas que la cámara debe grabar; estudiamos varias posiciones y, aunque no sea la que más me gusta, optamos por la más práctica a la hora de emitir las imágenes que queremos obtener.

—Ésta es la mejor; desde aquí captamos esto —señala hacia la cristalera —, toda esta zona —abarca con una mano el sitio donde dentro de unos días

irá la gran cama y...

—¡Adriana! —oigo que me llama Noelia y, justo cuando entra por la puerta, grita—: ¡Aaaah! —La veo encogerse. Luca suelta la barra de hierro que estaba utilizando como puntero y Campos y yo corremos hasta ella, que se ha agachado en el suelo para apoyarse en la pared y permanece de rodillas, sin moverse.

—Noe, ¿estás bien? —Niega y la obligo a levantar la cabeza, ayudándola, y descubro la sangre—. Ay, Dios, que me mareo.

—¡Llama a una ambulancia! —le pide Campos a Luca, que está inmóvil frente a nosotras—. ¡Ya, joder, ya!

—¡Ay, cielos!

Me da vueltas todo, no soy capaz de mirarla, estoy sudando como una gorrina, pero es que soy demasiado aprensiva con la sangre.

—Noelia, hay que taponar la sangre, presiona con fuerza. —Campos le habla con una tranquilidad que me deja alucinada.

—Ya vienen, les he pedido que corran.

—Luca, ayúdame a tumbarla.

Entre los dos se encargan de la situación, porque yo sigo girada sin poder mirar. Me va a salir el corazón por la boca.

—Noe, ¿estás bien?

—Lo estará, tranquila. —Campos intenta que yo me calme, pero no soy capaz—. Adri, ve a la puerta y espera a que venga la ambulancia.

No respondo, salgo por el jardín y corro, pero no hasta la puerta, sino hasta la carretera, donde comienzo a llorar como una niña pequeña y doy saltitos hasta que la veo aparecer.

—¡Aquí! Hay mucha sangre.

—¿Es un familiar suyo?

—No, mi mejor amiga.

—¿Está consciente?

—Creo que sí; no lo sé, he salido, yo...

—Tranquilícese, y guíenos.

Trago saliva y, rápidamente, llegamos hasta la puerta de la habitación; ellos entran para encargarse de todo.

—¿Estás bien? —Niego y lloro, pero soy incapaz de decir nada más—. Se va a poner bien; sólo es una herida, escandalosa, pero no grave.

—Bruno, joder, yo no quería...

—Eh, tío, ha sido un accidente, todos lo hemos visto.

—¡Cómo le pase algo a mi amiga, no vas a encontrar agua que te salve de mí! —le espeto. La rabia supera mis miedos y me enfrento a él.

—Adriana, no le va a pasar nada. Mírame a los ojos. —Campos me agarra de la barbilla y me levanta la cabeza. Centro mi mirada en la suya, pero mis ojos están tan anegados en llanto que no lo veo nítidamente.

—Nos la llevamos al hospital —nos interrumpen los sanitarios, que se llevan a Noelia hacia la ambulancia. Miro a Luca enfurecida y después a Campos, que me tranquiliza con su mirada.

—Nosotros los seguimos. —Campos es el único con la cabeza fría, así que me coge de la mano y los tres vamos hasta la puerta, donde veo aparcado un BMW todoterreno negro—. Sube, apresúrate.

¡Y vaya si me subo! Desde el asiento trasero veo cómo Luca se retira el sudor de la frente con la mano, la tiene cubierta de sangre, y se mira con una cara de terror que no merece mis palabras de antes.

—Siento lo que te he dicho hace un rato, me he puesto muy nerviosa.

—No te preocupes, es normal. Yo la he golpeado.

—Ha sido un accidente, ¿soy el único que lo ha visto? —Campos intenta que nadie se culpabilice de algo que no se ha podido evitar.

—No, yo también —les confirmo a los dos, para la tranquilidad de su amigo, que tiene el rostro desencajado—. Ve lo más rápido que puedas.

Pisa el acelerador y, a no sé cuánto por hora, vamos detrás de la ambulancia. Oigo el estridente sonido de la sirena y se me encoge el corazón. Debería ir dentro con ella, pero soy consciente de que sólo sería un estorbo.

Capítulo 24

Llevamos unas horas en la sala de espera y comienzo a impacientarme; he recorrido esta sala unas cien veces, y los pasillos, cien más. Incluso me han dado ganas de fumarme un cigarrillo en la puerta, y eso que no fumo, pero ya no sé qué hacer.

De repente veo aparecer al médico que ha salido la vez anterior y corro hasta él.

—Doctor, ¿cómo está mi amiga?

—Hemos tenido que operarla para reconstruirle el tabique nasal, el golpe le había fracturado el hueso por tres sitios distintos, pero todo ha salido bien.

—¡Dios mío de mi vida! —Oigo la voz de la madre de Noelia; me giro para mirarla y me percató de que se va a caer al suelo.

—Consuelo, siéntese. —La agarro con todas mis fuerzas; suerte que Campos y Luca también se han dado cuenta, así que entre los tres la ayudamos a sentarse en una silla—. Ha dicho que todo ha ido bien.

—Pero ¿qué le ha pasado?

—Un accidente; ella ha entrado de repente y se ha golpeado en la nariz. — No quiero alarmar a la pobre mujer más de lo que ya está, y mucho menos que piense que Luca ha intentado matar a su hija; más tarde, con más calma, ya se enterará de los detalles.

—Cariño, ¿estás bien?, ¿qué le ha ocurrido a la niña? —Ahora es su padre el que se alarma al vernos a todos rodeando a su mujer.

Los padres de Noelia son mayores, ambos rondan los setenta largos años, y estos sustos no les van nada bien. Intento tranquilizar también a su padre, que

en cuanto me ve me abraza con ganas y, mucho más relajado, le explicamos lo que ha sucedido.

—Vaya hostia de narices. —Tal y como lo dice, se calla de repente y todos lo miramos con cara de «vaya frase más desafortunada».

—De verdad, tu hija debatiéndose entre la vida y la muerte y tú de cachondeo.

—Consuelo, está en observación para comprobar que responde bien a la operación... —Intento que no exagere, que bastante grave es ya la cosa como para que aún la agrave más.

—¿Queréis un café? —Campos se ofrece a traerlo y lo acompaño. Luca sigue sentado al lado de Consuelo, que no le suelta la mano; su marido, al contrario que ella, lo mira y parece que le moleste su presencia.

—Siento cómo he reaccionado en el hotel, pero yo y la sangre no... —Soy incapaz incluso de terminar la frase, sólo de pensarlo me bailan las piernas.

—No te creas, yo también estaba muy nervioso.

—¿De verdad?!, pues parecías tranquilo y capaz de gestionar la situación.

—¿Y quién lo iba a hacer, si no?

Le tengo que dar la razón; si no hubiera sido por él, la pobre se habría desangrado tirada en el suelo hasta que hubiese llegado la ambulancia.

—Gracias.

—No tienes que dármelas; lo hubiera hecho por cualquier persona, es lógico.

De pronto su móvil comienza a sonar y, cuando mira la pantalla, cuelga a desgana.

—Se enfadará si no contestas.

—Que le den. —Dicho esto, se bebe su café de un sorbo, como si lo que acabara de decir no fuera nada, y coge el resto para encaminarse hasta la sala de espera.

Lo sigo alucinada, porque conforme pasan los días lo entiendo menos. Cuando llegamos veo la cara de Luca: está pidiendo auxilio a gritos.

—Luca, ve a fumar, ya me quedo yo con Consuelo. —Suelto su mano, que parece que está pegada con Loctite, y le hago un gesto para que se aleje de una vez.

—Hijo, fumar es malo.

—Ya lo sé.

—Consuelo, ya verás que en nada nos dejarán verla —la animo, e intenta sonreírme, pero se nota que está muy preocupada. Menos mal que no la ha visto entrar con esa cantidad de sangre, si no seguro que le da un pasmo.

—Adriana, voy con Luca; si salen los médicos, llámame.

—Vale.

—Es muy guapo, pero ¿de dónde es?

—No es chino —la corto antes de que lo diga. ¿Por qué todo el mundo cree que lo es?—. Su padre es de aquí y su madre, japonesa.

—Pues, nena, es guapísimo.

—No es mi chico, sino de otra.

—Lástima... ves, lo que yo digo: si no están cogidos, son gais. —Y lo suelta tal y como suena, consiguiendo que me ría, olvidando por un momento la tensión que instantes antes respirábamos—. ¿Y el otro es el novio de mi hija?

—¡No! —Se me escapa la risa al imaginármelos juntos, sé que es imposible—. Es amigo de mi amigo, nos está ayudando en las obras del hotel. Noelia ni siquiera lo conocía hasta hoy.

—Pues me gusta para mi hija.

—¡Consuelo, por favor!

—A ver, que sea vieja no quiere decir que sea ciega.

—Eso es cierto.

De repente vuelve a salir el médico y las dos nos miramos inquietas.

—Si quieren, pueden entrar —nos dice, y Consuelo mira a su marido y éste asiente agarrándola de la mano para que pueda levantarse de la incómoda silla de la sala de espera.

—Os espero aquí, id vosotros primero.

Los dos se apresuran tras los pasos del médico y yo me quedo apoyada en la pared del pasillo.

Los padres de Noelia no salen y comienzo a desesperarme. Campos, que no ha dejado de mirarme, lo sabe muy bien y se acerca a mí y me abraza. Dios, cuánto he echado de menos un abrazo suyo; sé que no debería permitírsele, pero ahora mismo es lo que necesito. Me besa la frente, cuando veo aparecer a los padres de Noe.

—¿Cómo está? —Me zafo de su abrazo y corro hasta ellos.

—Medio dormida debido a la anestesia, pero, aparte del golpe, los médicos dicen que no tiene nada grave, aunque sí aparatoso. —Consuelo me responde agarrándose las manos, como dando gracias porque no haya sido peor.

—¿Puedo verla?

—Claro.

Les pido a Luca y a Campos que me acompañen; sé que ellos también se quedarán más tranquilos si la ven. Abro la puerta y, cuando la miro, me quedo con la boca abierta, me la tapo y me acerco hasta ella.

—Tápate la boca, que te van a entrar moscas —me dice en un susurro ya que está medio dormida, y se me escapa una medio sonrisa. Me alegra que a pesar de todo esté tan bromista, pero al mismo tiempo me entristece ver sus ojos inflamados y morados, por no hablar del vendaje de su nariz.

—¿Me podéis explicar qué ha pasado? —Nos mira a los tres, que estamos sin palabras—. Ya sé que estoy horrible, y medio lela. No sé si la anestesia me ha sentado bien.

—Yo creo que sí, estás como siempre.

Campos se acerca como si nada y yo me alegro porque una vez más me deja

unos segundos para reaccionar.

—Conmigo no tienes que ligar —le dice Noe a Campos. Él se ríe y se sienta en la butaca que hay justo a su lado

—Madre mía, Noe, pensaba que te habíamos matado. —Me acerco hasta ella y agarro su mano.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Estábamos decidiendo dónde colocar las cámaras... Luca nos lo mostraba utilizando una barra de hierro de la obra como puntero y... entonces has entrado sin avisar y te ha golpeado sin querer.

—¿Con una barra de hierro? —me pregunta aún medio aturdida por el golpe y la operación a la que ha sido sometida.

—Lo siento, de verdad que no te he visto entrar... —El chulito de playa parece otra persona; si esto me lo llegan a decir cuando me crucé con él en el avión, no me lo habría creído.

—Si estuviera bien, te aseguro que ya podrías empezar a correr; se nota que está dopada —le digo para que entienda que mi amiga no es para nada así de relajada.

—Tengo mucho sueño... —Se acomoda un poco y cierra los ojos como si no estuviéramos allí.

—Dejemos que descanse —le pide Campos a Luca, y los dos se encaminan hacia la puerta de la habitación.

Le doy un beso en la frente y le miro de cerca el desastre. Cuando se vea en el espejo, le va a dar un patatús, y seguro que querrá salir a matar a Luca.

—Yo me voy a quedar un rato, ¿podéis seguir sin mí, verdad?

—Tranquila; cualquier cosa que necesitéis, me llamas.

—¿Puedes llevar a los padres de Noe a su casa? Son muy mayores para estar tantas horas aquí.

—Por supuesto. —Los dos se despiden de Noelia, que les agradece que se lleven a sus padres.

Tras decirle que ahora vuelvo, salgo con ellos hasta la sala de espera,

donde están sus padres; de entrada no les gusta la idea de que los lleven a casa, pero tras un poco de insistencia mía y de Campos, entran corriendo para darle un beso a su hija y los cuatro se marchan hasta el coche.

Oigo un grito de Noelia justo cuando entra su madre en la habitación y abre la puerta a toda prisa para saber qué ocurre.

—¡Joder! —se queja.

—¿Qué te pasa? —pregunta nada más entrar en el baño. Nos colamos por detrás y la vemos frente al espejo. No soy capaz de decir nada, tiene la cara que da miedo, asusta.

—Le he dicho que no se mire, pero la muy cabezota no me ha hecho caso.

—¿Qué haces sin vendaje? —Consuelo se preocupa por su hija.

—Se lo ha quitado la enfermera para cambiarlo, ha salido un momento por algo urgente y no se le ha ocurrido otra cosa que venir corriendo a mirarse — hablamos muy alto, debido a los gritos, quejas y lamentaciones de Noe.

—Sólo serán unos días. —La obligo a darse la vuelta y mirarme—. ¿Me oyes?

—Tengo un pimiento y dos tomates. —Me mira casi llorando y yo contemplo su nariz y sus ojos y sí, su símil se ajusta bastante a lo que tiene en la cara.

—Volverá a la normalidad —intento reconfortarla.

—No pienso salir a la calle.

—Pues no salgas, tú ahora no te preocupes por eso.

Al final, guiándola, consigo que salga del baño para que se vuelva a sentar justo cuando la enfermera regresa con todo lo necesario para curarla. La veo más tranquila, aunque denota un enfado que hasta hoy nunca había visto en ella. Con mucho cuidado, le cura la herida y vuelve a tapársela; en ese instante

veo aparecer a Luca por la habitación y sé que mi amiga no se va a contener, y mucho menos después de haberse visto en el espejo.

—¿Qué haces aquí, rompe narices? —le espeta. Luca se detiene al oír sus palabras y Consuelo comienza a reírse a carcajadas hasta el punto de llorar. Noelia la mira casi matándola y yo me resisto, pero al final me vence la situación y se me escapa una ligera risa—. ¿Te parece poco lo que me has hecho?

—Quería ver cómo estabas, siento lo que ocurrió.

—Más lo vas a sentir cuando te denuncie o, mucho mejor, cuando te estrangule con mis propias manos. —Hace el gesto y Consuelo vuelve a carcajearse ante la mirada estupefacta de Luca, que no sabe muy bien qué hacer.

—De verdad, cualquier cosa que necesites, dímelo.

—Lo que quiero es que te vayas por donde has venido y no te cruces nunca más en mi camino si quieres seguir respirando.

—¡Noe! —Intento que no sea tan dura, pero es imposible con las risas de Consuelo.

—Ay, hija, que me meo.

—¿Te hace gracia mi careto? —le recrimina muy enfadada.

—Ahora sí.

—Mamá, me podría haber muerto.

—Pero no lo estás, así que me río lo que me da la gana.

Desde mi posición los veo a todos, sobre todo la expresión de Luca, que supongo que entiende a Noelia pero no a Consuelo, pero es que ella es así... Cuando ya no está preocupada es muy bromista, se comporta siempre como lo está haciendo ahora mismo.

—Será mejor que me marche. Encantado, señora —se despide de Consuelo con esa galantería con la que se mete en el bolsillo a la mujer, quien, lejos de estar molesta con él, está encantada—. Adriana, te necesitamos en el hotel.

—¿Hoy? —Lo miro con cara de «no quiero irme de aquí», pero sé que la

culpa no es suya, sino de Campos, a quien no se le ha ocurrido ni llamarme ni avisarme—. ¿Estarás bien?

—Aburrida, dolorida... pero vete, estoy mejor.

—Vendré esta tarde noche, te lo prometo.

—Tráeme algo rico de comer, aquí no hay nada que valga la pena.

—Hecho.

—Vaya golpe tiene —digo justo cuando me acomodo en el asiento del deportivo descapotable con el que ha venido Luca—. Si la vieras sin vendaje...

—Puedo imaginármelo.

—No, no lo creo. La he visto sin nada y, uf, está irreconocible. —Rebusco en el bolso y saco mi botella de agua para beber un poco.

—¡No! —Justo cuando iba a dar el primer sorbo, me la ha arrebatado, haciéndola chocar contra mi diente—. En el coche no, que seguro que me lo manchas o vete tú a saber lo que rompes.

—Habló el rompe narices —replico, y veo cómo me mira muy enfadado.

—A ver, baja del coche. —No entiendo qué quiere, de verdad que no lo entiendo... pero, ahora que puedo verlo mejor, diría que el hombre está para mojar pan—. Por favor. —Abre la puerta, se apea, da la vuelta al vehículo y me ofrece su mano para que descienda yo también.

—¿Qué quieres?

—Tú y yo no nos hemos visto nunca.

—Estás de broma, ¿no?

—¿Quieres callarte un momentito? —Sonríó al ver su suplica e imagino lo que se reiría Campos si fuera testigo de la escenita—. Gracias.

—De nada. —Me río al saber lo mucho que le molesta que vaya a la mía y no le haga ni puñetero caso de lo que me pide.

—Empezamos con muy mal pie, pero eres la amiga de mi mejor amigo — ¿la amiga? Ajá, vale, soy la amiga con derecho a roce cuando a tu amigo le viene en gana, entendido—, y por ello no quiero que entre tú y yo haya rencillas...

—Me parece bien —lo interrumpo, consciente de que eso lo saca un poco de quicio.

—En el avión me comporté como un gilipollas. —Vaya, esta declaración de intenciones sí que me pillas por sorpresa—. Me jodiste el ligue, y me molestó mucho.

—Te pido perdón por el agua, pero te juro que las dos veces ha sido sin querer.

—Lo sé.

—¿Solucionado?

—Eso parece.

—Aunque te confieso que eres muy chulito de playa y serías perfecto para mi amiga. —Veo cómo abre los ojos de par en par—. Oye, que cuando se quite el pimiento y los dos tomates de la cara verás lo guapa que es.

—¿Y loca?

—Eso es así.

—Déjalo. Vamos a trabajar, que tenemos muchas cosas que hacer.

Vuelve a rodear el coche y se acomoda en su asiento mientras yo doy un gran sorbo al agua que le acabo de coger de su mano y la lanzo a la papelera para que vea que no voy a beber en su bonito y lujoso descapotable, porque conociéndome seguro que la lío.

Capítulo 25

Al final trabajar los tres codo con codo ha resultado la mar de divertido. Creo que nunca había visto a Campos tan relajado; al estar al lado de su amigo me ha mostrado a una persona muy diferente... Se asemeja al que conocí en Filipinas, pero éste me ha gustado mucho más.

Me dejo caer sobre una de las dos únicas tumbonas que hay frente a la piscina infinita y cierro los ojos para gozar de la paz del lugar.

—No me quiero mover nunca de aquí.

—No tienes por qué hacerlo.

—Llegarán los clientes y ya no podré disfrutar de estas vistas, de esta piscina... —le respondo sin abrir los ojos, y puedo suponer que me está mirando—. Deja de mirarme.

—No lo hago.

—Sí lo haces.

—Pues deja de hacer posturitas y puede que deje de mirarte. —Abro un ojo y lo miro con cara de «no estoy haciendo posturitas».

—Tienes mujer, ¿lo recuerdas?

—No.

—¡Qué pronto te olvidas de las cosas!

—De las que me importan, no me olvido.

—¿Qué quieres de mí, volverme loca?

—No, te quiero a ti.

—¿Tú sabes que está penado tener dos mujeres? —No sé ni por qué se me escapa la risa, supongo que me gusta saber que está por mí, aunque por otro

lado me duele la situación en la que estoy metida—. Me voy a ver a Noelia, le he prometido que iría.

—Te llevo.

—Da igual, no hace falta.

—Te he dicho que te llevo.

—Si insistes tanto...

Los dos sonreímos y nos dirigimos hacia la recepción, donde recojo todas mis pertenencias.

Salgo hacia el parking y veo el mismo coche que conduce Luca, pero en blanco; les habrán hecho descuento para que se compren el mismo. Oigo cómo arranca y comienza a pisar el acelerador. Supongo que me ha visto parada como una tonta y quiere que me monte ya.

—¿Regalan los descapotables y yo no me he enterado?

—Son de alquiler.

¡Cómo no lo había pensado!

—Pues dime dónde, para ir a por uno.

—No necesitas ninguno más. —Acelera de repente y me clavo en el asiento por la fuerza con la que ha salido del aparcamiento—. Ponte el cinturón. —Vaya si me lo pongo—. ¿Lista? —afirmo divertida justo cuando noto que acaricia mi muslo y yo miro por la ventana porque su contacto me quema; no recordaba lo que sentía cuando sus dedos me rozaban y, aunque debería decirle que no me tocara, no lo hago y durante un trozo del trayecto me acaricia con las yemas de los dedos como si entre nosotros no hubiera una tercera persona, como si aquel momento en el que apareció su chica no existiera.

Campos se adentra en el parking del hospital después de haber dado mil vueltas para comprar lo que le había prometido a Noelia.

—Subo a ver cómo está y os dejo en plan noche de chicas. —Noto su tono de burla.

—Uy, sí, una noche la mar divertida.

—Nunca se sabe dónde puede aparecer la fiesta.

—Dudo que sea aquí.

Se ríe sabiendo que tengo toda la razón del mundo. Voy a bajar del vehículo cuando de pronto coloca su mano sobre mi muslo, tal como ha hecho antes, y pongo todo mi empeño en controlarme.

—Hablando de fiestas, tenemos que ir a la que organiza mi padre. Acudirán a ella sus clientes más exclusivos y los necesitamos para la inauguración del hotel.

—¿A Barcelona?

No creo que viajar con él sea la mejor de las ideas, aún recuerdo lo que pasó en China y en Filipinas; no me parece que sea lo correcto.

—Yo opino que deberías ir tú —respondo.

—No, este hotel es nuestro...

—Tuyo, para ser exactos —lo interrumpo y no lo dejo terminar la frase, porque en el fondo me repatea que diga que es de los dos cuando en realidad el dueño es él, aunque la que ha trabajado como una burra he sido yo.

—Mereces disfrutar un poco, ¿no crees?

—No sé...

—Piénsatelo.

—¿Y cuándo es?

—El viernes por la noche —dice como si nada, y lo miro alucinada.

—¿Pasado mañana? No habrá vuelo.

—Ya está reservado, sólo tienes que llevarte un bonito vestido. —No me deja replicar porque sale del coche y lo rodea para abrirme la puerta—. ¿Vamos?

Me ofrece su mano, pero la ignoro y salgo del vehículo consciente de que está sonriendo socarrón al verme levantarme con esfuerzo del asiento tan bajo, pero salgo de él por mí misma y luego me dirijo hacia el ascensor como si él no estuviera allí.

—¿Por qué huyes de mí? —oigo a mi espalda; está muy cerca, puedo sentir

su respiración en mi nuca y, lejos de amedrentarme, cierro los ojos para recobrar mi fuerza antes de replicar.

—No huyo de ti, Campos.

—¿Y por qué te siento tan lejos?

—¿Porque estás casado?

Percibo el hastío en su forma de respirar, pero por mucho que para él sea muy divertido, para mí es bastante frustrante saber que me pone el dichoso caramelo en la boca y después me lo quita porque es de otra.

—Ella no está aquí.

—Pero yo la tengo aquí. —Me giro para que vea bien cómo me señalo la cabeza y se dé cuenta de que yo no soy como él, que la olvida como si nada. Sin embargo, lejos de enfadarse o arrepentirse, se acerca más a mí y, sin pensarlo, retrocedo hasta que topo con la puerta del ascensor—. ¿Qué haces?

—Voy a recordarte lo que sentías cuando me besabas.

—No lo hagas...

Afirma con la cabeza acercándose tan lentamente que sólo puedo esperar al tiempo que trago saliva.

—Aunque —se detiene de repente y siento una furia interior que ni yo misma comprendo— no te puedo obligar a nada. —Acaricia mi labio y se abre la puerta, así que él accede al interior y yo me quedo pasmada como una idiota.

Me doy la vuelta y lo miro de arriba abajo; está apoyado en la pared del fondo del elevador, con esa sonrisa lasciva que, lejos de disimular, explota para que sea consciente de ella.

Entro, pulso el botón del segundo piso y me coloco justo delante, dándole la espalda y sintiendo cómo me mira de pies a cabeza una y otra vez. Por un lado, estoy deseando que me agarre de la cintura, que me bese apasionadamente el cuello y me haga suya en este mismo ascensor, y por otro deseo que se abran las puertas porque siento que no estoy respirando y de un momento a otro me voy a caer redonda en medio de este cubículo.

«Puerta, ábrete. Campos, haz algo», es lo único que me repito mentalmente en bucle hasta que se abren las puertas y salgo a toda prisa con la sensación de que mi cuerpo ya no me responde. Estoy sudorosa y sé que lo único que me va a ayudar es estar lejos de él.

Tengo claro que no está perdiendo detalle y que sabe perfectamente cómo me siento, por ello no paro de caminar hasta que llego a la habitación de Noelia.

—¿Qué te pasa? Parece que hayas visto un fantasma. —Justo cuando termina la frase, mira hacia la puerta y lo ve aparecer, y ya no dice nada más, me entiende perfectamente—. Hombre, el amigo del rompenarices. —Campos, al oírlo, comienza a reírse a carcajadas y yo dejo todo lo que le he comprado sobre los pies de la cama.

—¿Crees que con esto serás feliz?

—Un poco sí.

Veo cómo me sonrío y le miro discretamente la hinchazón de la cara. No le ha bajado casi nada desde que la he visto esta mañana, y el color es un morado rojizo; parece que le hayan dado una paliza.

—Veo que estás de buen humor. —Se acerca a mi amiga y le da un beso en la cabeza porque la mejilla la tiene tapada por el vendaje de la nariz.

—¿Qué voy a hacer!, ya me han informado de que probablemente me tendré que volver a operar.

—¿Por qué? —Pensaba que se curaría y olvidaría este mal trago, pero no—. ¿Qué te ha dicho el médico?

—Que el tabique está aplastado y tengo que esperar a ver cómo se recoloca una vez que baje la inflamación, para decidir si me operan de nuevo o qué hacen.

—El golpe ha sido muy fuerte. —Campos la mira con cara de culpabilidad, y es que creo que, en el fondo, los tres que estábamos allí nos sentimos así.

—¿Y si se me queda este pimiento por nariz? Me muero.

—¡Cállate! Te va a quedar bien, no te pongas en lo peor. —Mi papel de

amiga es animarla, aunque sé perfectamente que un trompazo como el suyo puede deformarle la forma de la nariz y, aunque espero y deseo que a ella no le pase, existe la posibilidad, y llegado el caso ahí estaré yo para apoyarla.

—Os voy a abandonar, he quedado con Luca en el hotel.

—Dirás con el rompe narices —apuntilla mi amiga, que creo que no le va llamar de otra forma al pobre.

—Con ese mismo; mañana por la mañana tenemos que definir un tema.

—Tranquilo, iré a primera hora.

—Sed buenas —señala la bolsa de guarrerías que he comprado—, no os vayan a llamar la atención.

—Tranquilo, no haremos nada que tú no harías. —Noto cómo clava sus ojos en los míos y mi amiga disimula mirando qué hay dentro de la bolsa—. Nos vemos mañana, Campos.

—Hasta mañana —se despide sin dejar de mirarme a los ojos—. Cuídate, Noelia —añade justo antes de salir por la puerta, y yo me dejo caer en el sillón que hay al lado de la cama de mi amiga.

—Me voy a volver loca.

—Pero ¿tú has visto cómo te mira?

—Si sólo fuera eso. —Noelia deja de morder la chuchería que estaba comiéndose para mirarme con cara de «habla ya»—. Tía, actúa como si ella no existiera, como si engañarla no fuera nada malo.

—Puede que tengan una relación abierta, no serían los primeros.

—Pues yo no puedo, te juro que no puedo, sólo hago que pensar en la maldita arpía.

—Y en comértelo enterito. —Tras soltar eso, las dos nos reímos al unísono, sabiendo perfectamente que es así—. No me hagas reír, que me duele.

—Perdona, perdona...

—Tía, ¿y si se me queda la nariz de patata? —La forma como me lo pregunta me hace soltar una carcajada—. No tiene gracia.

—Está inflamado, nada más. Después bajará y volverás a tener esa

naricilla respingona de siempre.

—Como siempre sabes que no.

—Nadie sabe cómo va a quedar, pero no te queda otra que ser positiva y seguir adelante.

—Busca una película y vamos a zamparnos estas deliciosas chuches antes de que me ponga a llorar.

Capítulo 26

Dormir en un butacón es lo peor del mundo, me duelen las cervicales un horror, pero no quería dejar a mi amiga sola, aunque ahora esté para el arrastre. Camino hacia el exterior del hospital moviendo el cuello de un lado al otro cuando me detengo de repente al ver el deportivo aparcado en la puerta.

Me mira fijamente a través de las gafas de sol y yo siento que levito al constatar lo guapo que es, hecho que me joroba hasta la saciedad porque no debería pensar de este modo.

—¿Necesitas un masaje?

—¿Qué? —le pregunto al no comprender por qué me lo dice.

—Tu cuello. —Me lo señala y asiento con los ojos cerrados al tiempo que una vez más lo giro y efectivamente me duele una barbaridad. Quiero mucho a mi amiga, pero creo que voy a acordarme de ella todo el santo día.

—Me muero por uno.

—Cuando quieras te lo hago.

Vaya, también sabe hacer masajes, ¡cómo no!

—Tranquilo, iré a un profesional, no vaya a ser...

—¿Crees que te lesionaré? —Espera mi respuesta, pero ahora mismo me lo estoy imaginando masajeándome el cuello, la espalda, los muslos y...—.
¿Hola?

—¿Qué quieres? —Si es que me despisto demasiado rápido, no tengo remedio, y lo peor es que como siempre soy un libro abierto; espero, al menos, no haber puesto cara orgásmica, sino ya sería el acabose.

—Que subas al coche —dice como si nada, sonriente.

—¿Has venido a buscarme?

—Me venía de paso.

—Claro, de paso. —No se lo cree ni él, pero me gusta que haya pasado a recogerme. Sin hacerme de rogar, aunque debería, me monto en el vehículo—. Tengo que ir a mi casa primero.

—Vamos.

Mete la primera marcha y sale bastante brusco, tanto que mi espalda presiona contra el asiento y la comisura de mis labios se curva en una gran sonrisa.

¿Por qué tiene que estar casado? No es justo.

Menos mal que no lo he expresado en voz alta, porque en ese caso me moriría de la vergüenza. Cierro los ojos y me relajo al sentir el aire acariciar mi rostro; nunca imaginé que iría montada en uno de estos deportivos recorriendo la isla que me ha visto crecer y mucho menos al lado de un hombre como él.

Aparcamos delante de la puerta y veo cómo mira la casa de mi padre; es bastante modesta, pero tiene un encanto que a mí siempre me ha gustado.

—¿Entramos?

—¿Por qué no vives en la casa del faro?

—Supongo que no me gusta sentirme sola, y para qué vamos a engañarnos, Antonia, me cuida demasiado bien. Seguramente en algún momento cambiaré de idea, y quién sabe, tal vez me mude allí definitivamente, pues es un lugar que me encanta. —Me escucha pensativo

—¿Pasamos o nos quedamos aquí todo el día? —Abro la puerta y esta vez, como anfitriona, hago el ademán de que pase primero y luego la cierro tras de mí.

Veo en medio del comedor un rastro de tierra, y lo miro a él, que también lo ha detectado. Lo seguimos hasta el jardín, donde encontramos a mi padre y

Antonia, ambos con sombreros de paja puestos, a lo granjero total, entre las malas hierbas.

—¿Qué estáis haciendo?!

—¡Cariño! —oigo la voz de mi padre, pero aún no lo logro ver bien—. ¡Ho... hola, Campos! —Sé que se ha sorprendido al verlo aquí, aunque su sonrisita me dice que en el fondo sabía que algún día estaríamos en una esperada tregua.

—Hola, señor Suárez.

—Papá, ¿qué hacéis? —Le doy un beso en la mejilla y se la limpio un poco con la mano, pues tiene tierra.

—¿Dijiste que me iba a aburrir?, pues ya ves que no. Hemos traído plantas de los terrenos de aloe para trasplantarlas aquí... Queremos que todo este terreno en desuso se convierta también en una gran plantación.

—Y pienso montar una parada en el mercadillo del pueblo para venderlo —interviene Antonia, más que feliz por la idea que han tenido, y la verdad es que cuando Campos me la sugirió no le di ninguna importancia, pero ahora me parece buenísima.

—Os vais a forrar —bromeo entre risas, consiguiendo que mi padre me reprenda con la mirada.

—No queremos eso...

—Que ya lo sé. —No le dejo terminar la frase.

—Pues perdonad que me meta, pero ¿y por qué no se lo vendemos al hotel? —Los tres miramos a Campos como si estuviera loco, pero conforme pasan los segundos su idea me gusta un poco más—. A ver, tenemos que hacer tratamientos a los clientes y qué mejor que sean ciento por ciento naturales y autóctonos.

—No es mala idea, sería una buena publicidad para el hotel y a la vez para la isla.

—Hijo, tu madre tenía mucha razón.

—¿En qué? —Campos le pregunta extrañado, al no saber a qué se refiere

mi padre.

—En que has nacido para el negocio hotelero.

—No os confundáis, yo no voy a dejar mis clases de yoga, para eso tengo a la mejor directora.

Me mira sonriente y veo cómo Antonia nos psicoanaliza, y a decir verdad su cara no es que sea muy alegre.

—Qué listo es —intervengo intentando que Antonia deje de pensar lo que no debe—. Él pone la pasta y yo me deslomo.

—Así son los negocios, cariño. —Mi padre comienza a reírse en una gran carcajada y Campos lo acompaña.

—Entonces, ¿lo hacemos? —le pregunta a mi padre, y veo en éste un brillo en sus ojos que hasta ahora no había visto, está emocionado. Campos lo anima.

—Pero ¿cuánto y cuándo lo necesitas? —Ahora es mi madrastra la que está pasando el apuro, porque la plantación que tenemos no es tan grande como para todo lo que estamos planteando.

—Podemos probar y ver cómo funciona, así tendréis tiempo de organizaros.

—¡Me gusta la idea! —Los tres me miran como a un bicho raro, y es que supongo que mi entusiasmo ha sido desorbitado—. ¿Qué pasa? Al final el hotel va a ser un poco nuestro, en parte.

—Ya te lo dije.

Campos me sonrío y en ese instante se produce un silencio incómodo que rompería lanzándome entre sus brazos, cosa que haría si todo fuera diferente entre nosotros. Lo único que rompe el silencio es mi hermanita, que está llamando al timbre como si se le hubieran quedado los dedos pegados a él.

—Idaira —suspira su madre, que va corriendo hasta la puerta para que deje de llamar.

—Chicos, ¿queréis tomar algo?

—¡Perfecto! Es pronto aún y ni siquiera he desayunado —contesto mientras me toco la barriga porque tengo mucha hambre, y mi padre nos hace pasar al

salón.

—Hola, hermana. —Idaira me da un beso y un abrazo que me deja paralizada; nunca es cariñosa conmigo, así que algo le ocurre o trama, y a juzgar por la cara de Antonia creo que piensa lo mismo que yo.

—Yo también tengo hambre, papi. —Mi padre se gira de repente y la mira como a un extraterrestre. Digamos que su actitud es diferente, demasiado amable para ser ella.

No obstante, mis padres no dicen nada. Los dos van a lavarse un poco y, sin darnos apenas cuenta, estamos sentados a la mesa, tomando unos cafés junto a unas pastas que Antonia hace de vez en cuando.

—Esto está buenísimo. —Campos lo dice medio masticando y yo me río porque mi padre ha estado a punto de reñirlo como hace conmigo cuando hago eso mismo.

—Pues cuando quieras ya sabes dónde puedes comer más.

—Claro, puedes venir siempre que te apetezca. —Idaira le lanza una sonrisilla que a ninguno se nos escapa, pero Campos, que es muy educado, se lo agradece como si nada.

—Mañana viernes, seguramente, nos vamos a Barcelona a una de las fiestas de mi padre.

—Os interesa, allí podréis hacer contactos muy buenos. Y de paso... —se dirige a mí y, antes de que termine de hablar, intervengo.

—Aún no sé si voy a ir. —Espero el fruncimiento de cejas de Campos y por ello no lo miro en ningún momento.

—Deberías acudir, una fiesta no hace daño a nadie. —Sonríe al decírmelo y veo cómo mi padre y Campos se miran—. Hermanita, si tú no quieres ir, ya voy yo.

—Idaira, no digas tonterías, por favor. ¿Qué vas a hacer tú en una fiesta de ésas? —dice Antonia.

—Pues lo mismo que ella —le responde a su madre con un tono de voz que denota enfado, y el resto de los presentes no decimos nada—. A ver, ¿qué vais

a hacer?, ¿beber en copas caras y con suerte bailar un poco?

—Bueno... y hacer contactos para el hotel. —Campos intenta que mi insolente hermana entienda que no todas las fiestas son una diversión precisamente.

—Eso también puedo hacerlo.

—Como iba diciendo, no sé si ir porque creo que quizá es mejor que me quede para comprobar que todo estará listo para el día de la inauguración.

—Ya lo está, y, si no viene nadie importante, no servirá de nada.

—Bruno tiene razón, hija... —Vaya, otro que lo puede llamar por su nombre. Parece que soy la única que no tengo tal honor.

—Ya veremos.

—Pues yo me voy de viaje —suelta de repente Idaira tan pancha y todos la miramos con curiosidad.

—¿A dónde? —le pregunto muy intrigada, porque viniendo de ella seguro que se irá a Ibiza o a cualquier destino donde haya fiesta las veinticuatro horas del día.

—Me voy de voluntaria a la India.

—¿Pero ¿qué estás diciendo?! —A Antonia se le desencaja la cara.

—¿No me has oído, mamá? Quiero hacer algo por los demás y me voy a la India.

—¿Y no será mejor que te centres en estudiar y trabajar de verdad?

—¿Piensas que ser voluntario es un capricho y que no sé a dónde voy?

—No lo pienso, sé que es así.

—Pues te confundes, una vez más.

—Pero ¿por qué? Es que no logro entender qué ha ocurrido para que cambies de idea de forma tan repentina.

—No ha sido de repente, llevo mucho tiempo pensando en ello, pero no os lo he dicho nunca porque no creía que sería capaz de embarcarme en una cosa tan seria. Pero, mamá, te prometo que estoy segura de lo que voy a hacer, y aun

sabiendo que no va a ser fácil, siento que tengo que hacerlo. Confía en mí por primera vez.

Antonia está muy enfadada. Mi padre se mantiene en un segundo plano porque, aunque para él sea como una hija, no lo es, y por ello en temas importantes prefiere no entrometerse. Campos intenta no mirarlas a ellas, pero es imposible porque por su elevado tono de voz tenemos que hacerlo.

—Idaira, ¿y con qué oenegé te vas? —Sé que la he sorprendido, pero si me pongo en su lugar lo que me gustaría recibir son preguntas por las que me sienta apoyada y no cuestionada como está ocurriendo.

—Pequeños del mundo; ayudan a los niños que han perdido a sus padres y están viviendo en centros provisionales de acogida.

—Una labor muy dura, pero debes sentirte enormemente feliz al ayudar. — Ahora sí que me ha dejado de piedra.

—¿La estás animando? Pero si nunca ha sido responsable en nada, recuerda el día que llegaste al hotel.

—A veces necesitas algo que te haga valorar lo que tienes.

—De verdad, si me pinchan, no sangro. ¿Y tú no vas a decir nada? — protesta Antonia mirando a su marido.

—No me quiero meter. —Mi padre se desmarca elegantemente.

—Si fuera tu hija, ¿qué dirías?

—Pues que fuera y que aquí la esperaría, como hice cuando Adriana se marchó a Barcelona. Nos guste o no, son mayores y tienen que empezar a tomar sus propias decisiones.

—No lo veo, lo siento, pero no lo veo como vosotros.

Qué mal me sabe por Antonia, pero lo que le acaba de decir mi padre es lo que debería hacer.

Miro a Campos y veo en su rostro que está muy incómodo y no lo culpo, está presenciando una discusión familiar que no le atañe.

—Nosotros nos vamos al hotel.

Todos asienten en silencio, entre ellos Idaira, que me mira sonriente;

supongo que mi apoyo ha hecho que piense en mí de otro modo.

Capítulo 27

Campos

La miro de soslayo y me sigue sorprendiendo su belleza, no es para nada como el resto de las chicas que he conocido. Ella no esconde nada; al contrario, puedo ver lo que piensa o quiere sólo con mirarla a los ojos tal y como estoy haciendo ahora. Gracias a su sonrisa, sé perfectamente que está muy orgullosa de su hermana. ¡Como para no estarlo!, pocas chicas de su edad deciden aventurarse en una labor tan importante y dura.

Me obligo a mirar hacia la calzada porque si no nos vamos a dar una buena hostia. En el hotel está el pesado de Luca esperando; es un crack en su trabajo, pero para serlo es bastante tocapelotas, y eso me está cansando.

—Tengo que ver una cosa con Luca; adelántate con el nuevo personal y ve enseñándole un poco el establecimiento.

—¿Crees que puedo comentarles a los empleados la filosofía empresarial que detallamos con tu madre?

—Por supuesto, este hotel va a estar ligado a su cadena, así que me parece conveniente.

—¿Conveniente?

Me mira sonriendo y sé que he sido demasiado profesional, pero cuando hablamos de trabajo me gusta serlo.

—Sí.

—Ok, entendido.

Cuando me responde de forma altiva me dan ganas de empotrarla contra la

pared y recordarle lo mucho que podría hacerla disfrutar, si ella quisiera. Y aunque la miro de manera penetrante y noto su nerviosismo, me contengo. La dejo atrás para entrar en la habitación donde Luca está volviéndose loco.

—¿Necesitas ayuda para terminar? —planteo nada más aparecer, con un tono de voz bastante borde, pero, como él me conoce muy bien, me importa una mierda lo que me diga.

—Necesitas un buen polvo, amigo.

—No me jodas, eso ya lo sé.

—¿Y por qué no te olvidas de esa tía? Puedes tener a la que quieras, y lo sabes.

—Yo no quiero a otra tía, la quiero a ella.

—Te lo advertí en su día: como te la tires dos veces, la has cagado.

—Por eso tú no repites, ¿no?

Mi amigo es un cabrón y supongo que por ello siempre le ha ido mejor con las tías que a mí.

—Si me hicieras más caso...

—Ya me lo dirás algún día.

—¿Yo?

Se ríe en mi cara, pero sé que a todo tío le llega el día en el que necesita tener algo estable, y él no será menos.

—¿Qué hay de la amiga de Adriana? —le pregunto sabiendo que no le va a hacer ni puñetera gracia.

—¿La de la nariz?

—Está buena, reconócelo.

Le guiño un ojo y veo cómo me mira, como si le estuviera diciendo alguna burrada.

—¡Está loca!

—Y buena.

—¡Pues tíratela tú! —suelta como si nada—. Mejor llama a Nina y de paso te las tiras a las tres juntas.

—No menciones a Nina, por favor. —Sólo oír mencionar su nombre ya me entran escalofríos; no me puedo creer todo lo que he tragado por ella—. Dejémoslo. ¿Qué necesitas?

—Tirar el techo.

—¿Perdona? Tengo que inaugurar lo antes posible.

—Te falta el permiso de apertura, así que tenemos tiempo.

—Tío, esto es peor que la Sagrada Familia.

—Si quieres tener el hotel más exclusivo del mundo, hazme caso.

—Está bien —me rindo; que haga lo que quiera, pero que termine ya.

De paso me ha recordado que tengo que hacer varias llamadas, una de ellas a mi madre. Necesito que este puñetero hotel salga en su web, si no lo tengo jodido.

—Voy fuera, que me espera Adriana.

—Corre, que la amante no se enfade.

—No es mi amante y lo sabes —lo amonesto, señalándolo con el dedo para que nunca más la vuelva a llamar así.

—No es algo más porque a ti no te da la gana. ¿Cuándo vas a ser sincero con ella? ¿O contigo mismo?

—Algún día.

Salgo de la maldita habitación cuando recuerdo el momento por lo que todo cambió. Estaba de puta madre en Filipinas con Adriana hasta que ella llegó y se encargó de montar el numerito, lo recuerdo como si estuviera ahora mismo allí...

—¿Qué haces aquí? —le recrimino en un susurro cogiéndola del brazo con todas mis fuerzas y llevándola hasta el tronco de una de las palmeras.

No responde, se zafa de mi agarre y sale precipitadamente tras Adriana. La sigo para que no haga ninguna locura, porque soy capaz de cualquier

cosa para evitar que le haga daño.

Veo cómo la aferra del brazo, pero me quedo quieto al ver la actitud de ella. Esta mujer no sólo es un desastre con patas, tiene unos ovarios que ya quisiera Nina tener. Oigo cómo le recrimina cosas y cómo se defiende con garra..., tanto que tengo que aguantarme una carcajada cuando la veo caer al agua. Nina, quejándose rabiosa perdida, da golpes al agua, y yo me quedo paralizado. Mandaría ahora mismo a la mierda a Nina, pero le debo un respeto por todo lo que nos une en este momento.

Cuando veo que Adriana se marcha, sé que lo está haciendo llorando, aunque no quiera que nadie la vea. Y lo sé por la posición de sus hombros, pues inconscientemente, cuando no se siente bien, los eleva. Ahora mismo correría tras ella y la besaría como he hecho durante toda esta noche, pero no puedo.

Me giro para mirar a Nina, que sigue en la piscina, y niego con la cabeza, molesto. Ella sabe muy bien lo que pienso, pero recriminarle no sirve de nada, sé que está dolida y despechada. Me dirijo a toda prisa hacia el interior del hotel en busca de mi madre.

La veo en la zona de los trabajadores y sin importarme nada ni nadie pongo las manos en la mesa para que deje de teclear en el ordenador y me mire.

—Cariño, lo he hecho por tu bien.

—Mamá, te dije que lo nuestro había terminado.

—Un compromiso no se liquida por un capricho.

—¿Te parece un capricho, mi decisión? Es que no recuerdas lo que hizo...

—Se equivocó, cielo; sintió que te perdía y tomó una mala decisión.

—La peor. No debería haberlo hecho sin consultármelo.

Me doy la vuelta para irme, pero Yoko me sujeta del brazo.

—Hijo, inténtalo, una vez más.

—Tú misma me lo has dicho esta mañana, estoy feliz. Ahora sí.

¡Joder, quiero comenzar una nueva vida! Ella no ve el dinero de mis

padres, sino a mí. Es sincera.

—Respétame, mamá.

—No puedo; te has prometido y debes cumplir con tu deber.

—¡Maldito deber! —digo justo en el momento en el que traspaso la puerta y camino hasta la sala de conferencias, donde está Adriana con el nuevo personal del hotel.

Abro la puerta y de forma sigilosa la cierro y me apoyo en la superficie para observarla. Irradia emoción y felicidad; sabía que debía dirigir este hotel, ha nacido para ello.

Me siento en la última fila justo después de haber cruzado nuestras miradas. Me acaba de abrazar, tanto que me la he imaginado encima de la mesa en la que está apoyada.

—¡He tenido una idea! —Levanto la vista de mi teléfono y veo que estamos solos en la sala—. ¿Me oyes?

—Sí.

—Si vamos a introducir el aloe en el hotel, debemos transmitirlo a simple vista.

—¿A qué te refieres?

—Ven. —Me coge de la mano, emocionada, y la sigo sin más. Caminamos por el pasillo del hotel agarrados y, cuando salgo al exterior, al jardín lateral, ya sé lo que tiene en mente—. Este lugar está desaprovechado, y tu madre me enseñó la importancia de las zonas comunes. Imagínate a una pareja paseando... —«ya la estoy viendo, pero tú no lo sabes»; retengo un suspiro —..., tenemos vistas al mar, una fachada blanca impoluta, pero faltan plantas,

aquí. —Me señala una hilera de tierra en la que perfectamente podríamos ponerlas.

—Es muy buena idea.

—Si se lo decimos a mi padre, nos lo pueden hacer, y rápido.

—Tu padre está jubilado, ¿no crees que deberías dejarlo descansar? Puedo contratar a muchos jardineros.

—No entiendes nada, Campos. —«Pues no, no te entiendo», y supongo que mi cara habla por mí, porque refunfuña como una cría pequeña y no puedo evitarlo y sonrío—. ¿Te estás riendo de mí?

—Te estoy imaginando mañana por la noche, con un vestido largo, bailando conmigo. —Cambio de tema porque éste me gusta mucho más.

—No te he dicho que vaya a ir. —Creo que es la única mujer que me ha rechazado una invitación y por ello tengo que emplearme más a fondo para que me acompañe—. Es más, no tengo ningún vestido de gala.

—Tendrás un vestido, ése no es motivo para no ir.

—No quiero estar cerca de ti.

«A mí también me pasa, pero ya no podemos remediarlo, los dos queremos lo mismo»; lo sé porque evita mirarme a los ojos y con ello acaba de confirmármelo.

—¿Tienes miedo?

—¿A ti?, ¡qué más quisieras!

Su risa me pone cachondo, mucho, y ya no puedo evitarlo.

—Dime que no te gustaría que lo hiciera...

La agarro de los brazos y nos miramos a los ojos, apenas a unos centímetros de distancia. Veo cómo traga saliva, cómo frota un labio contra el otro, y ya no logro resistirme más.

—Estás casado, ¿lo recuerdas? —Frena mis intenciones de besarla y pienso que no sé por qué no la saco de su error, por qué no le digo la verdad de una vez y termino con este martirio.

Voy a confesárselo todo cuando el impulso de besarla me supera y me lanzo

a sus labios. Por fin vuelvo a sentir su dulzor; no quiero que acabe este jodido momento, no quiero volver a separarme de ella y, sobre todo, lo que quiero es que lo sepa todo, aunque antes debo solucionarlo con mi madre.

—Me da igual.

—Pero a mí no.

Abro los ojos cuando siento que se escapa de entre mis brazos y la veo correr.

¿Cómo he podido ser tan necio? Miro al horizonte, veo el faro y la pequeña casa que hay justo al lado, y se me ocurre una brillante idea.

Capítulo 28

Adriana

¿Por qué no se da cuenta del daño que me está haciendo? ¿Tan difícil es comprender que su comportamiento me hiera? Para él sólo soy un juguete más, con el que se divierte un rato para después dejarme tirada como si nada e irse con ella. Aunque la odie con todas mis fuerzas, Nina ha ganado... Ella se ha casado con Campos y, aunque parezca que no le hace ni caso, en el fondo es con ella con quien se irá a vivir y yo me quedaré aquí, siendo el pasatiempo isleño.

No lo soporto más.

—¿Dónde está Bruno? —me dice Luca nada más entrar por la puerta principal.

—No conozco a ningún Bruno —contesto. Para mí es Campos, tal y como él me aclaró firmemente el día que lo conocí, así que no, no conozco a ningún, maldito, Bruno.

Continúo mi camino hasta llegar a la puerta del hotel, salgo al exterior y llego hasta mi coche; por cierto, aún tengo el retrovisor roto, me dijo que lo solucionaría y no lo ha hecho, cosa que va a cambiar ahora mismo. Me doy media vuelta más rabiosa de lo que me había ido y voy en su busca.

Están hablando los dos tontos en el mismo sitio, pero ellos no me ven cuando me acerco y gritó.

—¡Escúchame: ahora me voy a ver a Noelia, pero mañana quiero mi coche arreglado! —le señalo a Campos, y Luca lo mira sin entender a qué me

refiero.

—¿Qué coche?

—Un idiota bastante torpe me arrancó de cuajo el retrovisor; supongo que en China les dan el carnet en la tómbola.

«Chúpate ésa, Campos.»

Luca comienza a reírse y no para hasta que su amigo lo mira con cara de pocos amigos.

—Pero tú sabes que es medio japonés, ¿no? —intenta aclararme Luca como si yo lo desconociera.

—Pues de donde sea. —Contengo la risa con todas mis fuerzas—. Mañana lo quiero como estaba, si no llamaré a la policía.

—Los tiene bien puestos, amigo.

—Te quieres callar la boca. —Oigo a mi espalda a Campos contestarle de malas maneras, pero lo único que consigue es que se ría más de él y yo me marcho más que contenta.

Ahora sí que me voy. Conduzco con la música a toda leche, las ventanas bajadas y cantando a pleno pulmón sin importarme que me puedan oír; es más, me da absolutamente igual que lo hagan, porque me siento feliz y nadie, ni el mismísimo Campos, va a poder conmigo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto al llegar.

—Esperar a que venga un jodido taxi.

—Pero ¿ya te han dado el alta?

Afirma con la cabeza, sonriente.

—Ya estoy perfecta.

—Perfecta, perfectísima. —Consuelo comienza a reírse a carcajadas y las miro a las dos con cara de circunstancias.

—No os digo dónde te puedes ir porque... porque mira.

—¿A la playa a tomar unos mojitos? —Animo a mi amiga para que no se enfade con su madre.

—Ahí, sí... Ya se te podría pegar algo de tu amiga y llevarme a eso un día.

—Cuando quieras, Consuelo —le digo, y Noelia me dedica una mirada asesina... y no la culpo, me lo merezco.

—Subid, que os llevo a casa.

—Pensaba que no lo ibas a proponer nunca.

—¡Serás pava!

—¿Y a ti qué te ha pasado? —es lo primero que me dice cuando se sienta a mi lado.

—¿A mí?

—Esa cara la conozco muy bien.

—¡Qué poco me conoces!

Pongo la marcha y acelero para dirigirme hasta la puerta de casa de Noelia, donde las dejo y luego me voy a aparcar para poder quedarme un rato con ellas.

Cuando subo veo a Noe tirada en una tumbona de la terraza.

—¿Por qué son tan gilipichis?

—No lo digas en diminutivo, que parece que sean más buenos de lo que son.

Consigue que me ría y me tumbo a su lado.

—Ahogad las penas en dulce; si necesitáis algo más, me lo decís.

Consuelo deja una bandeja repleta de porquerías de las que solemos comer más de lo que deberíamos. Abro la lata de cola y le doy un trago tan grande que comienzan a picarme los ojos y me lloran.

—Es muy pronto aún, ¿no? —se burla divertida al verme pasar por el apuro.

—No estoy llorando, es el maldito gas.

—Ahora se le llama gas, ¡qué extraño!, porque yo me refiero a gas cuando...

—Ni se te ocurra...

Me alejo de ella, sorprendida por lo que acaba de decir.

—Serás tonta, de momento no soy tan puerca.

—Qué alegría.

—En serio, ¿qué te ha hecho esta vez?

—Me besa de repente —se sienta para mirarme más de cerca y no perder detalle de lo que explico—, no deja de ligar conmigo... tía, que me gusta y, joder, está casado y yo... uff... —Me callo porque estoy a punto de llorar de verdad y no quiero.

—Tú lo que necesitas es comerte un buen filipino. —Tal y como lo suelta, me mete uno en la boca y la miro molesta.

—No me mires así. Ya me quedó claro que no era filipino, sino mandarín.

—Japonés.

—Lo que sea.

Noto el sabor del chocolate blanco y me relamo de lo bueno que está.

—Fue todo tan bonito en Filipinas... Recuerdo cómo montamos en avioneta, la playa, el hotel, él haciendo yoga... hasta lo practiqué con él.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Te lo juro.

—A ver, ¿qué hiciste?

Ni corta ni perezosa, me quito las sandalias y comienzo a ponerme en la posición básica; sentada con los pies juntos y la espalda recta.

—Ya está.

—Eso no es yoga.

—¿Cómo que no? Me lo enseñó él.

—A eso le llamo yo «sentarse».

—Pero correctamente —replico.

Molesta por su insolencia, me voy a poner de pie cuando pierdo el equilibrio y me caigo hacia un lado, llevándome por delante una maceta que cae hacia la calle.

—¿Estás bien?! ¡Dios!

—Pero ¿vosotras os queréis matar?, ¿o cargaros a alguien? —Su madre aparece asustada por el estruendo que he provocado y se asoman para

comprobar que no he cometido un homicidio involuntario—. De verdad, si es que no se os puede dejar solas.

—Perdona, Consuelo, ha sido sin querer.

—Sólo faltaría. —Niega agitando los brazos—. ¿Te quedas a cenar?

—Vale.

Justo cuando respondo, me llega un mensaje al teléfono. Las dos nos miramos y su madre se marcha para dejarnos a solas.

—Enseña, bonita de cara.

Saco el móvil del bolsillo y lo leemos juntas.

Mañana a las 6.00 sale el vuelo.

—¿Qué vuelo?

—Hay una fiesta en las cavas de su padre y quiere que vaya.

—¿Como que quiere? Vas a ir.

Me quedo parada al ver que está convencida de que voy seguro.

—¿Para qué?, ¿para verlo y no catarlo? —Me sincero—. Me conozco, voy a beber y haré alguna estupidez. Que no, que no voy.

—Ponlo al límite, haz que se separe. No sé qué decirte, pero no pierdas oportunidades por su culpa.

—No me apetece nada.

—Ponlo celoso, que rabie como nunca. Habrá algún chico guapo allí, ¿no? —habla atropelladamente, emocionándose con el plan—. Te acompañaría, pero con esta nariz, espanto a cualquiera.

—Que no voy, y punto

Soy tan drástica en mi respuesta que no dice nada más. Esperamos que su madre nos traiga la cena y, entre charlas y un par de botellas de vino, pasamos las horas.

—¡Noe!

—Te quieres callar, ya me había dormido.

—¿Tú tienes un vestido largo?

—Sí, para irme de fiesta ahora mismo. Tía, que nos hemos bebido dos botellas de vino, y del malo... Me duele hasta la nariz.

—Eso no es raro.

—Qué graciosa eres.

Me lanza un cojín a la cara.

—Me voy a Barcelona con una condición.

—Espera, espera... Llevo toda la noche dándote por saco para que cojas ese avión y tú erre que erre con que no... y ahora, a las... —Mira el reloj y se deja caer en la cama de nuevo—. ¡Au! ¿A las tres de la mañana me dices que te vas?

—Sólo para ponerlo celoso y, si no se separa, se acabó. Adiós Campos.

—Estás loca.

—Por él.

Para qué me voy a engañar más.

—Vamos a buscarte un vestido.

—Pero debe ser elegante —digo con voz suave para que no se moleste.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que me busques uno.

Veo cómo, a tientas, se va hasta el armario y, después de soltar cincuenta noes, saca uno muy sonriente.

—No lo he estrenado todavía y juro por tu vida que, como le hagas algo, te mato.

—Te lo prometo. Me encanta.

Toco la tela y noto la suavidad; es perfecto para esa cena.

—Es mi sueldo de un año.

No quiere soltarlo y la entiendo; en su situación también dudaría.

—No le va a pasar nada, te lo devolveré como si no me lo hubiera puesto.

—Venga, vete corriendo a tu casa y haz la maleta o no llegarás.

—Sí, me voy ya.

—¡Pero vístete! A ver si te van a detener por escándalo público. —
Comienza a reírse hasta que, como era de esperar, le duele el tabique nasal—.
¡Joder, joder!

—¿Qué hacéis?

—Tu hija, que no sabe reírse sin hacerse daño.

—Serás idiota... —me insulta y vuelve a quejarse de dolor.

—¡La idiota más feliz del mundo! —grito ante la mirada estupefacta de
Consuelo, que ve cómo me visto a toda prisa y salgo por la puerta como un
caballo desbocado.

Corro calle abajo, hasta que la termino y me paro de repente al ser
consciente de que mi coche no está donde lo dejé.

—¿Y mi golfito? —me pregunto sin aliento, y cojo el teléfono para llamar a
Noelia; al abrirlo veo que tengo un mensaje de Campos.

No llames a la policía, he llamado a una grúa para que
lleven tu coche al taller. Como le han dado el alta a
Noelia, deduje que estarías en su casa.

¿Perdona? ¿Y ahora qué hago? Paseo de un lado al otro de la calle sin
saber qué hacer, no puedo volver a casa de Noelia, me van a matar, así que me
pongo a caminar.

—¿A dónde vas tan tarde?

—Mi coche está en el taller —digo como si nada, sin saber muy bien a
quién estoy contestando. Estoy demasiado concentrada en no caerme y en que
no se arrugue el precioso vestido de Noelia.

—Adriana, ¡¿quieres parar?! —Al oír mi nombre me detengo y veo a Mario
—. Sube, que te llevo.

—¿De verdad que no te importa?

—No pienso dejarte ir sola por la calle a estas horas.

—Gracias, te debo una.

—Sube, anda.

Abro la puerta trasera, estiro el vestido con cuidado y, a toda prisa, me siento a su lado.

—Tendrás que guiarme, no sé dónde vives.

—Gira a la derecha y sigue recto hasta la rotonda.

Voy indicándole entre risas porque no puedo hacer otra cosa, ya que la situación es surrealista. Estoy medio borracha en el coche de Mario, por casualidad, y, cada vez que lo miro, le imagino los huevos colgando.

Tolón, tolón. Me río como una loca y él me mira alucinado. En serio que no puedo parar de reír.

—Siento mucho lo que ocurrió... —no puedo seguir hablando por la risa que tengo; me tapo los ojos para que no vea que estoy llorando de tanta carcajada—... pero es que... —El ataque no me deja seguir y me rindo; no puedo más o me mearé en su coche, y eso sí que sería asqueroso, más que su piel tan estirada y maleable moviéndose hacia delante y hacia atrás.

—Tranquila, a veces las cosas no ocurren por algo.

—Eso mismo.

Respiro con todas mis fuerzas para callarme, pero me cuesta horrores.

—Aquí, ésta es mi casa.

—Mañana bajaré a la playa, ¿nos veremos allí?

—No, me voy a Barcelona en... —Miro el reloj de mi muñeca y me doy cuenta de lo tarde que es—. Te tengo que dejar. Gracias por traerme.

Cierro la puerta a toda prisa y corro hasta mi casa.

—¡El vestido! —oigo su grito procedente del interior del vehículo.

—¡No! No te vaaaaaaayaaaaaas! —chillo a pleno pulmón mientras corro hasta él y se lo quito de las manos como si fuera mi tesoro máspreciado.

—Adriana, ¿qué ocurre?

Me giro y veo a mis padres en pijama, mirándome sin entender qué me pasa y mucho menos por qué estoy allí con Mario, al cual ellos ni siquiera conocen.

—¡Papá, me voy a Barcelona!

—Hija, ¿has bebido?

—Para celebrar mi soltería. —Cierro la puerta del vehículo, ahora sí con mi vestido en la mano, y tras decirle adiós a Mario camino hasta mi habitación seguida por ellos—. ¿Dónde está mi maleta?

—No grites, Idaira duerme —me pide mi padre, pero, la verdad, no le hago mucho caso. Abro el armario como si nada en su busca, hasta que Antonia me la ofrece y le doy un beso en la mejilla para agradecérselo.

—Después me decís que ella es la responsable.

—¡Hermanita! —pego un grito que los pilla por sorpresa a los tres, que se quedan callados—. Me alegra mucho que por una vez en tu vida hagas algo provechoso; te va a ir bien, y yo te animo a que recorras medio mundo para ayudar a alguien que no seas tú.

—¿Veis? Los borrachos nunca mienten.

—¡Idaira!

—No estoy tan borracha, sólo he bebido un poco más de la cuenta, vino. —Voy hasta el cajón de mis braguitas y pongo una, dos, tres, no tengo ni la más remota idea de los días que supuestamente voy a pasar allí, así que sigo echando como una loca—. Idaira, déjame unos tacones bien altos, negros.

—Vale.

Sale corriendo ante la reprimenda de mi padre y Antonia intenta pararme.

—Hija, acuéstate un rato.

—El vuelo sale a las seis, debo salir ya hacia el aeropuerto. —Veo que aparece Idaira y le pido que meta el vestido en la maleta, junto a sus tacones—. Papá, ¿me llevas?

—¿Cómo vas a volar así?

—O me llevas o me voy sola.

—Está bien...

Menos mal que no me ha costado nada convencerlo, porque no pretendía conducir... Además, recuerdo que ni siquiera puedo, porque el idiota de

Campos me ha robado el coche.

Cierro la maleta más feliz que nunca y me dirijo hacia la puerta con ella en la mano; una vez allí, Antonia me da un abrazo muy preocupada.

—Ten mucho cuidado.

—Estoy bien.

Capítulo 29

—Si quieres, déjame en la puerta.

—Ni hablar, te acompaño hasta dentro.

—Papá, estará Campos esperándome —replico en un intento de que se relaje y no me trate como a una niña pequeña.

—Lámalo y avísalo.

Lo miro sin poder evitar que se me escape la risa y sé que no le ha hecho ni puñetera gracia.

—Está bien —acepto mientras cojo el bolso y, tras rebuscar unos minutos, doy con el móvil—. Ups, está apagado.

—Toma, lo tienes grabado en la agenda.

Me ofrece el suyo y voy en busca de la letra ce; comienzo a leer todos los nombres, pero no lo encuentro.

—No lo tienes.

—Hija, por favor, busca Bruno. —Me quita el teléfono de las manos, inquieto, y me lo devuelve con su nombre en la pantalla... y suspiro porque tiene un nombre muy bonito, pero a mí no me deja utilizarlo—. Llama.

Pulso su nombre y oigo su voz tras el primer tono.

—¿Ha ocurrido algo?

—¿Dónde estás? —Apenas me sale la voz, estoy muy nerviosa, más de lo que debería.

—¿Adriana?

—Estoy en el aeropuerto.

—Te estoy esperando delante del control de seguridad.

—Ok, voy ahora mismo. —Finalizo la llamada y miro a mi padre sin moverme del asiento—. ¿Contento?

—Más tranquilo. —Me besa la frente y sale del coche para coger mi maleta y entregármela—. ¿Estás bien, hija?

—Tengo sueño, pero estoy bien, no he bebido tanto.

—De verdad que un día me matarás de un susto.

—No te he dado tantos, exagerado.

—Pues menos mal, sino ya estaría enterrado.

—¿Le doy recuerdos a mamá de tu parte? —le pregunto con muy mala intención, y él lo sabe, pero no me responde, me da un abrazo y me anima a irme hacia el interior del aeropuerto.

Me giro y le digo adiós, sonriente, y veo que hace lo mismo y arranca el coche para marcharse.

Camino tranquilamente hasta la zona del control y lo busco entre la gente, hasta que mis pies se paran de repente al verlo hablando por teléfono y mirándome fijamente; oigo cómo se despide y viene hacia mí.

—¿Vamos?

—Sí, claro. —Le entrega las tarjetas de embarque al chico de seguridad y pasamos por el control sin hablar, ninguno de los dos dice nada. Supongo que todo es muy diferente a la primera vez que nos fuimos juntos de este aeropuerto.

Luego nos dirigimos a la puerta de embarque, donde ya están entrando el resto de los viajeros.

—Tienes mala cara.

—No he dormido nada, he estado con Noelia.

—¿Cómo se encuentra?

—Ya le han dado el alta y, bueno, necesita tiempo para verse bien.

—Poco a poco, ha sido un golpe muy aparatoso. —Se abrocha el cinturón—. Duerme un poco, te quedan unas horas para descansar.

—Gracias. —Le sonrío y miro por la ventanilla justo antes de cerrar los

ojos y dejarme llevar por el cansancio.

—Despierta —oigo la voz de Campos, pero lo que me despierta es la caricia que noto sobre mi mejilla.

—¿Ya hemos llegado?

—Somos los últimos en bajar.

Me asomo para comprobarlo y, efectivamente, no hay nadie.

—Lo siento, estaba cansada.

—Ya lo hemos notado por tus ronquidos; a decir verdad, todo el pasaje... No sabes lo que me ha costado que no te despertaran.

—¿Qué dices?!

Abro la boca de par en par, no me puedo creer que haya roncado en el avión.

—Que es broma, cambia esa cara. —Se le escapa una carcajada y lo veo alejarse para bajar de la aeronave, dejándome atrás—. Enseguida podrás seguir descansando.

—Tengo que llamar a mi madre, iré a su casa.

—Tu madre está en casa de mi padre, ahora vive allí. —Lo miro alucinada por tal revelación—. ¿No lo sabías?

—Ya ves que no. La verdad es que mi madre siempre ha pasado de mí.

—Por eso se lleva bien con mi padre —suelta bastante molesto, y noto que siente la misma rabia que yo—. Nos alojaremos en una casita anexa a la suya.

—Vale. —No me opongo; en el fondo es lo que quiero, aunque me duela en el alma saber que existe otra persona—. Mientras haya una cama blandita en la que pueda echarme... —Me imagino apoyada en la almohada durmiendo plácidamente.

—Tendrás una muy cómoda, con vistas espectaculares.

—Me conformo.

—¿Te conformas?

Se está divirtiendo, lo sé.

Cuando nos disponemos a salir hacia el exterior, recorremos el laberinto de pasillos hasta que al fin llegamos a la salida de la terminal y nos montamos en uno de los taxis que aguardan en hileras.

Mirando por la ventanilla, recuerdo el momento en que fue él quien me trajo hasta aquí. ¿Quién me iba a decir a mí en ese momento todo lo que hemos vivido durante este tiempo?

Abro un ojo y sonrío bobalicona al ver dónde estoy. Cuando he llegado me he quedado más fascinada de lo que ya lo estuve el primer día que vine a las cavas, pero lo que no me esperaba era esto, una casa en medio de las viñas. Una pequeña cabaña de madera de un solo dormitorio, muy bonita. Aún me río de lo idiota que he podido ser cuando Campos me la ha enseñado... No se me ha ocurrido otra cosa que preguntarle que dónde iba a dormir él; obviamente me ha señalado la única cama, en la que ahora mismo estoy tumbada, en la que esta noche piensa dormir él también. Y sé que no debería, que tendría que parar de una maldita vez y cortar por lo sano con lo nuestro... *nuestro*, no sé ni por qué lo defino así, porque la realidad es otra, y es que no somos nada, no tenemos nada más que una puñetera tensión sexual que me va a explotar a pedacitos, pero aquí estoy, sonriendo como una cría porque esta noche voy a volver a dormir con él.

Comienza a sonar mi teléfono y me lanzo sobre la mesilla; es Maya, ¡qué alegría que haya visto el mensaje que le envié en cuanto me monté en el taxi en el aeropuerto!

—¿No me lo puedo creer?, ¿estás en Barcelona?

—Sí, y la verdad es que no sé si mañana me voy, desconozco qué plan tenemos.

—Sigues igual de desastre que siempre, pero me encanta saber que estás aquí.

—Maya, quiero verte. —Pongo voz de niña pequeña y ella comienza a reírse.

—Esa cena a la que vas, ¿cuándo se celebra?

—En una hora.

—¿Crees que cuando acabe te aguantarás todavía de pie para verme?

—Espero que sí.

—Sí, claro, que nos conocemos muy bien, amiga.

—¡Eh, ya no bebo tanto! —Hombre, si no cuento la fiesta blanca de la playa ni... anoche... Me trago una carcajada, pero ella la suelta por mí; si es que me conoce demasiado bien—. Te llamo.

—Vale, espero tu llamada; tenemos un plan que te va a encantar.

—¿Cuál?

—Lo sabrás cuando vengas, no seas ansiosa.

—No hagas eso, ahora quiero saberlo.

—Pues ya sabes a quién tienes que llamar. —Como acostumbra a hacer, me cuelga y me deja con la palabra en la boca.

—¡Estás despierta! —oigo la voz de mi madre, que se cuele por la puerta acristalada del balcón de la habitación—. Me tienes que contar muchas cosas, ¿no?

—¿Yo? —Pongo cara de «eres tú la que debes empezar a hablar».

—Te dije que me había enamorado de él —suelta como si nada, recordando el primer día que vinimos juntas a las cavas.

Me estrecha entre sus brazos y no le puedo echar nada en cara; jamás he podido hacerlo porque para mí lo más importante es que, cuando estemos juntas, sea libre de reproches, porque con ella no sirven de nada. Me costó mucho comprender que ella es así, y ni yo ni nadie la vamos a cambiar, así que lo último que voy a hacer es perder el tiempo en discusiones absurdas.

—Mamá, yo también me he enamorado. —Digo las palabras a bocajarro,

sin contemplaciones, sin pensar en nada más que en dejarlas ir—. Y ya sé que está casado, pero es que no puedo olvidarme de él.

—Hija, tienes que hablar con él. Sé sincera y él también lo será, yo no soy nadie para decirlo lo que tenéis que hacer y mucho menos entrometerme en algo que, aunque me duele porque eres mi hija, es sólo vuestro.

—Gracias por tu comprensión.

—¿Quieres un consejo de los que nadie te daría?

—Ilústrame. —Sonrío al tiempo que nos sentamos a los pies de la cama y me acaricia las dos manos entre las suyas—. Soy imbécil —reconozco, mordiéndome el labio.

—Eres una romántica que debe vivir la vida sin pensar en los prejuicios o en lo que deba pasar.

—¿Lo que suceda hoy se queda aquí? —bromeo a sabiendas de que me está animando a disfrutar del momento y olvidarme de la realidad.

—Lo que ocurre en Barcelona, se queda en Barcelona —me confirma, y las dos reímos divertidas.

—No vas a cambiar nunca...

—A esta edad —me mira con cara de espanto—, ¿para qué?

—Bueno, cuéntame, ¿y cómo es él? —Quiero que me dé detalles.

—No sé el hijo, pero el padre lo tiene todo.

—Pero ¿todo, todo? —Empiezo a reírme y me tapo la cara con las manos, avergonzada por lo que le acabo de preguntar.

—Eres demasiado joven para esa respuesta.

—¡Mamá!

—Soy tu madre, un poco de respeto. —Se pone en pie en plan señora—. Todo, todo. —Y comienza a bailar como si sonara algún tipo de música, de la forma tan sensual que ella sabe—. Bruno, cariño... yo ya me iba.

Me giro y lo veo parado frente a la puerta del balcón sin saber qué hacer; supongo que ver a mi madre bailando sola no es algo a lo que esté acostumbrado.

—Buenas noches.

—Qué correcto eres, de verdad. —Le aprieta un hombro y, cuando ya ha pasado por su lado y ya no la ve, me guiña un ojo justo después de mirarlo de arriba abajo—. Os veo en un rato, quiero que saques a mi hija a bailar.

—¡Sí, hombre!

—No dude de que lo haré. —Los miro a los dos y niego enfadada, viendo cómo mi madre se marcha tan tranquila—. Deberías comenzar a arreglarte, mi padre es excesivamente puntual.

—Sí, voy.

Camino descalza hasta el sillón donde tengo la maleta aún sin deshacer y la llevo hasta la cama, mientras él va hasta el baño, supongo que a darse una ducha antes que yo.

La pongo sobre las sábanas, pero no la abro, y me siento a un lado, pensativa. ¿Seré capaz de olvidarme de la arpía y disfrutar de él? ¿Una noche? ¿Es un gran pecado querer volver a sentirlo una sola vez? Pues no, peores crímenes se cometen en el mundo y quedan impunes. Ésta es mi noche, estamos él y yo, y no pienso tener remordimientos por lo que ocurra.

Abro la maleta y veo la funda del vestido de Noelia, y justo al lado los zapatos de tacón que mi hermana me ha preparado esta misma mañana. Los dejo al lado de la maleta y estiro la funda a lo largo de la cama para abrirla y poder colgar el vestido antes de que se siga arrugando en la funda.

—¡Noooooooo, no, no, no, no, no noooooooooooooooooo!

Comienzo a sudar, las manos me tiemblan, no puedo creer lo que estoy viendo. Menos mal que en el bolso llevo un pequeño neceser con un cepillo de dientes y pinturas.

—¿Qué pasa? —Aparece Campos con la cabeza llena de jabón, enrollándose en la toalla, y me quedo embobada mirándolo—. Adriana, ¿qué sucede? ¿Por qué gritas?

—¡Mira! —Le señalo la maleta y la mira varias veces sin comprenderme—. ¿No lo ves?

—¿Qué tengo que ver?!

—Bragas.

—Vale, ¿y?

—¿Y!? ¿Sólo y?!

—No te entiendo.

—Que sólo hay bragas. ¡Sólo! —Comienzo a sacarlas y a lanzarlas por los aires, y rompo en una carcajada que me deja atónita—. No lo encuentro nada divertido, ¿mañana qué me pongo?

—¿Unas bragas? —replica, y sigue riendo como un loco, sin que me haga ni puñetera gracia.

—Eres muy chistoso, ¿no?

Estiro de su toalla a mala leche y lo empujo hacia fuera y cierro el balcón, para su sorpresa. Menos mal que no se lo esperaba, porque, si no, no habría podido con él.

—¡Abre! ¡Adriana, abre ya!

—Qué más da si te ven en bolas, total, a mí me van a ver sólo en bragas.

—Mañana te compro una tienda entera de ropa, si quieres.

—No quiero toda una tienda, sólo algunas prendas.

—Las tendrás. —Mira hacia atrás; sé que está sufriendo y no me extraña, está en pelota picada—. ¿Me quieres abrir, por favor?

—Pues, a decir verdad, no.

—¡Adriana!

—¿Te puedo llamar Bruno? —Se me ocurre de repente, y conforme lo pronuncio curvo la comisura de mis labios hacia arriba de forma ladina.

—No.

—Pues ahí te quedas.

—Joder, llámame como quieras, pero abre ya. —Da un golpe al cristal y oigo la voz de un hombre a lo lejos preguntarle si ocurre algo, y es cuando me doy cuenta de que me estoy pasando tres pueblos—. Nada, estaba viendo qué tiempo hace.

—Lo tuyo no es normal —le contesta alguien que no logro ver ni saber quién es. Cuando abro el pestillo la mar de sonriente, veo cómo pasa por mi lado como si nada, sin esconderse, hasta que se da la vuelta y me coge como un saco de patatas.

—¿¡Qué haces!?! —grito a toda voz.

—¿Qué hago? Te vas a enterar.

Capítulo 30

No soy capaz de pronunciar nada más porque estoy bajo el chorro de agua. Poco a poco me deja en el suelo y me incorporo; mi ropa está completamente mojada. Genial, si ya tenía poca para cambiarme, ahora sí que acabo de quedarme sin ninguna.

—¡Estás loco! —Me río a carcajadas al tiempo que me quito el agua de la cara y me miro de arriba abajo.

—Tú has empezado. —Me da un toque en la punta de la nariz y nos quedamos durante unos segundos mirándonos fijamente, pero ninguno de los dos hace el amago para que ocurra algo más—. Ahora, si no te importa... —Me hace un gesto para que salga y me quedo perpleja.

—Ni de coña. Ahora te vas tú.

—No me pienso ir.

—Pues nos duchamos juntos... total, ya nos hemos visto desnudos, ¿no? —Comienzo a quitarme la ropa y la dejo caer en un lateral de la ducha ante su lasciva mirada, pero yo no me amedrento; al contrario, más segura que nunca, cojo el bote de jabón y vierto un poco sobre mi cabeza; luego lo esparzo, friccionando suavemente con las puntas de los dedos y cerrando los ojos para sentir el masaje que me estoy dando yo misma... aunque me encantaría que fueran sus dedos los que lo hicieran ahora mismo. Sin embargo, no ocurre, no se mueve, y empieza a ducharse sin dejar de mirarme.

Enrollada en la toalla y bastante frustrada por no haber conseguido nada de él, camino hasta la cama, donde están todas mis braguitas esparcidas. No me puedo creer que sólo haya metido eso en la maleta, supongo que con la presión

de tener a Antonia y a mi padre tras de mí, pensando que soy una demente que actúo medio piripi, pues me he olvidado de terminar de hacer mi equipaje. Mañana a primera hora me iré donde sea a comprar unas prendas, las necesito sí o sí.

Busco las más bonitas para ponérmelas con el vestido tan fino de Noelia y me visto frente al espejo.

—Estás preciosa —oigo su voz a mi espalda, y aliso la tela del vestido con ambas manos, agradecida por su piropo.

Cuando me giro y lo miro, me quedo muda. ¿Cómo se puede estar tan guapo con un traje? ¡Parece que se lo hayan hecho expresamente para él!

—Tú tampoco estás nada mal —le digo justo antes de meterme en el baño, y me miro al espejo sin saber muy bien qué hacer con mi cabello. Rebusco por los cajones, no me queda otra, hasta que al final encuentro un secador y una plancha—. Bien —me digo a mí misma, triunfadora.

Cuando salgo de la habitación ya maquillada y peinada, veo que ya no está; supongo que el hecho de que no sea mi pareja le otorga la libertad de hacer lo que le dé la gana e irse antes que yo. Cojo mi pequeño bolso negro a juego con el vestido que por suerte mi hermana metió en la maleta sin consultar y salgo de la cabaña para dirigirme al edificio principal; no recordaba que el exterior era de tierra, así que, con mucho cuidado, camino para no caerme.

—¿Necesitas un brazo al que agarrarte?

—Pues no me iría nada mal, la verdad. —Suspiro al verlo; no sé de dónde ha salido, pero no me importa en absoluto. Me sujeto y gracias a ello puedo continuar con menos miedo de caerme y romperme un tobillo.

—Ya hay mucha gente.

—¿En serio?

«¡Pero si aún no es la hora!»

—Imagino que la bebida gratis ayuda —responde, y noto la diversión en sus palabras.

Cuando llegamos al vestíbulo vuelvo a quedarme prendada de las columnas

y las cúpulas que se levantan por encima de nuestras cabezas. Sigo su paso prendida de su brazo hasta que veo a mi madre, que va más elegante que nunca.

—Bruno —lo saluda, y él le besa la mano antes de darle un abrazo a su padre, aunque puedo sentir una tensión afilada entre ellos que me sorprende—. Hija, estás preciosa.

—Noelia tiene mucho que ver.

—La percha es lo que cuenta, déjate de tonterías.

—Estás igual de preciosa que tu madre, bienvenida de nuevo a mi hogar, Adriana. Espero que estés cómoda en la casa de campo, si no puedes venirte a la casona con nosotros, tu madre estará encantada —le acaricia la mejilla y yo los miro embelesada por ese detalle tan bonito cuando escucho la voz de Campos.

—Está perfectamente conmigo, tranquilo. —Campos le corta de repente para que no continúe hablando. Y los cuatro nos quedamos en silencio a causa de la tensión que se respira en el ambiente.

Mi madre da un trago a la copa que sostiene en la mano y me guiña un ojo justo cuando el señor Campos le dice algo al oído y, tras afirmar, y hacerle un gesto a Campos, Bruno le responde con rechazo justo antes de mirarme fijamente. Intento obtener respuestas en su mirada, pero lo único que veo es un brillo en los ojos que me hace sonreír y, tras hacerme una especie de reverencia, vemos cómo se alejan padre e hijo hasta desaparecer por una puerta.

—Es el mejor para ti.

—Lo sé —respondo, pero no lo es...

Precisamente, por mucho que quiera, Campos no es para mí, o quizá puede que en otra vida, porque, en ésta, está visto que no lo va a ser.

—Ven, vamos a tomar una copa —me propone, y la sigo por los pasillos de la masía; sin duda se los conoce bien. Traspasamos una puerta y veo una terraza enorme; aquí es donde tendrá lugar la cena, a juzgar por las mesas y

por las personas del *catering*, que están ultimando los detalles como locos—. ¿Cómo está tu padre sin el hotel?

—Pensaba que lo llevaría peor, me ha sorprendido. —Eleva ambas cejas, y es que las dos siempre habíamos pensado que el día que mi padre se jubilase se moriría, porque no superaría no trabajar en el hotel—. A Campos se le ha ocurrido...

—Bruno... ¿Por qué lo llamas Campos? —me interrumpe extrañada.

—Porque él no quiere que lo haga.

—Todo el mundo lo llama por su nombre de pila.

—Todos menos yo.

Pongo cara de «¿qué quieres que haga?».

—¿Qué se le ha ocurrido? —plantea después de negar incrédula; ha vuelto al tema que nos concierne muy interesada. Siempre había pensado que le daba igual el hotel, pero, visto lo visto, creo que no es así.

—Que la base de los tratamientos y masajes sean de aloe vera... y como el terreno de papá es enorme, pues se han puesto a plantar.

—Vaya, no veo a tu padre cavando en la plantación.

—A Antonia le encanta y él lo ayuda, no creas. —Las dos sonreímos. La suerte que tengo con mi madre es que podemos hablar de ellos dos sin ningún tapujo. Siempre he pensado que jamás le ha importado mi padre—. Así que tienen trabajo.

—Por eso Campos me ha pedido que le venda la casa del faro...

—¿¿Qué?! ¿No lo habrás hecho?

—No, por supuesto que no; esa casa es tuya.

Por una vez, uno de mis padres piensa en mí.

—¿Y por qué la quiere?

—Me dijo que tenía una idea.

—Joder con sus ideas, al final me lo quitará todo.

Miro hacia los del *catering*, porque ahora mismo estoy muy furiosa.

—No te ha quitado nada: el hotel estaba en venta, y mejor que sea de ellos

que de un extraño, piénsalo así.

No me da tiempo a responder, porque los dos aparecen y mi madre me hace un gesto para que cambie la cara y lo hago, aunque no sé si lo consigo del todo por cómo me mira Campos; está analizándome.

—Voy a recibir a los invitados, vengo en unos minutos —dice el anfitrión. Me sorprenden las atenciones que consigue mi madre de Gregorio Campos; había imaginado que sería mucho más frío, más como su hijo.

—Está bien, te espero aquí, muy bien acompañada. —Campos y yo nos giramos cuando vemos que su padre se acerca y mi madre lo recibe con un sonoro beso que ninguno de los dos vemos—. Bruno, ya me ha contado mi hija la gran idea que has tenido.

—¿Cuál de todas ellas?

¡No me puedo creer que sea tan creído! Ellos sonríen, pero yo niego con desdén.

—Si vienen de ti, pocas, te lo aseguro —lo ataco con alevosía.

—Tendré que ir a hacerme un masaje de aloe; aún recuerdo ese olor tan característico.

—Cuando quieras, ya sabes dónde vamos a estar.

No podemos seguir conversando porque los invitados comienzan a llegar y mi madre y Campos saludan a cada uno de ellos como si lo conocieran de toda la vida; yo, en cambio, lo hago por compromiso. Nunca hubiese pensado que sería tan pesado sonreír falsamente a tantas personas a la vez.

Al fin me puedo escapar y me apoyo en la baranda de la terraza a observar el paisaje que tanto me gustó el día que vine por primera vez; hoy, con las luces incidiendo en las hileras de viñas, es todavía más mágico.

—¿Quieres una?

—Ésa no es de las tuyas. —Cojo una de las dos copas que sostiene y le doy un trago. Estaba seca.

—Si te portas bien, tengo una botella reservada para luego.

—Para ocasiones especiales —le lanzo, dejando entrever las dobles

intenciones de mi frase.

—Por supuesto.

La música empieza a sonar y me quita la copa de las manos ante mi sorpresa.

—Prometí que te sacaría a bailar.

—Campos, no... —Intento que pare, y lo hace para mirarme serio—. No sé bailar. —Pongo cara de pena, de súplica, y hago cualquier gesto que pueda ayudarme a convencerlo.

—Anda ya.

—De verdad, tengo dos pies izquierdos —afirmo, y miro a todo el mundo, que está cenando en las mesas altas de la terraza, y me está entrando de todo; no quiero ser el hazmerreír de la velada.

—Sólo tienes que dejarte llevar.

—Te aseguro que no sé qué es eso, y no pienso aprenderlo con tanta gente delante.

—¿Confías en mí?

—No.

—¿Cómo que no?

Se le escapa una carcajada de incredulidad.

—Como que no.

—Te prometo que nadie se va a reír de ti.

Me coge de la cintura y me eleva unos centímetros del suelo, los suficientes como para llevarme en volandas al centro de la terraza, donde no hay mesas y ya somos el centro de atención.

Mi vientre se contrae; busco con la mirada a mi madre y ella me anima en vez de ayudarme. Me quiero morir.

Campos agarra mi cintura y me pega a su cuerpo, provocándome que trague saliva, y resignada noto cómo su pierna obliga a la mía y lo sigo... más bien lo intento, porque, tal y como sabía, lo piso varias veces y él intenta disimular la queja del dolor elevándome por la cintura.

—No era para tanto, ¿verdad? —me pregunta.

—No lo sé, dímelo tú.

—Bailaría mil canciones más contigo...

La forma en que me lo dice y cómo me mira me desarmen por completo; no me puedo creer que no sienta nada por mí..., sus ojos me lo están confesando. ¿Por qué narices no se divorcia de una maldita vez?

Hace un gesto extraño y, curiosa, giro la cara para ver a Luca; no sabía que estaría aquí, pensaba que se quedaría trabajando en Lanzarote.

La canción continúa y yo sigo bailando con él; poco a poco me acostumbro a que me dirija y hasta empiezo a disfrutar. De pronto me dobla la espalda hacia atrás y quedo casi en horizontal, con nuestras caras apenas a unos milímetros.

—Ahora mismo te besaría delante de todo el mundo.

—Hazlo.

—No debería... en público. —Me incorpora y me gira; su brazo rodea mi cintura mientras yo estoy de espaldas a él.

—A veces uno tiene que arriesgar en la vida.

—¿Tú lo harías por mí? —me plantea al tiempo que me da media vuelta y vuelvo a colocarme de cara a él.

—Esa pregunta te la tendría que hacer yo, no tú.

—Puede...

—¿Qué necesitas para hacerlo?

—No lo sé.

—Vive, Campos; esta vida es muy corta para malgastarla como lo estás haciendo.

—¿Ese consejo te lo estás dando a ti misma?

Sé por qué me lo pregunta, y no me importa que sepa la verdad.

—Pues sí, sino no estaría ahora mismo bailando contigo.

—¿Ves como no ha sido para tanto? Después me pedirás más.

—Sigue soñando.

Justo cuando le digo eso, termina la canción y siento que su mano ya no me aprieta ni me guía hacia él, y poco a poco mi cuerpo se aleja tanto que siento un vacío que no me gusta nada.

—Por cierto —me detiene agarrándome por la cintura y se me corta la respiración cuando posa sus labios en mi oído y noto su aliento tan cerca que sólo quiero girarme y lanzarme a sus labios—, ¿por qué no me llamas Bruno? Creo recordar que te lo has ganado en la cabaña.

—Ya, es la triste costumbre —le confieso, porque la verdad es que ni me acordaba de ello, y creo que, aunque me lo propusiera, me costaría la vida llamarlo así, porque en el fondo para mí es Campos, y lo será para toda mi vida.

—Por fin te encuentro, cariño.

Me giro de repente al oír su voz. ¡Está aquí, no me lo puedo creer!

Percibo el enfado de Campos, pero a mí la verdad es que no me apetece verlos juntos ni aunque sea peleando, así que me aparto; me alejo todo lo que puedo con la sensación de que me falta el aire.

Me llega su voz... No puedo evitar oír cómo lo llama, cómo le recrimina algo que no logro entender, y es superior a mí, no puedo seguir aquí... No tendría que haber venido, he sido una auténtica idiota al creer que podría tener algo con él, que podría olvidarla a ella sabiendo que, como ha pasado, es Nina la que está y estará siempre.

Y me voy... Cuando sé que nadie me ve, corro todo lo que puedo hasta que diviso la puerta del exterior; sin dudarlo, acelero aún más el paso y bajo los escalones de dos en dos hasta que me clavo en la grava que hay en el suelo, de rodillas, y rompo a llorar desolada.

—Adriana, dame la mano.

—Estoy bien.

Me pongo de pie a toda prisa y me retiro las lágrimas para que Luca, a quien no había visto hasta este momento, no se dé cuenta de que me ocurre algo.

—¿Qué ha pasado? ¿Necesitas ayuda?

—Tu coche —digo de inmediato y me mira como si le hubiera pedido algo del otro mundo—. Es de alquiler, y no te lo pediría si no tuviera que irme con urgencia. —No lo he convencido del todo y todavía duda entre prestármelo o no.

—¿Has hablado con Bruno?

—Todo está muy claro —suelto entre suspiros, resignada a la realidad.

—¿De verdad?

—De verdad. Me quieres dejar tu coche, ¿sí o no?

—Como le pase algo...

—Nada, te lo prometo.

Cojo las llaves que no llega a soltar con facilidad y pulso el botón de encendido del mando para ver cuál de todos los vehículos allí aparcados en la puerta es el suyo.

—¡Adriana! —oigo mi nombre y sé quién me llama, pero no quiero verlo y por ello subo a toda prisa en el coche y, sin pensarlo dos veces, salgo a gran velocidad del parking, consciente de que Luca ha pegado un grito al verme conducir.

Capítulo 31

Miro el deportivo de Luca sonriente, al final he conseguido conducir uno. Cierro las puertas y camino hasta el ascensor para subir hasta el nivel de la piscina donde están mis dos amigos, a los que ya he avisado de que venía. En cuanto vea a Maya la voy a abrazar como una chiflada; aún sigo con un nudo en el estómago que me presiona tanto que duele, al igual que la garganta, que la tengo tan seca que el simple hecho de respirar me destroza.

—¿Qué te ha pasado? —es lo primero que me dice mientras saludo a su chico y a ella.

—Te lo cuento tomando una copa.

Nos dirigimos a la barra y los tres pedimos algo de beber.

—¿Quieres hablar ya?

—Es que han pasado tantas cosas... Me he enamorado.

—Eso no es nuevo. —Comienza a reírse en mi cara y la miro molesta—. Perdón, sigue contando.

—Pero él tenía una prometida y se han casado y yo... yo soy una idiota que sigo tropezando con la misma piedra.

—¿Eres su amante?

Dios mío, qué mal suena dicho así.

—Eso parece.

—Pues se terminó —me advierte señalándome con un dedo inquisidor—. Ahora mismo te apunto en la lista con nosotros.

—¿A qué te refieres? ¿De qué lista me hablas?

Los dos se miran entre ellos y se ríen antes de responder a mi pregunta.

—Citas de siete minutos. Tienes ese tiempo para hablar con un chico, después con otro y así sucesivamente hasta el final... Luego eliges a uno de ellos para irte de viaje a Los Ángeles. Sólo ganarán los que coincidan.

—¿Tú qué haces participando en esto?

—No has entendido nada. Yo lo elegiré a él y él a mí, y nos iremos de viaje a Estados Unidos, es mi sueño.

Se me escapa una carcajada al ver a Willy... Pedro, quiero decir, haciendo como que no nos conoce.

—¡Estáis de psiquiátrico!

Se me escapa la risa y por un momento no tengo ganas de llorar.

—No perdemos nada por intentarlo.

—¿Y si se enamora de otra? No te has parado a pensar que otra chica le pueda llamar la atención.

—En ese caso, él mismo... que se vaya. —Su seguridad tan aplastante me emociona, porque yo nunca he sido así; siempre he tenido mil temores a que algo no funcionara y me quedara para vestir santos, solita toda la vida—. ¿Te apuntas? —Veo su sonrisa, a las chicas que esperan como nosotras y a los chicos, quienes, la verdad, no están nada mal, y claro, claro que participo.

—¿Dónde hay que inscribirse?

—Ésta es mi amiga.

Me coge de la mano y corremos hasta el otro lado de la barra; allí un joven, muy amablemente, nos informa de que soy la que cierra la lista, que ya no se puede apuntar nadie más.

—Por los pelos —le comenta a Pedro, que le dedica un guiño y las dos nos alejamos con nuestras copas hasta las mesas donde nosotras permaneceremos sentadas, pues serán ellos los que irán pasando uno a uno, hasta el final.

—Estamos de atar.

—¿Me vas a decir que no tiene morbo?

—¿Ver a tu chico ligando con otras? No, no lo tiene.

—Fingiendo, no lo olvides.

No me da tiempo a responder porque el joven que nos ha atendido antes comienza a explicar las normas del juego y anuncia que el premio es un viaje de siete días con todos los gastos pagados a Los Ángeles... Realmente me vendría muy pero que muy bien para desconectar del mundo.

Todo comienza.

Delante de mí se sienta un muchacho muy guapo; rubio, de ojos azules... podría ser un apuesto nórdico perfectamente.

—Me llamo Adrián. ¿Vives en Barcelona?

—No, en Lanzarote.

—Qué envidia.

Sonríe y yo lo hago también, porque francamente se le ve muy agradable.

—¿A qué te dedicas? —le pregunto para romper un poco el hielo, y él responde sonriente.

—Bombero.

Sin girar la cabeza, ya sé que Maya lo ha oído y nos está mirando entusiasmada.

—¡Qué interesante! Así que te gusta salvar vidas.

—Siempre he pensado que hay personas que necesitan a otras para salir adelante —parece que acabe de definirme—, ancianas, niños... —añade, supongo que para que cambie la cara que se me ha quedado, pero no es por su culpa, sino porque estoy siendo consciente de que tengo que aprender a ser de otro modo o los hombres que pasen por mi vida me van a utilizar como quieran, como han hecho hasta ahora.

—¿Eres de aquí?

—Yo sí, pero mi madre es de Noruega.

—Ya decía yo...

—¿Tanto se me nota? —Se estira en la silla y me mira fijamente. Cuando voy a decir algo, suena la sirena que marca el fin del tiempo, han pasado los siete minutos, para nuestra desdicha. Los dos necesitaríamos un rato más para conocernos un poco mejor—. Cuando esto termine, te invito a una copa.

—Claro.

Veo cómo se sienta en la mesa de al lado y Maya me da un codazo.

—Pero ¿tú lo has visto? ¡Bombero! Manguera, ¿qué más quieres?

—Cállate ya.

El siguiente, aparentemente, es mucho mayor que yo, pero lo que me extraña desde el minuto uno es su forma de hablarme. Siento que le habla a una niña pequeña en vez de a un posible ligue. Y esta vez los minutos se ralentizan y se me hacen eternos. Me desquicia al oírlo decir «¿verdad que sí, cariño?» con el mismo tono que utiliza la gente para hablarle a un bebé. Por fortuna, le llega el turno al siguiente...

—¿Te consideras normal? —es lo primero que le suelto, y él se ríe; supongo que se imagina que el anterior no lo era mucho.

—Todo el mundo me dice que lo soy. ¿Tú qué opinas?

«Pues que tienes una mirada profunda que me gusta, y que al menos eres un chico normalito. No eres muy guapo, pero no me das miedito como el señor de los niños.»

—Lo que crea no es lo importante. Soy Adriana.

—Tito, de Alberto.

—Encantada, Tito.

—¿A qué te dedicas? —Una pregunta lógica y dentro de la normalidad. Bien.

—Trabajo en un hotel.

—Yo soy camarero en el paseo marítimo; cuando quieras comer una paella de las ricas, ya sabes a dónde ir.

—Lo tendré en cuenta, me encanta la paella.

Continuamos charlando bastante en sintonía hasta que se me ocurre plantearle una cuestión.

—Si tuvieras que decir un defecto tuyo, ¿cuál sería?

—Soy un poco precoz —confiesa como si nada, y abro los ojos de par en par, aunque lo que hace que se me escape la risa es ver de soslayo a Maya con

la boca abierta, porque la muy cotilla no está haciendo ni caso a sus citas, pues está más interesada en las mías—. No le veo la gracia.

—Perdón, perdón, no me he reído de ti.

Suena la sirena y respiro aliviada porque se termina y no tengo que pasar por el bochorno de qué decirle en estos momentos. Sin duda, si airea ese detalle como si nada, dudo de que alguna chica quiera probar algo con él.

—Picha floja... te tocan los más raros —me susurra Maya, y le doy un codazo para que se calle cuando veo que enfrente se me sienta un joven que pasa más horas en el gimnasio que en su casa.

—Vaya bombón de chica, sí que he tenido suerte.

—Gracias —le respondo, agradecida por el piropo.

—¿Cómo te llamas?

Su tono de suficiencia no me gusta nada.

—Adriana, ¿y tú?

—Manu. ¿Te mola el sexo?

—Veo que eres directo.

—No me gusta ir por las ramas, yo busco a una mujer para follar de todas las formas posibles. —¿Y ahora qué le digo a éste?—. ¿Quieres ver una cosa?

—¿El qué? —le pregunto inconscientemente, y de pronto saca su móvil y, tras rebuscar durante unos segundos, logra dar con lo que quiere mostrarme.

—Ésta es mi polla.

Miro la imagen y sí, lo es. Desliza el dedo por la pantalla y la veo en todas las posturas posibles habidas y por haber, y la verdad es que no digo nada, porque no sé qué decir. No entiendo cómo una persona que tiene siete minutos para llamar la atención de una chica se los pasa enseñándole fotos de su miembro.

—¿Quieres que subamos a una habitación y te hago una clase práctica de lo que es el sexo duro?

«¡Madre mía!, que alguien me saque de aquí» es lo único que digo para mis adentros, cuando por fortuna oigo la sirena y percibo cómo el siguiente lo

apremia para que se levante y se vaya, mientras yo aún sigo en *shock* y sin saber qué está pasando.

—Adriana, ¿estás bien?

—¿Qué haces aquí, Campos? ¿No deberías estar con tu mujer?

—Tengo siete minutos, ¿no? —me recuerda, y Maya me da un codazo que disimulo para que él no se entere.

—Soy un gilipollas, me llamo Bruno Campos, mi padre es el dueño de las cavas Campos, y mi madre, Yoko, es la propietaria de una de las cadenas hoteleras más famosas y mejores del planeta.

»Luca me ha dicho mil veces que no me acueste dos veces con la misma chica, porque, si no, la habré cagado. Lo hice con Nina, y fue el peor error de mi vida, y después contigo sin saber dónde me estaba metiendo. En este hotel fue la primera vez que me acosté contigo.

Lo miro sin entender lo que me dice, cuando de pronto Maya vuelve a darme otro codazo que me obliga a mirarla.

—¡Bartolo! —me suelta en un grito ahogado que Campos oye, pero no le hace ni caso y yo sigo sin comprender lo que ocurre.

—Siento haberte mentado en el coche cuando fuimos dirección al aeropuerto. Me preguntaste si había estado en este hotel la noche anterior en una fiesta y te dije que no, pero sí lo había hecho... contigo... Bailamos y terminamos acostándonos como locos, pero al parecer, aunque no fui consciente de ello, tú habías bebido tanto que no fuiste capaz de recordar mi cara al día siguiente... cosa que me sorprendió, pero vi en esa circunstancia una escapada fácil. —¡No me lo puedo creer! Me giro y miro a Maya; está igual de sorprendida que yo, porque lo está escuchando todo. Él es Bartolo, me acosté con él sin ser consciente de ello—. Estaba prometido y no quería que nadie supiera que le había sido infiel a Nina... aunque, la verdad, fue lo mejor que me pudo pasar, porque no quería casarme y tú...

—Pero lo hiciste —lo interrumpo con rabia.

—No, no lo hice. No me presenté a la boda, y me largué a Los Ángeles

para desaparecer del mapa, sobre todo a ojos de mi madre, que sigue sin hablarme por ello. Necesitaba pensar, saber qué quiero en la vida.

—¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora? Has tenido tiempo de sobra.

—Porque desde que has aparecido no sé qué quiero hacer, has puesto mi vida patas arriba.

—Eres tú quien me la ha puesto a mí.

—Perdóname por lo que ha ocurrido esta noche; Nina no tenía que haber venido... es más, por fin le ha quedado claro que no quiero volver a verla en la vida. Hoy pensaba confesarte toda la verdad, de otra forma y no así, que parezco un imbécil en Alcohólicos Anónimos explicando mi historia.

—Me estás haciendo perder un viaje —bromeo, porque en el fondo estoy feliz de saber que no es un hombre casado y que, aunque me lo haya ocultado hasta ahora, es libre y lo ha sido todo este tiempo sin que yo lo supiera.

—Me importa una mierda ese viaje, te llevo a Los Ángeles cuando tú quieras. ¿Quieres?

Me ofrece la mano cuando suena la sirena y espera que lo acompañe; dudo unos segundos, pero, después de haberme confesado por fin la verdad, siento que todo se pone de mi parte.

—Quiero, Campos.

—Llámame Bruno, por favor. Te pedí que me llamaras Campos porque es así como me llaman las personas que no quiero que sean importantes en mi vida. De este modo, trataba de marcar las distancias entre los dos. Pero tú no sólo eres parte, sino que quiero que lo seas todo.

Tira de mi mano y nos besamos como nunca lo habíamos hecho. Todas las personas que nos rodean comienzan a animarnos y a gritar como posesos mientras los dos continuamos sin querer separarnos.

—Estamos dando un espectáculo —susurro, y se me escapa una sonrisa cuando me coge en volandas y me aparta de todo el mundo para dirigirse a la piscina, donde veo a Luca muy sonriente.

—Parece que nos vamos a tener que llevar bien —me dice justo antes de

chocarle la mano a su amigo, y luego lo felicita.

—¿No lo hacíamos?

—Mientras tengas lejos de tu alcance una botella de agua, todo irá bien.

—Pues mira, tengo un poco de sed.

Me giro en busca de una, pero por suerte para él no la encuentro.

—Dame las llaves de mi coche, que yo tengo planes, tortolitos.

Abro el bolso de mano y las coge al vuelo cuando se las tiro, para luego marcharse.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunto intrigada, pues en ningún momento le había dicho a dónde iba.

—Te has llevado el teléfono de Luca con el coche y tiene la ubicación conectada, por si se lo roban.

—Vaya con las nuevas tecnologías.

—Gracias a las nuevas tecnologías, querrás decir.

—¿Por qué no te has casado? —suelto a bocajarro. Necesito saber la verdad, porque en el fondo no quiero seguir con algo más si él no está dispuesto a estar conmigo.

—Cuando vine a la fiesta de este hotel, estaba enfadado con Nina. A ella le había dicho que no me casaba, pero en el fondo sabía que lo iba a hacer porque mi deber para con ella... así me lo repetía mentalmente una y otra vez, quería hacer las cosas bien, bien para mi madre, claro. Sin embargo, cuando te vi sentada en la barra supe que debía acercarme... Tomamos unas copas y, entre risas, te lanzaste a besarme sin ningún miedo.

»No supe parar, no quise hacerlo. Jamás había estado al lado de una chica como tú. Tiraste toda nuestra ropa por el balcón. —Se le escapa una carcajada al recordarlo y yo me tapo los ojos, avergonzada—. Me enseñaste lo que era una noche de sexo de verdad, una en la que, cuando te acariciaba, te retorcías de placer... y no tenías dobles intenciones; sólo éramos dos amantes viviendo una pasión. Luego, cuando te vi dormida, pensé mucho, sopesé mis opciones.

—Y te fuiste con ella.

—No, me fui a la cabaña de las cavas porque mi padre había organizado una cata con algunos clientes y amigos y había pedido mi asistencia por una cuestión laboral, y allí te volví a ver. —Sonríe antes de proseguir—. En ese instante supe que tú eras lo que necesitaba en mi vida... Eres especial, espontánea, alocada pero sincera, al contrario que Nina; ella jamás ha sido cariñosa, ni tan siquiera en la cama, joder. —Vale, tanto detalle no sé si me hace falta—. Me engañó; sabía que nuestra relación era tensa y se inventó un embarazo. Me envió una ecografía para que me lo creyera, pero en realidad no estaba encinta, y todo porque sabía que mi lealtad a mi madre siempre ha sido ciega, y no la iba a dejar así como así. Pero lo que ella no sabía es que tú habías aparecido en mi camino, y aunque he tardado en asumirlo, estar contigo ha superado a todo.

—¡¡Qué cabrona!!

—Sólo va detrás del dinero de mi familia, yo le importo una mierda, y por eso no me he casado con ella; estoy seguro de que me hubiera arrepentido toda mi vida.

—Pues no sabes cuánto me alegro. —Soy sincera justo antes de que vuelva a besarme y me eleva cuando percibo de fondo que entregan el premio a mis dos amigos y los oigo gritar a través del micrófono.

—¿Qué te pasa? —me plantea al ver que mi atención no está centrada en él.

—Mis amigos han ganado el viaje. ¿Podemos ir a felicitarlos?

Asiente divertido.

Agarrados de la mano, nos adentramos y avanzamos entre las personas que le están dando la enhorabuena a mi amiga, hasta que al fin puedo abrazarla.

—¿Vas a ser feliz? —me pregunta al oído y yo afirmo con la cabeza. Sé que ahora todo va a cambiar y, gracias a que lo ha escuchado todo, no tengo que explicarle nada—. Encantada, yo soy Maya.

—Encantado, Bruno.

—Pedro.

Al fin mis amigos se conocen y veo cómo Maya me analiza en todo

momento, y ahora mismo lo único que puedo hacer es sonreír.

No me puedo creer que todo lo que ha pasado esta misma noche sea cierto.

Luego he tomado algo con mis amigos y después hemos vuelto a casa de Bruno; me cuesta llamarlo por su nombre, supongo que con el paso del tiempo me acostumbraré.

Capítulo 32

—¿Te apetece una copa?

Se levanta de la cama de un brinco y veo cómo pasea desnudo hasta llegar a un mueble del que saca una botella del cava rosado que tanto me gusta.

—Al final el rosado va a ser mi color favorito.

—Te lo advertí cuando lo probaste, ¿lo recuerdas? —Claro, tengo muy presente ese día. Me quedé boquiabierta cuando lo vi entrar en las cavas, pero lo que yo no sabía entonces es que horas antes me había acostado con él. Un pensamiento me hace sonreír, aún no puedo creer todo lo que me dijo anoche

—. ¿De qué te ríes?

—De nada, da igual.

—Habla o no te la doy. —Acerca la copa a mis manos y la aparta después, ante mi cara de «no me hagas eso»—. Pregúntame algo si quieres, hoy soy un libro abierto.

—¿Cómo te fuiste del hotel tras nuestra primera noche? Vi ropa masculina en la piscina. —Ahora somos los dos los que nos reímos a carcajadas—. Yo llamé a Maya y ella me trajo mi equipaje, pero ¿tú?

—Luca estaba alojado allí, en otra de las habitaciones, y le cogí algo prestado.

—¡Qué vergüenza! No te imaginas lo que sentí cuando me encontré desnuda en la cama y sin ropa alguna a la vista.

—Me hubiera encantado verlo, aunque ahora ya nada me sorprende... Para muestra, un botón: mira tu maleta.

La señala y sé que se refiere a que esta vez tampoco tengo nada que

ponerme, aparte de bragas.

—Madre mía, necesito ir a comprarme algo.

—En cuanto acabe de hacerte mía de nuevo, iremos... y quiero que te compres muchas cosas, porque después quiero quitártelas una a una, lentamente.

Se acerca hasta besarme el cuello y me estiro, quedando debajo de él.

—¿Sabes que te bauticé como Bartolo? —Para de besarme de repente y veo sus ojos clavados en los míos, esperando una explicación—. No me mires así, me dejaste una nota firmada por «B.».

—¿Y tenía que llamarme Bartolo?

—Con la suerte que tengo, seguro que sí.

—Pues ya ves que no.

—Aunque tiene su qué... Creo que me acostumbraría a llamarte así antes que a llamarte Bruno.

No responde, me martiriza haciéndome cosquillas en las costillas, ante las que intento defenderme moviéndome como una chiflada sin lograr que pare.

—Ahora vas a ver lo que este Bartolo va a hacer contigo.

Me coge en brazos hasta que me posa contra la pared y apoyo la espalda en ella; sus labios comienzan a darme besos, alternándolos con miradas lascivas, y yo junto mis dedos tras su nuca para sentirlo mejor.

—No me puedo creer que esté pasando esto...

—Ve haciéndote a la idea, porque pienso acostarme y despertarme a tu lado cada uno de mis días. Tengo la intención de besarte hasta que me quede sin tacto en los labios, recorreré estos pechos cada una de las noches, hasta que salga el sol, y —me mira fijamente antes de seguir hablando— no pienso dejar de entrar y salir de tu interior todo lo que me quede de vida.

Noto cómo su miembro erecto comienza a colarse en mi interior sin ningún problema; el preservativo nos lubrica y cierro los ojos para sentir cómo cada una de sus embestidas retumban en la pared.

—¿Por qué he sido tan capullo y he esperado tanto?

—Porque eres un poco Bartolo.

—¿Eso crees? —Se separa de la pared y, conmigo en brazos, nos lleva hasta la cama, donde me deja caer sobre el colchón; luego me gira de repente y coloca mis manos sobre la sábana, agacha mi cabeza, que apoyo, y me eleva el trasero para darle luego una palmada justo antes de volver a embestirme con todas sus fuerzas, arrancándome un grito que no puedo minimizar—. ¿Esto te haría Bartolo? —Afirmo sin poder hablar—. ¿Te gusta? —Me penetra una y otra vez, y yo me echo hacia atrás para que pueda entrar mejor.

—No pares.

—No pienso hacerlo, mi amor.

Los dos jadeamos, gruñimos. Agarro las sábanas con fuerza hasta que mi cuerpo flaquea por completo y me tumba de nuevo de cara sobre la cama. Esta vez me penetra de forma lenta y parsimoniosa, al tiempo que me besa los labios... y tras el éxtasis nos dejamos vencer por el esfuerzo.

Percibo su sonrisa y es el sueño más bonito que he tenido en mi vida. Apenas lo oigo y entiendo lo que dice, pero la melodía de su risa me gusta. Me giro en la cama y estiro el brazo, pero no lo encuentro allí; lo muevo para dar con él y abro los ojos para descubrirlo fuera de la cama, frente a mí, vestido con un simple calzoncillo. Es el hombre más sexy con el que he estado; me encantan sus ojos grandes y rasgados, creo que es lo primero que me llamó la atención de él y sigue haciéndolo.

Habla por teléfono con algún amigo; juraría que no es Luca, porque por sus palabras deduzco que no se ven desde hace tiempo.

—Ahora no es el momento —le dice sentándose a mi lado y besándome la cabeza—. No estoy solo. —Activa el manos libres, deja el móvil a un lado, se tumba y se inclina para empezar a besarme los muslos. Me da pequeños

mordiscos al tiempo que me pide silencio poniéndose su dedo índice en los labios.

—Tío, ¿cuánto hace que no nos reunimos? No puedes fallarnos. —Se calla de repente porque creo que duda respecto de lo que ha oído antes—. ¿Has dicho que no estás solo? ¿No habrás vuelto con Nina?

—Es historia, estoy en el paraíso ahora mismo.

—Pues me alegro, la verdad.

—Ahora no me apetece irme de cervezas.

—Pues vente con ella.

Campos para de repente de lamarme el clítoris para mirarme y yo encojo los hombros porque no sé dónde quiere que vaya, pero si él estuvo tomando algo con Maya aunque deseaba estar a solas conmigo, yo haré el esfuerzo por él.

—No sé.

—Cómo te gusta hacerte de rogar, tío.

—Ya me conoces.

—Te espero a las cinco, ni un minuto más; ya sabes dónde y lo que tienes que decir.

—No te aseguro nada.

Oigo el tono del fin de la llamada, pero no puedo preguntarle al respecto porque clava sus dientes en mi sexo y no puedo más que dejarme llevar por una vorágine de sensaciones gracias a su juguetona lengua.

—¿Estás lista?

—Más o menos —le respondo en un tono alto para que me oiga, ya que estoy dentro del baño mirándome al espejo con la ropa con la que llegué. Por suerte Campos se ha encargado de que alguien me la lave, así que sólo tengo que comprarme algo para los siguientes días—. ¿Será informal, no? —

inquiero justo cuando salgo y lo veo a él, vestido con un vaquero y una camiseta blanca.

—Estás preciosa. —Camina hasta mí y nos besamos, porque desde anoche es lo único que sabemos hacer—. ¿Nos vamos?

—¿No volveremos? —le pregunto al ver las maletas preparadas.

Pensaba que cenaríamos cerca y después volveríamos aquí a dormir, pero parece que después ya nos iremos a Lanzarote a trabajar. No me apetece regresar tan pronto, aunque sé que es nuestro deber. Los dos tenemos que sacar adelante la apertura de un hotel y aún hay mucho trabajo pendiente.

—No. ¿Lo llevas todo?

—Creo que sí.

Asiente y me abre la puerta para salir de la casita y miro a mi alrededor para deleitarme de nuevo con las vistas que me rodean; no me puedo creer que se hayan construido una casa tan bonita.

—Mi abuelo quería poder vigilar los campos de cerca y la verdad es que, cuando discutía con mi abuela, la usaba para no tener que oírla.

—Qué bueno, tu abuelo... Me hubiera gustado conocerlo.

Caminamos agarrados de la mano mientras con la otra arrastramos cada uno nuestra maleta hasta la casa principal, donde vemos a mi madre y su padre sentados en el sillón, viendo una película.

—Papá, nosotros nos vamos a cenar con Ian.

—¿Está aquí?

Por cómo hablan, queda claro que se conocen muy bien.

—No, vamos a su casa. —Los dos sonrían y mi madre y yo nos miramos sin entenderlos, pero no le damos importancia; ella ha notado mi sonrisa y sé que está feliz de verme a así—. ¿Puedes hacer unas llamadas para coordinarlo todo?

—Yo me encargo, tranquilo. —Viene hasta nosotros y le choca la mano de una forma mucho más cariñosa de lo que le había visto hacer hasta ahora—. Hija, bienvenida a la familia. —Me da un abrazo que recibo muy contenta y

veo que Campos le da dos besos a mi madre y ella le dice algo al oído—. Bruno, llama a tu madre, quiere hablar contigo —añade Gregorio dirigiéndose a él.

—Cuando vuelva, ahora no.

—Tú mismo.

Salimos al exterior y veo un taxi esperándonos. El conductor se acerca y muy amablemente guarda el equipaje en el maletero y los dos nos sentamos en el asiento posterior. Apoyo mi cabeza en su hombro y miro por la ventana. Poco a poco nos alejamos de su hogar, ese que tan bien me ha recibido desde el primer día y, aunque ayer fue un día extraño, al final resultó ser el mejor de mi vida.

—¿A dónde vamos? —le pregunto al asomarme a la ventana y ver de lejos el aeropuerto.

—A casa de Ian.

—¿Y vive?

—En Los Ángeles —dice tan tranquilo, y yo intento reaccionar durante unos segundos.

—¿Perdona? ¿Y el hotel? ¿A Los Ángeles?

—Respira, que te vas a ahogar —se burla de mí entre risas—. Mi padre va a llamar para que en Lanzarote esté todo listo, y apenas nos vamos a quedar un día entero allí.

—¿Un ida y vuelta a Los Ángeles? —No me lo puedo creer.

—No es la primera vez.

—¡Tú estás loco! —suelto, y se me escapa una carcajada bastante escandalosa de lo nerviosa que me estoy poniendo en este momento.

—¿Te apetece o no?

¿Cómo no me va a apetecer? Pues claro que sí, nos vamos a California.

—Sí, por supuesto que sí.

Bajamos del taxi y caminamos por unos pasillos del aeropuerto que en la vida había recorrido. Campos me guía hasta que entramos en una sala

destinada sólo a las personas VIP del aeropuerto, y allí nos invitan a tomar algo mientras esperamos a que su amigo aparezca.

—Sabía que no me ibas a fallar.

Me doy media vuelta y veo a un piloto, vestido como tal, y me quedo parada. Si estuviera Noelia aquí, ya se estaría imaginando a ella misma lamiéndole hasta la última insignia que cuelga de su solapa, y es que el chico está buenísimo. A mí me gusta mucho más Campos, pero no puedo negar que es la perfecta fantasía de muchas, sin duda alguna.

—No estaba seguro de si vendría.

—Bueno, preséntame a tu chica.

Me mira sonriente y yo espero a que Campos haga los honores.

—Adriana, él es mi amigo Ian. Estudiamos juntos en la Universidad de California.

—Vaya, ¿habéis estudiado allí?

—Junto con Luca, sí, los tres.

—¡Qué suerte! —Mi cara les debe de parecer muy graciosa, porque los dos me miran sonrientes, pero es que no me puedo creer que ellos hayan sido tan afortunados de vivir tanto y yo, en comparación, no haya vivido nada.

—Cuando queráis, pasamos.

Lo acompañamos y no me pasan desapercibidas las miradas de todas las azafatas dirigidas a él, y a nosotros porque lo acompañamos. Ian parece no inmutarse o quizá es que está tan acostumbrado que ya ni les hace caso. Dentro del avión se despide de nosotros y se adentra en la cabina, que podemos ver desde nuestros asientos de primera clase, más que cómodos.

A pesar de eso, las horas de vuelo se hacen muy pesadas. Doy cien paseos por el pasillo, incluso puedo entrar en la cabina unos minutos para quedarme alucinada viendo y escuchando para qué sirve cada uno de los botoncitos.

—Me encanta, en mi próxima vida quiero ser piloto.

—No es necesario que esperes una próxima —me anima Ian, pero yo niego horrorizada.

—Ah, no, llevo muchos años trabajando con el objetivo de cumplir mi sueño, ahora no lo voy a cambiar.

Todos los que nos encontramos en la cabina nos reímos de mi ocurrencia, y luego Campos y yo salimos de allí para dejar de molestarlos.

Y al fin piso suelo americano... No me lo puedo creer, siempre había imaginado cómo sería y ahora estoy aquí. Cierro los ojos y me detengo en medio de la puerta de la terminal para poder asumir dónde estoy, cuando Campos me anima a seguir.

En la puerta cogemos un coche y los tres nos montamos en él, dirección Venice. Yo esperaba un largo recorrido, pero no, en tan sólo unos veinte minutos, hemos llegado. Ian prosigue el camino hasta su casa.

Al descender del vehículo me quedo parada al ver el edificio, es una gran casa frente al canal.

—Bienvenida a mi casa de estudiante.

—Yo creía que los estudiantes compartían habitaciones y esas cosas para poder pagarlas.

—Algunos sí, a nosotros nos compraron estas casas para asegurarse de que sacáramos excelentes.

—¿Y lo hicisteis?

—Por la cuenta que nos traía, sí.

Se le escapa una carcajada en la que me dice que se lo pasaron muy pero que muy bien en aquella época.

—¿Los tres estudiasteis lo mismo?

—Nos obligaron a estudiar lo mismo, pero una vez licenciados cada uno decidió su propio camino. —Coge las maletas y, mientras me explica su pasado, nos dirigimos hasta la puerta—. Mi madre pretendía que dirigiera uno

de sus hoteles, pero yo nunca quise hacerlo; me gustaba el yoga y quería dedicarme a ello.

—Pero has terminado dirigiendo una empresa; al fin y al cabo, has hecho lo que quería.

—Ella no lo ve así. —Trasparamos la puerta y me quedo boquiabierta cuando descubro el interior... Es enorme, moderno, lujoso, sobrio, increíble—. Puedes cerrar la boca, que te comerás alguna mosca.

—¿En serio esta casa es tuya?

—¿De verdad te lo crees todo? —Alzo las cejas en señal de «deja de jugar conmigo»—. Pues claro que es mía. Regalo de mis padres.

—Prométeme que me invitarás a pasar aquí unas vacaciones.

—Te invito a vivir aquí, si quieres —suelta de pronto, y me quedo parada mirándolo fijamente.

—¿Me estás diciendo que...?

Capítulo 33

—Te estoy diciendo que no pienso separarme de ti, y lo que tú quieras yo querré. —Me quedo sin palabras; si es que tengo al hombre de mi vida junto a mí, no puedo pedirle más a la vida—. Ven, te enseñaré la casa.

Recorremos cada una de las estancias, pero sin duda mi espacio preferido es el jardín esquinero que da al lago. Me encantaría pasar una mañana aquí tomando el sol, pero para mí desdicha a las cinco de la mañana del día siguiente regresamos porque tenemos mucho trabajo pendiente en el hotel. Volvemos a subir al dormitorio y me quito la ropa para lanzarme sobre la cama.

—Ése es mi sitio.

—¿Cuál? —le pregunto al estar cruzada en todo el ancho de la cama.

—Éste. —Se tira sobre mi cuerpo y comienza a mordisquearme, consiguiendo que ría a todo volumen—. Chist, despertarás al vecino.

—Lo siento —me disculpo; no sabía que había vecinos.

—Que no hay nadie, es la casa de Luca y aún no ha llegado.

—¿Él también vive aquí? —Afirma moviendo la cabeza de arriba abajo y acariciando mi nariz—. Tengo mucho sueño.

—Pues a dormir, que cuando despertemos daremos un paseo. Necesitas ropa.

Nos tumbamos abrazados y durante unos minutos no dejo de mirarlo; está tan relajado con los ojos cerrados... No quiero dormirme porque estoy disfrutando de este momento, pero poco a poco el cansancio me vence y, sin darme cuenta, me pesan los párpados y los cierro.

Ahora sí, he podido ir a una tienda y me he comprado varios vestidos la mar de californianos. Me encanta que me dejen un trozo de barriga al aire, y que sean tan floreados y frescos. También he adquirido varias sandalias y sombreros, que serán perfectos para lucirlos todo el año en Lanzarote, y lo mejor de todo es que venden *online* a través de una plataforma de venta de ropa que conocía, así que a partir de ahora ya han ganado una clienta más.

Campos, agarrando mi cintura, llama a la puerta y nos abre Ian, aún adormilado, como nosotros, pues al final no hemos podido pegar ojo ni una hora. Maldito *jet lag*. Al final hemos optado por pasear por la zona y he podido ver muchas más cosas de las que pensaba.

—Buenas noches, pareja.

—Hola —le respondo justo cuando paso hacia el interior y me sorprende la casa de Ian, no se parece en nada a la de Campos, y supongo que tampoco a la de Luca; ésta es mucho más austera y hogareña, puede que hasta me sienta más cómoda en ella.

—Salid al jardín; no creo que Luca tarde mucho, ya estaba de camino del aeropuerto.

—Madre mía, estáis muy locos los tres.

Me río al tiempo que me siento en una de las sillas del exterior.

—Es la única forma de vernos; cada uno vive en una punta y tenemos horarios muy diferentes.

—Sobre todo tú —le comenta Campos a Ian, que es el que está volando por todo el planeta cada dos por tres. Cuando va a responder, oímos el timbre e Ian corre a abrir—. ¿Estás cómoda?

—Mucho, me caen muy bien tus amigos.

—No sabes cuánto me alegra oírlo.

—Bueno, ya estoy aquí, que comience la fiesta.

Campos le lanza una cerveza que coge al vuelo y, cuando la abre, sale un poco disparada, pero no les importa... Los tres están contentos por estar reunidos y yo me siento tan integrada que parece que los conozca de toda la vida.

Vuelve a sonar el timbre y ya no sé quién puede ser, hasta que Ian aparece sosteniendo bolsas de un restaurante japonés a domicilio. Ésa es nuestra cena, y me encanta, porque esa comida me recuerda a mi chico; estoy deseando conocer tantas cosas de él que me puede el ansia.

—Marchando la cena; Ian, eres el mejor —declara Luca, que está mucho más alegre de lo que siempre lo había visto.

—Soy el pringado que siempre lo organiza todo.

—Eso también. —Luca, que sigue bebiendo de su cerveza sin ayudar a sacar las cosas de las bolsas, se parte de la risa, pero ya voy conociendo a cada uno y sé más o menos cómo actúan.

—¿A que te comes la comida del gato? —le advierte el anfitrión de la casa, divertido.

—Mejor tráeme a una de tus azafatas y me la ceno a ella.

—Eres un capullo. —Campos le lanza una botella de agua cerrada a la cabeza que no logra esquivar y le da.

—Venga, no vayas de santo, que todos sabemos lo que eres.

—¿Y qué soy?

—¿Que qué eres? Mira, Adriana, aquí donde lo ves, con estos rasgos de japonesito y esa cabeza de bolo, se las liga a todas.

—Eso no es cierto —niega molesto.

—Sí lo es. ¿Recuerdas a la rubia de la casa de enfrente? —le pregunta a Ian, que comienza a reírse entusiasmado y no puedo dejar de sonreír al ver a mi chico atrapado entre ellos—. Le enseñaba cada mañana las tetas cuando éste intentaba hacer yoga.

—¿En serio? —le pregunto, y Campos, muy serio, asiente hasta que al final se le escapa una carcajada.

—Sí, ríe, que hasta que no te la tiraste no dejó de desconcentrarte.

—Luca, ya está. —Ian me mira intentando pedirme disculpas, pero a mí no me molesta; al contrario, lo que haya hecho en el pasado no tiene por qué afectarme—. Te estás pasando.

—Tranquilos, me gusta saber estas cositas; nunca se sabe cuándo las puedo necesitar.

Entre risas comemos lo que Ian ha encargado, y siguen contándome batallitas de cuando eran estudiantes, que me divierten hasta el punto de llorar de la risa. Las horas pasan y las cervezas no dejan de vaciarse, así que llega un momento en el que los tres estamos bastante afectados por el alcohol; el que está sobrio es Ian, que ha sido el único prudente porque tiene que trabajar en unas horas.

—Y, ahora, ¿cuándo nos vamos de boda? —pregunta Luca, mirándonos a los dos fijamente.

—No pienso casarme en la vida —suelta Campos sin pensarlo y yo lo miro fijamente, no sé si molesta por lo que ha dicho o porque con ella sí que tenía pensado hacerlo y conmigo no—. No, al menos, hasta que se me olvide lo que ha ocurrido. —Intenta salir del paso al ser consciente de la tensión que ha creado, pues el resto de los presentes no hemos sabido reaccionar y nos hemos quedado callados.

—Pues yo, de ti, y en contra de lo que opina tu madre, me tomaba una más de éstas y hacía una locura... una de esas que sólo hubiéramos hecho cuando éramos unos niños y que ahora recordamos entre risas.

—A ver, ¿cuál? —Ian anima a Luca a hablar y así vuelve a crearse el clima de buen rollo que ha habido durante toda la cena.

—¡Vámonos a Las Vegas!

—¿A casarnos? —Campos deja de dar el trago para mirar fijamente a Luca.

—¡A lo que sea!, a quemar la noche hasta que tengamos que coger el avión.

—Tío, tengo que pilotar, no puedo hacer eso.

—Pues tú no bebas, sigues con tu botella de agua como hasta ahora y

nosotros bebemos por ti. —Se pone de pie—. ¿Te animas, Adri?

Los tres me miran imaginando que me voy a negar, pero Luca me ha contagiado ese buen rollito y me pongo de pie como él para decirle:

—¡Vámonos!

—¿En qué momento he dicho que sí a esto? —Campos me oye y comienza a reírse a carcajadas, está muy borracho. Luca le está poniendo una pajarita de lucecitas verdes y rosas, y a mí, un velo del mismo formato, y yo... yo no dejo de reírme como una tonta de lo que estamos haciendo—. Mi padre me mata.

—¿Tu padre? Mi madre me desheredará, y nos va a retirar el apoyo para nuestro hotel en cuanto se entere.

—Callaos ya, pesados. —Luca no nos deja hablar porque sabe que si lo hacemos nos vamos a echar atrás—. Esto no es una boda, es una no boda... Es una chifladura más que recordaréis siempre que penséis en Las Vegas y quién sabe si algún día iremos a una boda de verdad.

—Elvis me dice que ya, o se va. —Ian ha convencido al pobre trabajador disfrazado de Elvis para que nos case; el pobre ya había terminado su horario y ahí sigue, en la capilla, esperándonos.

Salimos agarrados por la cintura y no podemos parar de reír.

—Bruno Campos, ¿aceptas como no esposa a Adriana Suárez?

—Sí.

—Adriana Suárez, ¿aceptas a Bruno Campos como no esposo?

—No, digo sí. Perdón. Sí, sí claro que sí.

—Pues besaos.

Nos lanza confeti, los dos nos besamos como si no hubiera un mañana e Ian comienza a sacar fotos de los cuatro haciendo el payaso lo que queda de noche, hasta que llegamos al aeropuerto, vestidos de esta guisa y consiguiendo

que todos los pasajeros nos feliciten como si nos hubiéramos casado de verdad.

—Estamos muy mal —le digo justo antes de cerrar los ojos y oír a lo lejos su voz.

—Estoy enamorado de ti, y por ti haría ésta y mil locuras más.

—Te quiero, Campos.

—Yo mucho más. Descansa, cariño.

—Adriana, despierta. —Ronroneo, no quiero hacerlo, estoy muy a gusto —. Cariño, tenemos que salir del avión.

—Más tarde.

—Tranquilos, id saliendo, ahora mismo lo hacemos nosotros. —La voz sería de Ian hablando con otras personas es lo que me alarma y abro los ojos.

—Perdonad, ya... ya salgo. —Me froto los ojos y me cae sobre la cara un trozo de tela que me quito a manotazos, siendo el payaso de turno para ellos dos, que se ríen de mí—. Dios, no ha sido un sueño, ¿no?

—Creo que no; según esto... —me enseña el anillo de mi mano izquierda, de lucecitas, cómo no—... somos no marido y no mujer.

—Pero no se lo vamos a contar a nadie —afirmo muy segura de que estoy dispuesta a llevarme este secreto a la tumba.

—Eso lo discutimos en el siguiente avión, que aquí el piloto se quiere ir a dormir.

Epílogo

—Todo va a salir bien.

—Lo sé, pero estoy histérica.

Estoy en la nueva recepción del hotel y miro hacia todos los rincones con la esperanza de que nada se tuerza.

Hemos invitado a muchas personas muy importantes, así como a nuestros amigos y familiares. No me puedo creer que por fin vaya a cumplir mi sueño. Aunque no sea de mi propiedad, el hotel es mi casa, y siempre lo será, así me lo ha demostrado Campos en todo momento.

Mi padre me hace un gesto y yo le levanto el pulgar para que lo haga, así que abre las puertas por segunda vez, esta vez de un hotel totalmente renovado, un auténtico hotel *boutique* de lujo como todos los que Yoko gestiona, pero éste no es de ella, éste es nuestro.

Saludamos uno a uno a todos los presentes y los invitamos a pasar a la zona de la piscina, donde está preparado el *catering*, que junto a la exquisita comida sirve el cava de mi suegro, ese que tanto me gusta, y sé que nos va a dar mucha suerte en esta nueva aventura. Al final decidimos que los dos vamos a codirigir el hotel, aunque el mayor peso recaerá en mí, para que él pueda seguir llevando sus negocios relacionados con el yoga.

—Hija, este cava es el mejor que he probado nunca.

—Pues dile a Campos, padre, que te ofrezca más a menudo.

—Desde luego que se lo diré. Voy con Antonia, que no sé qué quiere enseñarme. —Ver a mi madre y a Antonia juntas como si nada pensaba que sería imposible, pero ahí están, como amigas de toda la vida. Y mi padre y

Gregorio igual; parece mentira que en algún momento hayan sido rivales por el amor de mi madre y se hayan visto atrapados en un trío amoroso. No hay duda de que, cuando se encuentra el amor, aunque sea fuera de casa, hay que aceptarlo y llevarlo todo con el mejor humor posible, porque a la larga, lo que queda en esta vida, es ser feliz.

Salgo a la piscina, donde están mis amigos, Maya, Pedro y Noelia; esta última ya sin el vendaje en la cara y con una apariencia espléndida, a pesar de que la forma de su nariz no es la misma de antes, pero apenas se nota lo que le ha ocurrido.

—Ése fue. —Le señala a Maya el sitio donde está Campos con Luca e Ian, y Noelia comienza a enfadarse al verlo tan sonriente—. No puedo con él, le tengo tanto odio que me encantaría tirarlo a la piscina delante de todo el mundo.

—*Stop*, amiga, tengamos la fiesta en paz, que necesito a cada uno de estos clientes.

—Tía, mira mi nariz, mira mi tabique, ¡está deformado!

—No lo está —intento que se calme.

—Sí lo está; no me engañes, que tengo ojos y me miro al espejo.

—Estás guapísima, Noelia. —Pedro intenta tranquilizarla y con un «gracias» mudo le agradezco que haya intervenido.

Pero Noelia no puede estarse quieta y comienza a andar; aunque discretamente la sigo por detrás, no logro alcanzarla antes de que le diga:

—Hombre, si nos vemos de nuevo, rompe narices. —Los tres se giran y Campos me mira consciente de que algo no va bien... ¡por supuesto que no va bien!—. ¿Qué bebes? —Le quita la copa de las manos y da un pequeño trago antes de vaciarle la bebida en la cara y que mi chico se lo lleve a toda prisa al interior para evitar que alguien pueda ver la escena.

—¡Estás loca! —la reprendo sin poder evitar reírme, al igual que lo está haciendo Ian, que no disimula en absoluto que le ha encantado lo que acaba de ver.

—Adriana, ¿podemos hablar dos minutos?

Me giro y me sorprendo al ver a Yoko. No había respondido a nuestra invitación. Siempre he pensado que no lo había hecho porque se sentía culpable por no haber apoyado a su hijo.

—Claro, ¿pasamos al despacho?

—No, mejor por aquí, en el exterior; seré breve.

La invito a seguirme y rodeamos el edificio hasta que llegamos a un lateral, donde ya están plantando el aloe vera y se ven las espectaculares vistas del acantilado y el mar a nuestros pies.

—Quiero pedirte perdón por todo lo que te he hecho.

—No me has hecho nada.

Creo que se está confundiendo, ella siempre me ha tratado con mucho cariño.

—Sí, cariño... He intentado a toda costa que mi hijo te olvide, pero, como siempre, el amor gana cualquier batalla.

—No te preocupes, yo ya lo he olvidado todo.

—Mamá, ¿¿qué ocurre?!

—Mira, mejor, así os digo esto a los dos.

—Te escucho. —Su tono es muy duro, seco, tanto que me duele que lo emplee con su madre.

—Sé que nunca he apostado por vosotros; al contrario, pensaba que Nina era la mujer perfecta para ti. —Resopla molesto y retira la mano de su madre de su cara—. Debo reconocer que estaba equivocada; los dos me habéis demostrado que sois trabajadores y que no actuáis como unos inconscientes, sin pensar las cosas. Mirad lo que habéis construido, estoy muy orgullosa de los dos.

—Gracias. —Soy yo la que rompe el hielo y, sin pensármelo, le doy un abrazo que la pilla por sorpresa—. Gracias por venir y decirnos esto, no sabes cuánto me alegra.

—Me ha dolido mucho lo que ha ocurrido, no puedo negarlo, pero soy

feliz, con ella lo soy, y no hay nada que me impida perdonarte —replica Bruno.

Ahora es mi chico quien da un paso adelante y se reblandece ante su madre. Sonríó viendo cómo se abrazan y sin poder remediarlo las lágrimas ruedan por mis mejillas.

—Esta noche, cuando tengáis un momento, mirad la página web de la cadena hotelera; os he dedicado un pequeño espacio.

—Gracias, mamá.

—Este establecimiento tiene la categoría necesaria como para ser el primer asociado a mi cadena. Ahora me voy, que tenéis muchos compromisos.

Yoko se acerca hasta la zona de la piscina infinita, donde permanecen el resto de los invitados, y yo doy un paso para seguirla, cuando oigo:

—Espera, un segundo. —Campos me agarra de la cintura, me eleva hasta estar a su misma altura y nos besamos—. ¿Te he dicho que te quiero?

—Muy poco, la verdad.

—Pues te quiero, te quiero, te quiero y te quiero. —Comienza a dar vueltas y me río como una niña pequeña, porque ahora mismo es así como me siento, feliz, alegre y con ganas de tantas cosas que no sé ni por dónde empezar—. Y te quiero tanto que quiero vivir contigo, allí. —Me señala la casa del faro y lo miro sorprendida.

—¿En mi casita?

—Ajá. Le pedí a tu madre que me la vendiera, pero no quiso hacerlo, así que tendrás que dejar que sea yo quien viva contigo.

—Es muy pequeña —le digo dichosa, sabiendo que no es a lo que él está acostumbrado, pero, si no le importa, yo estaré encantada de hacerla nuestro hogar.

—La haremos grande. Lo que sea por despertarme a tu lado cada una de las mañanas de mi vida. Si tú quieres, claro.

—La verdad es que no. —Tensa la mandíbula de repente—. ¡Qué tonto eres! —Rompo en una carcajada y me lanzo a sus brazos—. Por supuesto que

quiero, y también una piscina infinita desde donde no deje de ver estas vistas.

Nos miramos a los ojos y nos besamos una vez más, sabiendo que nada ni nadie puede separar a dos personas cuando el amor es verdadero.

Agradecimientos

Esta novela ha sido un reto para mí, y es que ni yo misma pensaba que lograría terminarla. He pasado meses en los que a punto he estado de tirar la toalla, en los que he llorado, frustrada porque no conseguía encontrar el tiempo necesario para dedicarme a ella... pero, al final, gracias a mi familia, estoy escribiendo estas palabras.

Quiero dar las gracias a mi editora, Esther Escoriza, por su confianza, por estar siempre cuando la necesito resolviendo mis dudas, escuchando mis ideas y animándome a continuar en este laborioso trabajo que he elegido como *hobby*, porque para mí eso es lo que es: mi evasión de la vida real, en la que puedo disfrutar creando personajes, dibujando historias que poco a poco se hacen muy reales en mi imaginación y espero que también en la tuya.

Gracias a Adriana, una amiga que ha sido parte de esta historia y la que ha compartido conmigo muchas de las anécdotas que habéis leído.

Gracias a cada una de las lectoras que me apoyan día a día y que están aguardando este relato con ansia; espero y deseo que os enamore igual que me ha pasado a mí conforme lo escribía.

Y no me puedo olvidar de ellos, porque para muchos son locuras mías, seres imaginarios, pero para mí forman parte de mi vida... Adriana y Campos se van a quedar con un trocito de mi corazón. Chicos, os deseo un camino muy largo, lleno de éxitos, y que yo pueda verlo cada vez que cierre los ojos. Gracias por susurrarme vuestra historia y por mostrarme por dónde debo seguir.

Biografía



Soy Iris T. Hernández, una joven de treinta años que lucha por superarse día a día.

Me crie en Sant Adrià de Besòs, un pequeño barrio de Barcelona, bajo unos valores de humildad que me han servido para ser la persona que soy. Con tan sólo veintidós años, y sin saber nada de la vida (por mucho que quisiera creer que lo sabía todo), mi actual pareja y yo emprendimos un camino del cual me siento muy orgullosa y cuyo fruto ha sido una personita que nos ha unido más si cabe y que nos lleva regalando sonrisas y alegrías desde hace seis años.

Actualmente ocupo la mayor parte de las horas del día en mi trabajo como administrativa; números, números y más números pasan por mis ojos durante ocho largas horas, pero en cuanto salgo por las puertas de la oficina, disfruto de mi familia y amigos, e intento buscar huecos para dedicarme a lo que más me gusta: escribir.

Soy autora de la trilogía «Momento» (2014-2015), *Sabes que te quiero... a mi manera* (2015), *A través de sus palabras* (2016), *Me gustas de todos los colores* (2017), *Acepté por ti* (reeditada en 2017) y *No hay reglas para olvidar* (2018).

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en: www.iristhernandez.com,
@IrisTHernandez, <https://www.facebook.com/iris.t.hernandez.9>

¡Que alguien me saque de aquí!

Iris T. Hernández

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Iris T. Hernández, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2018

ISBN: 978-84-08-20105-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

